

CHARLES SOULE

EL AÑO DEL ORÁCULO



13

El futuro está escrito, no podrás escapar de él.

Will Dando, músico neoyorquino de éxito dudoso, despierta un día con la capacidad de predecir acontecimientos. Algunos son aparentemente triviales y otros tremendamente importantes. Convencido de que se le presenta un futuro lleno de poder y riqueza, Will decide dar a conocer poco a poco esas visiones a través de una web, El Oráculo. Las profecías se confirman, la población mundial se obsesiona con la identidad de su autor hasta el punto que desenmascararle se convierte en el principal objetivo de agencias gubernamentales, grupos religiosos y periodistas. Entretanto, Dando empieza a tener la sensación de que, de alguna manera, todas las predicciones están relacionadas.

Charles Soule

El año del Oráculo



Título original: *The Oracle Year*
Charles Soule, 2018
Traducción: Jaime Collyer, 2019

Revisión: 1.0
07/02/2020

Para tres mujeres: Mary, Amy y Rosemary

PRIMERA PARTE

OTOÑO

1

«Puede ocurrir cualquier cosa —pensó Will Dando—. En los próximos cinco segundos, en los próximos cinco años. Cualquier cosa». Dio los últimos sorbos de cerveza y emprendió la difícil tarea de llamar la atención del camarero de la barra, lo cual no parecía fácil. Cuando había llegado, tres o cuatro horas antes, el bar no estaba abarrotado, pero se había llenado al comenzar el partido de los *Jets* contra los Raiders.

Los *Jets* perdían de tres puntos y apenas quedaba tiempo para la remontada. Will no era un gran aficionado a los deportes, ni siquiera estaba seguro de haber visto un partido completo. Sin embargo, este era distinto. Era importante.

Relevante por el resultado, ya que era una de las ciento ochocientos cosas que Will sabía que no habían ocurrido aún.

El bar estaba cerca de su piso y no tenía nada de especial, a excepción de lo que todo bar sobre la faz de la Tierra ofrece a sus comensales: un espacio para beber y (técnicamente) no hacerlo a solas. Will se había agenciado el segundo mejor puesto del local, un taburete lo más alejado posible de la puerta. A pesar de la distancia, el inusual frío de noviembre se colaba a ráfagas en el interior cada vez que alguien entraba o salía, barriendo el local y agitando los pequeños charcos de cerveza derramada y las servilletas arrugadas.

El mejor sitio del bar, el taburete más alejado de la puerta y del aire, se hallaba justo a su izquierda. Estaba ocupado por una atractiva joven de cabellos castaños y rizados, que parecía ser amiga del camarero y conseguía que este le sirviera más rápido que a Will e incluso que la invitara a alguna ronda. En realidad, había otras razones para lograrlo, como, por ejemplo, sus cabellos.

Will había reparado en su nombre —Victoria— y estaba considerando la idea de saludarla. De hecho, llevaba haciéndolo las últimas tres horas.

En ese momento su móvil vibró. Will miró la pantalla: «Jorge», lo cual solía significar algún trabajillo, algo bueno, posiblemente una fiesta en algún local genial del centro y además bien pagado. Incluso el peor encargo de Jorge solía ser divertido, a veces incluso espectacular. Había contratado a Will para tocar en desfiles de lencería, en fiestas posteriores a un concierto con gente de la industria musical, en sesiones de estudio que no eran ninguna broma e incluso como telonero de algunas bandas que iniciaban una gira. Cualquier futuro que Will pudiera tener como bajista en Nueva York estaba ligado, en mayor o menor medida, a Jorge Cabrera.

Will rechazó la llamada justo en el momento en que el camarero finalmente se acercó hasta su extremo de la barra.

—¿Otra? —le preguntó señalando el vaso vacío.

—Sí —respondió Will—. Lo mismo.

Entonces, siguiendo un impulso, se giró hacia Victoria y le sonrió.

—¿Puedo invitarte a una ronda?

Con el rabillo del ojo, Will advirtió que el camarero se detenía durante un instante al ir hacia la nevera. Quizá fueran más que amigos. Bueno... ¿y qué?

Victoria volvió la cabeza para mirarlo.

—Oh, gracias —dijo en un tono apenas cordial—, pero conozco al camarero, bebo gratis.

—Ah, claro —replicó él—. Pero... solo estoy pensando en voz alta... ¿no es mejor que te inviten a que sea gratis?

Victoria inclinó levemente la cabeza.

—Así estoy bien, gracias.

Dicho esto, se centró de nuevo en la pantalla del televisor, ignorándolo de manera evidente sin necesidad de tener que cambiar de asiento. El camarero volvió, deslizó un posavasos de cartón delante de Will y depositó en él la cerveza fría quizá con más brusquedad de la necesaria.

Los Raiders completaron un ensayo y acabaron anotando el punto extra, ampliando su ventaja a diez puntos. Un alarido se alzó de entre la mayoría de los que estaban en la barra, incluyendo a Victoria.

En el bar, delante de Will, había una libretita de espiral con las tapas negras, resquebrajadas como una vieja cartera de piel. El café derramado sobre ella por accidente había manchado sus páginas de una tonalidad marrón en el borde inferior, lo que hacía pensar en hongos adheridos. Will pasó las páginas con el índice y centró su mirada en el fondo del local, advirtiendo su reflejo distorsionado y múltiple en las botellas alineadas en el largo estante. Enseguida enrolló la libreta con las manos, acentuando los pliegues en la tapa.

Pensó en lo que ya sabía y en aquello que podía hacer con esa información.

«Disparos desde el interior de la tienda de comestibles. El Lucky Corner. Dos seguidos, luego una pausa, luego otros tres. Después, un largo intervalo con la respiración contenida. Dentro alguien tomaba decisiones. Más disparos. Mucho ruido. Algo salpica el escaparate de la tienda por dentro. Algo oscuro en el centro, teñido de rojo en los bordes, donde era menos denso y la luz del sol lo transparentaba». Juguetó con la etiqueta de su cerveza a medio consumir y calculó cuántas se había tomado ya. Pensó en las decisiones buenas y malas y en lo difícil que era diferenciarlas.

Luego se volvió hacia Victoria.

—¿Seguidora de los *Jets*? —le preguntó.

—Por supuesto —dijo ella sin despegar la vista del televisor.

—¿Quieres saber quién ganará este partido? —preguntó él.

—Creo que ya lo sé —respondió ella.

—Puede que te sorprenda —dijo Will—. Ganarán los *Jets* por una diferencia de cuatro puntos.

Victoria resopló sin llegar a creérselo.

—¿Dos ensayos a solo dos minutos del final? ¡Por favor! Quizá deba decirle a Sam que no te

sirva nada más.

—Tú espera y verás —dijo Will.

—¿Y por qué estás tan seguro? ¿Eres el Oráculo, acaso?

Will vaciló.

—Exactamente —respondió.

Victoria apartó finalmente la mirada de la pantalla.

—Ya —dijo—. ¿Sabes cuántas veces he escuchado eso mismo en los últimos meses? Pero lo has hecho mal: supuestamente, debes predecir que mañana nos despertaremos juntos.

Will se limitó a sonreír.

—Eso no lo sé... Pero sí que los *Jets* ganarán este partido.

—Por cuatro puntos —dijo Victoria.

—Eso es.

—Si eso llega a pasar seré toda tuya. Podrás llevarme a mi casa y hacer lo que quieras conmigo.

Will abrió muchísimo los ojos.

—Vaya.

—No te hagas ilusiones —comentó Victoria.

Al segundo pase inicial de los *Jets*, uno de los receptores del equipo neoyorquino lo atrapó en las treinta yardas y corrió hasta la zona de ensayo. El bar entero explotó de entusiasmo.

Will miró a Victoria, que también lo estaba mirando a él, fijamente.

—¿Ves lo que te decía? —dijo él.

—Sí, ya —dijo ella—. Pero aún están por debajo en el marcador y no queda mucho tiempo.

—Ajá —dijo Will.

Los *Jets* anotaron el punto extra y los Raiders dispusieron otra vez del balón.

«Algo oscuro salpicando el escaparate, rojo en los bordes, donde era menos denso». Will se levantó con la libreta en la mano y se la puso bajo el brazo.

—¿Adónde vas? —preguntó Victoria.

—Volveré enseguida, tranquila. Hemos hecho una apuesta, ¿lo recuerdas?

—Sin duda.

Will se dirigió a paso rápido hacia la trastienda del bar, donde entró en el baño de hombres y cerró la puerta tras de sí. Apoyó ambas manos en el lavabo de fría porcelana, una en cada lado, y miró su reflejo en el espejo lleno de salpicaduras. Un reflejo vago, sin nada extraordinario: la imagen de un individuo al final de la veintena, desaliñado, subempleada. Pero, por supuesto, el aspecto externo no decía mucho del contenido; desde hacía un rato, era todo menos un individuo ordinario.

Del bar le llegó otro estallido colectivo de entusiasmo. Ya no podía ver la televisión, pero supo igualmente lo que acababa de ocurrir: los *Jets* habían forzado un balón suelto para anotar de nuevo. El local estaba ahora sumido en un frenesí total, y una chica despampanante comenzaba a pensar que quizá sí se había topado esa noche con el Oráculo. Alguien que podía poseerla si le daba la gana, a ella y a cualquier otra mujer allí presente. Podía poner, si lo deseaba, a todo el bar a sus pies, le hubieran bastado una decena de palabras para cada uno.

Will cerró los ojos. Enrolló la libreta para hacer con ella un cilindro y la estrujó entre sus manos hasta que los nudillos se le volvieron blancos.

Las buenas decisiones y las malas.

—Maldita sea —murmuró.

Entonces se dio cuenta de que se había dejado el abrigo en la barra, el muy cretino.

Se deslizó fuera del baño y se arriesgó a echar una última ojeada al bar. La hermosa Victoria estaba con los ojos clavados en el televisor, aplaudiendo mientras los *Jets* se disponían a anotar el punto extra. Lo habían logrado, estaban cuatro puntos por delante.

El local disponía de otra salida por la parte trasera, junto a la cocina. Will salió de allí sintiendo el agujón del aire frío en sus pulmones nada más aspirarlo, y se alejó caminando en la noche, ya sin mirar atrás.

2

Leigh Shore contempló su ensalada. Se había permitido algunos excesos: trocitos de pan tostado y de queso, tiras de pollo frito y el aderezo más apetecible de cuantos había (que parecía más una salsa de postre que de ensalada). En total, se había dejado casi quince dólares en la cola del bufé libre. Apenas había tomado dos bocados.

Terminó por ensartar el tenedor en la ensalada y se limpió las manos con la servilleta de papel. La arrugó y la arrojó sobre la bandeja. Con aire ausente, cogió su móvil y lo abrió. En la pantalla apareció la página Reddit, con una sola publicación en la parte superior.

Al final de la página, dos frases breves:

EL MAÑANA ES HOY.
ESTAS SON LAS COSAS QUE SUCEDERÁN.

Debajo aparecía un listado: veinte resúmenes breves de acontecimientos, ninguno más extenso que unas pocas frases y cada uno acompañado de una fecha, en un intervalo total de unos seis meses. El listado estaba por toda la red —cada sitio de noticias difundía una copia, con el despliegue respectivo de miles de comentarios en la parte inferior—, pero la página Reddit era donde había aparecido por primera vez, con un enlace que dirigía a un sitio anónimo, que era desde donde había sido subido a la red.

El Sitio. Todo el mundo sabía ahora lo que eso implicaba.

Leigh desplazó el listado hasta llegar a la última entrada. Nada había cambiado en los cinco minutos transcurridos desde la última vez que lo había mirado. Alzó la vista del móvil. De las diez personas que había en el establecimiento, ocho de ellas estaban atentas a sus teléfonos. Desde donde se encontraba Leigh podía ver que al menos dos de esas pantallitas tenían desplegado el Sitio.

Después abrió su correo electrónico. No había nada, o al menos no el correo que ella esperaba.

Dudó un instante, frunciendo el ceño, y enseguida desplegó otro documento —un artículo, su artículo— de unas tres mil palabras, gratamente acompañado de imágenes, enlaces... y todo lo

que los perspicaces lectores de *Urbanity.com* esperaban de los contenidos en esa página.

El artículo era acerca del Sitio. Leigh podría haber escogido cualquier otro tema, pero el Sitio le parecía simplemente fascinante y, desde su aparición, lo único importante de verdad, el único enigma digno de resolverse.

Mientras hacía cola en un Starbucks su móvil vibró con un mensaje: un enlace remitido por su amiga Kimmy Tong. Leigh lo desplegó de inmediato, sin entender la razón por la que Kimmy lo consideraba digno de su atención. Hizo su pedido y navegó un rato mientras esperaba el *latte*; empezaba a entender lo que el Sitio proclamaba que era, y al cabo de poco quedó absolutamente prendada de la pantalla. Leyó una y otra vez lo que en ella aparecía, sin escuchar siquiera su nombre cuando el dependiente la llamó, quien terminó gritándoselo a la cara con la inflexión más malévola de que fue capaz.

El Sitio entró en la conciencia pública con tanta celeridad que fue como si hubiera aparecido un ovni sobrevolando Washington. De un día para otro —a ella le parecía, en su recuerdo, que había ocurrido de un segundo para otro—, se convirtió en lo único de lo que todo el mundo hablaba.

Eran veinte acontecimientos, todos acompañados de una fecha. Los primeros dos ya habían sucedido cuando el Sitio se hizo viral, pero los demás eran todos anuncios futuros. Desde entonces, cuatro más de esas fechas ya habían discurrido y, en cada ocasión, el acontecimiento incluido en el Sitio había ocurrido exactamente tal y como se describía. O, para ser más precisos, como había predicho alguna persona, un superordenador, una presencia extraña o un alienígena al que muy pronto se llegó a conocer como el Oráculo, de la misma manera que al Sitio se le conocía como tal.

Leigh continuó escaneando su propio artículo, verificando por última vez que no hubiera errores de contenido u ortográficos. Había elegido escribir sobre el Oráculo precisamente porque el tema ya había sido tratado de manera exhaustiva en otros medios. Era una elección estratégica por su parte: si era capaz de aportar un enfoque nuevo, una nueva lectura del asunto, resultaría casi más impactante que escribir sobre un tema menos conocido.

Ahora pensaba que quizá lo hubiera logrado: se había empeñado en introducirse en la mente del Oráculo de un modo que la mayoría de los articulistas no pretendían, ignorando toda discusión respecto al efecto que tendrían las profecías del Sitio en el mundo y centrándose en el modo en que eso podía afectar al mismo profeta. Esa era cuando menos la idea. Para entonces ya había releído demasiadas veces su texto para estar segura de a lo que aludía, pero su intención seguía siendo buena.

Los artículos de Leigh en *Urbanity.com* aparecían en la sección «cultura urbana», que desplegaba enlaces-señuelo sobre clubes y espectáculos neoyorquinos, rencillas entre celebridades y datos respecto a las mejores rosquillas de Brooklyn. *Urbanity* ofrecía ocasionalmente auténticos reportajes —no muchos, alguno que otro en las secciones restantes— y su propio artículo sobre el Oráculo fue un intento de sortear por un momento los temas habituales.

Leigh volvió a su cuenta de correo; todavía nada. Frunció el ceño, frustrada; luego tecleó en el teléfono varias veces y su artículo salió publicado; ahora ya estaba accesible gratuitamente para cualquiera de los millones de lectores de la página. La suerte estaba echada.

Se levantó de la mesa y fue a vaciar su bandeja en el recipiente de la basura, experimentando un leve resquemor por el desperdicio. Luego caminó las dos calles de vuelta a la oficina con el

estómago revuelto.

Urbanity ocupaba dos plantas en un edificio inclasificable de la Quinta con la Tercera. Apenas una colmena de cubículos con salas de reuniones a su alrededor en la sexta planta, y los despachos directivos en la undécima.

Leigh se sentó a su escritorio y miró el pequeño espejo que había en una de las paredes del cubículo. La relación que tenía con su reflejo evolucionaba con perfiles frustrantes a medida que se acercaba la treintena, y cada nuevo vistazo venía acompañado por un breve suspiro. No sabía qué esperar exactamente de la imagen; quizá algún eco del rostro de su madre, algunas hebras de color blanco entre sus cabellos o las arrugas desplegándose en torno a la piel oscura, bajo sus ojos.

«¿Por qué lo has hecho?», se preguntó.

Tenía un empleo en Nueva York y vivía de lo que escribía, amparada de hecho en su título de periodista. Más o menos. Podía pagar las facturas, aunque todos los meses debía arrastrarse un poco cuando recurría a humillantes llamadas a su casa. Pero la mitad de sus amigos no tenían algo así ni de lejos.

«Entonces... ¿por qué lo has hecho?», se repitió.

Una cabeza asomó por encima de una de las paredes del cubículo; era Eddie, uno de los fotógrafos de la empresa, que comenzaba a adentrarse en la madurez sin resistirse demasiado y muy bueno en su trabajo. Había hecho algunas de las fotos para su artículo del Sitio y la ayudó a montarlo.

Eddie estaba sonriendo.

—Tu artículo acaba de aparecer, Leigh, acabo de verlo. Bien hecho. Te dije que era muy sólido... ¿Han dicho algo de transferirte a la sección de crónicas o ha sido solo esta única vez? De todas formas, casi nunca recurren a gente de otras secciones, al menos en el tiempo que llevo aquí. Deberías estar orgullosa de que te hayan dado luz verde.

Leigh se lo quedó mirando sin decir nada. Eddie entornó ligeramente los ojos.

—No te la dieron —dijo.

La verdad fundamental respecto a Leigh Shore —algo de lo que se había percatado años atrás, pero que no había variado gran cosa desde entonces, sin importar las muchas oportunidades, relaciones estables y nivel de felicidad general que insistía en negarse— era que nada le resultaba más tedioso que lo que ya había conseguido. Y, al mismo tiempo, nada le parecía más interesante que lo que alguien le decía que no podía tener.

—Estaba cansada de esperar, Eddie. Les envié por correo electrónico el artículo hace más de una semana y no se dignaron siquiera a responderme. Tú conoces mis capacidades, acabas de mencionarlo. Necesitaba demostrarles algo. Pronto hará dos años que llevo pidiéndoles un cambio, pero insisten en seguir enviándome a cubrir la inauguración de un club de tres al cuarto, esas cosas. Me parece que este artículo habla por sí mismo o lo hará cuando los jefes lo vean, aunque sea una apuesta a ciegas. Solo que...

Eddie soltó un fuerte bufido, más parecido a un gruñido que a un suspiro.

—Sabes que este sitio es propiedad de un conglomerado multinacional del espectáculo, ¿verdad? No puedes subir... lo que te dé la gana. No se trata de tu muro personal. Esa clase de acciones suelen traer consigo demandas legales y, casi siempre, el despido.

Eddie rodeó el cubículo.

—Voy a verificar tu jodido artículo y reza para que no me hayas mencionado en los créditos.

Leigh abrió la boca para decir que quitaría el texto del sitio de *Urbanity*, pero ¿de qué serviría, realmente? El asunto ya debía de estar en toda la red.

La primera predicción que se cumplió cuando la gente estaba pendiente del fenómeno fue el anuncio de que, el 8 de octubre, catorce bebés nacerían en el Hospital General de Northside en Houston, seis niños y ocho niñas. El anuncio resultó absolutamente correcto, aunque el último bebé nació faltando apenas dos minutos para la medianoche y la madre apareció por el hospital media hora antes. La mujer ni siquiera era residente de la zona, solo estaba de paso mientras iba en coche con su marido.

No era fácil de manipular, pero los detractores de siempre lo hicieron, en blogs y otros tabloides, subiendo toda clase de especulaciones respecto a cómo podían haberse conseguido las predicciones. La versión más popular fue que la CIA administraba el Sitio y había propiciado el parto en cierto número de mujeres, en unas instalaciones secretas próximas al hospital, alineándolas como yeguas de cría para asegurarse de que todo saliera como estaba planeado, y que habían enviado a la afortunada mujer al hospital poco antes de la medianoche.

A nadie le importó mucho que la CIA solo operara exclusivamente fuera de Estados Unidos, o que inducir un parto estuviese lejos de constituir una maniobra exacta y con una precisión de segundos, y que tampoco se entendiera muy bien por qué una mujer aceptaría hacer algo semejante, y suma y sigue.

La siguiente predicción estaba fechada dos semanas después de los nacimientos:

EL VUELO 256 DE PACIFIC AIRLINES SUFRE LA
DESPRESURIZACIÓN DE LA CABINA DURANTE EL
DESCENSO HACIA KUALA LUMPUR. AUNQUE EL
AVIÓN ATERRIZA SIN PROBLEMAS, DIECISIETE
PERSONAS RESULTAN HERIDAS.
NO HAY FALLECIDOS.

Una vez más, el Sitio dio en el clavo. Un pájaro había chocado contra una de las ventanillas del avión, ya dañada por falta de mantenimiento, y la había agrietado lo suficiente para provocar la succión de aire al exterior. Exactamente, diecisiete pasajeros resultaron heridos, ni uno más, ni uno menos. Hasta eso era susceptible de montaje, alegaron algunos, pero en esta ocasión el mundo entero estuvo mucho menos dispuesto a tomarse en serio las especulaciones de los teóricos de la conspiración, dado que el acontecimiento había sido registrado.

Un grupo de emprendedores indonesios instaló una cámara junto al aeropuerto y filmó el vuelo 256 cuando se disponía a aterrizar. El vídeo circuló en las redes durante horas y mostraba claramente el instante en que la bandada de pájaros entraba en el encuadre. La mayoría de ellos viraban en el último momento, pero unos pocos no lo hicieron. Cuando se preguntaba a la gente si creía que la CIA había desarrollado alguna suerte de control remoto sobre los pájaros o si había manipulado el avión de algún modo para que solo diecisiete personas resultaran heridas, a muchos les pareció más fácil pensar simplemente que el Sitio era real.

Alguien en la red era capaz de predecir el futuro. El Oráculo.

La mayoría de los grupos religiosos denunciaron al Sitio, o bien lo ignoraron de manera intencionada. Unos pocos se adhirieron a él. Los políticos y comentaristas incorporaron sin vacilar el Sitio en su retórica. El Oráculo recibió invitaciones a eventos exclusivos, ofertas de favores sexuales, pagos y empleos varios, todo lo cual fue ignorado por el propio Oráculo, hasta donde pudo saberse.

Surgieron modas inspiradas en el contenido de las predicciones: la leche con chocolate se convirtió en la bebida preferida de niños y adultos debido a que:

EL 24 DE ABRIL, LA SEÑORA LUISA ÁLVAREZ,
RESIDENTE EN LA CIUDAD DE EL PASO, TEXAS,
ADQUIERE UNA BOTELLA DE LECHE CON
CHOCOLATE, ALGO QUE LLEVA VEINTE AÑOS SIN
HACER, PARA COMPROBAR SI AÚN DISFRUTA DE SU
SABOR TANTO COMO CUANDO ERA NIÑA.

Los camareros de todo el país aprendieron a preparar un cóctel especial: leche con chocolate, amaretto y vodka.

Y aunque el Oráculo, hombre o mujer, seguía sin darse a conocer, el público en general se sentía satisfecho con que algunas personas fueran nombradas en las predicciones. La industria chocolatera Hershey's se abalanzó sobre Luisa Álvarez para convertirla en su portavoz. La mujer pareció disfrutar inmensamente de la fama, hasta que alguna clase de fanático intentó asesinarla en una conferencia de prensa. El motivo del homicida frustrado: evitar que la predicción del Oráculo se hiciera realidad y «salvar al mundo» de la influencia perniciosa de un falso profeta.

Después de eso, se mantuvo a Luisa bajo estrictas medidas de seguridad y sus apariciones en público se redujeron drásticamente. Hershey's no quería que nada interfiriera con su capacidad de adquirir la muestra de leche con chocolate cuando el gran día llegara.

Anonymous y sus distintas entidades aliadas en el pirateo de las redes declararon que el Sitio había sido creado utilizando herramientas ya existentes y más simples para mantener el anonimato, las cuales garantizaban que nadie excepto el Oráculo supiera quién era el Oráculo, o que fuese capaz de emitir nuevas predicciones. Su veredicto era, de momento, que quienquiera que hubiese programado el Oráculo era en extremo versado en los pros y contras de cómo mantener los datos a salvo. Más allá de eso, tenían poco que aportar.

Los mercados mundiales hubieron de soportar, con los anuncios, una serie de altibajos. El resultado eventual de las siguientes elecciones presidenciales se volvió repentinamente incierto cuando Daniel Green, el presidente en ejercicio, se mostró vago al comentar en sus intervenciones públicas lo que implicaba para el país la irrupción del Sitio.

Y es que no había respuestas, no aún, al menos; solo la esperanza de que en algún momento todo ello cobrara sentido. Había claramente un plan en juego, pero era difícil saber cuál era o de qué modo ocurriría, o dónde y cuándo... y, lo más importante, por qué. Nadie lo sabía. Aún.

Leigh se recostó en la silla mientras leía las últimas líneas de su artículo. Era bastante mejor de lo que recordaba. No era perfecto, pero como mínimo era tan bueno como la mayor parte de lo que *Urbanity* publicaba en la sección de crónicas. Eddie podía estar tranquilo.

Sonó un pitido breve y metálico que indicaba que un correo electrónico acababa de entrar en su bandeja. Leigh lo abrió y desplegó en pantalla.

De: jreimer@urbanity.com

Diríjase a la planta superior, si es tan amable.

Reimer.

Leigh escrutó el monitor unos diez segundos o más. Su mano se deslizó muy lentamente hacia el ratón y clicó, minimizando el correo electrónico en pantalla y revelando la página de un navegador oculta tras la ventana. Mostraba, evidentemente, el Sitio.

Absorta, Leigh movió su mano. Apretó el botón de actualizar, sintiendo que algo se encogía levemente en su interior: el Sitio jamás se modificaba.

Pero ahora acababa de hacerlo.

Al pie de la página, después de la última predicción, habían aparecido siete nuevas palabras:

ESTO NO ES TODO LO QUE SÉ.

Y, debajo, una dirección de correo electrónico.

3

«DÍGAME, POR FAVOR, ¿CUÁNDO VOLVERÁ MI PADRE?»

«DIOS TE VA A CASTIGAR, DEMONIO. ES LO QUE DICE EL REVERENDO BRANSON...»

«COMBIEN D'ANNÉES JUSQU'À CE QUE LA FRANCE GAGNE LA COUPE DU MONDE?»

Will incorporó la hoja al montón que había apilado contra la pared en su apartamento, uno de los tres que había formado, cado uno de un metro y veinte de alto aproximadamente, constituido por varios miles de hojas. Y cada hoja llena hasta los márgenes de texto en letra pequeña por ambas caras. Más que nada, de preguntas dirigidas al Oráculo desde que había subido al Sitio la dirección de correo electrónico y habían comenzado a llegar millones de mensajes que podían desglosarse, en lo esencial, dentro de tres preguntas fundamentales:

¿Lograré lo que deseo?

¿Cómo puedo lograr lo que deseo?

¿Por qué no puedo lograr lo que deseo?

Había impreso las primeras cien mil consultas o poco más, que ahora se apilaban entre algunos de los estuches con sus instrumentos: bajos y guitarras apoyados verticalmente, como centinelas vigilando las columnas impresas.

—Deja de leer todo eso, Will —dijo una voz a su espalda.

—Lo sé, lo sé. Es que no es tan fácil —dijo él.

Enseguida abrió con brusquedad uno de los estuches y extrajo un bajo de precisión Fender bastante usado, se lo colgó al cuello y echó un vistazo a la habitación. No había mucho que ver: una mesa de centro rescatada de la basura con la superficie parecida a un espirógrafo, llena de huellas circulares de los infinitos vasos que se habían apoyado en ella y de arañazos, de pie entre varios muebles más de segunda mano del salón. El resto del apartamento estaba abarrotado de equipos electrónicos, instrumentos y atriles, cables enrollados con cierta meticulosidad, pedales

para generar efectos de sonido y un pequeño equipo digital de producción musical. Parecía más un almacén de alquiler que un sitio para vivir.

Sentado en el único sillón del apartamento estaba Hamza Sheikh, un individuo de ojos risueños y pelo muy corto, y los dientes extremadamente blancos.

—Ninguna de esas preguntas tiene ya importancia —dijo Hamza—. Ya obtuvimos de ellas lo que necesitábamos, ahora son únicamente ruido de fondo.

—Apostaría a que sí les importan a quienes las formularon —dijo Will.

—¿Puedes responder a alguna de ellas?

—En realidad, no.

—Entonces no te sientas culpable. Contestar esas preguntas nunca fue una posibilidad real. No te castigues porque la gente quiera saber cosas.

—Esto no tiene ninguna lógica —dijo Will—. Es solo que... me siento culpable. Dándole a la gente esperanzas de algo que nunca podremos brindarles.

Hamza miró el portátil que acababa de abrir en la mesa de centro, cerca de otro montón de papeles apilados. En el ordenador estaban los archivos que había llenado con su investigación de las personas con las que estaban a punto de hablar, y otras cosas como hojas de cálculo.

—Necesitas estar despejado —le dijo a Will al tiempo que actualizaba unas cuantas cifras en uno de los recuadros en la pantalla—. Hoy es el día más importante en nuestras vidas, colega, de los dos. Si conseguimos que esto funcione, podrás ayudar a quien tú quieras. ¡Yo invito, hermano!

Will ejecutó una secuencia de graves en el bajo que colgaba de su cuello: un patrón repetitivo de cuatro notas.

—Esa la conozco —dijo Hamza sin apartar la vista del teclado—. ¿Cómo se llama?

—Es O’Jays —dijo Will—. «Por amor al dinero».

—Esa misma —dijo Hamza—. Mi tema predilecto. Ven aquí, es casi la hora.

Will fue hasta el sofá y se sentó, descolgándose el bajo y apoyándolo en posición vertical contra los cojines. Desplazó uno de los montones de hojas que había en la mesa de centro y dejó a la vista su propio portátil —casi tan aporreado como la mesa— y la libreta del Oráculo. Luego abrió el ordenador y enarboló en el aire la libreta, enseñándosela a Hamza como hace un predicador ambulante con la Biblia ante su grey.

—Antes de proceder —dijo—, repasémoslo una última vez. —Bajó la libreta y la convirtió de nuevo en un cilindro entre sus manos—. En todo caso, ¿realmente crees que se trata de esto? —agregó—. ¿Que sea esta la razón por la que me fueron enviadas esas predicciones? ¿Solo un tema... de dinero?

Hamza dejó de escribir en el ordenador y suspiró.

—Vale, Will. Solo una última vez. —Alzó la mirada y la fijó en su amigo—: Tenemos aquí una oportunidad única, como ninguna otra que haya surgido en nuestras vidas. Tan enorme que por ella he renunciado a mi trabajo para ayudarte... un trabajo en un banco de inversiones que en un año malo me reportaba doscientos cincuenta mil dólares netos más bonificaciones. Tan enorme que he tenido que mentir a mi esposa sobre los motivos de mi decisión. Dejando de lado el hecho de que hemos sido los mejores amigos durante los últimos diez años. Esperaba que hubiera una mayor confianza entre nosotros.

—Vamos, Hamza, no es... —comenzó a decir Will, pero Hamza alzó una mano y lo cortó a media frase.

—Tampoco voy a mencionar que tú necesitas esto tanto como yo, porque soy un buen amigo y sería algo desconsiderado por mi parte. Con todo...

Hamza hizo un intento de coger la libreta que Will sostenía, pero este retiró la mano. Hubo una pausa mientras los dos procesaban aquel gesto reflejo tan singular. Hamza bajó poco a poco la mano, mirando fijamente a su amigo.

—Escucha —dijo en tono calmado—. Tú tienes las predicciones y confiaste lo suficiente en mí para contármelas. Hemos hablado largo y tendido de ello, intentando decidir qué haríamos. Y esta fue la conclusión, algo que cambiará para siempre nuestras vidas, para siempre. No recibiste instrucciones, ni reglas que seguir. Si te encuentras un billete de veinte pavos tirado en la acera, ¿piensas que te ha llegado por alguna razón en particular? ¿Acaso estás obligado a hacer una cosa u otra con esos veinte pavos? Mierda, pues claro que no. Son tuyos. Puedes hacer lo que te plazca con ellos.

—Siempre terminas hablando de la pasta, Hamza —dijo Will.

—Eso no tiene nada de malo. De hecho, es una buena eos... —se interrumpió antes de concluir la frase, negando con la cabeza, y cerró de golpe el ordenador, provocando que la mesa de centro se tambalease de nuevo—. ¿Sabes qué? —dijo mientras se levantaba—. Olvídalo, cerremos ya mismo el Sitio, simplemente... aaagh.

Will lo vio pasearse de un lado para otro, aunque no había mucho espacio para eso: su deambular iba entre el vestíbulo y la cocina, tan reducida como una cabina telefónica, y de ahí al baño, unos cuatro pasos en cada dirección.

—¿De pronto te has acojonado, entonces? ¿Justo cuando... veamos... —Hamza extrajo su móvil y verificó la hora, mostrándosela a Will—, exactamente dentro de siete minutos estará en nuestras manos todo eso para lo que nos hemos venido preparando? —Se guardó de nuevo el móvil—. Eras un tío sin ningún futuro, si me permites decirlo, y de pronto te cae literalmente en las manos el futuro, pero eso te tiene aterrado. Ya sé, es abrumador, pero... ¿significa que deberías ocultarlo? ¿Ignorarlo? ¿Fingir que no sabes lo que ahora sabes? ¿Qué demonios te pasa, chaval?

Will seguía atento a su ir y venir.

—Tú estás tan nervioso como yo, ¿no es así? —dijo.

Hamza se detuvo y se dejó caer en una de las sillas, restregándose la cara con una mano.

—¡Bufff! —fue todo cuanto brotó de sus labios.

—Tú no estuviste en el Lucky Corner —siguió Will—. Eso ocurrió antes de que te dijera que yo era el Oráculo. No te haces una idea de lo malo que puede resultar esta mierda, yo sí. Una vez que difunda esta información al mundo... una vez que la libere... solo me quedará tomar asiento en el palco y ver lo que ocurre, sabiendo que fui yo quien lo provocó. Todo lo que venga a continuación será culpa mía.

Hamza suspiró.

—Ya lo sé, hermano. Mira, aún podemos hacer que este barco regrese a puerto, siempre que sea ya mismo. En unos veinte minutos ya no habrá esa opción. Las predicciones te llegan a ti, no a mí. No te voy a presionar. Si quieres parar esto, parémoslo. Ni siquiera te preocupes. Yo puedo conseguir otro empleo, y tú... —hizo un gesto para abarcar el apartamento algo dejado y atiborrado de cosas—, tú aún dispones de esto.

Will puso su mano extendida sobre la libreta, sintiendo al tacto la cartulina de la tapa. No

emanaba ninguna tibieza de ella, ninguna sensación de vida, aunque a su modo las tuviera. Se quedó pensativo durante largo rato, repasándolo todo en su interior como ya lo había hecho miles de veces, y, como siempre, concluyó que era todo demasiado vasto e inabarcable.

Enseguida dejó la mente en blanco y entreabrió los labios, intrigado él mismo por lo que iba a decir.

—Está bien, hagámoslo —dijo al fin—. Dime con quién tengo que hablar.

—Estupendo —dijo Hamza, y abrió su portátil—. Es un fondo de cobertura. Starrer, Wern, Bigby y Greenborough. Manejan activos por un valor de aproximadamente treinta y cinco mil millones de dólares y los invierten en una amplia gama de sectores, desde empresas farmacéuticas, pasando por la agricultura, hasta la nanotecnología... Eso implica que, aunque no sepamos sobre qué te va a preguntar SWBG, podemos adivinar que estará relacionado con un área muy amplia.

—La del dinero —dijo Will.

—Eso es. Y son tíos duros. Debes estar preparado para que intenten intimidarte, es la forma en que ellos negocian. Pero no pueden hacerte absolutamente nada, recuérdalo bien.

En algún momento te amenazarán con demandarte, pero eso da igual. No tienen forma de saber quién eres o dónde estás. Estarán hablando con el Oráculo, jamás han oído hablar de Will Dando, y nunca lo harán. —En este punto frunció el ceño—. Suponiendo, claro, que las Damas de Florida no la hayan cagado con la seguridad de este programa de chat que nos han proporcionado.

—No la han cagado —replicó Will—, saben muy bien lo que hacen. Además, con lo que estos tíos del fondo de cobertura han pagado solo para hablar conmigo, lo último que intentarán será rastrearnos o asustarme.

—Exacto, exacto —dijo Hamza, aprobando la idea con su mano alzada.

Will abrió de nuevo su ordenador. El programa de chat estaba ya subido y cargado. Nada muy sofisticado, solo una comunicación imposible de rastrear, a base de texto, que discurría a través de un buscador Tor y un canal anónimo de la Red Oscura.

—Muy bien, todo listo. Pero aún quedan unos minutos —dijo—. ¿Puedes verificar lo del dinero? ¿Asegurarte de que no lo han retirado?

Hamza tecleó algo a toda prisa en su propio ordenador y sonrió, luego lo giró para que Will pudiera ver la pantalla, donde estaba desplegado el resumen de una cuenta bancaria en las islas Caimán:

```
CUENTA# 52IJ8549UIP000-LF8
SALDO EN CUSTODIA: 10.000.000 $
```

—Aún está allí —dijo Will—. Joder.

—Aún está allí —dijo Hamza—. El banco lo liberará en unos tres minutos.

—A menos que algo se joda.

—Nada se va a joder. Una vez liberado, es nuestro, sin importar lo que pase.

—Fácil —dijo Will y sonrió.

Hamza asintió.

El ordenador de Will emitió un pitido y su sonrisa se diluyó.

—Mierda, ¡son ellos! —dijo.

—Vale, vale —dijo Hamza—. ¿Estás listo?

Will miró su pantalla. Hizo crujir los nudillos de las manos y posó los dedos en el teclado.

—Lo estoy.

En su pantalla apareció una frase:

SWBG: ¿Eres el Oráculo?

ORÁCULO: Lo soy.

SWBG: Vamos a requerir de alguna prueba antes de autorizar la emisión de los fondos.

ORÁCULO: No. Vais a liberar los fondos ahora o nos marcharemos. Tenéis treinta segundos.

Will miró a Hamza.

—Les he dado el ultimátum —indicó—. Treinta segundos. Avísame cuando se cumplan.

Hamza observó su pantalla mordiendo la punta del pulgar. Los segundos corrían.

Will aproximó su dedo índice al teclado, vaciló, luego lo retiró. Si esto no resultaba, no se imaginaba armándose de valor para intentarlo de nuevo, independientemente de lo que Hamza pudiera decirle.

—Han pagado —anunció Hamza—. Transferencia concluida.

Will sintió que su cuerpo entero vibraba como un acorde bien ejecutado. Su parte eran cinco millones de dólares, sin importar lo que ocurriera a continuación.

—Muy bien —dijo apoyando su mano en el teclado—, es hora de ganárselo.

El banco habló primero:

SWBG: Ha recibido usted diez millones de dólares de nuestra parte. Si nuestros diez minutos han comenzado ya a correr, tenga la seguridad de que emprenderemos acciones legales si se niega usted a responder.

—Estos tíos son imbéciles —dijo Will.

—¿Qué hacen? —dijo Hamza, e hizo amago de levantarse para ir a observar la pantalla de Will, quien le indicó por señas que volviera a su silla.

—Amenazan con demandarme, los muy cretinos. Responderé a sus preguntas a medida que las vayan formulando.

Hamza hizo crujir sus propios nudillos sobre el teclado.

«Estáis hablando con el Oráculo. La entrevista se inicia en este momento», escribió Will en el suyo.

Hamza activó el cronómetro en su pantalla y este comenzó una cuenta atrás de diez minutos. Casi de inmediato apareció la primera pregunta:

SWBG: ¿Será el proyecto de reformas Medicare, descrito en el Acta Parlamentaria 2258, aprobado por el Congreso y el presidente?

Will se rio en voz alta.

ORÁCULO: Ni idea.

SWBG: ¿Cuándo y cómo morirán los siguientes individuos: James Starrer, Joseph Wern, Eduard Bigby e Ira Greenborough?

—Hum —dijo Will—. Esto es aterrador.

—¿Qué? —preguntó Hamza.

—Quieren saber cuándo va a morir cada uno.

—Cierto. ¿Y tú lo sabes?

Will vaciló; notaba la mirada de Hamza clavada en él, reacio a consultar su libreta.

—No —dijo.

SWBG: ¿En qué fecha y hora sobrepasará el índice Dow Jones los veinte mil puntos?

ORÁCULO: No lo sé.

Will tecleó una y otra y otra vez sus respuestas, siempre que una pregunta aparecía en la pantalla, deseando haberlas copiado al portapapeles.

—Dios, tienen que estar medio cabreados, ¿no? —dijo hablándole a Hamza—. Diez millones de pavos por un montón de nada... ¿Tú estás obteniendo algo con sus preguntas?

—Toneladas —respondió Hamza, que llevaba un rato escribiendo en tromba en su teclado notas para su propio uso, buscando de vez en cuando algo entre sus documentos—. Es como si estuvieran tecleando a dos manos sus planes de inversión. Solo con esa pregunta de Medicare, yo mismo podría convertir diez millones en un centenar, como mínimo.

—Explícamelo después —dijo Will—. Me siento mal por...

SWBG: ¿Tiene usted alguna información sobre la cosecha de cítricos de este año en Florida?

—Espera, espera, esta última sí la puedo responder, están de suerte —dijo Will—. ¿Cuánto les queda? ¿Un minuto, dos?

—Cuarenta y cinco segundos —le indicó Hamza.

—Vale, lo escribo rápido —anunció Will.

Como ocurría cada vez que recordaba una predicción, tenía perfectamente clara cada una de las palabras que la contenían, como si hubiera tenido la libreta abierta enfrente. Y comenzó a escribir:

ORÁCULO: Patrones meteorológicos infrecuentes provocarán una helada tardía que abarcará todo el sudeste de Estados Unidos. La helada tendrá serios efectos sobre los cultivos de Florida y ocurrirá...

—¡Alto! —exclamó Hamza.

Will lo miró.

—¿Eso es todo?

—Diez minutos clavados.

—Vaya —dijo Will, apartando las manos del teclado mientras observaba a Hamza—. Solo

pude responder a una de sus preguntas, y en este caso ni siquiera de forma completa. Me avergüenza un poco.

Hamza sonrió abiertamente.

—No, amigo, ¡que no te avergüence! Estos tíos conocían el trato. No hicimos ninguna promesa y, de todas formas, deben de ser de esos que ganan diez millones de pavos al día cada uno, ¿qué más les da? Además, si de veras quieren más tiempo, basta con que lo paguen. Otros diez millones compran otros diez minutos.

—¡Ya! —exclamó Will—. Es poco probable, ¿no? ¿Tú lo harías después de esto?

—Quién sabe, esta gente no razona igual que nosotros, Will.

—¿Y no eras tú uno de ellos? —dijo Will—. ¿El típico banquero todopoderoso?

—Ya no lo soy. Renuncié, ¿lo recuerdas? Ahora solo soy un hombre de negocios por cuenta propia. Una parte de la columna vertebral de este gran país.

SWBG: Queremos comprar otros diez minutos. Los fondos están siendo transferidos ahora mismo a su cuenta. Por favor, complete su respuesta a la pregunta relativa a la cosecha de cítricos en Florida.

Will miró su pantalla. Luego se puso al teclado:

ORÁCULO: La helada ocurrirá el 23 de mayo. Las temperaturas por debajo del promedio se extenderán durante aproximadamente una semana. La cosecha de Florida será inferior en un 40 por ciento a la cifra normal.

SWBG: ¿Es esta toda la información que puede usted ofrecer sobre este acontecimiento?

ORÁCULO: Sí.

Will esperó. Por primera vez desde que la conversación se había iniciado no hubo una pregunta automática a continuación. Miró a Hamza, que lo observaba con una expresión rara, y dijo:

—Una de tus predicciones fue específicamente sobre el clima de mayo en Florida y de qué modo afectará a la cantidad de naranjas en los supermercados, ¿no?

Will asintió.

—Y estos tipos no solo formularon esa pregunta, que precisa de ese conocimiento específico, sino que lo hicieron en el momento exacto que iba a requerirles comprar otra porción de tiempo, ¿verdad?

Will se encogió de hombros:

—Yo mismo me he estado haciendo preguntas como esa desde que tuve el sueño, Hamza. A estas alturas, nada me sorprende.

En la pantalla aparecieron nuevas frases.

—Vale, ¡allá vamos! —dijo el propio Will—. Tu turno, Ham.

—Estoy listo —dijo Hamza, muy concentrado, mirando su portátil.

SWBG: ¿Es posible que esta información no sea enviada a ningún otro interesado?

ORÁCULO: Sí.

SWBG: ¿En qué términos?

Hamza se lanzó a por una de las carpetas en la mesa de centro, pero su rodilla dio de lleno contra el borde y la mesita volcó, esparciendo algunos de los cuadros sinópticos y documentos impresos, e incluso los ordenadores, en un amplio radio del suelo del apartamento de Will.

—¡Mierda! —exclamó Hamza, vehemente.

Will lo ignoró y siguió escribiendo:

ORÁCULO: Haced una oferta. El cronómetro que marca vuestro saldo de tiempo se detendrá durante la negociación.

SWBG: ¿Qué garantías tenemos de que, una vez que hayamos adquirido los derechos exclusivos sobre esta información, no será vendida a otros?

Will se había preparado para esa pregunta, pues le parecía probable que surgiera.

ORÁCULO: Mi palabra. Y la garantía de que, si no hacéis un trato con nosotros, venderé esta información sin dudarle en caso de que surja otro comprador.

Will dejó de escribir, entonces tuvo otra idea:

ORÁCULO: O bien podría subirla al Sitio. Vosotros habéis comprado el derecho a saber acerca de la helada en Florida, no la propiedad exclusiva del dato. Si queréis exclusividad, decidnos cuánto pagaréis por ella.

Hubo una pausa larga al otro lado de la pantalla. Will imaginó a los amos del universo haciendo cálculos frenéticos en la sala de reuniones de un rascacielos en alguna u otra ciudad, un espacio hacinado de individuos vestidos con trajes caros, como buitres con forma humana. Tras él podía oír a Hamza hurgando a toda prisa entre sus papeles esparcidos por el suelo, echando pestes contra sí mismo.

SWBG: Le pagaremos una cifra adicional de diez millones de dólares por los derechos exclusivos de esta información.

—Diez millones —indicó Will a Hamza—. ¿Es una buena oferta?

—Joder, claro que no —dijo Hamza desde donde estaba sentado en el suelo, empuñando en cada mano un cuadro estadístico—. No he terminado aún, pero te digo que estos tíos invierten fuerte en el sector agrícola de California y... ¿qué te imaginas que cultivan por allí?

—¿Naranjas?

—Naranjas, pomelos, mandarinas, lo que digas. Si la producción de Florida cae este año, eso significa que la de California subirá y que su cartera de empresas allí hará un montón de pasta. Hay, además —agregó Hamza, blandiendo otra hoja en su mano—, rumores de que este fondo contempla la opción de invertir también en granjas de Florida. Si hay una helada, muchas granjas

quedarán mal paradas y sus propietarios querrán venderlas. Así, estos tíos dispondrán de una baza en el mercado de Florida por no demasiada pasta.

—De acuerdo —dijo Will—, traduce eso en dinero.

—Traducirlo en dinero implica, con toda probabilidad, que SWBG ganará alrededor de mil millones de dólares con solo saber por adelantado de la helada en Florida —puntualizó Hamza—. Así que deberían pagar muchísimo más que diez millones por esto.

Cogió un bolígrafo y comenzó a garabatear cálculos en la hoja de papel que tenía más a mano, murmurando cifras en voz baja y para sí mismo. Luego acercó su ordenador, que estaba en el suelo, y Will lo vio rastrear estadísticas relativas a los mercados agrícolas, datos históricos sobre el impacto no previsto del clima y otros que eran el esoterismo habitual de datos financieros escogidos al azar. Una especie de alquimia en proceso.

—¿Lo tienes ya?

—Un minuto, un minuto. Esto es difícilísimo y quiero hacerlo bien. Si apostamos a la baja, podríamos perder millones de dólares.

Will sentía latir su corazón. Había tardado apenas veinte minutos en transformarse en esa clase de individuos que ofrecen a sus conocidos un automóvil como regalo de cumpleaños.

Cuatrocientos cincuenta —dijo al fin Hamza, y arrojó el bolígrafo a la mesa—. Cuatro cinco cero es mi mejor apuesta. Y ya te adelanto que no hay mucha gente que pueda calcular esto en un par de minutos. Se me van a salir los sesos por la nariz.

Por un instante Will fue incapaz de decir nada y posó las manos sobre el teclado. Le temblaban.

—¿Es nuestra oferta de partida? —logró preguntar al fin.

—No, es nuestra oferta y punto. Es lo que deberán pagar si quieren la información para ellos solos. Eso les dejará un provecho sustancial, increíblemente sustancial. Incluso desconté un poco para compensar sus reticencias, considerando... en fin, lo jodidamente raro que es todo esto.

Will negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Qué pasa si los ahuyentamos?

—No ocurrirá. Tienen la misma información que yo y pueden hacer los mismos cálculos. Si uno sabe cómo manejar las cifras, no es en absoluto una adivinanza sino un hecho... Aunque, por cierto —agregó—, habrán tenido que poner a unas treinta personas a ello para obtener la misma respuesta.

Will se obligó a llevar de nuevo sus manos sobre el teclado.

ORÁCULO: 450 millones. No habrá regateos. Es el pago final y único que aceptaremos.

Hubo otra pausa, más larga que la anterior, que tal vez sugería perplejidad al otro lado.

SWBG: Es una cifra considerable. Nos llevará algún tiempo reunir esos fondos.

—Cielo santo —dijo Will—. Lo han aceptado.

—Por supuesto que lo han aceptado —repuso Hamza—. Y ahora saben que sabemos lo que estamos haciendo.

—Dicen necesitar tiempo para reunir el efectivo. ¿Cuánto les doy?

Hamza reflexionó unos segundos.

—Setenta y dos horas. Pueden liquidar algunos activos si tienen que hacerlo, pero su último prospecto de fondos decía que tenían una cifra cercana a esa en cuentas de inversión disponibles. Igual van a necesitar aprobaciones varias y demás. Posiblemente sea una petición válida por su parte.

ORÁCULO: Los fondos deberán recibirse en un lapso no superior a 72 horas.

SWBG: De acuerdo. ¿En la misma cuenta?

ORÁCULO: Sí. ¿Completamos lo que les queda de tiempo?

SWBG: Sí, pero una cosa más: si nos ha defraudado, sepa que utilizaremos todos los recursos a nuestro alcance para destruirle y recuperar nuestro dinero.

Will frunció el ceño, mirando con fiereza la pantalla de su ordenador. De repente tenía las manos muy crispadas.

ORÁCULO: ¿Destruirme? Diez palabras en el Sitio. Eso es todo cuanto necesito. Para vosotros o para cualquiera en todo el mundo. Pensad en eso, estúpidos.

Will dio por concluida la entrevista. Pensó que el fondo bancario parecía haberse quedado sin palabras tras ese último comentario; era comprensible. No había sabido responder a ninguna de sus preguntas restantes, lo que era muy bueno. La presión de otro acierto en pantalla podría haber acabado con él.

Cerró el programa de chat y miró a Hamza, que había regresado al sillón, enfrascado en verificar el saldo de la cuenta bancaria en su ordenador. Parecía aturdido, como si hubiera estado incluso un poco drogado.

Will se recostó en el sofá y cerró los ojos.

«Son solo naranjas —pensó—. Fruta, por el amor de Dios. ¿Cuánto daño podrían hacer?»

4

El reverendo Hosiah Branson parpadeó para quitarse el sudor acumulado en las pestañas y centró la mirada en la joven que se hallaba frente a él, que le sonrió con los ojos brillantes de emoción. No era particularmente atractiva, pero sí muy seria, y muy devota, y eso compensaba su falta de encanto físico.

Branson pudo sentir el subidón en su interior y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Emitió un sonido de éxtasis con la boca floja, su lengua se movía por propia voluntad. Se puso rígido y estiró las manos hasta posarlas en el rostro de la muchacha, cuyos párpados aletearon bajo sus palmas con pequeños espasmos como los de un arácnido.

Tras un último grito, apartó el rostro de la chica lejos de él, al tiempo que dejaba de aullar. Enseguida abrió los brazos formando un gran círculo y juntó las manos delante. Abrió los ojos.

Sus diáconos habían atrapado a la chica mientras caía, y ahora yacía en sus brazos, acunada como un recién nacido; sus extremidades descansaban pálidas y delgaduchas, como sin huesos. Branson le tendió su mano con una sonrisa abierta, de total aprobación.

La chica tomó su mano. Su apretón era débil y Branson pudo apreciar sus temblores. Después tiró de ella para que se pusiera en pie.

—Vete ahora, que la luz del Señor ilumine tus pasos —le dijo, su voz amplificadas un centenar de veces por el micrófono que llevaba sujeto en la solapa.

El rostro de la muchacha se desmoronó en una mezcla de jadeos y llanto desconsolado que ruborizó sus mejillas. Los focos del cielo raso cobraron vida y se encendieron en lo alto, iluminando un sendero para que la chica lo recorriera al regresar entre el público.

Branson estaba exhausto. Era un buen trabajo, pero agotador. Ella sería la última por hoy.

Se volvió hacia el auditorio —varios miles de personas aglutinadas en filas desordenadas en la nave central de la catedral, situadas a un nivel más bajo que él— y se llenó la retina de ese flujo incesante de gente oscilando en su sitio, danzando, aplaudiendo, desbordante en su interior de la auténtica gloria del Señor.

El rumor de la muchedumbre, apoyado a la perfección por el coro en su estrado, dispuesto a la izquierda del altar, se alzó para llenar su catedral, ese palacio de hermosos vitrales a ambos lados.

Branson alzó los brazos y el coro sostuvo un prolongado acorde, tras lo cual dejó abruptamente de cantar. La multitud guardó un repentino silencio, dispuesta a lo que estaba por

venir: el sermón que clausuraba la jornada.

—El Oráculo —dijo él con suavidad, su voz de nuevo amplificadas en toda la catedral.

Hubo unos cuantos gritos —de condena— por parte de la multitud, pero sobre todo un silencio expectante, respetuoso.

—El Oráculo es un auténtico veneno —prosiguió Hoshiah—. Esa entidad monstruosa que hoy siembra sus embustes en todo el mundo como si fuera un vendedor ambulante, a través del llamado Sitio. Estoy tan tan triste... fatigado en lo más hondo de mi alma... al ver que unos cuantos individuos mezquinos y de poca fe han caído en sus tretas.

Hizo una pausa para extraer un pañuelo del bolsillo de la camisa y se enjugó el sudor de las cejas. Enseguida aspiró hondo y dio paso a la fase siguiente, la del estallido iracundo y con el rostro enrojecido que su audiencia esperaba.

—Éxodo veinte, versículo cinco. ¡No adorarás falsos ídolos, pues Dios no tolerará la devoción a otros dioses! ¡Lo habéis oído? Dios se vengará de aquellos que adoren a los simuladores. ¡Él es un dios celoso! Y con toda razón, porque es el único Dios verdadero. Y que el dolor... el dolor, digo... ¡que recaiga sobre los que le desafíen!

»Éxodo veinte, versículo seis. Pero si adoráis al Señor y le obedecéis, Él os garantizará el amor y Sus cuidados, ¡y gran prosperidad en vuestra vida!

»El Oráculo no es sino un instrumento del demonio. Hasta puede que sea el propio demonio, actuando en nuestra vida cotidiana de una forma seductora y novedosa a través del Sitio... Brindándonos mentiras envasadas como si fueran grandes obsequios. ¿Puede acaso sorprendernos que tanta gente estúpida haya entrado en el juego del demonio en esta era impía?

»Pero, a pesar de todo, tengo esperanza, amigos míos. Vivo esperanzado, pues sé que vosotros, mis soldados de Cristo..., vosotros y nadie más que vosotros estáis bien pertrechados para dar la batalla a ese timador y embustero. Para lo cual disponéis de la única arma que siempre vais a necesitar...

Hoshiah buscó tras él y alzó su mano con la palma hacia arriba. Un asistente depositó, haciéndolo chocar contra su mano, un libro con tapas de cuero, provocando un chasquido satisfactorio. Hoshiah levantó el libro en dirección a la multitud, con las luces del escenario provocando destellos en las letras doradas en la cubierta.

—¡Hela aquí! ¡La palabra del Señor! ¡La Sagrada Biblia!

De la multitud se alzó una ovación estruendosa hecha de aleluyas y gritos de amén y otras voces parecidas. Hoshiah vio que sus ujieres recorrían los pasillos laterales con las bandejas de la limosna.

—Denunciad al Sitio. Denunciad al Oráculo donde sea y como podáis. Sabed que yo estoy con vosotros en esta lid, como lo están nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo. Dios os bendiga a todos, y ¡hasta pronto!

Asintió en dirección a uno de sus diáconos, un individuo grandullón de nombre Henry, quien al instante se situó, junto al resto de sus asesores, a su espalda, en una masa compacta cuyo centro lo formaba el propio reverendo. Las cámaras de televisión a cada lado del escenario cambiaron de posición para captar la escena desde diversos ángulos.

Hoshiah alzó los brazos al cielo. Sabía que los diáconos que tenía tras de sí acababan de hacer otro tanto, todos vestidos con una chaquetilla azul brillante y pantalones rojos, como un pelotón de zuavos del ejército francés. Era su pequeño ejército personal, con él vistiendo un traje blanco que

cegaba, más brillante que todo cuanto pudieran resaltar las luces, de pie frente a la tropa como un general, el foco del boato representado.

Entonces las luces se apagaron y se deslizó a través de una portezuela situada detrás de él, a la izquierda del escenario, seguido de sus diáconos. Ante él se extendía un largo pasillo en penumbra. La alfombra era de un tono parecido al de la crema espesa y las paredes estaban pintadas del mismo color. Tan pronto como la puerta se cerró tras él —los diáconos permanecieron fuera, para asegurarse de que continuara cerrada—, el rumor de la multitud se desvaneció. El vestíbulo estaba meticulosamente insonorizado. Después del caos del escenario, pasar al corredor era como sumergirse en un baño de leche tibia.

Branson avanzó por el pasillo y cruzó otra puerta que daba acceso a su despacho, donde se dejó caer con pesadez en el asiento del escritorio y lanzó un suspiro. Allí se restregó el puente de la nariz, empujando sus gafas hacia la frente. Tras dejar que volvieran a su sitio, se pasó una mano por la calva, haciendo un mohín de disgusto al sentir la capa de sudor en su palma.

Luego miró su reloj, un modelo barato, de los que se compraban en cualquier tiendecita. No causaba buena impresión que las cámaras captaran un elemento demasiado ostentoso. Estiró el brazo por encima del escritorio —una extensión blanca y sin ornamentos, como un témpano de hielo— hasta alcanzar con su dedo índice un panel de botones a ras de la superficie. Lo apoyó en uno de ellos, pero dudó antes de presionarlo.

«Vamos, Hosiah, ¡tira de una vez del esparadrapo!», pensó para sí, y presionó al fin el botón, que se hundió con un ligero clic. Incluso antes de que hubiera vuelto a su posición normal, resonaron unos golpecitos en la pared delante de su escritorio.

—Pasa —dijo Hosiah.

Una juntura en el muro, hasta ese instante invisible, se abrió hasta formar una puerta. Un individuo joven y extremadamente delgado, de rostro ojeroso y adusto, apareció bajo el umbral; era el hermano Jonas Block, el asistente ejecutivo de Branson. Vestía un traje y corbata negros y una camisa blanca, un poco tiesa. Tenía la elegancia propia de un sepulturero.

—¿En qué puedo ayudarlo, reverendo?

El hermano Jonas nunca había sido de complexión robusta, pero esta vez se le veía sumamente cadavérico, como fabricado de la misma cera con que se hacían las velas. Sus ojos oscilaban de un punto a otro de la estancia, incapaces de coincidir con los de Branson. No era una señal prometedora.

—¿Ha ocurrido ya, me imagino? —preguntó Branson.

—Sí, señor —dijo Jonas, haciendo una mueca con los labios; giró un segundo los ojos hacia el reverendo, antes de desviarlos de nuevo—. La predicción del Sitio sobre la mujer de Boulder que ganaría la lotería. Hace escasos minutos que ha sido confirmado. Pero eso no es tod...

Branson dio un golpe seco con la mano en la superficie de la mesa. Se había gastado casi veinte mil dólares en conseguir que la acústica del despacho fuese lo más neutra posible; sin embargo, el golpe de su palma contra el escritorio resonó igual que un disparo, retumbando en el interior. Luego se giró en la silla para no seguir viendo a Jonas, pasándose las manos por los puños. Examinó el estudio a su alrededor, decorado en tonos apagados, salvo por unas salpicaduras de color aquí y allá, una lámpara azul, un diván tapizado en seda y una gran pintura en la pared justo detrás de su escritorio.

Un santuario.

Su mano empezaba a dolerle un poco cuando miró el cuadro en la pared, entornando los ojos.

Era un óleo de un pintor filipino y representaba con pinceladas gruesas una procesión de mártires conducidos por las calles de Manila el domingo de Resurrección. Cada año, algunos ciudadanos locales optaban por demostrar su fe permitiendo que se los crucificara. Los más devotos dejaban que les clavetearan las muñecas e incluso que les pusieran una corona de espinas.

—Señor... —dijo Jonas en tono vacilante—, eso no es todo.

—¿Qué más hay? —preguntó Branson con voz fatigada.

—Ya sabe usted que las nuevas predicciones van apareciendo en el Sitio..., varias a la vez.

—Por supuesto.

—Justo antes de cumplirse la predicción sobre la lotería en Colorado, se difundió un nuevo conjunto de predicciones, solo tres, pero una de ellas...

La voz de Jonas se fue apagando.

Hosiah se dio la vuelta en la silla y presionó otro control del escritorio, que hizo subir sin ruido una pantalla oculta en la mesa, seguida de un teclado. Branson tecleó algo breve, y se detuvo en la página de inicio de la CNN.

Miró la pantalla. Hubo un lapso significativo.

—Señor, una de ellas... —comenzó a decir Jonas.

Tragó saliva, produciendo un ruidito parecido al de un sapo, perfectamente audible en el silencio del despacho, y concluyó al fin la frase:

—... es sobre usted.

Así era, en efecto. Más breve que la mayoría de las predicciones, solo una frase, en apariencia inocua:

23 DE AGOSTO: EL REVERENDO HOSIAH BRANSON ECHARÁ PIMIENTA A SU BISTEC.

—Lo siento, reverendo —dijo Jonas.

Apenas una docena de palabras, pero acababan de cambiarlo todo.

Todo.

5

El camarero —un hombre ya mayor ataviado con un delantal— depositó con sumo cuidado una gran bandeja blanca en el centro de la mesa. La bandeja contenía un único y gran trozo de carne: un solomillo nadando en su jugo, que hervía aún y desprendía un olor espléndido.

—Muy muy caliente —advirtió el hombre con ligero acento germánico, mirando a Will y a Hamza por turnos—. Si lo tocan, lo lamentarán.

—Entendido —dijo Hamza—. He estado aquí antes.

El camarero extrajo una serie de instrumentos de trinchar y se aplicó a la carne rebanándola en pequeños trozos, sirviendo a cada comensal una porción, que pasaba por la mantequilla chisporroteante de la bandeja antes de depositarla en los platos. A ello sumó una crema de espinacas y el puré de patatas, y escanció el vino; luego se retiró no sin antes advertirles, una vez más, con el dedo índice, de la bandeja recalentada.

Will cogió el tenedor y ensartó un trocito de carne, pero solo se lo quedó mirando.

—Ya entiendo —dijo Hamza—. Necesitas paladear el momento. De ahora en adelante, en tu vida habrá un antes y un después de este mordisco. No hay otro sitio como Peter Luger's, que sirve el mejor filete del mundo desde 1887, justo aquí, en Williamsburg. Tenlo presente.

—No es eso —dijo Will—. Es solo que... se me hace difícil procesar todo esto. Este trozo de carne cuesta noventa dólares, la comida no nos costará menos de trecientos pavos. Es mi presupuesto para la compra de un mes. Me parece todo tan...

Dicho esto, devolvió el tenedor al plato. Hamza lo observaba con el ceño fruncido.

—No, no dejes que se enfríe, hombre.

—Dijiste que has estado aquí antes, Hamza. Yo no. Jamás me hubiera imaginado que podría venir alguna vez a un lugar como este.

—Podemos permitirnoslo, Will. Puedes pagar cualquier plato que sirvan en este lugar durante todo un mes y ni siquiera notarlo.

—Esa no es la cuestión. Todos mis instintos están ahora replegados, ya no sé lo que debo hacer. Me he pasado toda la vida, o buena parte de ella desde que vine a Nueva York, preocupado por no saber dónde sería mi siguiente bolo, si alguien me contrataría y podría pagar el alquiler, las facturas, la comida...

—Ya no tienes que pensar más en eso.

—Lo sé, pero no se me ocurre en qué debo pensar ahora... Quería disponer de todo este

dinero, porque se supone que uno quiere el dinero. Pero ahora... me cuesta creer simplemente que todo esto vaya a durar mucho. Es demasiado grande. Vivo esperando que algo suceda y arrase con todo, que todo se joda.

Hamza le indicó su tenedor.

—Cómételo y luego te explicare cómo lidiar con esto.

Will miró su tenedor y lo usó para llevarse el trozo de carne a la boca. El solomillo estaba tierno, sabroso y jugosísimo; era, sin la menor duda, una de las mejores cosas que había comido nunca.

—Ya está —dijo.

—Correcto —dijo Hamza—. Ahora sigue disfrutando de tu plato y solo escucha. Cuando estaba en Corman Brothers, vi a muchos cretinos sin ningún talento, de los directores generales para arriba, que se llevaban a casa cinco millones de pavos como bonificación anual. Gente miserable que se había ganado el puesto solo porque estaba decidida a ser más canalla que el resto en su escalada. —Se adelantó en la silla—. No se merecían los cinco millones de dólares, pero los conseguían igual, y nunca les ocurrió nada. No hubo ninguna justicia kármica. Vivían sus vidas tranquilos y todos a su alrededor los consideraban unos mierdas, pero al año siguiente, vuelta a cobrar los cinco millones de pavos.

Se reclinó de nuevo en la silla y ensartó una porción de su solomillo, se lo llevó a la boca casi con ira, lo masticó y se lo tragó. Luego apuntó con su tenedor sobre la mesa.

—Estás desconcertado, Will, y tiene sentido. El cambio puede ser muy duro, y lo que te ha ocurrido... lo que nos ha ocurrido... le ha dado una vuelta a nuestras vidas. Pero terminarás acostumbrándote a ello. El gran paso que puedes dar ahora mismo en esa dirección es dejar de buscarle el sentido a tus predicciones. Estás atascado con todo este asunto del destino, pero el destino no existe, colega. Lo que pasa, pasa.

»Mi padre acostumbraba a decírmelo todo el tiempo. Se sentía frustrado por la forma en que la gente en Estados Unidos asumía, casi como una certeza moral, que había un plan más grande. Obviamente, no lo hubo para él ni para mi madre cuando estaban en Paquistán. Para ellos la vida allí era un caos. Ninguno de nosotros está destinado a algo, nadie está destinado a nada. La vida es un caos, pero también es oportunidad, riesgo, y de qué modo vas a manejarlos. Si eres inteligente, consigues esto... —Abarcó con un gesto de su mano la mesa surtida de caros manjares—. Y si no lo eres, no. Eso es todo.

Will hundió el tenedor en su crema de espinacas, pensativo. Hamza dio un sorbo a su copa de vino, sin despegar los ojos de su amigo.

—Los números, sin embargo —dijo Will.

—¿Los números?

—Veintitrés, doce, seis. Es la última predicción, si eso es que lo es.

—Venga, hombre —dijo Hamza, que comenzaba a crisparse—. No tienes ninguna prueba de que esos números signifiquen algo. Tienes que trabajar con lo que sabes, no con lo que sientes.

—Ya. Pero si todo esto no tiene un propósito superior, entonces solo soy un músico estúpido con una suerte gigantesca. Si las predicciones no significan nada, yo tampoco significo mucho.

—Al diablo con eso —dijo Hamza—. Si eres rico, importas y mucho; es el mundo en el que vivimos. Y ahora somos los dos muy ricos, no importa lo que suceda. No... no te sabotees a ti mismo.

—¿Es eso lo que hago? —se preguntó Will.

—No lo sé —dijo Hamza—. Espero que no. Aunque he visto que subiste tres nuevas predicciones al Sitio.

Will levantó la vista.

—Sí, bueno, un material muy inocuo.

—Pero la tercera, esa acerca de Hosiah Branson... —comenzó a decir Hamza.

—Sí, por supuesto —corroboró Will—. Habrás oído las cosas que dice de mí. Y puesto que tenía precisamente una predicción acerca de él, me pareció demasiado buena para no utilizarla.

Se llevó a la boca un nuevo trocito del filete y lo masticó a conciencia. Como a la defensiva.

—Branson no dice cosas de ti, Will —dijo Hamza—. Las dice del Oráculo, no debemos dejar que esto se vuelva personal. Nunca. Acabamos de vender una predicción por quinientos millones de dólares. No estoy muy seguro de que tenga algún sentido seguir malvendiéndolas de aquí en adelante. El Sitio ha cumplido su propósito. No es Facebook, ni tenemos que seguir actualizándolo.

Will frunció el ceño. El peor rasgo de Hamza era, con total seguridad, su propensión a pontificar.

—Ya sé que solo soy un estúpido bajista, Hamza, pero confía un poco en mí, por favor. Creo poder determinar por mí mismo cuándo una predicción vale algo —dijo—. Y además... ¿cuánto dinero más necesitamos de verdad? ¿Cuándo vamos a parar?

—Cuando tengamos tanto que, literalmente, no importe cómo lo conseguimos. Incluso si nos descubrieran como la gente que está detrás del Sitio, debemos tener lo suficiente para que actúe como un salvavidas.

—¿Y cuánto será eso?

—Más que lo que tenemos ahora. Estoy haciendo planes —dijo Hamza—, que me tienen muy ocupado. El dinero implica trabajar por él, Will. Empresas fantasma, cuentas múltiples, todo el paquete. Una cosa es tener unos pocos miles de millones en cuentas en el extranjero, y otra más compleja es lograr que el dinero esté disponible en tu cajero automático. Puede que los doscientos mil dólares que acabo de entregarte sean, de momento, todo cuanto tendremos cada uno. Por lo menos de momento.

Will consideró el asunto.

—¿Has hablado con las Damas de Florida? —preguntó—. Quizá ellas puedan ayudarnos con este tema. Para eso les pagamos, ¿no?

Hamza se puso serio.

—No voy a involucrarlas más de lo que ya están. Son desde luego maravillosas, las dos, y valen cada centavo de la tarifa desorbitada que nos cobran, pero si no tienes inconveniente, yo preferiría que no estuvieran al tanto de nuestro saldo bancario... Yo mismo estoy ocupándome de ello, Will.

Hubo un silencio incómodo.

—En fin —dijo Will.

—En fin —repitió Hamza—. No todo son malas noticias. He pagado las tarjetas de crédito que he usado desde que renuncié a mi puesto en el banco, y mi crédito universitario. También el de Miko. No es muy excitante, pero, joder, sienta bien.

Will apuró su copa de vino y fijó la vista en el fondo del cristal.

—¿Y cómo le has explicado lo del dinero? ¿Aún te hace preguntas?

—No, Will. Se limita a aceptar que la Providencia la ha bendecido con un esposo brillante y varios millones de dólares... Por supuesto, ella hace preguntas.

—¿Y tú qué le dices?

—Le digo que tú y yo hemos conseguido un montón de capital riesgo para varias empresas, lo que es más o menos cierto. No me cree, pero entre los dos hay algo así como pacto tácito: ella me ama y sabe que yo la amo. Si elijo no contarle lo que estoy haciendo, confía lo suficiente en mí para imaginar que es por una buena razón y que quizá terminará contándoselo cuando pueda... Pero —agregó— eso no va a durar para siempre, ni yo quiero que así sea. Es algo que ha comenzado a interferir entre nosotros.

Will miró fijamente a su amigo.

—Lo entiendo, Hamza, pero cuanta más gente lo sepa... —bajó el tono de voz—. Soy el Oráculo, ¿de acuerdo? Seré yo quien se las cargue si se descubre quién soy. Sé que deberás contárselo a Miko en algún momento, pero ya casi estamos con un pie fuera del asunto. Venderemos unas cuantas predicciones más, tendremos nuestro salvavidas, como dices, y luego el Oráculo deberá desaparecer. Entonces sí podrás decírselo, ¿vale?

Hamza dudó un segundo y asintió. Rellenó la copa de su amigo y la suya, hasta el borde, y propuso un brindis.

—Basta de recriminaciones y toda esa mierda, esto es una celebración. Brindo por la idea más extraña que nadie jamás haya tenido y porque hemos hecho que funcione —dijo—. Y por el mejor socio que uno pueda tener.

—Absolutamente —dijo Will, y chocó su copa con la de su amigo.

Comieron en silencio un rato, concentrados ambos en el solomillo, que se había enfriado un poco, aunque eso no lo hacía menos sabroso.

—Eh, y otra cosa más —dijo Hamza como de pasada, casi como algo forzado—. La próxima vez que quieras cambiar algo en el Sitio, quizá sea mejor que lo hables conmigo antes, ¿vale? Lo único que podría hundirnos es que alguien descubriera quién eres antes de que estemos preparados para que eso ocurra. Subiste esas nuevas predicciones tal como nos indicaron las Damas de Florida, ¿no es así?

—Exacto —dijo Will—. Pero yo pensé que no te gustaban las Damas.

—Entiendo que las necesitamos. Solo me gustaría que nuestra operación fuese un poquito más autosuficiente, eso es todo. De todas formas, es lo apropiado, estoy seguro. A fin de cuentas, si no lo estuviera, ahora mismo tú y yo estaríamos en un calabozo del FBI, ¿no?

—¿El FBI? —dijo Will, levantando de nuevo su copa—. Venga ya. No somos delincuentes.

6

Jim Franklin, el actual director del FBI —cargo que había conseguido con mucho esfuerzo—, pensaba en el crimen. En cometer uno.

—Señores. Aquí estamos de nuevo —dijo Anthony Leuchten, el jefe de gabinete de la Casa Blanca y objeto de ese hipotético crimen.

Franklin observó la densa masa de grasa, de aspecto muy poco saludable, que rodeaba el cuello de Leuchten, y le costó imaginar que pudiera anudarse cada día el nudo de la corbata; debía de hacerse las camisas a medida. Parecía un sapo. Un sapo de piel rosácea y cabellos blancos como la nieve, y unas gafas redondas que daban a sus ojos un aspecto acuoso y enfermizo.

Sintió deseos de hundir sus dedos en la bola adiposa de su cuello y estrangularlo, sumergiendo los pulgares en la grasa, hasta estar completamente seguro de que nunca más volvería a oír el tono condescendiente y mojigato del jefe de gabinete.

Decidió que sería mejor apartar la mirada de ese hombre para sacudirse ese impulso homicida. Cerca de él había otro individuo, de pie sobre la nieve caída en el jardín sur de la Casa Blanca: un individuo bajo y muy delgado, de aspecto extraño, vestido con el uniforme de general de tres estrellas. Era el teniente general Linus Halvorsson, director de la Agencia de Seguridad Nacional. Franklin no lo conocía muy bien, pese a la colaboración habitual que se suponía que debía haber entre sus respectivos departamentos. La NSA se había ganado la reputación de ser el hogar de acogida de genios matemáticos y descifradores de códigos marginados de la sociedad, o vyeristas que se regodeaban leyendo los correos de todo el país. Y en las pocas ocasiones en que Franklin había tratado directamente con Halvorsson había comprobado que este último podía pertenecer a cualquiera de las dos facciones.

Leuchten sostenía en ese momento una fina rama de medio metro caída de un árbol cercano. La golpeó contra su palma regordeta y después la lanzó tan lejos como pudo por el jardín.

Una perra husky siberiana y lanuda, de pelaje blanquinegro, que hasta entonces descansaba a sus pies, se levantó y corrió a por ella. Leuchten observó inmutable su carrera.

—En verano, este clima es muy caluroso para ella, pero el presidente no tuvo opción. Haber abandonado la mascota en Minnesota le habría causado un daño mayor en las encuestas que tres incidentes diplomáticos seguidos. La gente adora a sus perros —concluyó Leuchten.

—Me lo imagino —dijo Franklin. Linus Halvorsson continuó en silencio.

La perra husky volvió sosteniendo orgullosa la rama entre sus fauces y Leuchten se agachó

para recibirla, revolviendo con su mano el denso pelaje del animal.

—Bien hecho, Anuk. Buena perrita.

Leuchten dedicó a los dos hombres una mirada gélida.

—Uno de vosotros me habría llamado en caso de tener un nombre —dijo—. Entiendo, por lo tanto, que aún no habéis encontrado al Oráculo. Y habéis tenido un mes. ¿Qué demonios sucede?

El que habló fue Franklin:

—Tony, escucha, te hemos enviado regularmente informes con nuestros avances. Tú sabes que...

Leuchten alzó su dedo índice en el aire y Franklin apretó la mandíbula.

—Los informes son una mierda, Jim. Joder, Anuk caga eso mismo dos veces al día.

Las manos de Franklin se retorcieron de manera espasmódica dentro de sus bolsillos.

—No nos sobra el tiempo, caballeros —continuó Leuchten—. Es año de elecciones y el hombre que está detrás de vuestros respectivos nombramientos se presenta para su segundo mandato. Y como da la casualidad de que yo soy el responsable de garantizar que obtenga ese segundo mandato, me sorprende que no estéis haciendo algo más para hacerme feliz.

»Las guerras en defensa de las libertades que nuestro país libra actualmente, los temas económicos que inciden en la clase media, el control de las armas, el lío que heredamos en la atención sanitaria, la reforma de las leyes de inmigración, las tensiones entre estados demócratas y republicanos... Todo esto era previsible y no supone ningún obstáculo insalvable.

Leuchten apretó de nuevo los labios.

—Sin embargo, ni yo mismo podía anticipar la aparición de un individuo que, según todos los indicios, predice el futuro. A pesar de los temas restantes que afronta el país, al pueblo norteamericano le preocupa el Oráculo. Y el ilustre oponente del presidente, ese montón de mierda encarnada en candidato, se ha referido ya al Sitio en tres de sus discursos. Su postura es muy simple: consiste en llamar la atención sobre el hecho de que no hemos podido localizar o explicar el Oráculo, lo que hace que el presidente, vuestro jefe, parezca débil.

»Estoy seguro de que veis cuál es el problema. Más allá de que no podamos localizar o explicar el Oráculo, tampoco podemos adoptar ninguna postura al respecto. No podemos actuar hasta que sepamos si el Oráculo es solo un timador de Las Vegas o si el Sitio es un elaborado esfuerzo por parte de una potencia extranjera para desestabilizarnos. ¡O Dios sabe qué más! Y eso nos está ocasionando un daño enorme. Este... adivino podría terminar impidiendo al presidente Green ejercer un segundo mandato.

El discurso provocó que el rostro de Leuchten adquiriese la tonalidad del algodón azucarado. Después hizo una pausa, se relajó un instante y se dirigió otra vez a los dos hombres:

—Así pues, espero de vosotros alguna buena noticia.

Halvorsson y Franklin se miraron entre sí. El director de la NSA se encogió de hombros y habló el primero:

—Hemos interceptado ciertas comunicaciones que sugieren que el Oráculo se ha reunido con altos cargos de varias corporaciones multinacionales importantes, y también con algunos ciudadanos de gran fortuna.

—Ya veo... ¿Como cuáles?

—Barry Sternfeld, por nombrar uno. Hay un noventa por ciento de posibilidades de que haya contactado con él. Ngombe Mutumbo es otro, aunque en este caso es menos seguro.

—¿Sternfeld? Contribuyó con varios millones a la primera campaña del presidente, es buen amigo de nuestra administración. Y dice que se reunió con... O sea, ¿que el Oráculo celebra ahora reuniones? ¿Y cómo es que aún desconocemos su identidad, joder? ¿Por qué no podemos fijar nosotros una maldita reunión con él?

Halvorsson se aclaró la garganta.

—Es que todo lo hace clandestinamente, señor. En el corazón de internet, valiéndose de códigos encriptados específicamente diseñados para el cliente, herramientas para ser utilizadas una sola vez y que hagan imposible el rastreo. Nada queda grabado. Somos buenos en nuestra labor, pero no hacemos milagros. Si tuviéramos conocimiento de una reunión por adelantado, quizá podríamos hacer algo, pero por ahora nos enteramos de todo cuando ya ha ocurrido. Con el tiempo, puede que...

Leuchten lo interrumpió, su rostro adquiría una expresión cada vez más lúgubre a medida que pasaban los segundos.

—Más información de mierda, Halvorsson. Empiezo a marearme solo con el olor. ¡Llamad a Sternfeld! Preguntadle cómo logró él contactar con el Oráculo. No puede ser tan difícil, ¿no?

En ese punto intervino Franklin:

—Espera, Tony, para que te hagas una idea. Danos un par de minutos para explicarte la situación antes de soltarnos tus pequeñas sugerencias. No des por sentado que somos un par de idiotas.

El rostro de Leuchten se relajó. Se volvió hacia Franklin con una leve sonrisa dibujada en los labios.

—Daré por sentado que sois un par de idiotas hasta que me demostréis lo contrario, director. En cuanto a mis sugerencias, quizá no os gusten mucho, pero os aseguro que al presidente sí. Y puedo sugerirle, por ejemplo, que al FBI le sentaría bien un cambio de liderazgo. Agitar un poco las aguas, incorporar sangre nueva, desembarazarse de la vieja. Una sugerencia que le puedo hacer personalmente, sin intermediarios. Cabe considerarlo.

Leuchten miró a Franklin por encima de sus gafas redondas, con la frialdad de sus ojos azules.

—Pero, por favor, continuad. Decidme lo que está ocurriendo.

Franklin miró a Halvorsson en busca de apoyo, pero el general prefirió desviar la vista hacia un árbol cercano.

Franklin inspiró una profunda y desalentadora bocanada de aire invernal y la retuvo en sus pulmones. Al espirar, volvió a mirar a Leuchten.

—Bien —dijo—, la cuestión es esta. Mi gente ha oído hablar de esas reuniones del Oráculo que el director Halvorsson describe, pero no hemos podido conseguir ningún detalle de ellas. O sea que, o bien los clientes del Oráculo están demasiado asustados para hablar, o bien este les da algo tan valioso que nuestras amenazas no logran compensarlo. Estoy seguro de que Linus ha debido de toparse con dificultades similares.

Miró a Halvorsson. El hombre asintió con lentitud, una sola vez, pero no dijo una palabra. Ahora Franklin sintió ganas de golpearlo a él también. Esta reunión debía terminar pronto o él mismo acabaría siendo citado por un tribunal acusado de agresión múltiple.

Confiaba que los drones de la NSA de Halvorsson dedujeran algo espectacular, pero no parecía el caso. Con el tiempo, cada vez era más evidente que él personalmente tendría que hacer algo. Algo que, en realidad, no quería hacer.

—Creemos que el Oráculo está vendiendo predicciones —prosiguió Franklin.

—Ajá —dijo Leuchten—. Temía que eso ocurriera. Es lo que yo haría si tuviera acceso al futuro. ¿Y qué está vendiendo? En términos más específicos, quiero decir.

Franklin hizo rechinar los dientes.

—Una vez más, no estamos muy seguros. Como ha mencionado el director Halvorsson, las reuniones se desarrollan en redes absolutamente seguras, y nuestras fuentes no son gente que haya participado directamente en esas conversaciones con el Oráculo. Todo lo conseguimos de segunda mano: de rumores que circulan en los baños de caballeros, asesores de la gerencia que han oído parte de una charla, esa clase de cosas. No hemos conseguido acercarnos a nadie que haya recibido directamente la información. Pagan un montón de dinero por esa información, y no está en su ánimo compartirla.

Anuk fue hacia ellos, haciendo saltar en cada zancada la fina nieve caída, y se restregó contra las piernas del jefe de gabinete. Leuchten se agachó y tironeó de la cadena que le estrangulaba el cuello; el animal lanzó un quejido y cayó de lado, mirándolo con expresión de dolor.

—Maldita sea, llevaos a este animal dentro —ordenó haciendo una seña a uno de los hombres del Servicio Secreto que estaba a unos pasos de allí. El hombre le habló en voz baja al micrófono de la solapa y luego se acercó para llevarse a Anuk.

Leuchten puso los brazos en jarra.

—Me niego a aceptarlo —dijo—. Este tío está armándose una base de poder, aliándose con individuos y corporaciones que se encuentran entre las más poderosas del mundo. ¿Por qué? ¿Tenéis algún dato revelador? ¿Lo que sea?

—Sí, hay algo —dijo Halvorsson.

Franklin lo miró sorprendido.

—Hemos conseguido establecer relaciones cruzadas entre ciertos pagos sustanciales hechos por individuos y organizaciones que sabemos que han estado en contacto con el Oráculo. Pagos efectuados, todos ellos, a las islas Caimán, cada uno a una cuenta distinta.

Leuchten apretó como siempre los labios.

—¿Cuánto?

—Los pagos varían, pero nunca bajan de los diez millones de dólares —continuó Halvorsson—. Los más elevados alcanzan los centenares de millones. Son poco más de dos mil millones en total.

—De acuerdo. ¿Y en qué se los está gastando? —espetó Leuchten—. Se puede comprar un montón de AK-47 con dos mil millones de dólares, organizar campos de entrenamiento para los terroristas en todo Oriente Medio. Casi podría fabricarse una bomba nuclear. Repito: ¿en qué se los está gastando?

Franklin y Halvorsson lo miraron fijamente. El silencio duró unos segundos. Leuchten se cruzó de brazos y les dio la espalda.

—Muy bien, eso es todo —dijo—. Tengo otros asuntos de los que ocuparme. Encontrad al Oráculo. Háganlo, caballeros, o déjenme sus sugerencias respecto a quién podría reemplazarlos.

Halvorsson hizo una inclinación de cabeza y regresó por el jardín sur. Franklin pareció dudar.

—Tony, si pudieras concederme un minuto más —dijo.

Leuchten lo miró sorprendido. Halvorsson ya estaba a algunos metros de distancia y vaciló: claramente, no tenía intención de marcharse si la conversación aún no había concluido, pero era

demasiado tarde para darse la vuelta y conservar al mismo tiempo su dignidad.

—Tienes dos, Jim —replicó el jefe de gabinete.

—Demos un paseo —sugirió Franklin, indicándole el extremo del jardín sur, alejado del lugar donde se encontraba Halvorsson.

Caminaron repasando el sendero que Anuk había abierto en la nieve, haciendo un surco circular.

—¿De qué se trata? —preguntó Leuchten.

Franklin respiró hondo. En ese instante hubiera preferido hablar con el presidente y no con aquel batracio que solía bloquear su acceso a él.

Leuchten lo observaba con indisimulada curiosidad, incluso con avidez.

—Puede que haya otra forma de encontrar al Oráculo —dijo Franklin, midiendo sus palabras.

Leuchten enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Y no podemos discutirla con el director Halvorsson?

Franklin negó con la cabeza.

—Es un enfoque nada habitual, Tony. Y me parece que tú mismo, al enterarte, querrás que poca gente, la menos posible, tenga conocimiento de esta charla.

—Ya veo. Entonces ¿estás seguro de que debemos mantenerla?

—Desde luego —dijo Franklin en tono taxativo—. La verdad, no creo que encontremos demasiado pronto a este tío, demuestra una gran inteligencia al usar la tecnología. Todo su sistema, el Oráculo en sí, está diseñado para impedir que interfiramos o pirateemos absolutamente nada. No somos la NSA, pero mi gente del área tecnológica es buenísima y me ha asegurado que no disponemos de la tecnología para sortear la seguridad del Sitio en un período razonable de tiempo. Podríamos tardar años. Estamos trabajando en ello, pero hasta ahora no sabemos ni siquiera de dónde procede su dirección de correo electrónico.

»En estos momentos, mi equipo podría llegar hasta él siguiendo únicamente la línea habitual de investigación, pero él tendría que cometer un error para lograr sorprenderlo, y ahora que tiene dinero ese escenario también ha cambiado. El dinero ayuda mucho, a veces; deja rastros. Pero a la vez permite contratar a gente que ayude a cubrir esos rastros. Sea lo que sea, la labor detectivesca tarda su tiempo. Tú has dejado claro que no disponemos de ese tiempo, y coincidido contigo.

Leuchten exhaló una gran bocanada de aire.

—Jim, explícame por qué estoy todavía aquí fuera escuchándote. Me refiero a que, si quisiera que se me congelaran los huevos, me bastaría con follarme a tu esposa, ¿no?

Franklin respondió al comentario con una sonrisa, a todas luces forzada.

—Voy a ello, Tony —dijo, e hizo otra pausa, obligándose a mantener la calma—. Conozco a alguien que podría encontrar al Oráculo. Tal vez.

Leuchten frunció el ceño.

—¿Por sí solo?

—No exactamente. Acostumbra a recurrir a un equipo de especialistas.

Franklin dudó unos segundos, pensando en el nido de ratas que su próxima frase destaparía, intentando decidir si el Oráculo lo valía.

Lo pensó un poco más... y finalmente le habló a Leuchten del Coach.

7

El reverendo Hosiah Branson se apoltronó en el salón y observó de mal humor un televisor que desplegaba imágenes de su propia casa filmada desde el exterior.

Jonas Block estaba ahora de pie en la entrada al salón, después de que lo hubiera convocado allí Maria Branson con un par de frases secas. La esposa del reverendo normalmente fingía la personalidad del típico personaje de los dibujos de Disney, aunque esa tarde parecía sumida en la negrura, exhausta. Las tensiones que afectaban al culto de su esposo desde que hacía solo tres días el Oráculo había formulado su predicción habían incidido claramente en el hogar.

Jonas se aclaró la garganta. Branson se volvió hacia él y cambió por completo la expresión de frustración alicaída en que se hallaba sumido por una sonrisa confiada y acogedora.

Enseguida se levantó y caminó hasta Jonas, cogiéndole la mano y estrechándosela con gesto cordial. Iba vestido con tejanos y camiseta, con el cabello revuelto y una tosca barba de tres días, pero su sonrisa... era como la cruz de neón que presidía el cuartel general del culto, encendida cada día tras la puesta de sol, apreciable desde varios kilómetros a la redonda.

—Gracias por venir, hermano Jonas —dijo el reverendo.

—Faltaría más, señor. Me alegra que me haya llamado. Estamos todos muy preocupados. Debe usted saber que hemos estado recibiendo llamadas de... bueno, de todo el mundo... relacionadas con la predicción del Oráculo. Y no estamos muy seguros de cómo actuar.

Branson le indicó con un gesto el televisor, que ahora mostraba a un reportero especulando febril sobre la razón por la que el secretario personal del reverendo había sido convocado esa tarde a su casa.

—Soy consciente de este repentino interés de los medios en nosotros —dijo Branson—. Es más que evidente con solo asomarse a la ventana.

Jonas asintió.

—¿Y ha estado usted rezando por ese motivo? —preguntó—. ¿Rogando por una solución?

Branson cogió el mando a distancia y apagó el televisor.

—En cierta forma —dijo.

Caminó a través del salón y cruzó ante una puerta de madera pesada y enorme, un poco fuera de lugar con la distinción *chic* de la estancia, el típico mobiliario de Crate & Barrel, y con la atmósfera de comodidad suave, inofensiva, que transmitía en general la casa. Parecía que un error en un «teletransportador de materia» hubiera fusionado en parte el salón del reverendo con una

finca inglesa al viejo estilo. Aquella puerta parecía especialmente diseñada para generar preguntas sobre lo que habría al otro lado.

Branson llegó hasta una mesita donde había varios licores, vasos y demás utensilios para preparar cócteles. Cogió una botella de un líquido ambarino y sirvió dos copas generosas. Le tendió una a su secretario y alzó la suya para hacer un brindis silencioso y dar un primor sorbo. Enseguida enarcó una ceja, miró al joven que estaba frente a él y le clavó los ojos, hasta que Jonas se llevó la copa a los labios.

—Delicioso, ¿no? —comentó Branson—. ¡Es el Apóstoles de González Byass! No creo que haya un mejor Palo Cortado en todo el mundo.

Jonas asintió educadamente.

—Muy bueno, reverendo. No soy un gran bebedor, pero está muy sabroso.

Observó atentamente a Branson, a la espera de que este le informara del motivo de su presencia allí, pero no parecía que eso fuese a ocurrir. En su lugar, el reverendo levantó su copa medio vacía, observándola pensativo... Pero fue solo un momento, hasta que su amplia sonrisa volvió a su rostro, justo cuando iba a irrumpir la inquietud.

Jonas comprobó que él mismo comenzaba a irritarse.

Era como si ese hombre no tuviera la menor idea de lo que estaba ocurriendo en el exterior de su casa. En su Iglesia. Con su gente abandonada de manera arbitraria mientras él se emborrachaba en su salón. Los fieles se hacían preguntas. Pensaban que el reverendo estaba asustado.

—Señor, imagino que el hecho de que el Oráculo lo mencionara en el Sitio debe de haberle provocado algún sobresalto, pero, se lo ruego, necesitamos saber qué hacer. Necesitamos un plan.

—Ah, yo ya tengo uno, Jonas. Después de todo, han pasado tres días. Tiempo para levantarme otra vez, ¿o no?

Branson se volvió hacia la gran puerta de madera con gesto pensativo, bebió otro largo trago de jerez y miró a Jonas.

—¿Tú crees que soy un buen hombre, Jonas? —le preguntó.

Era una pregunta para la que solo había, desde la perspectiva de Jonas, una respuesta posible:

—Sí —contestó.

—Bien —dijo el reverendo—. Me alegra. Yo también lo creo. El Culto Branson reunió un total de más de ciento cincuenta millones de dólares el último año, y buena parte de eso fue directamente reinvertido en limpiar las aguas de África, en las escuelas, en la lucha contra la drogadicción. No soy uno más de esos predicadores mercachifles que le arrebatan cada céntimo a su rebaño y se lo gastan en Ferraris y operaciones de cirugía plástica.

Miró de nuevo hacia la puerta de madera unos segundos y luego otra vez a Jonas.

—Para enfocararlo de otro modo, ¿estarías de acuerdo en que este culto es valioso y que sería una pérdida para el mundo si desapareciera?

—Por supuesto, reverendo. No creo que nadie pueda decir lo contrario.

—De acuerdo —dijo Branson—. Entonces queda establecido que soy un buen hombre y que todo lo que aquí he edificado es importante.

Se restregó una mejilla, provocando el ruido característico del roce contra su barba, y durante un largo minuto se quedó con la vista fija en la distancia.

—Tengo un secreto —anunció, y apuntó a la puerta de madera—, ahí dentro.

Jonas retrocedió involuntariamente un paso y depositó su copa de jerez, que apenas había

probado, en la mesa de centro.

—Reverendo, quizá sería mejor que yo me retirase.

Branson fue hasta la puerta de madera y extrajo una pesada llave de hierro de su bolsillo.

—No seas tonto, Jonas —dijo.

Abrió la cerradura y la puerta reveló una zona en penumbra más allá del umbral. Enseguida pasó al interior, desvaneciéndose en la oscuridad.

—Ven aquí —se oyó su voz desde dentro—. Y trae tu jerez, que no es nada barato.

Negando con aire de pesar, Jonas recogió su copa y siguió a Branson hasta la siguiente habitación.

Era algo parecido a un estudio; una recámara oscura, sin ventanas, solo con una lamparilla en la mesa situada en el centro de la estancia para iluminarlo todo. Muy poca luz para apreciar los detalles; únicamente se veían algunos destellos metálicos aislados en las paredes.

Branson cerró la puerta a su espalda con un clic suave del pestillo y alzó con su dedo la serie de interruptores que había a la derecha de la entrada.

Varias luces dispuestas en pequeños huecos en la pared cobraron vida. Debajo de cada una había una hornacina con un pequeño objeto decorativo hecho de vidrio y metal. Las paredes eran de tonalidad carmesí, y el escaso amueblado estaba labrado en maderas de tono oscuro, con repujados de cuero. La estética general no podía ser más opuesta al tono calculado y neutro del despacho de Branson que tenían detrás, en su cuartel general, o incluso al estilo insípido y vulgar del resto de la casa. Lo que allí había era exuberante, casi sensual.

Branson pulsó otro interruptor para encender el fuego en la chimenea, suscitando reflejos que ahora oscilaban entre los objetos metálicos desplegados en las hornacinas.

Caminó hacia una de ellas que contenía un cilindro de cristal de unos treinta centímetros de alto, grabado en plata, que se sostenía en un soporte de cuatro patas bañadas en oro. Dentro había algo indiscernible, de color entre amarillo y marrón. Branson lo cogió del soporte y se lo enseñó a Jonas.

—¿Sabes lo que es esto? —le preguntó.

Jonas examinó intrigado el objeto.

—No estoy muy seguro, reverendo.

—Un relicario. Son los restos mortales de san Grato de Aosta, que murió en el año 470 de nuestra era. Me parece que es una vértebra suya. O eso fue, al menos, lo que me dijeron cuando la adquirí.

Jonas echó un vistazo a la habitación, fijándose en el resto de las hornacinas, cada una de las cuales tenía su propio recipiente de vidrio y metal con un trocito de carne y hueso en su interior, no muy distintos al que Branson sostenía en la mano.

—Parecen todos restos de... —dijo Jonas abrumado, abarcando con un gesto la totalidad de la estancia—. Reverendo, esos son santos católicos. No lo entiendo.

Branson sonrió apenas.

—No temas, Jonas. No soy un papista en secreto. Sigo siendo un buen protestante, al viejo estilo americano.

—Pero ¿por qué entonces...? —comenzó a decir Jonas.

Branson se situó junto a la chimenea, lo que extrañó al joven secretario considerando que la estancia ya estaba demasiado caldeada.

—Las reliquias sagradas son siempre atracciones turísticas —explicó Branson—. Durante miles de años, las iglesias de todo el mundo se han valido de ellas para atraer fieles. Así que, junto a cada una de ellas, suele haber una cajita para los donativos.

El reverendo examinó el trozo de hueso dentro del relicario.

—¿Se trata en verdad de un trozo de la columna vertebral del viejo Grato? ¿O es que simplemente alguna parroquia tenía la necesidad de reparar el techo y sus acólitos fueron al cementerio más cercano a excavar en busca de un milagro para venderlo? —Miró a Jonas con expresión calmada—. Mi propio secreto es muy simple —agregó—. Y es que no creo en Dios.

Jonas frunció el ceño.

—¿Ha menguado su fe? —inquirió—. Bueno, eso ocurre a menudo, reverendo. O eso he oído... Y si necesita ayuda, podemos rezar juntos, haré todo cuanto esté en mi mano para ayudarlo, aparte de que me honra que...

—No —lo interrumpió Branson—. Nunca he creído en Dios. Simplemente, no le encuentro sentido.

Jonas quedó demudado.

—Bueno, no es exactamente así. Creo en la espiritualidad y en la bondad. Pero... ¿en el contenido de la Biblia? ¿En los detalles específicos? No, en eso no creo. Dios no es algo real. Cuando menos, no es la versión que le vendemos a nuestra congregación, que es solo morralla, una campaña publicitaria.

Volvió a levantar en su mano el relicario.

—La fe es una mercancía. Se la puede envolver, comprar y vender. Eso vale también para estos huesos sacrosantos y para mi propio culto.

Jonas notó que uno de sus ojos comenzaba a pestañear.

—Tú sabes que nuestra grey tampoco cree en nada, ¿no es así? —agregó Branson.

—Eso no es verdad —dijo Jonas con una emoción evidente en su voz.

—Por supuesto que lo es. Si toda esa gente creyera de verdad que Dios está en lo alto, juzgándolos desde allí, serían todos mejores personas. Pero tú ya ves cómo son: mienten todo el tiempo, hacen trampas. En este sentido, unos desvergonzados.

Branson se bebió del todo el jerez y miró su copa vacía con languidez.

—Teníamos que haber traído la botella —dijo.

Dejó la copa sobre la mesita que tenía más cerca.

—Hace tiempo, me paré a pensar en el bien que una persona puede hacer en su vida, en las cosas que realmente puede hacer para ayudar a sus congéneres. Como si se tratara de un problema matemático. ¿Cuánto bien puede alcanzar una persona común y corriente en su vida? Me imaginé que sería poco, si de verdad quería seguir ese camino...

»Entonces observé lo que la gente hacía en la realidad y me di cuenta de que... no es mucho, ¿te das cuenta? En ningún caso. La gente va a lo suyo y quizá no hieran a nadie de manera deliberada si pueden evitarlo, pero... ¿de ahí a tender una mano a los necesitados? ¡Olvídalo! A la mayoría les basta con llegar al final del día.

Sonrió a Jonas.

—No me gustaron esas matemáticas, las encontré frustrantes. Así que decidí hacer algo mejor. Decidí hacer esto.

Agitó de nuevo el relicario.

—Ahora bien, no quiero edulcorarlo todo. Yo mismo recojo el dinero, cubos repletos, de manos de muchísima gente, pero no soy por ello un ratero. Doy a cambio algo valioso. Nuestra congregación... nuestros clientes... quieren sentirse bien consigo mismos, mejores que otra gente, y están deseosos de pagar por ello. Para eso sirve nuestro culto, para eso es cualquier ministerio. Es todo cuanto anhelan de nosotros, Jonas. Mírame a los ojos y atrévete a negarlo.

El muchacho quiso alzar la vista y mirarlo, refutarlo, desafiarlo, pero sus ojos permanecieron fijos en el relicario, viendo las llamas de fondo a través de él.

—Mi rebaño me brinda su energía, su poder, su dinero, y es feliz haciéndolo. Si yo fuera egoísta en la forma de emplearlo, sería desde luego un demonio. Pero ese no es el caso, ¿cierto?

Me limito a reunir esos restos de buena voluntad y unirlos, dentro de mí. Luego genero algún cambio en el mundo, le doy luz.

»Y ahora mismo —prosiguió— cuento hasta con los empresarios para que me escuchen, o los titanes del entretenimiento, porque dispongo de un ejército. Mi rebaño. Si yo digo que algo es la obra del demonio, ellos desprecian ese algo. Si digo que otra cosa es una bendición de Dios, mi gente la compra, o vota por ella, o acude a verla. Ese es mi poder y lo que me permite caminar entre personas poderosas. ¿Sabías que el presidente Green me llama por teléfono una vez al mes, Jonas? Solo para charlar.

»Tengo todo ese poder y nunca he hecho otra cosa que el bien con él. ¿Cuántos podrían decir lo mismo si estuviesen en mi lugar?

Jonas comprendió que acababa de escuchar a un hombre justificando durante diez minutos el hecho de que mentía para ganarse la vida.

—No creo en Dios —insistió Branson—, pero sí en la capacidad de creer y en su poder de hacer el bien en este mundo. He dedicado mi vida a este principio, pero ahora... —alzó de nuevo el relicario de Grato de Aosta y lo miró sonriendo—, ¿a quién coño le importa?

Branson arrojó el relicario al fuego. El cristal se hizo añicos y comenzó a desprender un olor extraño, como a setas, que inundó la estancia.

Después fue hasta otra de las hornacinas y cogió un segundo relicario, esgrimiéndolo ante Jonas. El rostro del reverendo enrojecía por momentos: el ambiente se había vuelto sofocante, con el aroma abrumador de los restos humanos ardiendo.

—Antonio de Padua, Jonas, el de los burros. ¡El santo patrón de los burros, por el amor de Dios!

Hubo otro estrépito de cristales cuando Antonio se unió a Grato entre las llamas. Jonas retrocedió asustado, alejándose de la chimenea. La predicción del Oráculo sin duda había desquiciado un poco al reverendo. Sintió ganas de salir huyendo, preguntándose en un raptó de pánico si debía advertir a María Branson de lo que estaba ocurriendo y sacarla de la casa. Se preguntó incluso por lo que ocurriría si al final tenía que pelearse con Hosiah Branson... pero ni siquiera pudo figurárselo.

Branson avanzó hasta la hornacina siguiente y cogió un cofrecillo de cristal. Fue directo al fuego. Las esencias que emanaban de las llamas habían adoptado una cualidad nueva: un dejo a nuez moscada, entreverado con un intenso olor a algo químico.

Una visión nítida e inesperada acudió a la mente de Jonas: la imagen de la esposa del reverendo abriendo la puerta del estudio unas horas después y encontrando a su esposo y a su ayudante muertos en la alfombra frente a la chimenea, intoxicados por las emanaciones generadas

por alguna antigua sustancia utilizada como conservante de esos restos.

Entonces dio un paso adelante y puso su mano en el brazo de Branson.

—Deténgase, reverendo, se lo ruego. ¿Qué está haciendo?

Hosiah se dio la vuelta con el sudor chorreándole desde la frente, acumulándose en sus cejas. Se lo enjugó con la manga.

—¡Esa predicción fue un ataque directo a mi persona, Jonas! Está intentando destruir mi credibilidad, convertirme en un hazmerreír. Y no solo a mí. A los hinduistas y a los musulmanes... a todos nos involucra. Porque no podemos competir. Hasta el momento, el Oráculo no se ha identificado, ni ha dicho que sea la voz de Dios, pero es solo cuestión de tiempo, y entonces... ¿un profeta cuyas predicciones se cumplen de verdad? Estamos jodidos. La fe es voluble, Jonas, me duele decirlo. El Oráculo está haciendo lo que hacemos todos, solo que... mejor. Y la gente empieza a prestarle atención, a variar sus lealtades. El Sitio lleva activo apenas tres meses y nuestras donaciones han caído en...

—Un catorce por ciento —respondió Jonas sin vacilar.

—Un catorce por ciento —repitió Branson aprobando con un gesto de la cabeza—. Tenemos que pararlo. No voy a dejar que se arruine la obra de toda una vida por un charlatán.

—¿Un charlatán? —dijo Jonas—. Pero es que... las predicciones que él hace...

—Sí, un charlatán. Un fraude —replicó Branson—. He de admitir que en un principio yo mismo dudé de que fuera así. Esa predicción referida a mí... lo de la pimienta en mi bistec... no lograba concentrarme en el asunto, al menos al principio. Por eso me he tomado este descanso, estos días libres, para meditarlo. Y ahora sé lo que debo hacer... Vamos a destronarlo, Jonas, tú y yo, y algunos de mis amigos más poderosos. Y va a funcionar, lo sé. Después de todo, tenemos a Dios de nuestra parte.

Branson sonrió de nuevo, con esa sonrisa que parecía brillar como el neón.

—Pero ¿será así de fácil, reverendo? —preguntó Jonas—. Quiero decir, el Oráculo parece capaz de predecir algunas cosas antes de que ocurran. No sabemos de qué más es capaz, qué poderes tiene.

—No. Seremos precisos —dijo Branson.

—Pero... ¿cómo lo sabe?

—El Oráculo no es un dios. No tiene la magia de su lado, es solo un hombre. Sin la menor duda. ¿Sabes por qué lo sé?

—¿Por qué, señor?

—Porque ha metido la pata.

Branson se arrastró hasta uno de los sofás y se dejó caer en él, haciendo crujir el cuero debajo.

—Se ha confundido —añadió—. Me envió esa predicción como hace un francotirador, por sorpresa, pero esa bala le va a morder el culo, te lo prometo.

Bebió un sorbo del jerez de Jonas paladeándolo, tomándose su tiempo.

—Al principio no lo había advertido, debo admitirlo. Quizá estaba algo confuso, el Sitio resulta tan penetrante... Incluso en ocasiones me olvidaba de que es todo un gran embuste. Pero voy a decirte una cosa: no hay nada sobrenatural en el Oráculo. El cretino ha dicho que le pondré pimienta a mi bistec en tal y tal fecha. Bueno, eso me deja una elección muy clara, ¿no? Sigo gozando de mi libre albedrío. Es muy sencillo, Jonas: cuando llegue la hora... simplemente no lo

haré.

—Pero no veo cómo...

—Porque —dijo Branson— voy a comerme ese bistec en vivo y en directo, en la catedral de nuestra congregación y delante de las cámaras, para que la señal llegue a todo el mundo. Cogeré el pimentero, lo miraré unos segundos, sonreiré y luego lo devolveré a su sitio sin agitarlo sobre mi plato. Todos en el planeta comprobarán que el Oráculo puede equivocarse. Desde hoy mismo y hasta ese instante, vamos a utilizar cada recurso de que dispongamos en esta organización, cada uno de mis contactos, cada favor que se me deba para dar con él. Vamos a averiguar su nombre y a quitarle su poder y... eso será todo.

Levantó la otra copa de jerez y la vació al fin de un trago.

—El Oráculo nos proveyó del arma que utilizaremos para derrotarlo. Él la cagó. Por eso sé que solo es un hombre.

Desvió la mirada hacia la chimenea, donde las llamas se alimentaban con santos renegridos, humeantes y ahora reducidos a fragmentos.

—Dios no comete errores.

8

En su mesa de la cocina, perdido entre pilas de gruesos volúmenes y páginas impresas de internet diseminadas en torno a él, Hamza examinó el índice del *Estudio de la banca nacional suiza y sus leyes* y de ahí saltó a la sección de normas relacionadas con los intercambios de divisas.

Incluso el párrafo introductorio era un galimatías: un conjunto embrollado de frases tan retorcidas que hubiera debido cribar el párrafo para saber lo que significaban, como hace un tejedor cuando prepara la lana.

Dio un suspiro y comenzó a tomar notas.

Quince minutos después, cuando intentaba comprender por qué razón Suiza prefería mantener sus reservas en dólares americanos en cuentas del mercado monetario, oyó sonar un teléfono. Sin apartar la vista de la página que estaba leyendo, tanteó con la mano su móvil sobre la mesa.

Entonces se dio cuenta de que no era su móvil el que sonaba; el sonido procedía del dormitorio, donde estaba Milco corrigiendo redacciones. Allí él mismo había instalado una línea por satélite extremadamente segura (y extremadamente cara) que empleaba para mantener contacto con un selecto grupo de personas. Sus ojos saltaron del libro y se medio incorporó de la silla.

Empezó a dirigirse al dormitorio, sabiendo ya que llegaría tarde. La llamada se interrumpió en ese momento y oyó la voz de Miko diciendo «¿Hola?».

Hamza se detuvo en el umbral. Su mirada fija en el rostro de Miko mientras escuchaba para decirle todo cuanto necesitara saber sobre la persona que estaba al otro lado de la línea.

—Un momento, se lo paso —dijo ella.

Su voz sugería un tono forzosamente apacible que solía utilizar cuando pugnaba por mantener la calma. La había visto usarlo cuando impartía sus clases, en momentos en que sus alumnos de cuarto curso estaban a punto de entrar en un caos absoluto.

Miko cubrió con la palma de su mano, delicadamente, el auricular y se volvió hacia él.

—Hamza —dijo en el mismo tono que empleaba con sus alumnos en clase.

—Princesa, escucha... —dijo Hamza, pero ella alzó una mano y él cerró la boca.

—El hombre que llama ha preguntado por Su Majestad Hamza Abu al Jair Sheik, rey de la República de Coral.

Hamza la miró fijamente durante unos segundos.

—Correcto, mi vida..., es para mí. Le atenderé en el otro cuarto.

Extendió su mano para que le pasara el teléfono. Miko permaneció inmutable.

—Ya sé que es para ti, Hamza. Ha dicho que era el general Muatha Kofu.

De pie los dos, se miraron fijamente. A Hamza acababa de secársele la boca.

—Miko, en serio, debo atender esa llamada.

—No me cabe duda, pero solo hay una forma de que ahora puedas tener este teléfono. Júrame ahora mismo que, cuando hayas terminado, me explicarás qué diablos está pasando. Me dirás qué es la República de Coral y cómo has llegado a ser su rey. Y, lo más importante, me contarás qué estás haciendo con Will Dando. He sido increíblemente paciente contigo, pero hasta aquí hemos llegado.

Deslizó un dedo de su mano libre sobre el botón que pondría fin a la llamada.

—¡No! —gritó de repente Hamza, saltando para alcanzar el teléfono.

Miko retrocedió un paso, obsequiándole con una mirada de desdén.

—Vale, Miko —dijo él—. Muy bien.

—¡Júralo!

—Joder, Miko, lo juro.

Ella le pasó el teléfono.

—¡General! —dijo Hamza con voz jovial—. Lamento la demora. Confío en no haberle importunado.

Salió del dormitorio, seguido de Miko. Se sentó a la mesa de la cocina, vuelto hacia una esquina. Miko desplazó una de las sillas y se sentó justo enfrente de él, tan cerca que las rodillas de ambos se rozaban, clavándole la mirada.

Hamza frunció el ceño, pero mantuvo un tono de voz relajado.

—Excelentes noticias, general. Le enviaré la segunda mitad del pago tan pronto como Naciones Unidas publique la noticia del reconocimiento de la República de Coral. Y le agradezco la rapidez con que ha acogido usted mi petición.

El rostro de Miko mudó a un gesto de incomprensión. Hamza escuchó la voz al otro lado de la línea. Dudó un segundo, alzó la vista hacia Miko y luego siguió:

—Sí, es la suma que acordamos. Quince millones de dólares estadounidenses.

Miko se quedó boquiabierto. Hamza le dirigió una mirada de súplica y se llevó el dedo índice a los labios, rogándole que siguiera en silencio.

—Por cierto, general. El reconocimiento de Naciones Unidas no tardará mucho. Nuestros dos países competirán en las Olimpiadas antes de que usted lo sepa. Y déjeme decirle, en mi nombre y en el de mis súbditos, que estoy muy complacido de tener un aliado como usted en África.

Volvió a escuchar lo que el otro decía.

—Sí, hablaremos pronto. Adiós.

Presionó el botón de colgar. Miko lo miró fijamente, con la boca aún abierta. Hamza le dedicó una leve sonrisa.

—De acuerdo, vamos a superar esto; en serio, creo que va a ser un alivio. Déjame enseñarte algo.

Hamza se afanó en buscar entre las pilas de documentos que había encima de la mesa de la cocina un sobre marrón. Lo abrió y extrajo una foto brillante, que tendió a su esposa.

Miko la escudriñó; era una vista aérea de una pequeña isla. Parecía pequeña, con filas de palmeras cerca de la playa, lo que daba una idea de sus dimensiones. Una playa de arena blanca ocupaba una de sus costas, y el resto se dividía entre lo que parecían rocas volcánicas y una

vegetación exuberante, sin rastro de presencia humana.

—¿Qué...?

—Esa es la República de Coral, mi amor. Es de lo que estaba hablando con el general justo ahora.

Miko dejó la foto encima de la mesa.

—El general te llamó rey.

—Sí. Y Will es el primer ministro. —Hizo una pausa—. Ah, y déjame decirte que eso te convierte a ti en la reina.

Miko sostuvo su cabeza con las manos. Contempló otras fotos sobre la mesa. Tras ella, la nevera se activó con un leve zumbido.

—Hamza, amor mío —dijo—, ¿de qué coño estás hablando?

Hamza se reclinó sobre el respaldo de la silla, pensativo. Al cabo, miró a su esposa.

—Vale. Deja que empiece diciéndote que somos ricos. Más ricos de lo que nunca habríamos llegado a serlo si me hubiese quedado en Corman. No tendremos que preocuparnos por el dinero nunca más.

Miko pestañeó.

—No está mal para empezar —dijo.

—Cierto —repuso Hamza—. ¿Hay alguna posibilidad de que quieras saber solo hasta ahí...?

Miko le devolvió una mirada inexpresiva.

—Ninguna. ¿Cómo es que nos hemos vuelto tan ricos? ¿Y de qué manera está involucrado Will? ¿No tuviste que pagarle la factura de la luz en una ocasión el año pasado?

Hamza esbozó una sonrisa.

—Es verdad, me había olvidado de eso. Pero escucha, princesa, Will nos lo ha devuelto con creces. Literalmente, un millón de veces.

—¿Cómo?

Hamza desvió la mirada y se pasó la mano por el cabello. Los ojos de Miko no se apartaban de él.

—Vale, joder —dijo finalmente—. Es el Sitio, Miko. Will y yo trabajamos en el Sitio.

Miko enarcó lentamente las cejas.

—¿De qué estás hablando? ¿El Sitio? ¿El Sitio del futuro?

—Exacto. Will es el Oráculo, y yo le estoy ayudando.

Los ojos de Miko se abrieron del todo. Hamza aguardó un instante. Sabía bien lo que estaba ocurriendo en la mente de ella: esperaba que él diera por concluida la broma y soltara una carcajada, o cuando menos le sonriera. Miko frunció el ceño y se levantó de la mesa para ir hasta la nevera, donde vertió en un vaso algunos cubitos del dispensador y lo llenó de agua.

—¿Quieres uno? —le preguntó.

—No, estoy bien... Aunque en realidad sí, me vendría bien.

Ella sirvió un segundo vaso para él y se lo dejó delante, sobre la mesa. Su boca se crispó.

—Vuelvo ahora mismo —dijo.

—¿Qué? —se sorprendió Hamza—. ¿No quieres oír el resto?

Miko no respondió y se fue a la otra habitación. Hamza la vio marcharse, sin decir nada más de momento.

Al rato oyó el sonido de la impresora en el pequeño estudio de ambos, escupiendo algunas

páginas. Segundos después, Miko reapareció con dos hojas impresas, se sentó de nuevo a la mesa y las dejó encima, una al lado de la otra. Hamza las leyó al revés desde su posición y comprobó que era el texto del Sitio, tan familiar para él.

Ella evaluó las predicciones, tomándose su tiempo. Hamza continuó en silencio, dejando que las leyera. Hasta que por fin levantó la vista y se encontró con los ojos de su marido.

—El Sitio, Dios santo. Y yo en el dormitorio corrigiendo las redacciones de mis chicos justo antes de esa llamada. El tema era de libre elección: les pedí que escribieran sobre algo que sea influyente en el mundo de hoy. Prácticamente todos lo hicieron sobre el Oráculo, Hamza.

Miko tamborileó con los dedos sobre las hojas impresas.

—¿Dónde consiguió Will todo esto? —dijo—. ¿De dónde salieron todas estas predicciones?

Hamza se encogió de hombros.

—No lo sé. Tampoco él lo sabe. Según Will, una noche se despertó alrededor de las cinco de la madrugada, justo cuando acababa de soñar algo. Ya sabes cómo funciona eso: uno no acaba de entender dónde termina el sueño y dónde comienza la realidad, estás despierto, pero no te sientes verdaderamente lúcido. El sueño solo consistió en una voz, eso me explicó él, que enumeraba una serie de acontecimientos, cada uno con una fecha distinta. Ciento ocho en total, todos distintos, todos programados para ocurrir en los próximos tres años, más o menos.

—¿Ciento ocho? ¿Y por qué esa cifra?

—Ni idea. Esos eran todos.

Miko se tomó unos segundos para procesar la información. Sintió un leve e involuntario estremecimiento y miró de nuevo a Hamza, mitad enfadada, mitad avergonzada.

—Hamza, me acabo de acordar... Yo también envié una pregunta al Sitio, cuando pusisteis ese correo electrónico para que la gente escribiera.

—¿Ah, sí? ¿Y qué preguntaste?

—Nada que sea de tu incumbencia. Era algo personal. Esa es la cuestión. Yo pensé que estaba preguntando al Oráculo, y ahora resulta que le estaba preguntando a Will.

—Bueno, yo nunca vi tu pregunta, y Will nunca la mencionó, si es que la vio. Hemos recibido millones de correos, Miko, y solo hemos alcanzado a revisar unos cien mil. La mayoría no los leeremos jamás.

—¿Y por qué pedisteis a la gente que hiciera preguntas?

Hamza bebió un sorbo de agua.

—La idea era brindar a las grandes corporaciones y a la gente con pasta una vía a través de la cual contactar con nosotros, sin mostrar a las claras que estábamos poniendo a la venta predicciones del futuro.

—Pero ha debido de ser mucha la gente que os escribió buscando respuestas, esperanza. ¿Respondisteis alguna vez a alguien?

Hamza se sintió de pronto infinitamente pequeño.

—¿Y por qué me mentiste? —dijo ella, con la mirada encendida—. Podrías habérmelo dicho. Me has estado mintiendo durante meses. Desde el día que volviste a casa después de tu renuncia y no supiste darme razones de tu decisión. Toda esa mierda sobre una empresa emergente de biotecnología que tenías en mente y lo del capital riesgo...

—Quería explicártelo, Miko, pero a Will se le ha metido en la mollera que debemos seguir en el anonimato; temía que, si mucha gente se enteraba de que el Oráculo es él, habría más

posibilidades de que se destapara todo.

—¡Pero yo soy tu esposa, no un nombre al azar! ¿Nunca se os ocurrió que podíais confiar en mí?

Hamza extendió su mano para tocar la de ella.

—Escucha, yo sé que puedo confiarte lo que sea, eso lo tengo claro. Esa es precisamente la cuestión. Por eso eres mi esposa. Pero este no era un secreto mío que poder compartir.

Miko dejó su mano donde estaba, lo que él advirtió con cierto alivio.

—¿Y por qué me lo estás contando ahora? —preguntó—. ¿Ha cambiado Will de opinión?

—No. Te lo estoy contando porque eres mi esposa y porque puedo confiarte lo que sea.

Las comisuras de Miko se movieron hacia arriba.

—Tienes razón, joder... ¿Y qué más?

—En realidad no hay mucho más que decir. Hicimos alguna labor conjunta para deducir las reglas del asunto, como ver si las predicciones debían cumplirse necesariamente o si podían alterarse.

—¿Y se puede?

—Hasta donde sabemos, no. Todo ha sucedido hasta ahora tal y como Will lo soñó, aun cuando hemos intentado interferir en una predicción o llevarla en otra dirección. Simplemente, no funciona.

—Qué miedo, ¿no?

—Bueno, de hecho, es estupendo si pensamos en las ventas: significa que podemos confiar en nuestro producto... Pero sí, no todo lo que Will sabe es bueno, y empieza a sentirse abrumado por la causalidad de toda esta historia. Se equivoca, por cierto; nada de lo que ocurre es culpa suya, pero le entiendo. No debe de ser fácil para él.

Hizo una pausa y recorrió la cocina con la vista.

—Posiblemente sea la persona más conocida del mundo en este momento, pero no en un sentido positivo. Ya sabes cómo se siente la gente con él. La mitad están aterrados de que un tío cualquiera pueda ver el futuro, y la otra mitad están igual de aterrados y, además, quieren cargárselo.

—Pero no todo el mundo.

Hamza entornó los ojos.

—Oh, ya lo creo —la contradijo—. Locos convencidos de que representa quizá la segunda venida del Mesías, o frikis de los ovnis...

Miko negó con la cabeza.

—No, eso no es verdad. Mis alumnos están fascinados con él porque confirma sus sospechas; todavía son demasiado jóvenes para creer que queda algo de magia en el mundo, y el Oráculo pulsa justo esa tecla. Yo misma he mantenido infinidad de conversaciones con gente que piensa que es esperanzador tener el Oráculo a nuestro alrededor. Significa que hay un plan. Que la vida no es puro azar.

Rodeó su vaso de agua con las manos.

—Al menos es lo que yo espero —agregó.

—¿Y eso por qué? —inquirió Hamza.

Miko alzó la vista y lo miró directamente a los ojos.

—Porque estoy embarazada —respondió.

Hamza se dejó caer en la silla, pasmado.

—Vale —dijo Miko—. Ahora explícame para qué necesitamos una isla.

9

—Dios santo, ¡cómo está esto! —exclamó Eddie.

A esa hora Union Square bullía de gente; quizá fuera una manifestación a favor de algo, o una protesta. Los carteles asomaban aquí y allá entre la multitud, aunque demasiado lejos para que Leigh pudiera leerlos.

—No des la vuelta, Eddie —dijo ella—. Quiero ver qué está pasando.

—Si no salgo de Broadway ahora mismo, quedaremos atrapados en este jodido embrollo —advirtió el fotógrafo, indicando la maraña de tráfico que tenían delante, con los coches avanzando muy lentamente entre el flujo de gente que llegaba de la plaza—. Ya vamos con retraso, Leigh; si no damos la vuelta ahora, el tío al que supuestamente vas a entrevistar se irá.

—Asumo la responsabilidad —dijo Leigh—. Así que acércate un poco más.

Eddie se limitó a encogerse de hombros y abandonó la hilera de vehículos que intentaban salir de Broadway. La furgoneta avanzó poco a poco hasta Union Square, donde Leigh advirtió que en todos los carteles había al menos una palabra en común: «Oráculo».

—Ya sé qué es todo esto —dijo—. Es la manifestación por el Oráculo.

—¿Era hoy?

—Parece que sí —dijo Leigh—. Acerquémonos allí, Eddie. Esto es espectacular, nunca me hubiera imaginado que alcanzaría estas proporciones.

—Leigh, no. No puedes.

—Esto es mucho más importante que la entrevista que íbamos a hacer, Eddie. Podemos sortear las vallas con la credencial de prensa.

Las manos de Eddie apretaron con fuerza el volante.

—Estoy seguro de que New York 1 lo ha cubierto —dijo.

—¡Tú solo hazlo, Eddie!

Leigh arrojó al asiento de la furgoneta sus notas para la entrevista con un chef de moda programada para ese día a las... ¡joder, un cuarto de hora antes! Se volvió hacia el asiento trasero y alcanzó su bolso de mano, que dejó sobre la falda mientras buscaba en su interior el ordenador y un bolígrafo. Una vez los tuvo en las manos, dejó caer el bolso a sus pies y comenzó a escribir una introducción muy general, anotando preguntas en los márgenes para potenciales entrevistados.

De pronto sintió una corriente de aire frío, cuando Eddie bajó la ventanilla para enseñar sus credenciales de prensa a los agentes de la policía que custodiaban las vallas, y advirtió con el

rabillo del ojo el lento avance de la furgoneta por entre la multitud, buscando un sitio para aparcar.

—Muy bien —dijo Eddie al lograrlo, y apagó el motor—. Echamos un vistazo y nos vamos. Vas a tener que dar la cara por mí si Reimer se cabrea por esto.

—No nos va a despedir por perder una estúpida entrevista —replicó Leigh mientras se miraba en el espejo retrovisor para comprobar su maquillaje—. A fin de cuentas, era material de relleno, por si otro artículo quedaba demasiado corto al editarlo.

—No te despedirá porque no hayas hecho esta entrevista. Lo hará porque piensa que ya debería haberte despedido cuando le hiciste la jugarreta de colgar el reportaje sobre el Sitio. De verdad que no entiendo por qué sigues dándole motivos con chorradas como esa.

Leigh lo miró crispada.

—Si eso es lo que piensas, entonces ¿por qué has aparcado?

Eddie sonrió y abrió la puerta de su lado.

—Porque yo también quiero ver lo que está pasando. Y si Reimer se cabrea, sé que la bronca te caerá a ti. Tengo demasiado talento para que me sustituyan.

Leigh resopló.

Bajaron los dos de la furgoneta, y Eddie fue a abrir la puerta del costado para sacar su cámara, las baterías y algo más de material adicional. Leigh comprobó su propio equipo: el micrófono inalámbrico conectado al dispositivo de señal adosado por detrás a su cintura, bajo el abrigo. Satisfecha de que todo funcionara correctamente, se abotonó el largo abrigo, se ciñó la bufanda y se puso los guantes para coger su libreta de notas del asiento delantero.

Eddie estaba aún preparándose, así que aprovechó para echar un vistazo general a la muchedumbre, buscando hacerse una idea de lo que ocurría, tratando de recordar lo que había leído sobre la manifestación.

En el otro extremo de Union Square resonaba por encima de la multitud una voz amplificada y estridente, cuyas palabras no conseguía entender. Solo advirtió que de vez en cuando provocaban reacciones en todo el mundo, abucheos y vítores a partes iguales.

Finalmente logró ver los carteles, que incluían una variedad esquizofrénica de puntos de vista a favor y en contra del Oráculo. ¡SÁLVANOS DE NOSOTROS MISMOS, ORÁCULO! ORÁCULO = ESPERANZA.

¡EL ORÁCULO MIENTE EN NOMBRE DEL DIABLO! era uno muy popular, impreso en un rojo intenso, con cuernos y una cola puntiaguda asomando de la «O» de Oráculo.

La policía a caballo permanecía atenta en los laterales del parque y algunos de sus efectivos patrullaban el sector mezclándose con la muchedumbre en grupos de dos o tres, muy atentos a... ¿qué? Leigh recordó que la manifestación era parte de una convocatoria masiva en favor de que el Oráculo revelara su identidad, uno de los muchos mítines celebrados a la misma hora en otras ciudades de todo el mundo. Pero no había esperado que esta de Nueva York fuera a resultar así de concurrida: unas diez mil personas, si no más, se habían reunido en el parque.

—Sabes que Reimer no va a subir esto a la red, independientemente de lo que consigamos —dijo Eddie, alzando la cámara para encajársela en el hombro—. No eres la encargada de conseguir noticias bomba, Leigh. No podría haber sido más claro al respecto. Para él es una cuestión de principios.

—Ya lo sé —replicó Leigh airada—. Pero esto no tiene que ver con Jonathan Reimer, ¡ni con

el jodido *Urbanity.com*! Somos periodistas. Tenemos que dar testimonio de esto.

Eddie le indicó varias antenas de transmisión en directo que sobresalían por encima de la muchedumbre en varios puntos alrededor de la plaza.

—¿Y no te parece que esos tíos no se han organizado ya? No me gusta nada la vibración que hay aquí.

Leigh dejó de observar a la multitud y le obsequió a su compañero la sonrisa más dulce de la que fue capaz.

—Solo diez minutos, Eddie, hazlo por mí. Una o dos entrevistas y podemos irnos. Quizá demos con algo sorprendente y, aunque nunca sea emitido, podamos filtrarlo a la red, sumarle nuestro currículum y librarnos al fin de este trabajo de mierda.

—Para mí este trabajo de mierda es una carrera de quince años, chica. Yo estoy muy contento tal como estoy.

«Dios me libre si alguna vez llego a sentirme así de conformista», pensó Leigh.

Le puso su mano en el brazo y lo miró a los ojos, reiterando una sonrisa intencionadamente sincera.

—Por favor —insistió.

Eddie miró atrás un instante y luego entornó los ojos.

—Vale, diez minutos —dijo—. Los Pulitzers nos esperan, seguro.

Leigh, seguida de Eddie, rodeó la manifestación por los laterales, buscando a alguien para ponerlo delante de la cámara. Los manifestantes eran un grupo heterogéneo en cuanto a edad, sexo y ocupación aparente, abarcando todo el espectro. Lo único que los unía era una expresión de solemnidad. Esto no era un simple paseo por el parque, para ninguno de ellos.

Dos hombres, con las manos en los bolsillos y los hombros encogidos por el frío, estaban de pie en la acera que daba al norte del parque, cerca del acceso al hotel W. Desde allí parecían limitarse a observar a los manifestantes con cierta fascinación dibujada en el rostro, aunque ninguno de ellos sostenía cartel alguno. Leigh se los señaló a Eddie.

—¿Qué tal esos dos?

—Los que sean.

Leigh se acercó a ellos. Uno era caucásico, el otro parecía originario del Sudeste asiático, quizá de la India, y los dos estaban al final de la veintena.

—Disculpadme, mi nombre es Leigh Shore, de *Urbanity.com* —comenzó Leigh—. Me pregunto si alguno de vosotros podría contestar unas preguntas acerca de lo que está pasando hoy aquí.

—No, gracias —dijo el indio—. Solo hemos venido a echar un vistazo.

—¿Y tú? —dijo dirigiéndose al otro.

El chico dudó unos segundos.

—Vale —aceptó.

—Eh —replicó el indio a su amigo.

—No hay problema —dijo el otro.

—¡Estupendo! —exclamó Leigh—. ¿Cuál es tu nombre?

Hubo otra breve pausa y luego:

—John Bianco.

—Muy bien, John. ¿Te importaría que tu amigo sostuviera un momento por ti la bolsa de

mano? Como tiene un logo, en vez de pixelarlo después al subir la entrevista, será más fácil dejarlo fuera de cámara.

John Bianco se descolgó la bolsa del hombro y se la pasó a su amigo, quien justo en ese momento parecía estar experimentando cierto agarrotamiento silencioso en su interior.

—Fantástico. Ahora, si puedes quedarte de pie por aquí... —Leigh tironeó a John de la manga hasta que la manifestación quedó a su espalda—. Y cuando respondas a mis preguntas, háblame a mí, no a la cámara. ¿De acuerdo?

—No hay problema —dijo John.

—¿Listo, Eddie?

Eddie asintió.

—Muy bien. Vamos —dijo Leigh.

—Grabando en cinco, cuatro, tres... —contó Eddie con los dedos, omitiendo las dos últimas cifras y apuntando a Leigh cuando llegó a cero.

—Hola, soy Leigh Shore transmitiendo en directo desde Union Square —comenzó Leigh—, donde tiene lugar la manifestación del Oráculo en Nueva York. Eventos como este han sido organizados este día en las principales ciudades alrededor del globo, en un intento de incitar al misterioso profeta a que revele su identidad. Tengo junto a mí a John Bianco, quien nos va a dar su opinión de lo que está sucediendo hoy aquí. —Y volviéndose hacia el chico, añadió—: John, ¿llevas aquí todo el día?

—Desde que esto empezó, sí.

—¿Y vives en Nueva York?

—Así es.

—¿Por qué motivo has venido hoy?

—Por lo mismo que toda esta gente, me imagino. Quería ver qué ocurriría.

—¿Y crees que estas manifestaciones en todo el mundo harán que el Oráculo salga de su escondrijo?

—Lo dudo —respondió John.

—¿De veras? —preguntó Leigh—. Pareces muy seguro de ello. ¿Por qué no?

—Pienso que, si se ha mantenido hasta ahora al margen del escrutinio público, posiblemente se deba a una buena razón. Quiero decir... ¿acaso él mismo no sabe a estas alturas que el mundo anhela saber quién es? ¿Y va a salir a la luz solo porque esta gente se lo pide?

Leigh sonrió asintiendo. Le gustaba ese tío, tenía un punto de vista.

—Mucha gente piensa que el Oráculo tiene la responsabilidad de compartir su don con el resto del mundo de una manera más directa a como lo ha hecho hasta el momento —insistió—. La responsabilidad de estar disponible y ayudar a la humanidad en su camino, alejándola de cualquier desastre que pueda acecharla en el futuro. ¿Cuál es tu postura al respecto?

—Pienso que eso es asunto exclusivo de él. No creo que tengamos una visión completa de lo que está ocurriendo con ese tío. Que la gente le atribuya motivos o responsabilidades resulta en cierto modo absurdo o frustrante.

—¿Frustrante? Esa es una interesante elección de palabras. ¿Por qué tendrías que estar tú frustrado según lo que la gente siente respecto al Oráculo?

—Creo simplemente que la gente necesita superar todo el asunto. Hay que dejar al tío en paz.

—Y sin embargo estás aquí.

John Bianco soltó una risita breve.

—Sí, claro, estoy aquí.

Detrás de ellos, desde algún punto en el centro de la muchedumbre, se alzaron gritos suficientemente fuertes para ahogar a los oradores apostados en la zona sur del parque. Leigh y John Bianco se volvieron a ver qué sucedía, pero era difícil inferir algo desde donde se hallaban.

Eddie cogió a Leigh del brazo.

—Ven, nos vamos.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Eddie apuntó a la policía a caballo situada a un costado de la multitud. Todos los agentes estaban hablando por sus radios y algunos comenzaban a presionar desde los bordes hacia el centro, obligando a sus monturas a abrir un pasillo entre el gentío.

—Ellos ven lo que ocurre mejor que nosotros, y estoy seguro de que tienen vigías apostados en los tejados. Algo está pasando ahí delante, y no quiero que nos pille en medio.

El rumor de lo que fuese que estaba sucediendo en la parte central de la multitud aumentaba por segundos, y ahora incluso se oían algunos gritos. La antena de enlace móvil en la furgoneta más próxima al tumulto oscilaba de un lado a otro, presumiblemente porque el propio vehículo, oculto por la muchedumbre, estaba siendo sacudido adelante y atrás. Leigh lo observó desde la distancia, hasta que terminó por volcar con la misma lentitud que un árbol cuando cae.

Leigh echó un vistazo a John Bianco y a su amigo, que estaban estupefactos ante el caos creciente. El indio se dio la vuelta y puso su mano en el hombro de Bianco, instándolo a marcharse de allí.

—Oh, no... oh, no... —escuchó Leigh que murmuraba Bianco.

El chico avanzó un paso hacia la multitud, pero el indio lo agarró con su otra mano del mismo brazo, obligándolo a girarse y alejarse con él del parque.

—No hay nada que puedas hacer —le dijo—. ¡Tenemos que salir de aquí, Will, ahora mismo!

—¡Pero está ocurriendo de nuevo!

Leigh se preguntó por un segundo qué podía significar esto último, hasta que una algarabía nueva llegó hasta sus oídos y volvió otra vez la cabeza en dirección al centro del parque, donde pudo distinguir nubes de humo blanco expandiéndose entre los manifestantes.

—Tenemos que ir hasta allí, Eddie —dijo—, a ver qué está ocurriendo para documentarlo.

A escaso medio metro de ellos cayó sobre el asfalto una botella que estalló en mil pedazos.

—Olvidalo, ese humo blanco es gas lacrimógeno —le dijo Eddie al oído, sujetándola por el brazo—. En cualquier momento va a haber una estampida, Leigh, tenemos que...

Una segunda botella impactó de lleno en la cámara que Eddie sostenía en su mano libre y que dejó caer entre maldiciones. La cámara cayó con estruendo contra el suelo y Eddie alzó su mano para enseñársela a Leigh, mirándosela él mismo con incredulidad: la sangre manaba de varios cortes profundos en la palma y la muñeca.

Leigh se agachó a recoger la cámara, momento en que hubo un estruendo detrás de ellos, como el bramido de un fuego reavivado por combustible. Ambos se dieron la vuelta para ver qué sucedía y en ese momento se encontraron con un centenar de rostros enrojecidos, aterrados, corriendo hacia ellos desde el punto donde estaban las nubes blancas de gas, las mismas que cubrían el flanco sur del parque.

Echaron a correr.

El Oráculo en el desierto

En el horizonte aparecieron unas formas, oscuros bultos redondeados que relucían en la neblina caliente. Era la aldea. Arnaud Teulere redujo la velocidad del jeep, devanándose los sesos.

Teulere podía admitir que las posibilidades de que el Oráculo viviera en una choza del noreste desértico de Níger era... remota. Tero llevaba bastante tiempo en África y allí había visto que ocurrían cosas incluso más extrañas. Además, en su pecho sentía una esperanza mayor que la que había tenido en años, y eso quizá fuera el motivo para una travesía de nueve horas conduciendo hasta esa tierra inhóspita. Una sola predicción de futuro bastaría para venderla por una cifra suficiente y resarcirse, regresar a Francia y comenzar de nuevo. ¿En qué otra cosa iba a emplear su tiempo? ¿En contemplar el fracaso? Esa opción se había agotado hacía una década, cuando sus yacimientos de uranio habían dejado de ser productivos.

El jeep estaba ahora más cerca, a suficiente distancia de la aldea para apreciar los detalles. Era un pequeño grupo de seis o siete chozas en torno a un pozo que se hundía en las profundidades. Teulere detuvo el vehículo y descendió al desierto. Hizo el alarde de sacar su pistola del cinto y comprobar las balas que le quedaban. Solo había dos en el cargador, pero los aldeanos no lo sabían. No era su intención empezar el asunto con violencia, pero se encontraba lejos de estar en un lugar seguro y si esa gente se mostraba hostil, quería hacerles ver que no sería una presa fácil.

Enfundó su revólver y caminó trabajosamente hacia la aldea. Un grupo de

hombres salió a recibirlo, cuatro de ellos cubiertos con largas túnicas de colores suaves, con los rostros curtidos por la intemperie, tocados con turbantes y velos. Tras ellos, el resto de los aldeanos permanecían de pie observando la escena con aire intrigado. Teulere advirtió cierto número de jovencitos —en verdad, niños— acuclillados a la sombra de las chozas, observándolo con sus ojos enrojecidos y manteniendo el equilibrio con ayuda de unas AK-47, con las culatas apoyadas en el suelo.

El más viejo de los que venían en comité se detuvo a unos metros de él y levantó una mano. Desde allí le habló. Teulere hubo de esforzarse para entenderlo; hablaba una especie de bausa, pero con un fuerte acento local.

El respondió en la misma lengua con un saludo elemental. Lo entendiera o no, el anciano parecía saber la razón de que Teulere estuviera allí y le indicó con gestos bruscos que lo siguiera, luego dio media vuelta y se encaminó hacia la choza de mayor tamaño.

Los niños soldados se levantaron y colgaron sus armas al hombro, dejándolas que pendieran con holgura. Luego cercaron a Teulere en silencio, con los ojos enrojecidos, dejándole como único paso abierto el camino que el anciano había tomado.

Teulere mantuvo sus manos lejos de la pistola y avanzó.

La choza más grande disponía de una tela colgada que hacía las veces de puerta. El anciano la apartó sonriendo, evidenciando su dentadura manchada de salpicaduras, y le indicó las honduras sin luz dentro de la choza.

—¿Quién está ahí? —preguntó en hausa al viejo, pero no obtuvo respuesta.

Teulere suspiró y se sumergió a gachas en la choza, donde sus ojos tardaron unos instantes en adaptarse a la penumbra. La pequeña vivienda circular era fresca, casi agradable en contraste con el calor agobiante del exterior.

—Buenos días, monsieur —dijo una voz en francés desde el punto más alejado de la choza.

Teulere usó su mano como visera y escudriñó en la oscuridad, intentando determinar quién había hablado. Y dio otro paso.

—¿Quién anda ahí? —dijo—. He venido a ver al Oráculo. ¿Es usted?

Había un hombre sentado en una alfombra, rodeado de bandejas con comida, rifles y delicadas piezas hechas de piedra, junto a otros obsequios. Lucía igual que

los demás aldeanos, aunque tal vez sus ropas fueran un poco más delicadas. Por otro lado, era solo un hombre más, de unos treinta años.

—¿Por qué ha venido hasta aquí? —preguntó a Teulere.

—Dicen en la ciudad que el Oráculo vive aquí y que está deseoso de vender sus visiones del futuro. Si eso es cierto, querría hacer un trato con él. He traído conmigo algunas cosas para intercambiar.

El hombre se echó a reír, y así siguió durante unos largos diez segundos. Teulere esperó, con la certeza creciente de que acababa de desperdiciar el día y varias latas de gasolina que apenas podía permitirse.

—Me llamo Idriss Yusuf. Y sí, soy el Oráculo —dijo el hombre cuando al fin dejó de reírse—. Fui capaz de predecir el día en que una avioneta se estrellaría no lejos de aquí. Iba cargada de víveres robados a la delegación de las Naciones Unidas en Burkina Faso. Mi aldea ha estado alimentándose muy bien desde entonces. Y ahora la gente viene a mí con sus preguntas sobre lo que les deparará el mañana, que yo intento responder de la mejor forma.

—¿Así que es verdad? —dijo Teulere, mostrando una ligera sorpresa—. Tero ¿cómo?

—¿Cómo? —repitió el hombre—. Muy simple. Soy el único en cien kilómetros a la redonda que puede leer en francés.

Volvió a reírse.

Teulere quedó absolutamente confundido.

—No lo entiendo.

El Oráculo se estiró hasta un punto cercano a él en el suelo y abrió un morral de tela, del cual extrajo un diario que enarboló delante del visitante. Teulere avanzó otro poco hasta él. Era un ejemplar de *Le Republicain*, fechado unos meses atrás. En la primera página había un destacado sobre el Oráculo que reproducía las predicciones del Sitio. Una de ellas —una de las primeras que traía fecha incluida— se refería a un accidente de avión en el desierto de Níger.

Teulere lo comprendió. El accidente había ocurrido antes de que el Sitio hubiera eclosionado en la conciencia del mundo entero. Por entonces, nadie hubiese viajado por esa tierra desolada, polvorienta y sin caminos de Níger solo porque un sitio web surgido en Estados Unidos podía predecir el futuro. Pero ahora era distinto. La localización precisa de cada una de las predicciones del

Sitio se había convertido en lugar de sumo interés a medida que se aproximaban las fechas en que debían ocurrir, atrayendo a turistas del Oráculo de todo el mundo y granjeándose abundante cobertura mediática.

Este hombre había visto una oportunidad al alcance de la mano y la había aprovechado, eso era todo. Una apuesta que había ganado.

—Así que ya ve —prosiguió el hombre—, la gente viene desde muy lejos a pedirme consejos y a brindarme las riquezas de sus pueblos. Así nos hemos hecho ricos, yo y mi tribu. Usted es el primer blanco que viene a visitarnos. Haga su pregunta, deme sus obsequios y yo le recompensaré con lo que anda buscando.

—Váyase a la mierda —espetó Teulere—. Es usted un fraude. No pienso darle nada.

El falso Oráculo negó tristemente con la cabeza.

—Eso ha sido muy desafortunado, amigo mío. Y es que yo tengo mis planes, ¿se entera? En esta tierra yerma la gente se desespera por un futuro. Cualquier futuro. ¿Por qué no puedo ser yo quien se lo brinde?

Entornó los ojos.

—Y soy mejor que los de su calaña, que solo vienen aquí a arrebatarnos todo.

El hombre alzó la cabeza y enumeró con voz estridente un rosario completo de insultos en bausa, demasiado rápido para que Teulere pudiera seguirlo. Con todo, no necesitaba oírlo con claridad para entender el sentido. Maldijo y se llevó la mano a la pistola, dándose la vuelta.

El primer tiro lo alcanzó en la parte alta del pecho. Solo pudo ver a dos de los niños soldados en la entrada de la choza, sosteniendo sus rifles y apuntándolo, antes de que el segundo disparo penetrara por su mejilla y saliera por detrás de su cráneo.

SEGUNDA PARTE

INVIERNO

10

A unos cincuenta kilómetros al oeste de Duluth, en el estado de Minnesota, un helicóptero Sikorsky H-92 de la Armada, azul y blanco, con el rótulo MARINE TWO a un costado, tomó tierra en el césped frente a una mansión de estilo Victoriano, levantando oleadas de nieve fina y centelleante por efecto de la fría luz del sol.

La casa se erguía solitaria en una finca de cuarenta y cinco hectáreas constituidas por laderas y bosques escalonados tan propios del Medio Oeste, y una vasta porción del césped frente a ella había sido despejada de la nieve caída previendo la llegada de la aeronave. A doscientos metros del Marine Two se había posado otro helicóptero de color negro y líneas aerodinámicas, dotado de grandes esquíes que le permitían aterrizar en la nieve, pequeño si se lo comparaba con el gran Sikorsky, como un escarabajo brillante y oscuro.

Había varios helicópteros más repartidos por el césped y el extenso sendero curvo que iba de la casa a la carretera más próxima, que cruzaba a un kilómetro y medio de allí. Estos eran de un negro mate, con discretas ametralladoras montadas en el fuselaje, y habían descargado sendos contingentes de agentes del servicio secreto y marines equipados con su indumentaria invernal, que ahora tomaban posiciones estratégicas alrededor de la casa, mirando hacia ella y en la dirección opuesta.

En el porche delantero había una figura solitaria sentada en una mecedora, bebiendo a sorbitos de un termo y balanceándose con parsimonia adelante y atrás, adelante y atrás. Estaba bien pertrechada para el frío, con un chaquetón acolchado, gorro de orejeras y una gruesa bufanda.

Desde el Marine Two, Anthony Leuchten echó una ojeada al exterior por la ventanilla, y reparó en la figura sentada en el porche, bastante más menuda de lo que esperaba después de que el apodo de «Coach» activara en su mente imágenes de toda clase de rudimentarios entrenadores del Medio Oeste, de mejillas rubicundas y cuerpo mastodóntico. En cambio, este sujeto parecía de baja estatura y casi delicado en sus gestos.

—Es ese, ¿no? —preguntó—. El Coach.

—Ese es —respondió Jim Franklin—. Más o menos.

Leuchten frunció el ceño. Los detalles de ese encuentro habían concluido solo a primera hora de ese mismo día —en cuestión de horas, la verdad— y establecían que tendría lugar en Minnesota, en la casa de campo del jefe de gabinete, completamente rodeada de nieve y solo accesible por aire. Solo que, de algún modo, el sujeto se las había ingeniado para llegar él

primero, y ya estaba sentado en su porche, bebiendo café de su termo, cuando los equipos de seguridad llegaron.

Ese simple detalle le pareció a Leuchten extremadamente irritante.

Miró al director del FBI, que estaba sentado frente a él en una bella butaca de cuero con el sello presidencial en el cabecero.

—No estarás haciéndome perder el tiempo aquí, ¿verdad? —dijo Leuchten—. Porque no es una buena época para hacerme perder el tiempo.

Franklin le obsequió con una mirada negra como la brea.

Leuchten estaba al tanto de que el director del FBI lo odiaba. Era algo a lo que ya estaba habituado. Mucha gente odiaba a Anthony Leuchten.

Lo odiaban porque había triunfado. Reunir energías para asegurarse de que la gente quedara bien frustrada cuando él lograba vencerla parecía, desde luego, una pérdida de tiempo... Pero era algo a lo que él mismo ponía mucho empeño. Después de todo, había una visión del mundo que implementar y no demasiado tiempo para alcanzarla.

Mantuvo unos segundos la vista fija en Franklin, con aire inexpresivo, y enseguida le guiñó un ojo. Un destello de confusión cruzó el rostro del director del FBI, lo que provocó un inmenso placer en Leuchten.

Entonces se inclinó hacia delante y dio dos golpecitos a la compuerta del aparato. Un marine de pie justo al otro lado la abrió al instante, haciendo que el aire tibio de la cabina fuera succionado de inmediato al exterior y entrara en ella el helado invierno de Minnesota. Leuchten descendió de la aeronave y avanzó por el sendero despejado con palas hasta el porche, donde el Coach esperaba sentado, meciéndose aún, observándolo con suma atención.

A medida que se acercaba, el rostro sonriente del Coach quedó a la distancia suficiente para verlo mejor. De pronto, Leuchten se detuvo en seco, porque el Coach no era un hombre menudo y delicado, después de todo. El Coach era una mujer.

Leuchten se obligó a dar otro paso, viendo cómo la mujer del porche se ponía en pie. Rememoró las conversaciones que había mantenido con Franklin sobre el Coach y no consiguió recordar una sola vez que el director del FBI le hubiera mencionado que su enigmático «hombre-arreglalotodo» fuera de hecho una «mujer-arreglalotodo». Tampoco lo había corregido, ni una sola vez, en las muchas ocasiones en que él mismo había aludido al sujeto como «él» y no como «ella».

Leuchten decidió preguntarle más tarde por qué había hecho algo tan torpe y sospechoso... justo antes de darle la patada a su subordinado e inútil culo.

Todo eso cruzó por su mente al aproximarse al porche con sus mocasines lustrados, resbalando en el sendero cubierto de nieve. Al llegar a solo unos pasos, una brevísima sombra de desagrado cruzó el rostro del Coach, pero se diluyó al instante, sustituida por una sonrisa incluso más amplia.

—Señor Leuchten —exclamó la mujer mientras se acercaba con la mano extendida, una vez el jefe de gabinete llegó a su altura—, es un honor y un privilegio conocerlo.

Leuchten le tendió su mano descubierta; la de ella sí llevaba un guante.

—Por Dios, qué torpe soy —dijo el Coach, quitándose a toda prisa el mitón—. ¡Qué falta de modales la mía! Es que estoy un poco emocionada, señor, eso es todo.

Estrechó la mano a Leuchten con firmeza, pero también con calidez.

Leuchten la evaluó de un vistazo y concluyó que le recordaba a la veterana actriz Bea Arthur. Un rostro de pómulos marcados, entre los que destacaba una nariz delgada y aguileña, como la mitad de un triángulo isósceles, y los ojos azules y penetrantes detrás de unas gafas sin montura, con aquella sonrisa que potenciaba el conjunto. Ante todo, daba la impresión de llevar debajo del chaquetón acolchado una camiseta con el lema LA MEJOR ABUELA DEL MUNDO.

Aun habiendo dedicado toda su carrera a interactuar con políticos de raza y carisma natural, y aun siendo capaz de rebosar él mismo un encanto no menor —cuando era requerido—, Leuchten sintió un íntimo regocijo al comprobar el talante insignificante del Coach. Se contuvo, obligándose a mantener las distancias. Sabía muy poco de esa mujer, lo que era en sí frustrante, aparte de lo que Franklin le había contado de su habilidad sobrehumana para resolver problemas que nadie más podía, y entonces ya se había mostrado escéptico cuando pensaba que el Coach era hombre. Sabiendo ahora que era una mujer... todo le pareció grotesco, un juego en cierta forma ridículo.

—Créame que después de las cosas que Franklin me ha explicado de usted —dijo en voz alta—, el placer es del todo mío. Es el Coach, ¿no?

La mujer concluyó el apretón de manos.

—Sí, señor. Con «Coach» será más que suficiente. Hace tiempo que me llaman así, tanto que ahora parece el único nombre que he tenido. Además, describe perfectamente mis aptitudes profesionales.

Leuchten apuntó con la mano a la puerta de entrada a la casa.

—Entremos. No tiene sentido quedarnos aquí en el porche a la intemperie.

El Coach asintió.

—Me parece estupendo, señor jefe de gabinete —dijo.

—Oh, llámeme Tony, se lo ruego.

Leuchten abrió la puerta y dio paso al Coach, que entró y permaneció en el vestíbulo apreciando el decorado. Leuchten se volvió a mirar a Jim Franklin, de pie en la nieve justo enfrente del porche, claramente inseguro de si estaba invitado a pasar o no.

Leuchten lo dejó en ascuas un minuto largo.

—Pasa, Jim —dijo en tono magnánimo—. No hagamos esperar a tu... bueno, a tu amiga.

Franklin asintió con un gesto tenso y subió los escalones del porche.

Leuchten se quitó el abrigo y lo colgó en un perchero junto a la puerta. Desde allí miró por la ventana el paisaje nevado, desierto en todas las direcciones excepto por los diversos vehículos gubernamentales y por el helicóptero del Coach.

Cuatro o cinco agentes del servicio secreto esperaban impasibles en el salón, cruzados de brazos. Leuchten y Franklin vieron al Coach sentarse al pie de la escalera para quitarse las botas.

—Le pido disculpas por la nieve en el suelo, Tony. Si me facilita unas toallitas de papel, lo limpio en un segundo.

—Descuide, Coach —dijo Leuchten, maravillado ante la cualidad surrealista de todo el asunto—. Alguien se hará cargo luego, venga ahora al comedor con nosotros. ¿Le apetece una copa?

—Por qué no —dijo la mujer—. *Whisky* escocés, un solo hielo. Apetece tomar algo que lo entibie a uno en este día tan frío.

El trío pasó al comedor y se sentó a la larga mesa de caoba situada en el centro de la estancia. Leuchten tomó asiento en la silla de la cabecera, con el gran ventanal tras él, consciente de que el resplandor de la nieve a su espalda haría que su rostro quedara a oscuras. Franklin se sentó a su

izquierda y el Coach se deslizó en una de las sillas a mitad de camino al otro lado de la mesa, dejando antes su chaquetón colgado del respaldo. Un agente del servicio secreto entró con las copas en una bandeja.

—Ahora, Tony, tengo una pregunta para usted —dijo el Coach, una vez servido el *whisky* y hechas las bromas de rigor.

—Cómo no —dijo Leuchten con una amplia sonrisa.

—¿Dónde coño está el presidente? —dijo la invitada sin variar un ápice el tono afable.

Leuchten se atragantó con el *whisky*, salpicando un poco encima de la mesa, pero se recompuso al instante. Se reservó para más adelante la expresión satisfecha de «ya te lo advertí» en el rostro atontado, de paleta, de Franklin. Enseguida colocó su copa sobre el posavasos. La mujer esperó sin impacientarse. Leuchten forzó una sonrisa en sus labios.

—Desconozco si Jim Franklin le ha transmitido la errónea idea de que sería el presidente Green quien se reuniría hoy con usted, Coach, pero se trata obviamente de un malentendido. El presidente es un hombre muy ocupado. Pero, como es obvio, tiene un gran interés en oír lo que usted puede hacer por nosotros.

Dicho todo esto, hizo una pausa. El Coach lo miró sin parpadear.

—¿Hay algún problema? —preguntó Leuchten.

El Coach lo ignoró y se volvió hacia Franklin.

—Jim, le has hablado a este tío de mí, ¿verdad? No lo habrás suavizado un poco, ¿no?

Leuchten los observó incrédulo, mientras Franklin respondía a la pregunta como si él no estuviera presente en la sala.

—Lo hice, Coach, pero el jefe de gabinete suele tener sus propias ideas de cómo se deben hacer las cosas.

El Coach emitió un ruido difícil de definir, pero que nítidamente traducía su disconformidad. Luego miró al exterior por las ventanas, aparentemente sumido en hondas reflexiones.

—¿Perdone usted? —dijo Leuchten—. Cuento aquí con plena autoridad del presidente de la nación. Si tiene alguna pregunta que hacer, hágamela a mí. Aunque en realidad...

Se levantó de la silla y se cruzó de brazos.

—... no, ya he tenido más que suficiente. No creo que haya ninguna persona mística y experta en operaciones encubiertas que lo arregle todo. Y si la hubiera, está claro que yo sabría de ella. Franklin me contó que usted dio con una célula terrorista a la que el FBI fue incapaz de interceptar, que detuvo su embarcación en la que transportaba una bomba sucia cuando se encontraba a tan solo cien metros de la estatua de la Libertad. Me dijo que usted descubrió, de hecho, quién hizo estallar el *Columbia*. Y me ha hablado de un montón más de patrañas. Desconozco cuál es su juego... el de ninguno de vosotros...

Se detuvo a echar una ojeada a Franklin, que ahora lo observaba con expresión casi... ¿regocijada?

—... pero yo no estoy jugando. Coach, cualquiera que sea su nombre, quiero que se ponga ahora en pie, que abandone esta casa, que suba a su helicóptero de ahí fuera y que vuele ahora mismo lejos de aquí. De lo contrario, la entregaré a los marines.

El Coach no se movió de su sitio. Ambos se miraron fijamente, sin pestañear.

—Muy bien —dijo la menuda mujer—. Parece saber un montón de cosas sobre mí, ha hecho bien su trabajo, le felicito.

Entonces extendió el brazo por debajo de la mesa y buscó algo. Leuchten retrocedió de manera instintiva, aun sabiendo que el servicio secreto había registrado a la mujer con un detector muy sensible y que no había modo de que hubiera logrado ocultar un arma; hasta habían revisado su termo de café. Incluso así.

El Coach extrajo de debajo de la mesa un libro en edición de bolsillo, uno que resultaba muy familiar.

Leuchten abrió muchísimo los ojos, sin entender del todo.

El Coach arrojó el libro encima de la mesa, donde cayó con un golpe seco.

—Es su autobiografía, Tony —dijo—. La he leído durante el vuelo hacia aquí. Me ha gustado. Sin embargo, lo divertido es...

Extendió el índice e hizo rotar muy lentamente el libro sobre la mesa hasta que la cubierta se hizo legible para Leuchten. Después lo miró y sonrió ligeramente.

—... que dejó usted de lado a Annie Bridger.

El cerebro de Leuchten pareció vaciarse al instante de sangre, las paredes de la estancia retroceder a su alrededor y una estridencia hueca resonar en sus oídos. Enseguida se desplomó en la silla, golpeándose contra el respaldo —una silla hecha a mano por Baker, debía de costar no menos de cinco mil dólares— con la fuerza suficiente para hacer crujir la madera. En la lejanía y un punto ahora distante de su mente, él mismo la oyó crujir.

—¿Cómo es que conoce usted... ese nombre? —consiguió decir con la bilis atragantándosele en la garganta.

El Coach no respondió. No tuvo que hacerlo.

De un modo igual de abrupto, la mujer volvió al estilo de abuela afable y alzó su vaso en dirección a Leuchten.

—No hay mejor forma de entender a un hombre que viendo cómo habla de sí mismo y en sus propios términos. Cómo nos cuenta su propia historia, lo que incluye y lo que deja fuera. Ahora, en este caso... —deslizó el índice con la uña pintada de azul, según advirtió Leuchten, por la cubierta de su autobiografía—, queda muy claro que se siente usted tocado de ciertas habilidades con las que Dios habría considerado necesario dotarlo para que guíe al mundo hacia un futuro mejor. Puede usted vislumbrar cosas que otra gente no: consecuencias, oportunidades... ¿Diría usted que es así?

Leuchten no respondió. Él no había puesto nada parecido en el libro, pero eso no significaba que la mujer no estuviera en lo cierto.

—Me atrevería a decir que fue el modo de manejar ese episodio con la señorita Bridger cuando comprendió usted que no debía permitir que los acontecimientos lo arrastraran. Usted podía hacer del mundo lo que quisiera. Podía tomar el control.

El Coach depositó su vaso sobre el libro, justo encima del rostro sonriente de Leuchten que adornaba la cubierta.

—¿Sabe?, tenía pensado dirigir mi discurso promocional al presidente Green, pero he aprendido a esquivar los reveses en mi carrera. Honestamente, puede incluso que sea mejor hablar con usted, Tony. —Se reclinó en la silla con los ojos brillantes—. Usted se cree que tiene un destino, señor Leuchten. Literalmente. Piensa que es usted quien lleva el timón en este mundo, manteniéndolo a salvo del caos. El portador solitario de la antorcha que lleva el sueño americano al siglo XXI. El maestro titiritero. Por lo tanto, imagino que odia que las cosas se estén escapando

a su control. Toda esa pobre gente muerta en los disturbios por el Oráculo, y lo del Sitio, y todos esos multimillonarios pagando por predicciones que no quieren compartir con usted y los suyos...

Leuchten dirigió una mirada gélida a Franklin, sumando mentalmente la traición al listado de motivos que estaba reuniendo para nombrar a un nuevo director del FBI el lunes a primera hora.

Franklin se limitó a encogerse de hombros y mirar al Coach, que aún seguía hablando:

—De hecho, todo este asunto del Oráculo... es una piedra tan grande en su zapato que parece como si ese bribón profético estuviera haciéndolo a propósito, como si le dedicase un enorme «que se joda» en la cara.

El Coach se miró la mano y extendió lánguidamente el dedo corazón, lo examinó brevemente y enseguida lo recogió con igual parsimonia.

—Después de todo, Tony, es usted quien debería ser capaz de predecir el futuro, ¿o no? Así es como gana usted las elecciones para cierta gente. Vislumbra lo que va a bajar por la tubería y lo desvía en cualquier dirección que le sea provechosa.

Leuchten buscaba en su interior algún modo de retomar el control de la conversación. Esa mujer era una auténtica don nadie. Si hubiera sido alguien, él habría oído hablar de ella. Pensó en la cantidad de gente a la que él mismo había hundido en el transcurso de todos esos años —jueces del Tribunal Supremo, senadores, periodistas, astutos bastardos y ratas de todo jaez...— y los reunió todos juntos.

—¿El Oráculo? —preguntó—. ¿Por qué lo trae usted a colación?

El Coach agarró su vaso con ambas manos y sus labios se distendieron en una sonrisa.

—Oh, por favor. El Oráculo es el mayor acontecimiento ocurrido desde hace mucho. ¿Quién será, o qué será, y por qué está haciendo lo que hace? Todo el mundo quiere saberlo y todos tienen una opinión al respecto. Excepto —apuntó a Leuchten con el índice— su chico. El único que no ha dicho prácticamente nada es el presidente de Estados Unidos. Eso me indica que o bien el Oráculo es de los vuestros, o bien no tenéis ni idea de quién es y no queréis arriesgaros a perderlo tomando ahora una u otra posición.

«Vaya», pensó Leuchten, empeñado en mantener una expresión neutra.

—Pero no creo que sea de los vuestros —continuó el Coach— porque, si lo fuera, habríais hecho circular ya alguna historia que tendríais preparada de antemano. El silencio reinante sugiere que no sabéis de este tío más que el resto. Y nuestro querido Jim, aquí presente —asintió en dirección a Franklin—, no se hubiera puesto en contacto conmigo sabiendo lo que eso implicaría para él, a menos que tengáis un problema, uno de los gordos. Uno de esos que los Estados Unidos de América no pueden resolver... Juntándolo todo, queda claro como el agua: no podéis encontrar a este tío y queréis que yo lo intente.

Leuchten dio un sorbo largo de su vaso, buscando ganar tiempo. El scotch de calidad estaba haciéndole efecto, volvía a sentirse un poco a como él acostumbraba a ser.

Miró al Coach y se encontró con los ojos de la mujer. Ella lo observó a su vez, imperturbable.

—Pongamos por caso que usted está en lo cierto y queremos el Oráculo —dijo—. El director Franklin parece creer que puede encontrarlo por nosotros. Explíqueme su plan.

—¿Mi plan? No tengo ningún plan. Quiero decir, no me habéis contratado aún, ¿por qué habría de hacer el trabajo antes de que me fuera asignado? Sería demencial —dijo el Coach.

Leuchten frunció el ceño.

—Suena razonable —repuso—. Sin embargo, lo que necesito oír es una razón de por qué es

usted tan condenadamente efectiva. Cuénteme sus credenciales. Indíqueme por qué piensa que puede hacerlo mejor que el Gobierno estadounidense en conjunto. Hasta el momento no he visto nada demasiado impresionante.

Esta vez fue el Coach quien se encogió de hombros.

—Apuesto a que eso fue lo que dijo Annie Bridger —replicó.

Leuchten se inclinó hacia atrás en su silla, con los labios reducidos a una única raya apretadísima.

El Coach sonrió.

—¿Qué será de usted, Tony, si su chico pierde esta reelección? Él pasaría a convertirse en un tío cualquiera. Y usted... bueno, usted quedaría por completo a la deriva. Desprotegido. Un tipo como usted tiene muchísimos enemigos, ¿o no?

La mujer cogió su vaso y echó un trago. Volvió a posarlo con suma delicadeza, pero no sobre el libro ni sobre el posavasos que le había sido facilitado, sino a unos diez centímetros a la derecha de este, en la bruñida superficie de la mesa estilo Baker de Leuchten, valorada en doce mil dólares.

—Soy tan condenadamente efectiva, señor, porque conozco a mucha gente. Y recuerdo a esa gente. Tengo una auténtica agenda aquí dentro —dijo palpándose la sien—. Y me resulta muy provechosa. Debe de haber un millón de nombres dentro de mi cabeza, de toda índole: panaderos, carniceros, limpiadores, cocineros y carpinteros. Alguien acude a mí con un problema, yo me reclino en mi sillón y pienso en el problema. Y, antes de pensármelo mucho, los nombres empiezan a aflorar en mi mente igual que salta el pan de la tostadora. Pero conocer a la gente apropiada para el trabajo preciso es solo la primera parte de lo que hago. Una vez he conformado mi equipo, comienzo a funcionar según mi prestigio. Después de todo, un equipo sin un entrenador es solo un montón de personas jugando unas contra otras.

El Coach dirigió a Leuchten una mirada apacible.

—¿Sabe? —dijo—, más allá de este asunto del Oráculo, soy una persona de lo más ordinaria. Tengo un marido viejo encantador, unos nietos divinos y un jardín que me tiene enamorada. Yo misma estoy jubilada casi en un ochenta y cinco por ciento. No hay mucho en la vida, bueno o malo, que no haya hecho... Este asunto del Oráculo —añadió— me suscita simpatía. Parece interesante, en un mundo que, desde mi perspectiva actual, no es en absoluto interesante. Si vosotros no me hubierais convocado a raíz de ello, puede que hubiera intentado descifrar por mi cuenta quién es este tío. No hay nada como un buen misterio, ¿o no?

Leuchten hubo de digerir esto último.

—Así pues, ahí va mi oferta —anunció finalmente—. Yo encuentro el Oráculo para vosotros y vosotros retomáis, de una u otra forma, el control sobre el futuro. Y yo logro conocerlo... lo que casi me basta como pago. Este tío es un incitador y un agitador, tenedlo bien presente.

—¿Así de simple? —dijo Leuchten.

—Así de simple —respondió el Coach.

—Necesito algo más. Necesito detalles. No puedo ir solo con esto al presidente.

El Coach se levantó, arrastró su silla junto a Leuchten en la cabecera de la mesa y allí volvió a sentarse, inclinándose hacia delante. Detrás de sus distinguidas gafas se apreciaban unos ojos muy claros y azules.

—Con todo respeto, señor jefe de gabinete, no creo que necesite usted los detalles. Si contrata

usted a un fontanero, ¿se siente obligado a estar de cuatro patas junto a él, viéndolo lidiar con las tuberías durante tres, cuatro horas? No, señor. Usted simplemente espera, hasta oír de sus labios que el cagadero ha sido desatascado. No le interesa saber la cantidad de mierda que tuvo que remover para resolver su problema.

»Si hacemos un trato, usted recibirá al Oráculo en persona, y de paso cualquier otra información que descubra sobre sus intenciones. Eso es todo. Trato hecho.

La mujer esperó la respuesta de Leuchten, con su rostro muy cerca del suyo. Olía a *whisky* escocés y a pastillas de menta y a lana húmeda.

—Entonces, esto significa —dijo Leuchten sin echarse atrás— que debemos dejarle libertad de movimientos, sin ningún control o autoridad sobre las acciones que usted emprenda en nombre del presidente Green y de los Estados Unidos de América.

El Coach hizo una inclinación de cabeza.

—¿Y el precio? —preguntó Leuchten con voz débil—. Ha dicho usted que conocer al Oráculo sería casi una compensación suficiente. ¿Qué más desea?

El Coach se reclinó al fin hacia atrás en la silla, esbozando una sonrisa.

—Bueno, es que no es un tema de dinero. He ganado tanto dinero en mi vida, que ya no requiero un centavo más. Demonios, si puedo pagarme mis propios gastos. Le explico cómo funcionará esto. Puede que algún día desee contar con su jefe para uno de mis equipos. No hay ninguna garantía de que vaya a necesitarlo alguna vez, ya le he dicho que estoy al borde del retiro, pero si yo lo llamo, deberá acudir y hacer lo que yo le pida. Tengo a unos cuantos expresidentes en mi nómina, pero uno que esté aún en el cargo es algo distinto. A él le queda algo más de un año en el puesto y yo me aseguraré de que obtenga un segundo mandato. Eso hace un total de cinco años durante los cuales estaría disponible para serme de utilidad.

—Usted está loca —dijo Leuchten—. El presidente no puede establecer ese tipo de alianzas. Y gracias por la oferta, pero conseguir que Daniel Green obtenga un segundo mandato es mi trabajo, creo que puedo manejarlo.

El Coach rio brevemente.

—Tal vez. Pero yo lo haré mejor. Si acepta usted este trato conmigo, podrá sentarse cómodamente y relajarse durante otros cuatro años. Confíe en mí.

Leuchten reconsideró esto último. El senador Aaron Wilson, el apreciado rival del presidente, estaba resultando un competidor astuto: era joven, lleno de vitalidad, con antecedentes impecables que incluían haber servido en la operación Tormenta del Desierto y un individuo condenadamente certero, que sabía cuándo morder. Por si todo eso no bastara, Leuchten dirigía la campaña de un Green enfrentado a una secuencia inesperada de acontecimientos no relacionados entre sí que, en conjunto, habían provocado que la economía norteamericana se derrumbase: la incertidumbre respecto al Oráculo, por un lado, pero a la vez cierta inestabilidad en Sudamérica, uno o dos fracasos de los fondos de cobertura que habían sacudido fuertemente a Wall Street, los precios del petróleo disparándose por las nubes y suma y sigue. Si no fuese porque era imposible, alguien podría haber dicho que había sido todo planeado. Y cualquiera que fuese la causa real de ello, todo el mundo responsabilizaba al presidente por la reducción en sus pensiones de jubilación, aun cuando no hubiera absolutamente nada que él pudiera hacer para remediarlo.

—Lo siento, Coach —dijo Leuchten, volviendo al momento presente—, pero debe usted entender que el presidente no puede comprometerse del modo que sugiere.

—Es que, señor, no estaría comprometido —replicó la mujer—. No es tan malo, piénselo bien. Por un lado, solo sería una vez. Y pedirle que hiciera algo por mí podría ser cualquier tontería, desde invitarme a cenar hasta hacer una llamada telefónica, quién sabe. Una vez me hubiera ayudado, quedaría liberado y nunca más volvería a oír de mí. No es para preocuparse tanto... Déjeme darle un ejemplo.

La mujer levantó una mano en el aire y llamó en voz alta:

—Fred, ¿puedes venir aquí un segundo?

Sonó un golpecito en la puerta y uno de los agentes del servicio secreto entró en el salón con la misma cara inexpresiva que tenían todos cuando estaban de servicio. Leuchten no sabía su nombre, pero el Coach sí, o eso parecía, y ese tenía toda la pinta de ser Fred.

—Me alegro de verte —dijo el Coach—. Tengo una pregunta muy urgente para ti. ¿Tú dirías que ser parte de mi equipo es... algo bueno?

—Sí, señora —replicó Fred sin vacilación—. Absolutamente.

—Y con respecto a cerrar tratos devolviendo favores, ¿hay algún problema con eso?

—Ninguno. Lo volvería a hacer sin vacilar, lo que sea que usted necesite, estoy dispuesto.

El rostro de Fred no había cambiado.

«Acaba de admitir su alta traición... y sin pestañear —pensó Leuchten, casi desesperado—. Dios santo, y no teníamos ni idea. Con todos nuestros recursos de verificación... ¡Se trata de alguien que está cada día cerca del presidente y nadie tenía una jodida idea de lo que ocurría!»

—Gracias, Fred, aprecio la sugerencia. Y considera pagado ese viejo favor... Ahora hay muchas probabilidades de que, después de esto, necesites otro trabajo. ¿Por qué no vuelas conmigo a casa y ya veremos qué puedo hacer por ti?

Fred asintió.

—Es muy generoso por su parte, señora. Esperaré fuera, si no necesita nada más.

El Coach agitó su mano en dirección a la puerta principal.

—Estupendo. Eso sí, abrigate, hace mucho frío ahí fuera.

Leuchten y Franklin vieron cómo Fred buscaba dentro de su abrigo su arma reglamentaria y la placa y las depositaba en la mesa del comedor, luego dio media vuelta y abandonó la estancia sin decir palabra, cerrando la puerta de la casa tras él.

Ambos se volvieron para mirar al Coach, que estaba mirando por la ventana, aún sonriente. Nunca parecía dejar de sonreír. Después cogió su vaso y bebió un sorbo largo de su scotch, devolviéndolo al anillo húmedo que, por condensación, había dejado sobre la mesa.

—Franklin —dijo Leuchten—, ¿podemos hablar a solas?

Se levantó de la silla y caminó hacia la puerta principal, recogiendo su abrigo al pasar. Franklin hizo lo propio, pero antes de seguir a Leuchten se volvió hacia el Coach.

—Gracias —le oyó decir Leuchten.

—Faltaría más, Jim —respondió ella—. Lo que sea por un viejo amigo.

Leuchten abandonó la casa encogido dentro de su abrigo. Observó el helicóptero del Coach, en cuyo interior estaba Fred, el exagente del servicio secreto, esperándola pacientemente. Entonces apareció Franklin, que cerró la puerta tras de sí.

—Voy a necesitar tu renuncia en el escritorio del presidente por la mañana, Jim —dijo Leuchten.

La mirada de Franklin era gélida.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

—Evidentemente, formaste parte de uno de los equipos del Coach en el pasado. Por eso sabes quién es y de lo que es capaz. El presidente no puede tener en su administración a nadie con conflicto de lealtades. A partir de ahora estás fuera. Francamente, no entiendo bien por qué me la recomendaste como primera opción. Tendrías que haber previsto que esto saldría a la luz.

Los ojos de Franklin permanecieron inmutables.

—Ya te lo dije, Anthony, es porque intento proteger mi país —dijo—. La gente está muriendo. Pienso que esos disturbios a causa del Oráculo son solo el comienzo. Algo grande está ocurriendo y es nuestro deber entenderlo, adelantarnos a ello. En ese sentido, el Coach me pareció nuestra mejor opción.

Dio un paso hacia Leuchten.

—Puede que te cueste entenderlo —añadió—, pero no hago este trabajo por mí. Lo hago por la gente a la que puedo ayudar con ello.

«Mojigato de mierda —pensó Leuchten—. ¿Acaso yo no ayudo a nadie? ¡Estoy intentando salvar al mundo, joder!»

—Ya no lo harás más —le dijo en voz alta.

—¿Perdón? —replicó Franklin.

—Que ya no harás más ese trabajo. Una vez hayamos regresado a Washington.

Franklin sonrió, solo un poco.

—No creo que eso vaya a suceder —replicó.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Porque dirijo la mayor agencia de investigación del mundo, Leuchten. Y lo primero que voy a hacer cuando vuelva es buscar a Annie Bridger yo mismo. A menos que prefieras que ponga un equipo entero a ello. Podría hacerlo, desde luego. A fin de cuentas, eres el jefe.

Dicho esto, puso la mano en el picaporte de acceso a la casa.

—Esperaré dentro mientras llamas al presidente para valorar la oferta del Coach —dijo—. Hace un frío del demonio aquí fuera.

Abrió la puerta.

—No te preocupes por el Coach, Tony. Ella siempre hace lo que se propone, cuida de los suyos.

Leuchten lo vio regresar al interior de la casa, preguntándose cómo diablos podía haberse dejado manipular de esa forma. Estaba aturdido.

Enseguida, el jefe de gabinete de la Casa Blanca extrajo su móvil con una línea segura y marcó un número.

—Señor presidente —dijo.

Había empezado a caer una nieve fina, que llenaba las huellas dejadas por los vehículos allí estacionados y el personal de seguridad. La escena era extremadamente apacible. La conversación apenas duró diez minutos. Una vez concluida, Leuchten se detuvo unos segundos a mirar la nieve, después regresó al interior.

11

Will levantó la hojita de papel y miró la pantalla del ordenador, verificando que la secuencia de números y letras escrita en el papel —treinta y dos caracteres en total— coincidiera con la que acababa de teclear en la pantalla. Parecía la correcta.

Entonces puso el dedo índice sobre la tecla «Enter». Un clic y acabaría todo. El fin del Oráculo.

Miró a izquierda y a derecha de la silla que ocupaba en ese momento. Buena parte de los ordenadores estaban siendo utilizados principalmente por turistas europeos que revisaban sus correos electrónicos y subían cosas a las redes. Él mismo había pasado bastante tiempo en sitios como ese desde que debutó el Oráculo. Las Damas de Florida hablaban de una solución tecnológicamente inferior a un problema de tecnología superior: se trataba de ocultarse a la vista de todos usando sitios públicos de acceso a internet: cibercafés, cafeterías, bibliotecas, plazas. El vasto número de usuarios conectados a través de la misma dirección IP al mismo tiempo ayudaba a encubrir su propia identidad, en especial cuando se combinaba todo ello con las herramientas para preservar el anonimato que él empleaba para acceder al Sitio. La mayoría de las veces, cuando usaba un ordenador en un cibercafé, sus herramientas preferidas —Tor, IRC, etcétera— ya estaban instaladas en los equipos disponibles. Era evidente que no era el único que usaba esos ordenadores para operaciones perversas.

Nadie lo miraba. Era el fin del Oráculo y nadie tenía la menor idea de que iba a ocurrir, ocupados como estaban todos en conseguir entradas baratas para alguna obra en Broadway o en hablar por Skype con los de casa.

La secuencia de números y letras era un código incendiario; activaría una serie de programas que las Damas de Florida habían instalado para borrar los pocos bits de datos circulantes que permitían al Sitio funcionar: la aplicación original con las predicciones y la dirección electrónica, más sus puntos terminales en New Jersey. Habían diseñado el sistema de modo que no hubiera mucho que relacionara al Oráculo con Will Dando. Una vez que presionara la tecla «Enter», no quedaría nada.

Su mano osciló sobre el teclado, manteniendo la vista fija en la pantalla.

Su dedo se movió unos cinco centímetros hacia la tecla de borrar. Observó cómo el código incendiario se desvanecía de derecha a izquierda, un carácter tras otro, y cerró la ventana recién abierta, eliminando las herramientas que había descargado al inicio de la sesión, tras lo cual se

levantó de la silla y recogió su abrigo del respaldo.

«Cobarde», pensó.

Pagó en efectivo y abandonó el cibercafé, caminando por la acera en el extremo norte de Times Square.

Se subió la cremallera del abrigo y se dirigió al este sin ningún destino concreto en mente.

Más de doscientas personas habían muerto en los disturbios suscitados por el Oráculo, sumando los de todo el mundo. Otras doce ya habían muerto en el Lucky Corner.

Pudo escuchar la voz de Hamza en su interior, diciéndole que no era culpa suya. La forma en que la gente elegía utilizar la información que el Oráculo difundía en el mundo no era su responsabilidad. Él no había matado a nadie. Él no había herido a nadie.

Todo eso era verdad. Sin embargo, no cambiaba el hecho de que, si no hubiera creado él mismo el Sitio, esas personas aún estarían vivas. Hamza no lo entendía o eso quería hacer creer, y era la razón por la que Will no había vuelto a hablar con él desde lo de Union Square.

Siguió yendo hacia el este, mezclándose con la aglomeración de turistas que paseaban por Times Square sin pensar en lo que hacía, caminando con el piloto automático que los neoyorquinos han desarrollado en su interior desde tiempos inmemoriales activado.

Había ido al cibercafé con la idea —la esperanza— de que, si cerraba el Sitio y el Oráculo guardaba silencio, tal vez el mundo seguiría su jodido camino y eso sería todo. El asunto pasaría a ser uno de esos puntos luminosos en una pantalla de radar que la gente apenas recuerda cinco años después, como el asunto de los mineros de Chile o el ganador del último Mundial de fútbol.

Nadie más resultaría herido, nadie más moriría.

Entonces llegó el momento, y todo cuanto debía hacer era darle a la tecla «Enter», pero no lo hizo. El Sitio estaba aún en línea.

¿Por qué? ¿Dinero?

Intentó pensar en una sola cosa que se pudiese adquirir, la que fuese, que no pudiera comprarse en ese mismo momento con el dinero de que disponía.

Hamza había ideado finalmente la manera de que pudieran acceder con seguridad a los fondos del Oráculo desde Estados Unidos. Implicaba algunas sociedades fantasmas caribeñas, un fondo de cobertura falso y de origen panameño que los había contratado a ambos en exclusiva, dos empleados insólitamente bien pagados; para operar, solo usaban un algoritmo que funcionaba de manera automática, y mil cosas más que en último término solo requerían que los dos se ocultasen a plena luz del día.

Todo ello no estaba muy alejado de los métodos que las Damas de Florida empleaban para manejar con seguridad su información, aunque Hamza nunca lo habría admitido. La red de empresas del Oráculo pagaba cada arancel, cada impuesto a tiempo, y en su totalidad. Todo el mundo obtenía su parte y estaba conforme, así que no había razón para considerar las cosas demasiado en detalle.

Hamza estaba convencido de que, después de unos pocos años operando, daría igual de dónde viniera originalmente el dinero porque dispondrían de un historial de actividad empresarial legítima tras el que parapetarse. No tenían que esconder el dinero, solo el hecho de que era dinero del Oráculo.

Lo fundamental, al menos para Will, era que ahora podía acudir a cualquier cajero automático y comprobar un saldo de siete cifras. En ese momento llevaba varios miles de dólares en la

cartera. La única vez que había dispuesto de tanto dinero fue al concluir una gira, hacía pocos años, cuando el promotor tuvo que pagar a la banda el total previsto, de una tacada y en efectivo.

De modo que no. No era el dinero.

Alzó la vista para comprobar adonde lo habían conducido sus pies: la calle Cuarenta y ocho, entre la Sexta y la Séptima. Lo que alguna vez se conoció como la Calle de la Música.

Durante sus primeros años en Nueva York, había estado en esa calle casi permanentemente, al menos una vez por semana. Hasta fecha más o menos reciente, había en ella varias tiendas —Sam Ash, Rudy's y otras más— donde se vendían guitarras, cada una atendida por personal conocido de músicos frustrados que intentaban aprovechar los descuentos mínimos para el dependiente y así proveerse de equipos, mientras al mismo tiempo sufrían la indignidad de vender instrumentos y pedales y amplificadores y cuerdas a una infinidad de aficionados de la ciudad.

Will había trabajado en una de esas tiendas al poco de llegar a la ciudad. Eso había sido tiempo antes, cuando aún confiaba en que algún día daría el gran salto. Que los estudios contratarían a una de las bandas con las que tocaba, o que uno de los temas de los que era coautor acabaría triunfando, o que daría con el camino que lo llevaría a ser un músico de estudio en sellos de auténtico prestigio, con estrellas que podían permitirse pagarle a su banda un sueldo, estuvieran o no grabando, más los beneficios.

En Nueva York abundaban los intérpretes que habían logrado eso mismo. Uno se los topaba todo el tiempo en sesiones a micrófono abierto o en las tiendas, precisamente, o en bares frecuentados por músicos. No había motivos para que Will no fuese uno más de ellos.

Después de todo, había sido de lejos el mejor bajista —de hecho, el mejor músico— en su colegio durante la secundaria y también en la universidad. Sabía cantar y, lo más importante, componer. El suyo era un talento especial, estaba destinado a la fama y la fortuna en el mundo de la música. Era todo cuestión de tiempo.

Pero ese tiempo había transcurrido y él mismo había llegado a darse cuenta de algo muy relevante: no era lo mismo ser buen músico que ser buen músico en Nueva York. Will Dando podía ser considerado bueno en Chicago, y sin duda en Austin, y probablemente también en Los Ángeles.

Pero ¿en Nueva York? Eso no.

Will Dando, al menos desde una perspectiva musical, no era nada especial allí.

Y entonces se despertó una mañana después de haber soñado con ciento ocho porciones del futuro que ahora estaban en su cabeza. No era lo que hubiera esperado o escogido él mismo.

Pero, eso sí, era jodidamente especial.

Caminó alejándose de la Calle de la Música hacia las placitas asfaltadas al pie de los rascacielos que proliferan en la acera oeste de la Sexta Avenida. En la fachada de un edificio al sur de allí, a una calle de distancia, había un rotativo electrónico, a unos metros del suelo, que pasaba de manera incesante una serie de titulares de noticias.

Su móvil empezó a sonar. Will comprobó de quién se trataba; era su madre. La desvió a su buzón de voz y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Su madre lo llamaba a menudo y siempre le saltaba el buzón de voz de Will, como les ocurría a Hamza, Jorge Cabrera y quienquiera que intentase contactar con él durante esos días. Will no conseguía recordar la última vez que había hablado con su madre, o su padre, o incluso con su hermana. A veces les enviaba un mensaje de texto; ellos se enteraban de que aún estaba vivo y

viceversa, pero no tenía muchas ganas de hablar con ellos. No hubiera sabido qué decirles.

Se sentía al borde de un colapso mayor y una rápida desintegración, temía caer en la bebida, quizá, o en las mujeres, o simplemente en la fealdad. Solo él sabía por anticipado lo que iba a ocurrir, y estaba empezando a entender que nadie más sabía lo que iba a ocurrir.

Aun así, el Sitio seguía en línea.

Más de doscientas personas muertas en los disturbios del Oráculo. Otras doce en el Lucky Corner.

Había pasado prácticamente cada minuto desde que Hamza y él se alejaron de Union Square intentando decidir qué diablos iba a hacer. Había considerado la idea de revelar su identidad. Había pensado en acudir a la policía o al *New York Times*. Había barajado la opción de enviarle dinero a la familia de cada uno de los que habían muerto en el Lucky Corner o en los disturbios. Pero era difícil hacer cualquiera de esas cosas sin poner en riesgo a Hamza, y eso no era justo.

La idea más inocua, y la más segura, que se le había ocurrido era cerrar el Sitio, pero cuando llegó el momento fue incapaz de hacerlo, y sabía exactamente cuál había sido el motivo, si era honesto consigo mismo.

Le gustaba ser el Oráculo.

Por otro lado, debía de haber algo más que dos tíos espabilados forrándose de pasta. Aún disponía de muchas predicciones que no había utilizado. Tenía que haber alguna razón para ello, algo que presuntamente debía hacer él mismo.

Pero el siguiente paso no estaba claro. En realidad, estaba paralizado. Era un profeta sin la menor idea de lo siguiente que iba a ocurrir, y quizá otra gente muriera por su ineptitud para saberlo.

Un puesto ambulante de kebabs llamó su atención, con el humo de la parrilla elevándose al cielo en ese día helado. Se dio cuenta de que tenía hambre. En los últimos tiempos comer también había sido un hábito errático que ocurría cuando se acordaba de que debía hacerlo, y no en un horario fijo.

Caminó hasta el carrito y le pidió al vendedor un bocadillo de pollo en pan de pita; el dueño, un individuo de tez oscura cubierto con un grueso abrigo manchado de aceite, encasquetado con un gorro de cazador con orejeras, arrojó varios trozos de pollo a la parrilla, donde comenzaron a chisporrotear.

El tipo echó un vistazo a la secuencia de titulares que aparecían en el rótulo electrónico y entornó los ojos.

—Vaya, hombre —dijo—. Mire usted eso.

Will siguió la dirección en la que estaba mirando el vendedor, y leyó:

EL REVERENDO HOSIAH BRANSON ANUNCIA UN
DESAFÍO PÚBLICO A LA PREDICCIÓN DEL
ORÁCULO: «¡NADIE ME DICE CÓMO DEBO COMER
MI CENA!».

Will pensó en ello y se encogió de hombros. Branson podía decir lo que le apeteciera, la predicción se cumpliría igualmente. Todas se cumplían.

—¿Y usted qué piensa de eso? —preguntó Will al vendedor de kebabs, indicándole el titular.

—¿Qué pienso yo? —dijo el hombre—. Pienso que son más pamplinas, todo pamplinas. Si ese Oráculo se supone que es tan poderoso y puede ver el futuro... ¿por qué nos da solo predicciones relacionadas con la lotería o la leche con chocolate? ¿Por qué no algo verdaderamente útil? ¿Por qué nunca algo que ayude de verdad al prójimo? —sentenció apuntando a Will con sus pinzas—. Toda la gente que conozco... toda, yo incluido... le escribe al Oráculo con preguntas sobre cosas importantes. Cosas que, si yo las supiera, posiblemente darían un giro a mi vida. Todo el mundo lo hace. Pero ¿cuántos han obtenido respuesta? Se lo pregunto ahora a usted, ¿cuánta gente que conozca ha obtenido alguna respuesta del Oráculo?

—Nadie —dijo Will.

—¡Nadie! —exclamó el vendedor, haciendo resonar las pinzas con un ruido metálico.

Se volvió hacia la parrilla y recogió con una espátula el pollo con especias, luego lo esparció encima del pan de pita. Le agregó una pizca de salsa tahini, algo de lechuga, tomate y cebolla y lo envolvió todo en un trozo de papel encerado y otro de aluminio.

—Todo el mundo pensó que esta vez era algo cierto, que tendría alguna importancia, que las cosas cambiarían. Pero ya sabe...

Señaló con el bocado de Will el rotativo electrónico, donde ahora se leía:

NIAMEY, LA CAPITAL DE NÍGER, SITIADA POR
FUERZAS DE SOJO GABA.

—... solo porque el Oráculo diga que las cosas son ciertas, eso no implica que importen, ¿no es así? El mundo sigue siendo el mismo lugar horrendo de siempre. Ni siquiera entiendo para qué se ha tomado la molestia. ¿Cuál era la idea?

Will se quedó inmóvil unos segundos, con la vista perdida en el hombre que le extendía el kebab envuelto en papel de aluminio.

—¿Oiga? —dijo el vendedor, alzando una ceja—. ¿Oiga?

Will sacó su cartera, miró dentro, extrajo un billete y se lo pasó, tomando a la vez el bocado. El vendedor se quedó mirando el billete con el ceño fruncido.

—Está loco, amigo. No puedo darle cambio por esto. Deme un billete más pequeño —le pidió mientras le devolvía un billete de cien dólares.

Will dio media vuelta y se alejó por donde había venido, de vuelta al cibercafé, dando un mordisco al kebab, sin atender a la llamada del vendedor a su espalda.

«Esto está bien —pensó—. Esto está pero que muy bien».

12

—¿Le parece a usted que es la manera apropiada de hacerlo? —preguntó el presidente.

—Sí, Daniel —replicó Hosiah Branson, deleitándose, como siempre, con el hecho de llamar a su interlocutor por el nombre de pila. Era algo de lo que nunca se cansaba—. Léame de nuevo el fragmento sobre Níger —añadió.

Hubo una pausa y enseguida se oyó por el auricular el tono bajo y sonoro del presidente. Se podía decir lo que fuera sobre el talento de Daniel Green como gobernante, pero nadie podía obviar que era un magnífico orador.

—Nuestro compromiso con la libertad no puede restringirse a nuestras costas. Debemos poner fin a las violaciones de los derechos humanos perpetradas por el movimiento Sojo Gaba y su líder, Idriss Yusuf. Hace mucho tiempo que está reclutando a menores de edad en Níger para sumarlos a su ejército y obligarlos a asesinar a sus compatriotas, en su empeño por hacerse con el control total del país. Níger es una de las naciones más pobres del planeta y ha sufrido durante generaciones la acción de regímenes opresivos que han impedido a su pueblo desarrollarse en paz junto a las demás naciones de la región, a pesar de los abundantes recursos naturales del país y su vibrante cultura. La falta de un gobierno estable ha dificultado hasta la vigilancia policial dentro del país, lo que ha posibilitado el auge de organizaciones terroristas violentas como Sojo Gaba. Puede que Níger nos parezca un país remoto, pero los acontecimientos que allí se desarrollan pueden sin duda terminar afectando a la tranquilidad y la seguridad del propio pueblo norteamericano. La semilla del mal florece en los lugares más recónditos...

—Arraiga —dijo Branson.

—¿Cómo? —repuso Green.

—Las semillas arraigan, no florecen. En cualquier caso, es mejor como metáfora, lo de las raíces arraigando, sumergiéndose..., de modo que haya que arrancarlas. Las flores, en cambio... ¿quién tiene miedo a las florecillas?

—Ajá —convino el presidente.

A esto le siguió un ruidito acompasado en el auricular. Branson supuso que era el presidente corrigiendo su discurso.

—Perfecto —dijo Green—. Creo que ya está. No es que vaya a servir de mucho, con ese bastardo de Yusuf diciéndole a su gente que él es el Oráculo, y su gente dándole crédito. Ha conseguido reunir un ejército privado, la mitad formado por niños. Incluso si acabamos enviando

tropas a Níger, la sola idea de los fornidos y pérfidos soldados estadounidenses disparando contra críos de nueve años es... bueno, una auténtica mierda. Mejor sería cederle ya mismo la elección a Wilson.

—Venga, Daniel —dijo Branson en tono enérgico—. Usted sabe que esta es una carrera larga. Queda aún bastante para las elecciones.

—Me doy cuenta de eso, Hosiah —replicó el presidente—. Y puedo prever un centenar de formas en que las cosas podrían ir a peor, no esas que podrían mejorarlas. Tenemos tropas en Afganistán y Siria, y ahora se habla seriamente de intervenir en un tercer país. El Dow Jones ha caído este mes en más de cien puntos al día, y la mayoría de los restantes indicadores económicos no andan mucho mejor. China no consigue poner orden en su propia casa y nosotros estamos tan ligados a ella que cualquier factor negativo que incida en sus mercados provoca una reacción en cadena que alcanza a los nuestros en cuestión de un día... Con franqueza —concluyó—, no consigo entender que alguien quiera de verdad este trabajo.

—Bueno, siempre puede usted renunciar a él —replicó Branson—. Ninguna ley dice que deba postularse a un segundo mandato.

—Ajá —dijo Green—, pero dejaría de tener billetes de avión gratis.

Dicho esto, se aclaró la garganta, un signo que siempre indicaba a Branson el final inminente de la conversación.

—Gracias, Hosiah —dijo Green—. Le agradezco que me dedique su tiempo, ya sabe lo importante que es para mí su punto de vista.

—Por supuesto, Daniel. Estoy a su disposición siempre que me necesite. Pero si no hay nada más, tengo un...

—De hecho, lo hay —lo interrumpió el presidente—. El Oráculo.

La mano de Branson apretó con fuerza el auricular.

—¿Sí? —dijo—. ¿Qué pasa con él?

—Lo he visto, Hosiah. Cada uno de los programas de televisión a los que ha sido invitado, he leído sus editoriales... Está metido de lleno en una guerra sin cuartel contra el Oráculo. Hasta lo ha llamado usted el Anticristo, si mal no recuerdo.

—En eso sigo tan solo mi instinto, Daniel. Creo de verdad en lo que digo. La gente piensa que lo del Oráculo es... como un truco de feria. O una suerte de redentor. Tal como yo lo veo, es poca la gente que entiende los riesgos que supone. Y yo, que he sido bendecido con un púlpito, tengo la obligación de utilizarlo para anunciarlo.

—Eso lo entiendo, Hosiah, pero necesito que se refrene.

El rostro de Branson enrojeció.

Nunca —ni una sola vez en todos esos años en los que había sido su consejero espiritual, desde casi una década antes de que llegara a ocupar su puesto en la Casa Blanca— había intentado el presidente ejercer presión alguna sobre el ministerio de Branson. Jamás le había solicitado ningún favor, ni le había pedido que hiciera campaña en su beneficio, ni siquiera en aquellos estados donde unas pocas palabras del reverendo en su sermón hubieran marcado una diferencia. Esa era una de las razones por las que su relación era tan sólida, o eso sentía él. Ninguno había pedido jamás al otro algo más que su amistad o su consejo.

Hasta ese momento. Cuando el maldito Oráculo volvía a meter las narices en los asuntos de Branson.

—¿Qué me refrene? —dijo al fin—. ¿A qué se refiere?

—Simplemente, que rebaje usted el tono. Seguimos sin saber mucho de ese Oráculo, y si de verdad es capaz de hacer todo eso de lo que parece capaz...

—No lo es —dijo Branson en tono cortante.

El presidente hizo una pausa y prosiguió:

—Preferiría que no me interrumpiera de nuevo —dijo, y su propio tono se enfrió—. Entiendo que tiene usted su propia visión del asunto, reverendo, pero todo el mundo sabe además que usted y yo somos personas cercanas, y si el Oráculo resulta ser... si es lo que parece..., entonces prefiero tenerlo como aliado, punto. Tenemos nuestro plan para establecer contacto con él. Tony Leuchten se está ocupando de ello y no quiero que nada interfiera con su trabajo.

Su voz cambió de nuevo, esta vez sonó más suave.

—Hemos sido amigos durante mucho tiempo, Hosiah. Nada me dolería más que tener que poner fin a nuestro vínculo. Es lo último que querría hacer.

«¿Poner fin... a nuestro vínculo?», pensó Branson.

Consideró las consecuencias que podría provocar la decisión del presidente de no atender más las llamadas del reverendo Hosiah Branson. Green sería el primero en hacerlo, pero la noticia no tardaría en difundirse, primero a la clase política, luego a los empresarios y enseguida al mundo entero. No tardaría mucho en estar acabado. Acabado del todo.

Y el Oráculo habría ganado. No. No podía permitirlo.

—Daniel, haré lo que me pide. Voy a refrenarme... Pero he autorizado ya una pequeña campaña publicitaria con... esto... con una cierta retórica algo intensa contra el Oráculo. Y hemos pagado ya por ella, no hay manera de revertir el cobro. Haré lo que pueda para poner distancia entre el ministerio y la campaña en cuestión.

Al otro lado de la línea solo hubo silencio. Branson tragó saliva una vez y luego prosiguió:

—Y pienso seguir adelante con lo de la emisión en directo del momento en que debería cumplirse la predicción de ese bastardo referida a mi persona. Es mi vida, Daniel, mi vida entera lo que aquí está en juego. Es como si el Oráculo me hubiera retado a un duelo al mediodía. Voy a comerme cada pedazo de ese bistec sin una pizca de pimienta y el mundo entero me verá hacerlo.

Seguía sin haber respuesta al otro lado del auricular. Pasaron cinco segundos. Diez. Hasta que el presidente habló al fin:

—Lo siento, Hosiah, no he escuchado esto último. Uno de mis asistentes estaba diciéndome algo... Ahora debo colgar —dijo.

La línea quedó muerta. Branson apartó lentamente el teléfono de su oreja y colgó. Miró su reflejo en el espejo dividido en tres partes colgado de la pared, justo enfrente de él.

—Ya podéis entrar de nuevo —avisó.

Tres personas entraron en el camerino: su estilista, la maquilladora y el hermano Jonas con su traje y corbata negros, consultando ceñudo su móvil como un jerbo doméstico que hubiera cogido un trocito de basura.

La maquilladora tomó una gasa de su bandeja, que descansaba en la mesilla delante de Branson, y comenzó a empolverarle la frente sin decir nada. Antes de eso, la llamada del presidente los había pillado con el trabajo a medias, y el propio Branson había ordenado al personal que saliera.

—Escucha, Jonas —dijo a su asistente—, he decidido proseguir con la campaña publicitaria

de la que hablamos. Sigue tú adelante y realiza el pago inicial a la agencia. Y diles que empiecen de inmediato.

La campaña contaba con una gran cobertura en la prensa: internet, radios, prensa escrita y hasta la televisión, con algunos anuncios cuidadosamente escogidos, todo diseñado para sembrar dudas respecto a los orígenes, intenciones y debilidades del Oráculo. La agencia publicitaria se había concentrado en una única idea clave durante su presentación: quería alentar a la congregación a transformarse en «Detectives de Cristo», que cada uno investigara entre sus amigos y vecinos en busca de indicios: el Oráculo podía ser cualquiera de ellos.

Su asistente no se había movido y seguía escrutando con gesto pesaroso su móvil.

—Jonas, ¿has oído lo que acabo de decirte? —dijo Branson.

—Sí, reverendo —respondió el muchacho con voz trémula—. Pero antes tiene que ver usted esto.

Le pasó el teléfono.

La pantalla mostraba el Sitio; esas líneas conocidas de texto negro con las veintitantas predicciones que Branson había leído ya tantas veces y que le resultaban, por lo mismo, casi tan familiares como las Sagradas Escrituras. Debajo debía de constar la dirección electrónica del Oráculo con su frase habitual y enervante «esto no es todo lo que sé», pero en esta ocasión la frase había sido desplazada al final de la página y, bajo las antiguas predicciones, habían aparecido nuevas frases: veintitrés de ellas, numeradas en secuencia, como el primer grupo de predicciones. El formato era idéntico: una fecha futura y enseguida unas pocas palabras describiendo un acontecimiento que debía ocurrir en esa fecha. Pero estas nuevas no eran del todo similares a las anteriores.

Cada una venía en texto rojo, una tonalidad que destacaba crudamente contra el blanco homogéneo del fondo. Como la sangre en un campo nevado.

Branson devoró con la vista las veintitrés nuevas predicciones, leyéndolas una primera vez en diagonal para ver si su nombre estaba incluido en alguna, y luego una segunda vez con alivio. Y una tercera mucho más lentamente, ahondando en el significado.

—Salid —dijo—. Todos excepto Jonas.

La estilista y la maquilladora dejaron su instrumental y salieron de nuevo sin decir palabra.

—Puede que no sea tan malo como parece —dijo Jonas, aunque su voz sonaba ligeramente desesperada—. Podemos incrementar los fondos para nuestros programas de largo alcance. Nuestro culto y sus filiales ayudan a gente en todo el mundo, solo tenemos que explicar eso...

—Basta, Jonas —lo cortó Branson—. O se va él o nos vamos nosotros. Es así de simple.

—¿Y eso cambia en algo las cosas respecto a la reunión en Dubái? —quiso saber el secretario.

Branson reflexionó unos segundos.

—Así es —concluyó—. Adelántala. Tanto como se pueda y sigamos contando con todos allí.

Se levantó y devolvió el móvil a Jonas. Se quitó el pañuelo de papel del cuello y se enderezó la corbata de un azul brillante. Luego se estudió unos segundos en el espejo.

«Fuerte —pensó—. Se te ve muy fuerte. Quién diría que acaban de darte una patada en los huevos». Salió a grandes zancadas del camerino y se dirigió al escenario, oyendo la música voluptuosa y los exhortos voceados por los laicos que calentaban a la congregación para él, las ovaciones de la multitud reunida. Y aceleró el paso, deseoso de estar ya allí y sentir la energía de

su gente nutriéndolo, para recargar las pilas con una pizca de ese amor al buen Jesús.

Caminó por el pasillo lateral hasta el borde del escenario y cogió el micrófono, recibiendo la sonrisa alentadora que le dedicó una colaboradora joven y atractiva. Después irrumpió ante la multitud, sintiendo el rugido que afloró al verlo. Un ruido magnífico, eso era un hecho.

Su visión del auditorio no era completa debido a los focos que brillaban por encima de él; de hecho, solo veía con claridad las primeras filas de la platea.

Y en esas mismas filas, al menos una de cada tres personas estaba mirando el móvil que tenía en sus manos, claramente extasiada. Desde donde estaba podía ver la pantalla blanca cruzada por varias líneas rojas.

13

Una luz rectangular y muy brillante, imposible de obviar, acababa de encenderse a su derecha, unas filas más adelante.

Hamza soltó un suspiro fuerte, dramático, de pura exasperación. Miko le puso la mano en el muslo.

—No digas nada —le musitó al oído—. Siempre terminas enfadado y no sirve de nada. Lo único que consigues es que el otro se cabree y tú te quedas jodido el resto de la película.

Hamza se inclinó hacia ella y también le habló con suavidad al oído.

—Es que es un maldito grosero —dijo—. Pasan diez anuncios antes de la película diciendo a la gente que apaguen sus móviles, y ese tío decide que las reglas son para los demás, no para él.

—Relájate —dijo Miko—. Lo apagaré en unos segundos.

El tipo que había consultado su móvil se volvió hacia la mujer que estaba a su lado y le habló, enseñándole la pantalla. Instantes después, ella sacó su móvil.

—Venga ya —dijo Hamza, esta vez más alto—. Apagadlo.

La pareja lo ignoró por completo. Otro móvil se encendió en la oscuridad, y luego otro más. La infección se propagó rápidamente, hasta que todo a su alrededor, a un lado y otro, quedó invadido por pantallas encendidas en la oscuridad. En ese instante Hamza cayó en la cuenta.

Hurgó en su bolsillo y sacó el suyo, tecleando en pantalla un buscador.

—¿Qué haces? —dijo Miko—. ¿Mal de muchos...?

Hamza le enseñó el Sitio en la pantalla.

—¿Ha hecho algún cambio? —preguntó él mismo—. No puedo verlo bien.

Miko cogió el móvil y deslizó su dedo índice hacia arriba por la pantalla, recorriendo las predicciones. El texto se volvió rojo y ella frunció el ceño. Leyó las nuevas líneas de texto y enseguida clicó para apagar el móvil, concentrándose de nuevo en la pantalla del cine.

Hamza inspiró profundamente, retuvo el aire, lo soltó. Luego repitió la maniobra.

—Vamos —dijo al tiempo que cogía su abrigo y atravesaba la hilera hasta el pasillo.

A su alrededor los móviles brillaban en la oscuridad y la gente hacía comentarios entre sí, excitada, a viva voz, olvidándose por completo de la película.

Hamza avanzó hasta el vestíbulo y la entrada, donde casi todo el mundo había extraído su móvil. Cruzó por delante del puesto de palomitas y fue hasta un rincón cercano al ventanal que daba a la calle. Todo en el exterior tenía un aspecto gris: desde los edificios hasta la nieve

acumulada y sucia en las aceras por las que la gente caminaba con dificultad. Apoyó la frente en el cristal y cerró los ojos, sintiendo cómo el frío se filtraba a través de este.

Notó una mano en su antebrazo. Abrió los ojos y vio a Miko con la cabeza ladeada y un rictus de tristeza en los labios.

—¿No sabías que iba a subir nuevas predicciones? —le preguntó.

—No —contestó Hamza—. No hemos hablado, me refiero a hablar de verdad, desde hace un tiempo. Únicamente de cosas domésticas, del tema del dinero. Le ha afectado mucho lo de los disturbios. Me ha dado la impresión de que solo quería tomar cierta distancia.

La expresión de Miko varió, ahora sus labios dibujaban una ligera sonrisa y tenía un ojo medio cerrado; era su versión de encogerse de hombros.

—Pues parece que no lo ha hecho —concluyó—. Vale, retrocedamos un poco. Dime a qué viene esto último.

—¿A qué viene esto último? Yo te diré a qué viene.

Enarboló su móvil y le indicó una de las líneas rojas de texto nuevo.

—Esto podría valer cien millones —dijo, y movió suavemente el dedo hacia abajo—. Esto otro, quizá mil millones. Estas predicciones son, literalmente, lo más valioso del mundo en este momento y él se limita a... ¡regalarlas!

—Relájate —dijo ella, volviendo a cogerlo del antebrazo y tironeando de su mano hacia abajo—. Si de verdad son tan importantes, ¿por qué lo ha hecho? Tiene que haber un motivo.

—¡No tengo ni idea, Miko! —dijo él, alzando la voz—. Ni siquiera sé dónde está exactamente. No paro de llamarle, de enviarle mensajes de texto... pero no responde.

Miko frunció el ceño. Cogió el móvil de manos de Hamza y miró la pantalla.

—Fíjate —dijo—, estas nuevas predicciones son distintas a las del primer grupo.

—Ya lo sé —replicó Hamza con sequedad—. Supuestamente, el primer grupo no debía valer nada, o lo menos que pudiéramos conseguir. El billete de lotería en Colorado, el tema de la leche con chocolate, el de ese actor de pacotilla en Uruguay. Nada de eso hubiera estado siquiera en los informativos de no haber sido por el Sitio. Entonces ¿por qué regalarlo ahora? ¿Me entiendes?

—De acuerdo, pero no es eso a lo que me refiero —dijo Miko—. No creo que Will estuviera pensando en el dinero, en este caso.

Leyó parte de lo que aparecía en la pantalla.

—Un puente que va a colapsar en Milwaukee. Una fábrica de coches que va a incendiarse en Púsán. Un barco que va a encallar cerca de Rotterdam...

Alzó la vista y lo miró a los ojos.

—Todas estas predicciones son advertencias, Hamza. Cosas terribles... donde mucha gente podría morir. Pero en ninguna de ellas se dice cuánta gente va a morir. Quizá porque ahora no morirá nadie.

Hamza recuperó su móvil y volvió a leer el listado.

—No es posible cambiar las predicciones. Ninguna de estas cosas puede ser evitada.

—Y no tienen por qué serlo —dijo Miko—. Si la gente sabe lo que va a ocurrir, con quitarse de en medio es suficiente.

—Vale, aunque solo se tratara de eso... y te garantizo que ya sería positivo, muy positivo incluso... Will me prometió que no subiría más predicciones sin consultarlo antes conmigo. No está solo en esto, Miko.

Ella enarcó una ceja.

—Él piensa que lo está, Hamza, o lo habría hablado antes contigo.

Hamza bajó la mirada hacia la leve curva que se dibujaba en la cintura de su esposa, perceptible desde hacía muy poco.

—Esto es por lo de los disturbios —dijo ella—. Y por todas las cosas malas que han ocurrido desde que el Oráculo hiciera su aparición. Él mismo se siente culpable, o responsable.

—No lo es —dijo Hamza—. Eso es ridículo. Le hemos dado cientos de vueltas él y yo. Lo que otra gente haga no es su...

Miko le tapó la boca con delicadeza.

—Obviamente, él no está convencido de eso —dijo—. Ya sé que te sientes frustrado, cariño. Para ti, que eres un friki del control, todo esto representa tu peor pesadilla. Pero el Sitio, el Oráculo... no son tuyos. Le pertenecen a Will y siempre ha sido así, pese a que te invitara a participar. La carga que ello representa... la carga de lo que él sabe... no podemos siquiera imaginarla. Si esta es la forma en que ha decidido asumir esa carga, es decisión suya. ¿De verdad crees que no debería intentar salvar vidas? Siendo honesta, no me cabe en la cabeza que subieras esto la primera vez.

Hamza observó el rostro de su esposa, su expresión noble y muy seria enmarcada en unos mechones sueltos de pelo azabache a cada lado de las mejillas. Y aspiró el aroma de su mano cubriendo su boca.

«La gente intenta entrar constantemente en el Sitio —pensó para sí mismo—. Cada día, las Damas de Florida nos envían informes al respecto. Y no solo adolescentes encerrados en un sótano, sino gente algo más implacable: Japón, Israel, las grandes multinacionales... Las Damas han dicho que es imposible piratearnos y que, aun cuando alguien consiguiera sortear el cerco de seguridad, no encontraría nada, pero quién sabe... Cada vez que Will se sale del plan, les está dando a esos piratas nuevos datos que procesar, nuevas formas de poner un pie dentro. No sé qué es lo que va a hundirnos, quizá las Damas tengan razón y nada consiga hacerlo, o vaya a hacerlo jamás, pero... ¿por qué se arriesga tan tontamente? Si se llega a saber que Will es el Oráculo, todo el mundo acabará demandándolo. Y, de paso, me demandarán a mí también, en cuanto descubran que estoy involucrado y sepan cuánto dinero hemos conseguido con esto. Y entonces quizá algún fiscal de distrito de donde sea querrá procesarnos por habernos saltado cualquier ley, y cada céntimo que ahora tenemos se desvanecerá en el aire solo por nuestro empeño de anticiparnos a todo eso... Y eso suponiendo que ningún fanático nos haya pegado antes un tiro a los tres en la cabeza... O a los cuatro». Hamza apartó con delicadeza la mano de su esposa de sus labios, le besó la palma y sonrió.

—Simplemente, no me gusta cuando Will deja de ser precavido —concluyó—. Tienes razón en lo de la carga que supone todo esto. Está demasiado confundido, no piensa en las consecuencias de lo que hace.

—No sé —dijo Miko—. Acaba de subir varias predicciones que contribuirán a salvar cientos, quizá miles, de vidas. Yo creo que solo piensa en las consecuencias.

Hamza asintió.

—Sí, claro. Pero además estás tú, y el bebé. Los riesgos son enormes, ¿no?

Miko repitió su gesto con los labios equivalente a encogerse de hombros.

—Por supuesto, y eso sí tiene sentido. Pero una pregunta: ¿le has dicho a él todo esto?

Hamza se restregó las mejillas con las manos y luego negó con la cabeza.

—No, sería una conversación rarísima. Para que él entendiera de verdad por qué me preocupa tanto, tendría que decirle que te he metido a ti en esto.

Miko alzó de nuevo una ceja.

—Así que ambos habéis acumulado una lista gigantesca de cosas de las que no habláis. Menuda estrategia.

Hamza la miró fijamente. Después se concentró en su móvil, deslizando un dedo por la pantalla, y marcó un número.

—Tienes razón —dijo—. Esperemos que el muy cretino se ponga esta vez.

14

Will dio un toquecito al móvil y desvió a Hamza al buzón de voz.

Alzó el rostro para que el sol lo bañara, disfrutando de esa ausencia casi absoluta del invierno. Había en el aire un olor acre y espeso, seguro que provocado por el agua de mar, aunque parecía algo más. La vida. Will aspiró unas bocanadas adicionales de ese aire a su alrededor y se apoyó contra la ventanilla del coche alquilado.

Las aguas del golfo de México no eran cristalinas, pero comparadas con cualquiera de las que había alrededor de Nueva York, parecían surgidas de una película de surfistas. Cuando llevaba medio camino sobre el paso elevado que provenía de Fort Myers, se había desviado hacia los islotes próximos al litoral de Florida. Los puentes, de un kilómetro y medio o incluso más, descendían hacia los cayos, que eran poco más que un trozo de arena. Cuando la visión del entorno se volvió demasiado cautivadora para seguir adelante, él mismo escogió uno de esos islotes para detenerse un momento. No tenía la menor idea de cómo la gente podía vivir en un sitio así, sin desatender sus trabajos y obligaciones. Él se había pasado allí el día entero contemplando el océano. Como para probar esto último, un banco de delfines afloró a la superficie del mar para hacer cabriolas a un centenar de metros de la playa, y él agradeció en silencio que eso no hubiera ocurrido cuando iba conduciendo. A buen seguro que se habría ido directo contra el guardarraíl y luego de cabeza a las aguas del Golfo.

Se estiró y se dobló hasta tocar los dedos de los pies, luego se arrodilló en la arena, curvando la cintura hacia delante hasta tocar el suelo con la frente y llegar tan lejos como le era posible con las manos. Al sentir la elongación de la columna suspiró de placer, la exhalación formó un pequeño cráter en la arena. La postura era un vestigio de su flirteo con el yoga. En ese momento deseó haberlo prolongado, pero el yoga no había permanecido en su vida mucho más tiempo que la chica por la que había decidido probarlo.

Se puso de pie. Mejor. Notaba los músculos aún tensos y un dolor entre los omóplatos, y es que el efecto de uno o dos minutos de estiramiento era limitado. Había estado sentado al volante durante cinco horas en las que había cruzado la región central de Florida desde Orlando. No había vuelos directos a Fort Myers, pero es que además le apetecía conducir.

Regresó caminando hasta el coche y metió medio cuerpo por la ventanilla para alcanzar su bolsa de mano en el asiento del pasajero. Se alejó enseguida con su trajinada libreta de tapas resquebrajadas, de la que no se había separado desde que tuviera el sueño del Oráculo.

Algunos de los islotes a lo largo de la calzada elevada disponían de merenderos con barbacoa, y este era uno de ellos. Había varias parrillas no muy grandes a unos pasos de allí, impregnadas de cenizas y sostenidas por oscuros y corroídos soportes de metal enterrados en la arena. Will caminó hasta la más próxima y extrajo el Zippo del bolsillo.

Puso la libreta en el centro de la parrilla y la contempló unos instantes, con la brisa marina ahora pasando las páginas, tan interesada en lo que contenía como el resto del mundo.

El Zippo produjo el clásico ruido del dedo al rozar la piedra, la chispa y, al final, una pequeña llama que Will aproximó a la libreta en cada una de sus esquinas, y así la mantuvo hasta que el papel prendió.

Ardió bien, con las llamas elevándose unos quince centímetros sobre la tapa y el humo negro oscilando con pereza en el aire. En cuestión de minutos, las predicciones quedaron reducidas a una espiral metálica renegrida y un montón de cenizas segmentadas por capas en el fondo de la parrilla. Entonces buscó una varilla cerca y revolvió con ella los restos chamuscados, con la intención de que no quedara nada legible entre ellos. La brisa levantaba copos oscuros de papel quemado y se los llevaba hacia el mar. Nada. No quedaba una sola palabra, salvo en su mente, donde las predicciones resplandecían como nunca.

Will aspiró hondo, el humo y el olor del mar. Supo que era la primera vez que podía llenarse los pulmones, libre y fácilmente, desde que tuvo el sueño del Oráculo.

Regresó al coche, tomó de nuevo la carretera elevada y continuó hacia el oeste por el puente que venía a continuación, hasta su extremo final, un lugar llamado isla Sanibel. Allí pagó un peaje sorprendentemente elevado —supuso que el mantenimiento de puentes sobre el océano no era barato— y condujo al fin hacia tierra firme.

Sanibel era una reserva turística. Al enfilar por el camino que atravesaba la isla, vio algunos indicios de quienes vivían de forma permanente allí —una escuela pequeña y lo que parecía un vecindario suburbano—, pero no eran más que excepciones. La mayor parte del terreno lo ocupaban hoteles de poca altura, restaurantes y marisquerías, y canchas de tenis, y el conjunto lo complementaban pequeños puestos recargados que vendían camisetas y artesanías hechas de conchas.

Y, por encima de todo, los decorados navideños: palmeras envueltas en luces multicolores y grandes vidrieras en las tiendas de comestibles, que aún llevaban pintadas hojas perennes y copos de nieve.

«¿Cuántas vidas habré salvado esta vez? —pensó—. Posiblemente nunca llegue a saberlo. No el número exacto. Pero seguro que un montón». Ya había visto por internet varios artículos que comentaban precisamente eso: ¿cuánta gente podría evitar la muerte, o resultar herida, gracias a los avisos que el Oráculo había subido al Sitio relacionados con futuros desastres? Movié la cabeza y una sonrisa cubrió su rostro.

«¿Miles? Quizá. Es muy probable». El GPS del móvil le ordenaba girar a la derecha —vio una señal con una flecha que apuntaba en dirección a captiva—, su destino final, situado varios kilómetros más adelante.

Su error, empezaba a darse cuenta, había sido esperar que las predicciones le revelaran su significado, pero eso no iba a ocurrir así. Significaban lo que él decidiera que significaran. Supermán no se paraba a esperar a que alguien le dijese qué hacer con sus superpoderes; simplemente los usaba.

Will se miró un segundo en el espejo retrovisor. Sí, claro, Superman. No sonaba tan mal.

El firme de la calzada cambió al poco de cruzar otro puente, mucho más corto que el del paso elevado que provenía del continente, y que conducía a una segunda isla: Captiva. El camino se estrechó. A su izquierda estaba el mar, de un azul resplandeciente, y una extensa playa de arena blanca. En el flanco opuesto había un manglar exuberante e impenetrable.

Meditó sobre su plan y las predicciones que aún no había revelado. Entre las que había usado para entender las reglas —la predicción relativa al Lucky Corner y otros acontecimientos menos trágicos—, el primer grupo difundido por el Sitio, las que él y Hamza habían vendido y ahora las advertencias, la mayoría ya habían sido utilizadas. Todavía le quedaban algunas, solo un conjunto de rarezas para las que aún no tenía claro qué uso darle, pero ninguna encontraría su encaje en el mundo, a menos que él supiera seguro de qué modo podrían ayudar.

Las fechas de todas ellas irían transcurriendo con el tiempo. Después de eso, él no sabría más de lo que todos sabían. Estaría acabado. El Oráculo dejaría de existir, o más bien, ya no podría existir.

La carretera se alejó de la playa y atajó tierra adentro, discurriendo bajo un dosel de hojas de palma que dificultaba el paso de los rayos del sol y convertía el camino en algo parecido a una gruta verde.

Will fue examinando los buzones que asomaban a un lado y otro en medio de esa especie de jungla. Cada uno llevaba pintado un nombre algo cursi, como BRISAS DEL MAR O EL REPOSO DEL PEZ ESPADA.

A unos tres kilómetros hacia el interior de la isla, dio al fin con la dirección que buscaba. En el buzón decía únicamente: SOLO PLAYERO.

Un sendero de gravilla zigzagueaba brevemente entre los árboles y conducía a una vivienda bastante grande, blanca y con rebordes en azul claro, emplazada a unos seis metros del suelo sobre pilotes de madera. En el garaje junto a la casa había un Lexus blanco; casi todos los coches de por allí eran blancos.

Will aparcó el suyo, bajó y subió la escalinata que conducía a la entrada principal. Llamó al timbre. A través de los coloridos paneles de cristal tallado que tenía la puerta a cada lado vio una silueta moviéndose, y comprendió que se dirigía hacia él.

Will retrocedió unos pasos y se secó las manos en los tejanos. Estaba sudando; deseó haberse vestido más en consonancia con el clima, pero había esperado estúpidamente que Florida no fuese tan calurosa como decían. No en Navidad, al menos.

—John, John, John, John —murmuró para sí mismo.

La puerta se abrió y en el umbral apareció una mujer que probablemente rondara los sesenta años, pero parecía tener el ánimo y el dinero suficientes para cuidar de sí misma. Parecía solo el eco envejecido de una mujer aún joven; era mayor, pero no una anciana. Llevaba el pelo corto, casi todo blanco, pero su rostro tenía un aspecto más juvenil de lo que indicaban sus canas, algo así como Steve Martin en versión femenina. Estaba peinada con un estilo que Will asociaba a las mamis de las urbanizaciones. De hecho, ese era su aspecto: la imagen de una mami adinerada.

—John Bianco —dijo ella.

—Qué hay, Cathy —dijo él—. ¿Cómo estás?

—Sorpresa de verte por aquí —respondió Cathy—. Había entendido que teníamos un trato y que sería más seguro si restringíamos el contacto solo online.

—Te alegrarás de que haya venido.

Cathy esbozó una sonrisa.

—Desde luego, John. Me alegro de verte.

Cathy retrocedió un paso y lo invitó a pasar.

El vestíbulo se abría a un salón espacioso con enormes ventanales que iban del suelo al techo y ofrecían una panorámica espectacular de la playa y el golfo de México de fondo.

Había unos ventiladores de techo a unos seis metros del suelo que giraban perezosamente. Todo el conjunto estaba decorado con buen gusto y tenía aspecto de caro.

Cathy le indicó un sofá en el centro de la estancia.

—¿Quieres algo de beber?

Will negó con la cabeza. Ya había bebido antes en compañía de Cathy Jenkins, pero esta vez prefería mantener la mente despejada. Al volver al hotel, podría beber a su aire si estaba de humor, y con seguridad lo estaría. Tenía una celebración pendiente.

—Bueno, yo beberé algo —dijo ella—. Es ya mediodía, ¿no?

Will la vio encaminarse a un pequeño mueble bar situado en un rincón, donde escogió un vaso grande entre todos los que había, y hielo, como unos tres cubitos, de la minivever. El resto fue todo vodka.

Will seguía atento a sus gestos. Ella extrajo un frasco de zumo de arándanos y se lo enseñó desde allí.

—Para darle color —dijo, y añadió poco más de una cucharadita al vaso.

Después lo mezcló todo con una cuchara alargada y dio un sorbo al combinado.

—Bien, justo lo que necesitaba —concluyó mirando a Will—. ¿Seguro que no quieres nada?

—Estoy bien, gracias.

Cathy avanzó por el salón y fue a sentarse en uno de los sillones, donde cruzó con gracia las piernas, acomodando sus pantalones de lino color crema. Cogió un posavasos de un cesto que había encima de la mesa de centro para depositar encima su copa.

Después, una vez estuvo todo bien dispuesto, miró a Will y alzó una ceja perfectamente depilada.

—¿Entonces? —dijo.

—¿Becky va a venir?

—Está al caer. Llamó poco antes de que llegaras. Había bastante tráfico en el paso elevado, a la altura de Fort Myers.

—En ese caso, esperémosla. Estoy seguro de que querrá oír esto.

Cathy dio otro sorbo a su copa.

Las Damas de Florida. Dos mujeres a las que había «conocido» online y en la Red Oscura después de que se lo sugiriese un amigo teclista que había buceado bastante en ese terreno buscando fármacos exóticos.

No era tan difícil: había que bajarse un *software* determinado, un buscador que convertía en anónima cualquier búsqueda en internet y, al mismo tiempo, permitía conectarse a sitios que permanecían ocultos para los buscadores más habituales entre los usuarios. Tor era uno de ellos, I2P era otro, y surgían nuevos sitios todo el tiempo, prometiendo un mejor acceso a los rincones ocultos de la red y mayor seguridad cuando uno accedía a ellos.

Las direcciones de esos sitios no eran los habituales URL; solo un batiburrillo de letras y

números, casi como un código. Si uno no sabía exactamente dónde necesitaba acceder, nunca llegaría hasta ahí. El amigo teclista de Will le había pasado unos cuantos enlaces que conducían a lugares supuestamente frecuentados por «consultores en seguridad»; en realidad, delincuentes. La clase de individuos que rastreaban en Amazon y Expedia, así como otros grandes sitios de venta online, números de tarjetas de crédito que luego podían revender en lotes de mil. O bien que buscaban detectar fallos de seguridad en las páginas web de instituciones o grandes empresas, con la esperanza de vender lo que sabían al mejor postor, que a menudo eran estas mismas. O bien que se postulaban para proyectos especiales: ataques dirigidos a sitios o redes que sus clientes deseaban dejar inutilizados.

Will había intentado establecer diálogos con esa gente, pero no le había resultado fácil. La mayoría parecían tener su base de operaciones en Europa del Este y eso implicaba lidiar con la barrera idiomática, a lo cual había que añadir la inexistencia del factor confianza.

Con todo, al final dio con una opción administrada por un sujeto que se ocultaba bajo el alias «GrandDame», que hablaba (escribía) un excelente inglés y parecía dispuesto a encontrarse con él.

Hubo algunas negociaciones, con Will en el papel de John blanco, uno de los varios empleados que supuestamente trabajaban para el Oráculo, el misterioso individuo que podía prever el futuro. Eso solo habría bastado para que las cosas luí hieran acabado ahí —el escepticismo de GrandDame era tan palpable frente a la pantalla del ordenador, que a Will le parecía estar delante de un horno con la puerta abierta—, pero conseguir que las Damas creyeran lo del Oráculo había funcionado del mismo modo que con Hamza. Will les dio una predicción que debía ocurrir en los siguientes días y sencillamente dejó que se cumpliera.

Primero vino la incredulidad, luego el trauma previsible, la negación, la aceptación final y varios tira y afloja hasta llegar por fin a un acuerdo: Cathy y su socia, Becky Shubman, la otra Dama de Florida, diseñarían un protocolo que permitiera al Oráculo lograr cuatro objetivos específicos. Eran los siguientes: dar a conocer predicciones ante el mundo, sumar nuevas predicciones de vez en cuando, recibir correos electrónicos y lograr que todo ello se disipara sin dejar rastros en ningún punto de la ruta, con un nivel absoluto y desde luego impenetrable de seguridad, que no debía requerir de actualizaciones diarias ni de un mantenimiento constante por parte de las propias Damas de Florida, del Oráculo o de quien fuera.

Tres semanas después, le presentaron los resultados. El sistema que habían diseñado no pivotaba en ocultar un servidor en una suerte de almacén de datos bajo múltiples capas fuertemente encriptada, ni en fijar el Sitio en alguna jurisdicción favorable a la privacidad en algún punto del mundo, ni en cualquiera de los demás métodos para preservar la información. Todo eso podía ser pirateado con tiempo suficiente y dedicación. No servía.

En lugar de ello, habían enviado a Will a un cibercafé y le habían dicho que se descargara un buscador Tor. A través de él, había abierto una cuenta apócrifa para usarla una sola vez en un servicio gratuito de correo electrónico, la que había empleado para abrir la correspondiente cuenta falsa en Twitter. Esta última se utilizó para subir el primer grupo de predicciones a un clon de *pastebin* que las Damas habían encriptado, como un tablón de anuncios anónimo que cualquiera podía ver al conectarse a internet, pero que solo podía actualizarse si uno disponía de la clave de encriptado.

La clave para este *pastebin* en particular cambiaba cada diez segundos y solo podía

recuperarse usando un algoritmo desarrollado sobre una frase clave que el propio Will había escogido y que era el verso inicial en la segunda estrofa del tema «Little Wing» de Jimi Hendrix. Esas dieciséis palabras sirvieron de ladrillos para construir la clave de encriptado, formada por unos cien caracteres de largo y que mutaba constantemente, y que a esas alturas estaba tan alejada de la frase-código original que no era posible revertir el proceso.

Básicamente, todo había salido como le habían prometido y el nombre del Oráculo siguió siendo el secreto mejor guardado del mundo.

A cambio de todo ello, las Damas recibieron en pago una enorme suma de dinero, pero, más importante que eso, el Oráculo les prometió una predicción adicional una vez que todo estuviera dicho y hecho. Una predicción que les salvaría la vida a ambas.

Will aún se sentía un poco mal por esto último. No había tal predicción. No sabía nada en particular sobre el futuro de las dos, pero debía ofrecerles algo que inspirara absoluta lealtad de su parte, algo que nadie más pudiera brindarles. Otros podrían sobornarlas con miles de millones para que entregaran al Sitio, pero solo el Oráculo podía ofrecerles el futuro.

Cuando todo estuviera concluido, cuando él supiera que no iba a necesitarlas de nuevo, tenía planeado decirles que evitaran Albuquerque en tales y tales fechas, sin abundar mucho más. Ellas se mantendrían alejadas de Nuevo México y con vida, y el Oráculo conservaría su récord de infalibilidad.

De pronto se abrió la puerta de entrada de la casa y por ella entró en tromba Becky Shubman, dejando a su espalda la estela del aire tórrido y húmedo de esa región. Cerró la puerta de golpe y cruzó todo el salón hasta quedarse directamente frente a Will. Becky tenía la costumbre de caminar siempre como si un vendaval soplara en dirección contraria.

—¡Johnny B! —dijo tendiéndole la mano—. ¿Sigues guardando para mí esa ciudad al norte de aquí?

Will le estrechó la mano y de pronto se vio tironeado fuera del sillón para recibir un gran abrazo de oso de Becky. Lo tuvo así unos segundos hasta que lo dejó libre y entonces se dejó caer en el sofá junto a Cathy, echando un vistazo al cóctel a medio consumir que sostenía en su mano.

—Veo que no habéis perdido el tiempo.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Cathy.

—Ya lo creo, hazme un batido de frutas —dijo Becky.

Cathy se levantó y fue a la cocina con el vodka en la mano.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte, Johnny? —le preguntó Becky.

—Posiblemente una sola noche. Debo volver pronto.

—Qué pena. Tengo una hija que estoy segura que te encantaría.

—Ya me lo habías mencionado —dijo Will—. Varias veces.

Becky lanzó un bufido. Desde la cocina les llegaba el ruido de una licuadora. Cruzó las piernas por los tobillos y se acomodó otro poco entre los cojines.

—Debo decirte que me gustó bastante más el último grupo de predicciones que tu chico subió al Sitio. Esos anuncios. Ayudarán a un montón de gente y salvarán muchas vidas, no tengo dudas. Me ha hecho sentir orgullosa de ser parte de la organización.

—Yo también me siento orgulloso, sí —dijo Will.

No sabía mucho de los orígenes de las Damas de Florida. Al parecer se habían unido cuando sus respectivos cónyuges fallecieron con pocos meses de diferencia. Se habían conocido en el

contexto de un grupo de voluntarias en el museo de Fort Myers, y no mucho después se habían convertido en socias de un negocio autónomo de seguridad informática. El papel exacto de Becky en el acuerdo al que habían llegado no estaba demasiado claro para Will; Cathy, en cambio, era el genio tecnológico. Había sido en los años ochenta una de las únicas ingenieras que formaban parte del laboratorio de Xerox PARC y había trabajado para crear la columna vertebral de la infraestructura informática mundial, los cimientos de la actual internet. Becky, por su parte, era la clásica viuda de Long Island que había sido esposa y madre la mayor parte de su vida adulta y se había trasladado a Florida una vez que sus hijos se hubieron graduado en la universidad.

Cathy volvió de la cocina con un vaso largo lleno de una mezcla rosada, se lo pasó a Becky y se sentó muy cerca de ella. Will las observó alternativamente. Becky Shubman tenía el aspecto de una Shirley Hemphill blanca, y Cathy Jenkins le recordaba vagamente a Jackie O.

Las dos mujeres no pegaban mucho juntas. Eran como una vieja y destartada camioneta Chevy junto a un Ferrari de estilo clásico. Pero de algún modo la mezcla funcionaba. Cathy no tomaba ninguna decisión, por pequeña que fuese, sin consultarla antes con la inigualable señora Shubman.

—Muy bien, John —dijo Cathy—. Aquí nos tienes. ¿Por qué estás tú aquí?

Will rebuscó en sus bolsillos y extrajo un par de tarjetas, las dos grabadas con una larga secuencia de números, y se las pasó por encima de la mesa de centro, a cada una la suya. Las escudriñaron brevemente y luego miraron a Will; estaban algo confundidas.

—¿Y esto qué es? —preguntó Becky.

—Sendas cuentas numeradas en el Banco Nacional de South t layman. Una para cada una, a vuestro nombre. Con cinco millones de dólares de saldo cada una.

Como respuesta, las dos mujeres se quedaron mirando a Will con los ojos muy abiertos.

—¿Y para qué? —dijo Becky—. Ya nos has pagado.

Will asintió.

—El Oráculo lee los informes de seguridad que nos enviáis. Sabemos la clase de gente que intenta acceder al Sitio, los gobiernos, las grandes corporaciones. Y no lo han conseguido. Estamos aún a salvo. Eso quiere decir que habéis hecho una labor increíble, os habéis ganado esto. Feliz Navidad.

—Yo soy judía, pero lo aceptaré igual —dijo Becky, mirando la tarjeta en su mano.

Cathy se puso de pie, dejando la suya en la mesa de centro, y fue hasta el mueble bar, donde comenzó a preparar otro cóctel.

—¿Con aceituna o sin ella, John? —preguntó desde allí.

Will suspiró resignado.

—Sin aceituna —dijo.

Segundos después, Cathy volvió con un vodka martini lleno hasta arriba y una corteza de limón en el fondo que se agitaba al ritmo de sus pasos. Se lo pasó a Will.

—Brindemos —dijo Cathy, alzando su copa.

Entrechocaron los vasos y Will probó su cóctel. Estaba helado y suave, y a la vez increíblemente fuerte. El primer sorbo descendió bastante bien por la garganta; los martinis tendían a ser cada vez más placenteros a medida que los ingería.

—No me quejo, Johnny, pero ¿es esta la única razón por la que has venido hasta aquí? Quiero decir que podrías habérselo dicho por teléfono.

Will bebió otro sorbo. Delicioso.

—¿Cuántas veces en la vida tiene una oportunidad de regalarle a alguien cinco millones de pavos? —se dijo—. Es uno de esos gestos que hay que hacer en persona. Quería veros la cara, vuestra expresión al recibirlos.

Dejó su copa en la mesa.

—Pero sí, hay algo más. Todo este asunto del Oráculo y el Sitio —inspiró hondo, sintiéndose más ligero con solo pronunciar esas palabras—, está casi concluido. Quería discutir personalmente con vosotras lo de la logística. ¿Habrá algún problema en cerrar el Sitio cuando llegue el momento de hacerlo?

Becky y Cathy intercambiaron miradas.

—No —dijo Cathy—. Es muy simple. Podéis sacarlo de la red en cualquier momento que queráis, y tenéis los códigos para ejecutar el programa de eliminación que escribí para vosotros. Una vez ejecutados, el sistema de correo electrónico deja de funcionar automáticamente, y ese es el único punto duro de contacto. Aun cuando ese correo fuera rastreado, no habría forma de que llegaran hasta vosotros, a menos que por azar estuvierais allí físicamente cuando los malos lo encontraran.

—Poco probable —dijo Will—. El Oráculo ya no lo necesita. Así pues... ¿no habrá rastro? ¿Nada de nada?

—Nada, tal como lo pedisteis. No hay forma de que pueda ser rastreado hasta tu gente, suponiendo que el Oráculo se haya ceñido a las reglas. Todo ha sido anónimo, a través de puntos de acceso escogidos al azar y eso, ¿verdad?

—Absolutamente —confirmó Will.

—Entonces, John —dijo Becky—, a diferencia de Cathy en su época universitaria, parece que sois impenetrables.

Miró sonriendo a su socia, que se encogió de hombros y se llevó el vaso a los labios.

—Sí, ya —dijo Cathy.

Becky se volvió hacia Will, pero esta vez ya no sonreía tanto.

—¿Y puedo preguntar por qué planeáis cerrarlo? ¿Va el Oráculo a...? ¿Va a pasar algo?

Will se quedó mirando a las Damas de Florida, la pregunta de Becky las había dejado algo tensas. Con todo lo que el Oráculo había hecho por ellas, seguía causándoles algo de pavor.

—Nada, no va a pasar nada —respondió—. Solo que ha llegado el momento de cerrarlo.

—Y cuando eso suceda, ¿tendremos nuestra predicción? ¿La que el Oráculo nos prometió?

—Por supuesto. En el momento en que el Sitio salga de la circulación será vuestra.

Las Damas se relajaron, confiadas en que todo iba bien. Will se bebió hasta la última gota del martini y se levantó.

—¿Solo uno, Johnny? Venga, quédate un poco más —lo invitó Becky.

—Gracias, pero debo regresar. Mi vuelo sale mañana temprano. Me apetece caminar un poco por la playa para aclararme las ideas antes de volver a Fort Myers.

Dicho esto, abandonó la casa, después de darle un escueto abrazo a Becky Shubman y de que Cathy lo escoltara hasta la puerta, dirigiéndole una fugaz inclinación de cabeza.

Se detuvo un segundo en el camino que iba desde la casa hasta su coche y volvió a inspirar hondo, olfateando —casi degustando— el aroma denso y saturado del mar y la vegetación a su alrededor. El aroma de la vida.

15

—Estamos en guerra, amigos míos —dijo Hosiah Branson—, pero somos afortunados, nuestro ejército tiene la fuerza de mil de millones.

Buscó en el bolsillo interior de su abrigo un pañuelo limpio y muy blanco para secarse la frente. Estaba sudando como mi cerdo.

Branson ocupaba un sillón de cuero en la cabecera de la larga y bruñida mesa de caoba que llenaba buena parte del espacio en la sala del consejo. Había esperado que surgieran algunas tensiones con el ordenamiento de los diferentes asistentes en sus puestos, pero los santos delegados habían ocupado su sitio, indicado en una tarjeta, con mínimos reparos. Eso resultó muy bueno de entrada. Había situado al clérigo suní de Pakistán tan alejado como pudo del sacerdote hindú y del chií iraní, los cuales también debían quedar en extremos opuestos de la mesa, con la ubicación del rabino Laufer complicando las cosas todavía más. Pero quizá él había pensado más de la cuenta la cuestión. Al menos ese día en particular parecía que las diferencias se habían dejado de lado.

Detrás de cada silla había intérpretes y asistentes listos para proveer a sus patrones de cualquier servicio que requirieran. Varios televisores en mesas con ruedecillas se arracimaban junto a la mesa. En las pantallas, los rostros de unos cuantos líderes religiosos más que no habían podido o querido acudir a Dubái observaban al espectador a través de un enlace por videoconferencia.

Los santos delegados miraban expectantes a Branson, a la espera de que prosiguiera.

Hosiah se tomó unos segundos para deleitarse por haber logrado reunir a todos esos hombres, luego se aclaró la garganta y habló de nuevo:

—Amigos míos, gracias por estar hoy aquí. Este es un momento histórico, en el que los líderes de las mayores confesiones del planeta se hallan reunidos en una misma sala. Que yo sepa, un acontecimiento de esta índole no había ocurrido jamás... a menos, claro, que haya tenido lugar y yo no haya sido invitado.

Los intérpretes concluyeron la frase, a lo cual siguieron algunas risitas, pero la mayoría de los rostros en la estancia permanecieron inmutables, con expresiones que iban de lo impertérrito a la hostilidad manifiesta.

Hosiah tragó saliva, ignoró una gota de sudor que recorría su espalda y prosiguió:

—Me honra ver que tantos de vosotros hayáis respondido a mi llamada y pienso que ello

habla por sí mismo de la gravedad del tema al que hoy nos enfrentamos. Todos nosotros somos, como he dicho, los guardianes de la fe para miles de millones de personas. Y cuando asoman en el horizonte amenazas a esa fe, es nuestro deber plantarles cara en nombre de nuestra grey, con furia y sin considerar en ningún momento la retirada. Nos enfrentamos a una batalla en ciernes y estoy seguro de que el nombre del adversario os resultará a todos bien conocido: el Oráculo.

La audiencia se revolvió incómoda en sus asientos, incluso antes de escuchar la traducción. «Oráculo» era una palabra que todo el mundo conocía por entonces.

—En mi propio credo, a menudo aludimos a los acólitos como nuestro rebaño, y nosotros somos sus pastores, para filiarlos en un universo amenazante y adverso. Yo amo a mi rebaño y haría cualquier cosa para resguardarlo... pero ese rebaño ha menguado en los últimos tiempos, amigos míos. El Oráculo es un lobo con piel de cordero, que logra apartarlos de las verdades que les proveemos.

Branson hablaba con cautela. Había una sensibilidad general que era preciso mantener. A pesar de su énfasis en la unidad de propósitos, aquello se aproximaba más a una reunión de líderes de varias corporaciones rivales que a otra cosa. De no existir la amenaza del Oráculo, Branson no se haría ilusiones de que alguno de ellos le diera siquiera la hora. Sus bases de sustento y poder estaban sitiadas, eso era todo. Combinar recursos podía dar una solución, aunque ciertamente no un acuerdo perdurable.

Sin embargo, esa no era la clase de cosas que convenía decir ahora de manera irreflexiva.

—Quisiera empezar diciendo que mi posición ha sido, deslíe un principio, la de considerar al Oráculo un enemigo de todos nuestros cultos. No puedo saber cómo recibe su información, pero creo que esta proviene o bien de fuentes científicas de algún tipo, o bien es un fraude al generar los eventos que predice luego de ocurridos. Ningún verdadero profeta actuaría como lo ha hecho él.

—¿Y qué propone usted? —dijo con franqueza el clérigo suní en un inglés con fuerte acento árabe, tras indicar con señas a su intérprete que no requería de sus servicios—. Sabemos que el Oráculo es un problema, de otro modo no estaríamos aquí. ¿Qué solución ofrece usted?

Branson sonrió para ocultar la irritación suscitada por la interrupción.

—Desde luego —dijo—. Vayamos directos al meollo de la cuestión, como decimos en América. Aunque no será de hueso de cerdo, lo prometo.

Silencio; aunque varias sillas más allá, el Alto Reverendo Michael Beckwith, prelado de la Iglesia Episcopal y representante en esa reunión de los anglicanos de todo el mundo, unos ciento sesenta y cinco millones de fieles, sonrió con la vista puesta en su café. Branson se sintió fugazmente alentado al comprobar que alguien en la estancia tenía sentido del humor.

—Yo sugiero dos vías de acción, caballeros. ¿La primera? Creo que deberíamos hablar todos más claramente en público contra el Oráculo. A nuestros fieles, a la prensa. Tendríamos que dejarles claro que no hay nada en común entre nuestros respectivos credos y ese... ese charlatán de feria. Algunos de vosotros ya habéis tomado medidas en este sentido, pero yo humildemente recomiendo una línea de acción unificada de partido, si queréis ponerlo en esos términos.

—¿Y en qué nos beneficiará eso? —Quien habló esta vez fue uno de los sacerdotes hindúes, llamado Bhatt.

—Hará que la gente piense en lo que es el Oráculo y de dónde viene. Hará germinar la semilla de la duda en sus mentes. Si todos los líderes religiosos del mundo dicen lo mismo... que el

Oráculo es el mal, que no debemos confiar en él... puede que no consigamos detener sus planes, cualesquiera que sean, pero yo creo que se podrá...

—Pero aún no sabemos si es el mal —dijo en voz baja Karmapa Chamdo.

Todos se volvieron hacia el hombre que acababa de hablar, el décimo octavo Lama del Sombrero Negro, a la cabeza de la tercera mayor secta budista del mundo, con autoridad para representar al propio Dalái Lama. Vestía una túnica de color granate y azafrán, al parecer bastante más apropiada para el calor insidioso del desierto que el traje y corbata de Branson.

—El Oráculo no forma parte de nuestra experiencia presente —continuó Chamdo—, pero ¿acaso todos nuestros sistemas de creencias no incluyen, como si fueran uno solo, el concepto de profetas? ¿Cómo podemos condenar a un hombre cuando aparece entre nosotros dando muestras de las mismas habilidades divinas que describen nuestros textos sagrados?

—Primero ofreció sus predicciones en sitios web relacionados con Estados Unidos, y en inglés —dijo el clérigo suní—. No es nuestro Profeta.

—Y se dice que pide dinero, que vende sus predicciones —complementó Bhatt, como si esto saldara la cuestión—. Tollos lo hemos oído. ¿De qué le sirve el dinero a un ser divino?

—Quizá para lo mismo que a nuestras iglesias —insistió Chamdo—. Si nosotros pedimos a nuestros fieles que hagan donativos, ¿por qué tendría que estarle prohibido a él hacerlo? Y quisiera señalar que el Oráculo nunca ha declarado que sea de origen divino. Está aquí, junto a nosotros, en el mundo material —prosiguió el budista—. Es parte del orden natural de las cosas, parte de la gran rueda en la que giramos todos.

¿No sería mejor dar con la forma de adaptarnos a su presencia en lugar de combatirlo?

El sentimiento general dentro de la sala se iba volviendo rápidamente contra el Lama, como advirtió Hosiah complacido. Apuntes disimulados de los demás hombres santos revelaban un fuerte sentir colectivo que sugería una pregunta: «¿De qué lado estás tú?».

Karmapa Chamdo pareció notar esto último y se calló, asintiendo en dirección a Hosiah con su rostro bañado de absoluta paz, que al parecer era su única expresión.

—Su Santidad ha formulado cuestiones excelentes —dijo Branson—, pero yo doy por sentado que muchos de nuestros fieles no están preparados para las sutiles distinciones filosóficas que podamos debatir hoy aquí. Revestir al Oráculo con las ropas del mal cuando hablemos de él ante nuestras respectivas congregaciones es un concepto muy simple, que la grey entenderá fácilmente. Aun así, todos vosotros podéis actuar como consideréis preferible, por supuesto.

Hubo asentimientos a lo largo de la mesa. No de todos, pero sí de la mayoría de los asistentes.

—¿Ha mencionado usted un segundo elemento dentro de su plan, reverendo? —preguntó Beckwith.

—Sí, claro; gracias, obispo. Esto puede que sea más del agrado de Karmapa Chamdo. Creo que buena parte de los motivos por los que el Oráculo resulta tan fascinante para el mundo es que su verdadera naturaleza sigue siendo un misterio. Si pudiéramos descubrir su identidad, mostrarle al mundo que solo es un hombre más, que sus predicciones tienen alguna explicación secular, entonces nuestros problemas habrían terminado. Esto me lleva de vuelta al primer punto. Nuestras congregaciones, tomadas en su conjunto, conforman el mayor ejército del mundo: miles de millones de personas repartidas por todos los países del planeta. Debemos convertirnos todos en generales. Debemos decir a nuestras fuerzas que el Oráculo es un enemigo de Dios y disponerlas a que emprendan su cacería. Yo mismo he activado ya esta búsqueda en mi propio rebaño.

—Sus Detectives de Cristo —dijo el rabino Laufer en tono divertido—. Parece sacado de una película.

—Sí, ya lo sé —corroboró Branson, obligándose a esbozar una leve sonrisa—. No es muy sofisticado, pero quizá funcione. Todos vosotros podéis sugerir la idea a vuestra propia gente del mejor modo que creáis, pero es importante que unamos nuestros empeños. Yo puedo hacer por mi cuenta solo eso. Buena parte de mi influencia se focaliza en Estados Unidos. Esa es la razón por la que he querido convocaros a todos hoy aquí.

—¿Esa es la razón? —preguntó el rabino—. ¿No será, quizá, que está usted preocupado por cierta predicción del Oráculo relacionada con un bistec, y que está buscando desacreditarlo antes de que él le haga a usted quedar como un tonto durante la emisión en directo que ha anunciado?

Branson se volvió hacia Laufer, ya sin impostar ninguna sonrisa.

—Estoy en el ojo del huracán, no voy a pretender que no sea así. Pero es usted un estúpido si piensa que el Oráculo va a contentarse conmigo. Me ha alcanzado y me ha dado una estocada en el corazón. Es un mensaje dirigido a mí, claro que sí... —en este punto abarcó con un gesto a toda la mesa y a la totalidad de los santos delegados allí reunidos—, pero también a vosotros. Quiere abatirme a mí primero para que ninguno de vosotros ose luego desafiarlo. Es tan nocivo como un dictador o un gobierno opresor, o un pogromo que busca destruir a los hombres que están al servicio de Dios en los muchos y largos siglos que llevamos haciendo nuestra labor.

Branson señaló al rabino Laufer.

—¿Qué pasará si lanza una predicción de que los judíos van a intentar quedarse con el sistema financiero mundial?

Luego hizo una inclinación de cabeza hacia los enviados suní y chií.

—¿O relativa a otro ataque a gran escala de los musulmanes dentro de Estados Unidos?

Hubo gestos malhumorados alrededor de la mesa.

—Ninguno de vosotros ha sido objeto, de hecho, de las presuntas habilidades del Oráculo. Yo sí, y os diré que ninguno de nosotros se había enfrentado nunca a algo de esta naturaleza. Con solo diez palabras podría convertir cualquiera de nuestros credos en adversarios de todo el mundo.

Branson se giró en su sillón.

—La humanidad nos necesita. Necesita de nuestra ayuda directa y de buenos consejos, también de nuestro ejemplo. Nuestros credos son la argamasa del mundo. Debemos actuar. El Oráculo ha de tener un vecino, un hermano, un amigo. Una de esas personas se halla entre nuestros fieles o estos la conocen. Vamos a encontrar al Oráculo. Y, una vez quede al descubierto quién está detrás, vamos a exponerlo justo como lo que es: sencillamente, un hombre.

—¿Y qué haremos cuando lo tengamos? —preguntó el iraní.

—Lo que debemos hacer —replicó Branson.

—¿Y si no es un fraude? ¿Y si es, en efecto, un mensajero de Dios? Entonces ¿qué? —intervino Karmapa Chamdo.

Hosiah entrelazó las manos y le clavó la mirada.

—En ese caso, amigo mío, sospecho que estaremos todos jodidos.

16

Will observó cómo la recepcionista atendía a otro grupo de huéspedes del hotel con la habilidad y el encanto que ponía con cada cliente individual. No sabía cómo lo hacía, pero siempre tenía la misma sonrisa brillante, la misma calidez. Will había trabajado en el sector servicios una o dos veces y sabía lo rápido que un cliente pasa de ser una persona normal a un engorro que es preciso resolver. Pero esta recepcionista en particular era... magistral. Era una «pro» en todo momento. Will la había visto en cada jornada durante las pocas semanas previas y siempre lo había impresionado. Era divertido observarla.

A ello contribuía que quizá fuera la mujer más bella que Will había visto nunca.

«No la mires —se dijo a sí mismo—. Solo está haciendo su trabajo, probablemente ha de lidiar todo el día con imbéciles. No hagas tú el imbécil». Estaba sentado en un sillón del vestíbulo del hotel Carrasco, que era una mezcla palaciega de techos altos, columnas de mármol, candelabros de cristal y suelos de mosaico, y la opción más cara que había podido encontrar en Montevideo, lleno hasta arriba de gente, con los huéspedes pululando alrededor, arrastrando tras ellos su equipaje, saliendo al exterior para gozar del sol brillante del verano en el hemisferio sur.

Frente a él descansaba en la mesa un cóctel —algo con mucha menta y lima— y, al lado, una pila de informes anillados, unos quince en total, de diverso grosor, que le habían supuesto un desembolso de ciento cincuenta mil dólares.

Una cifra que ya ni siquiera le parecía tanto dinero.

Estiró la mano y buscó en el montón, todos con portadilla y cubierta de plástico, quizá unos diez en total. Cada uno con un título ampuloso y pretensiones de tesis, muchos de ellos con el logo de grandes firmas de consultoría. «Veintitrés Doce Seis: Un análisis numerológico. La significación astrológica de los números veintitrés, doce y seis». La portadilla en una carpeta del departamento de matemáticas del MIT exhibía solo los números, en una hilera vertical en letra negrita:

23

12

6

Cogió la carpeta que estaba encima de las demás, la del análisis astrológico, y la hojeó. Ese tío había ido bastante más lejos, recorriendo posibilidades relacionadas no solo con el Zodíaco sino con la quiromancia y la frenología.

Will había usado buena parte del dinero que había ganado en los últimos tres años solo para comprobar que esos genios de variado pelaje especulaban, en su mayoría, con que los números eran probablemente una fecha: 23 de junio de 2012, las 6 pm del 23 de diciembre, o incluso el 6 de diciembre de 2023. Algo que él ya había considerado, por cierto. Era posible que la transmisión, o lo que fuera el sueño con las predicas dones, se hubiese interrumpido y que esos números fuesen solo la fecha de la predicción que venía a continuación.

Todos los caros genios consultados comenzaban su informe con esa premisa. Más allá de eso, no había mucha consistencia en ninguno de ellos.

Un profesor de ciencias políticas de Harvard señalaba que la India contaba con treinta y cinco estados y que estos se dividían geográficamente en tres grupos: uno de doce, el otro de veintitrés y el otro de seis, dependiendo de con qué criterio se delimitaran las fronteras entre ellos.

En cuanto a la experta en numerología, había detallado de manera exhaustiva cada combinación posible de los números en términos matemáticos, desde la más trivial —sumándolos entre sí— hasta la interpretación esotérica. Pasando por alguna más ingeniosa: veintitrés multiplicado por doce y dividido por seis es cuarenta y seis. Incluía todas esas opciones en una sección única que titulaba «Combinaciones de interés».

A Will le complació por alguna razón la aportación de la experta en numerología.

Luego estaba el informe de un criptógrafo, un tipo de Idaho. Su especialidad era dar con mensajes ocultos en textos célebres del estilo de la Biblia o la Constitución. Se había volcado en examinar cada libro de la Biblia del rey Jacobo que tuviera al menos veintitrés capítulos y, en el capítulo vigésimo tercero, doce versículos: diecinueve libros en total. Tomando luego la primera letra de la sexta palabra de cada versículo y haciendo otros juegos malabares obtenía un conjunto de veintiocho letras en total. Un galimatías, pero el hombre había logrado ordenarlas para que tuvieran algún sentido y conformaran un mensaje, si uno quería verlo de ese modo: «Dios renunció a la triste faena», con dos letras sobrantes, una W y una D.

El criptógrafo no había sabido deducir lo que significaban esas dos letras, y es que Will Dando había encargado los informes empleando su alias de John Bianco.

El mensaje en sí no quería decir mucho. La Biblia del rey Jacobo fue impresa en 1611, Will lo había comprobado. Toda esa interpretación era un sinsentido propio de teorías conspirativas, como las que proponían usar un casco de aluminio para evitar el control mental por parte del Gobierno.

Tampoco era gran cosa.

Will dejó a un lado el informe que tenía en las manos y cogió su móvil: un modelo nuevo y delgado como una hoja de papel que había adquirido nada más llegar a Uruguay. Se preguntó cuántos mensajes de texto y de voz habría acumulados en su antiguo móvil, a la espera de que volviera a estar dentro del área de cobertura en que incidían las torres emplazadas en Estados Unidos. El noventa por ciento serían posiblemente de Hamza.

Pasó el dedo índice por la pantalla para comprobar la hora. Se había hecho tarde, eran casi las once de la mañana. Era ahora o nunca.

Apuró su combinado de lima, menta y ron para coger fuerzas.

Reunió todos los informes, los guardó en su bolsa de mano, se levantó y caminó hasta la recepción. La chica le sonrió al verlo venir; era la misma sonrisa que ya le había visto usar con otros cientos de huéspedes. Will se sentó en una de las sillas frente a ella, dejando la bolsa sobre sus piernas.

—Buenos días, señor —le saludó en español. Y después en inglés—: Mi nombre es Iris. ¿En qué puedo servirle?

Su inglés era perfectamente imperfecto y su nombre sonó como agua cayendo por la pileta de una fuente.

—Buenos días —respondió Will—. ¿Me preguntaba si podría usted darme alguna información sobre la función de *La tempestad* esta noche?

—Ah, claro —dijo ella—, es usted un turista del Oráculo.

—Yo... supongo que sí —dijo Will—. ¿Es malo eso?

—En absoluto —respondió la chica—. La ciudad está llena de gente como usted, llegada de todas partes del mundo.

Le indicó con un gesto el vestíbulo atestado de gente.

—De hecho, nunca había visto el hotel Carrasco tan lleno —añadió—. Lo cual es maravilloso, porque nos mantiene ocupados.

Iris extrajo un mapa de la ciudad de un cajón en su escritorio y lo extendió sobre el mostrador. Cogió un bolígrafo y marcó con una equis la ubicación del hotel, después trazó una línea hacia el noreste a lo largo de la playa —que estaba en la acera de enfrente del hotel— hasta una zona verde enorme.

—El Gobierno ha dispuesto pantallas en muchos puntos de la ciudad, para la gente que quiera ver la obra en directo. Como si se tratara de un festival; ya ve que en Montevideo no necesitamos excusas para festejar algo.

Dio unos golpecitos sobre la zona verde.

—Aquí está el Parque Roosevelt. Es donde está situada la pantalla más cercana al hotel, a solo un paseo por la orilla de la playa. Creo que le gustará, es un sitio precioso, y habrá infinidad de comida, cerveza y lo que a usted pueda interesarle.

Will miró el mapa y luego a la recepcionista.

—¿Dónde tendrá lugar la obra en sí? ¿En qué teatro?

La chica inclinó la cabeza frente a él. Aunque no había parado de sonreír, Will advirtió en su actitud un matiz del tipo: «¿Cuánto tiempo crees que puedo dedicarte esta mañana, chaval? ¿No has oído lo ocupados que estamos todos en el hotel?».

Iris indicó otro punto en el mapa, bastante alejado del hotel y en dirección oeste, en el centro de una zona marcada como «Ciudad Vieja».

—Aquí, en el teatro Solís. Es un lugar muy bello y muy antiguo... Pero ya no quedan entradas. Se agotaron hace meses desde que esa predicción sobre la clamorosa ovación que recibirá José Pittaluga apareció en el Sitio del Oráculo.

—¿Ni una sola entrada? —preguntó Will—. ¿No es para eso que usted está...? ¿De verdad que no puede conseguir entradas de lo que sea?

Will se sintió muy torpe. Había un modo de hacer esas cosas —Hamza probablemente sabría cómo—, pero él mismo ni siquiera estaba seguro de haber estado antes en un hotel con recepcionista, mucho menos en uno parecido al palacio de Buckingham.

Por fortuna, Iris parecía deseosa de hacerle la mitad del trabajo.

—Normalmente, sí, por supuesto —dijo—, pero una entrada para la cuadragésimo tercera función de Pittaluga en *La tempestad* no es lo mismo que una reserva para un restaurante. Puede que haya algunos asientos disponibles aquí o allá, pero me pareció entender que la más barata cuesta doscientos setenta y cinco mil pesos uruguayos. Más de diez mil dólares americanos.

—Me parece bien —dijo Will.

Iris se quedó paralizada un instante, una fracción de segundo. Will lo entendió. Al verlo por primera vez, la chica lo había encasillado. Su ropa, quizá incluso su comportamiento, sugerían cierto tipo de persona, de cierto nivel. Puede que estuviera alojado en el Carrasco, pero esto debía de suponer un lujo para él. O a lo mejor ni siquiera pagaba la estancia de su bolsillo y era tan solo el asistente del verdadero huésped. Algo por el estilo.

Pero ahora, con solo tres palabras, Will se había situado automáticamente en otra casilla y ella debía hacer los ajustes correspondientes, calibrar de nuevo sus expectativas.

—Señor —dijo la chica—, me complacerá mucho ayudarle, por supuesto, pero antes de que se gaste usted una suma de dinero tan importante, déjeme decirle algo de José Pittaluga: nadie espera una obra maestra esta noche.

»Él ha formado parte de nuestro teatro durante años. Es bajo y regordete, y sus papeles raramente tienen la relevancia del de Próspero. Siempre ha sido un actor secundario, como se suele decir. Un actor cómico, un payaso. Los productores de *La tempestad* lo contrataron para el papel porque el Oráculo lo nombraba en el Sitio, pero ni siquiera había estado en la terna de actores para encarnar ese papel. Simplemente vieron una oportunidad de convocar mucho público y la tomaron. —Miró el mapa en el punto donde estaba indicado con un círculo el teatro Solís—. Sé que les ha ido muy bien, con el cartel de no hay entradas en cada función. Pero las críticas han sido... muy poco favorables.

Will asintió.

—Ya lo sé. La gente quiere tener un trocito del Oráculo, no importa cómo lo obtenga. El caso es que me gustaría asistir. Quiero estar ahí, verlo en persona. Es historia, ¿no?

Iris esbozó una sonrisa.

—Lo sé, desde luego. Si tuviera el dinero, puede que hasta me tentara. —Al decir esto hizo una inclinación de cabeza, casi disculpándose—. A propósito, ¿pagará con tarjeta de crédito o...?

Will buscó dentro de su bolsa y extrajo un puñado de billetes en moneda uruguaya, de mil y dos mil pesos.

—No —dijo—, en efectivo está bien.

La recepcionista examinó el dinero en silencio. Will sintió cómo era desplazado a una nueva casilla. Iris jamás olvidaría lo que acababa de ocurrir, y aunque las probabilidades de que ella dedujera que él era el Oráculo eran casi nulas (en opinión de Will), estaba revelándose como un tipo muy rico, que estaba lejos de su hogar y que llevaba consigo una enorme suma de dinero en efectivo.

A Hamza le hubiera repateado eso, en caso de enterarse. Lo que no había ocurrido. Ni iba a ocurrir.

Will miró a Iris, que seguía con la vista clavada en los billetes, y sonrió.

—De hecho —dijo—, si estás libre esta noche, podrías intentar conseguir dos butacas...

17

Cathy Jenkins se tendió en una tumbona de su patio trasero, con la tableta apoyada en su falda y las dos manos sosteniendo un tazón humeante, contemplando las olas. Justo enfrente de la orilla de la playa se había reunido una bandada de pelícanos. Vio cómo se lanzaban en picado y se sumergían en el mar para atrapar su desayuno.

«No son precisamente unos pájaros bonitos —pensó para sí misma—. Me recuerdan a unos percheros voladores». Era divertido verlos pescar, caer como un cazabombardero contra el agua, impactando con la misma gracia que una pelota de baloncesto, para unos segundos después reaparecer aleteando sobre las olas con un pescado colgando del pico, muy satisfechos.

Cathy se concentró en su tableta y desplegó en la pantalla la página del *Tampa Bay Times*. Echó una ojeada a los titulares. La posición del presidente Green a la cabeza de las encuestas se había deteriorado hasta tal extremo que la carrera presidencial estaba muy reñida. Ella misma hubiera dicho, poco antes de eso, que Green tenía asegurado el segundo mandato, pero Aaron Wilson le había arrebatado de algún modo una parte sustancial de sus electores. Desplazó con el dedo el resto de la página. Al principio le sorprendió no encontrar nada relacionado con el Sitio. Ese sería el primer día que su cliente no estaría en la primera plana desde hacía semanas. Entonces reparó en una nota a pie de página: una entrevista con José Pittaluga, el actor uruguayo mencionado en una de las predicciones del Oráculo, cuya representación largamente esperada estaba anunciada para esa misma noche.

Cathy no era demasiado aficionada a Shakespeare. Sabía cuánto significaba la obra del dramaturgo para el patrimonio cultural de la humanidad, pero el empeño de rastrear el significado último en sus obras siempre la había hecho sentir un poco tonta, y sabía que podía ser muchas cosas, pero tonta no.

Clicó en el enlace a la entrevista de Pittaluga y la leyó. Al instante decidió que le gustaba mucho José Pittaluga.

El hombre era absolutamente sincero respecto a lo que había supuesto la predicción del Oráculo en su carrera, y que nada tenía que ver con su habilidad como actor. Hasta parecía refocilarse un poco en ese punto. Sabía que no era ningún Olivier, ni siquiera un Nicholas Cage, pero no le importaba. El Oráculo lo había convertido en alguien cien por cien inmune a las críticas. Y millonario.

«A ti y a mí, colega», pensó Cathy.

Dejó a un lado la tableta con una sonrisa en los labios. No solo le gustaba Pittaluga, hasta era posible que estuviera enamorándose de él.

El hombre se mostraba inequívocamente dichoso de al fin poder mandar al mundo entero a la mierda; era un punto de vista que ella respetaba, no muy distinto del que había tenido ella durante su carrera en la industria informática. Nunca había dedicado mucho tiempo a las personas que no reconocían lo que ella era capaz de hacer o que de algún modo la minusvaloraban solo por el hecho de que tenía un par de tetas. Si el patriarcado despreciaba su talento por lo que era, entonces que se las arreglaran sin él; mientras tanto, ella ocuparía su sitio en la sombra, haciéndoles la vida imposible cada tanto, enriqueciéndose con sus errores, explotando los fallos en su seguridad para luego venderles la solución.

O, en ocasiones, siendo la asesora en seguridad informática de un tipo que podía predecir el futuro.

Cogió de nuevo la tableta y desplegó una aplicación. Un programa de búsqueda que ella misma había diseñado, una araña que rastreaba en todas las variantes de la red —la clara, la oscura y la profunda— las menciones de un único nombre.

John Bianco. Que evidentemente no se llamaba John Bianco.

Echó la vista atrás, a los primeros días en que lo conoció, después de que merodeara por foros *blackhat* buscando a alguien que lo ayudara a engañar motores de búsqueda. Cathy había examinado su forma de actuar, tratando de entender lo que buscaba, hasta que vio que no se comportaba como lo haría un policía o un turista de la Red Profunda. Más bien... como un niño. Desamparado, sin comprender de verdad los peligros que acechaban en esas honduras en las que se había internado. Parecía muy necesitado de ayuda, pero las primeras personas con las que se topó —un grupo de eslovacos verdaderamente bestiales— iban a comérselo vivo.

De modo que GrandDame entró en escena, y ahora estaba allí, sirviéndose un café en su patio, siendo siete cifras más rica que entonces.

Pero el dinero no bastaba para comprar su curiosidad o su tendencia natural a escarbar y seguir escarbando, y piratear sistemas hasta que no hubiera ningún secreto para ella en todo el mundo. Esa había sido siempre la auténtica razón por la que deseaba trabajar con el Oráculo. Los secretos eran la droga de Cathy Jenkins, el Oráculo los conocía todos y el camino hacia el Oráculo era John Bianco.

No sabía gran cosa de ese tipo. Solo su nombre, y que vivía en Nueva York. Lo había visto únicamente dos veces. La primera, cuando llegaron al acuerdo de que las Damas de Florida trabajarían para el Oráculo, y la segunda, cuando había ido a darles su bonificación. Bianco había sido extremadamente cauteloso con sus datos personales. Nunca hablaba de sí mismo.

Pero un nombre y una ciudad no eran nada, y la arañita digital de Cathy era paciente. Había infinidad de John Blancos en Nueva York, pero, con el tiempo, ella había sido capaz de obtener fotos de todos ellos, y ninguno se parecía al individuo que había conocido. John Bianco no era John Bianco. Era alguien más.

Entonces puso la araña a rastrear en la red y a buscar nuevas menciones de John Bianco en cualquier punto del área de Nueva York: noticias, registros bancarios, multas de tráfico, pagos de impuestos. La araña había trabajado activa y pacientemente durante todos esos meses, desde que el Sitio subiera a la red, y cada vez que encontraba algo enviaba un enlace a la aplicación de Cathy. Su teoría era que montar una identidad falsa no resultaba nada sencillo y que había muchas

probabilidades de que, si se usaba un nombre falso como parte de una transacción, ese mismo nombre se usara luego en algún otro sitio.

Hasta ahí, todos los hallazgos de la araña habían sido inútiles, sin relación con el hombre que andaba buscando, pero una nunca podía estar segura y cada vez que la aplicación la avisaba de que el *software* había encontrado algo nuevo sobre un John Bianco u otro, Cathy le echaba un vistazo.

El último hallazgo era un fragmento de vídeo almacenado en la nube presuntamente segura de Dropbox, a nombre de una tal Leigh Shore, que *parecía ser algo así como una* reportera. El fragmento llevaba por título «Entrevista - John Bianco - Union Square - Disturbios por el Oráculo» y tenía fecha de finales de diciembre.

Cathy hizo clic en el vídeo, esperando encontrarse a uno de los tantos John Blancos con que se había topado al clasificar a los numerosos residentes de Nueva York con ese nombre.

Pero no. Ahí estaba.

John Bianco, su John Bianco de pie junto a un tipo con aspecto de la India y cara de estar enfadado, siendo entrevistado por una atractiva joven de raza negra. Cathy reprodujo de nuevo el fragmento, pero esta vez congelando la imagen, retrocediendo hasta encontrar una toma decente del rostro del individuo con la boca cerrada, mirando directamente a la cámara. Hizo una captura de pantalla y luego abrió esa imagen del rostro en su editor de imágenes, recortándola hasta que solo quedó la cabeza de Bianco.

Entonces abrió otra aplicación y descargó la nueva imagen en ella, activó el programa y esperó.

Desde un principio, el problema había sido que no disponía de una foto de John Bianco, y no había habido forma de obtener una en sus restringidas interacciones. Ahora, en cambio, tenía lo que necesitaba; era relativamente sencillo solicitar de la red que buscara fotos de gente parecida a la imagen que acababa de introducir en la aplicación. ¡Hasta Google era capaz de algo así!

Estos momentos eran siempre fascinantes, cuando el secreto estaba a punto de ser desvelado y se encontraba a un paso de penetrar en la bóveda. Cuando estaba cerca de enterarse de algo que supuestamente no debía saber.

En la pantalla apareció una fotografía en una página web de citas, acompañada de una descripción que oscilaba entre el autodesprecio ingenioso y una desesperación enorme.

El nombre vinculado a la foto era Will Dando.

Will Dando coincidía con el rostro de John Bianco. O, más probablemente, era a la inversa.

Cathy sonrió triunfal, sintiendo la excitación de la victoria. Amplió la foto hasta que llenó por completo la pantalla y después la dejó anclada, sin dejar de mirarla, preguntándose si estaría viendo al Oráculo.

La excitación inicial comenzaba a diluirse y frunció el ceño.

Estaba claro que la identidad del Oráculo era algo que él mismo no quería que nadie supiera. Que ella la conociera, o que supiera más de lo que él deseaba que supiera, podía arruinar el trato que él le había propuesto. Después de todo, esto no era un tema de dinero, sino de que el Oráculo le facilitaría una predicción que salvaría su vida. Y la de Becky.

Aun así, no tenía por qué ser necesariamente un problema. Todo cuanto debía hacer ahora era mantener la boca cerrada.

Pero esas dos palabras —Will Dando— las sentía en su interior como el tictac de una bomba

de relojería.

18

«Igual que vuestras faltas serán perdonadas —declamó el hombre de tez morena con el brazo extendido hacia la audiencia en señal de súplica, a solas en un escenario casi a oscuras—, dejad que vuestra indulgencia me libere». Cerró los ojos. Dejó caer la cabeza. Las luces se fueron apagando. El público permaneció inmutable.

Will miró a Iris sentada a su lado, vestida con un traje rojo ceñido, la falda corta, todo impecable. Will vestía un esmoquin que la propia recepcionista le había ayudado a conseguir esa tarde. No era como el esmoquin que tenía en casa, uno de doscientos dólares que rara vez limpiaba y que solo utilizaba cuando tenía un bolo en una boda. Este era uno de verdad, hecho a medida ese mismo día, mientras Will esperaba en la sastrería sorbiendo un vasito de pisco.

Iris se volvió para mirarlo, alzando ligeramente las cejas en señal de asombro.

José Pittaluga era posiblemente el peor actor que Will había visto nunca.

De hecho, el público estaba empezando a murmurar. Aparentemente, Will no era el único que opinaba así. Nadie aplaudía. El pobre José permanecía de pie y solo en el escenario y en la oscuridad, a la espera del aplauso que el Oráculo le había prometido.

Will había echado un rápido vistazo al resumen del argumento de *La tempestad* a primera hora y sabía que el final era algo extraño. El último segmento del Quinto Acto incluía a Próspero solicitando literalmente al público que le obsequiara con un aplauso, lo cual se suponía que iba a liberarlo de su eterna prisión en la isla donde discurría la obra. Si nadie aplaudía, Próspero quedaría atrapado allí para siempre, y José Pittaluga en el escenario, hasta el fin de los tiempos.

La tensión comenzó a recorrer todo el teatro, cada vez mayor mientras seguía el silencio sepulcral. La gente miraba a un lado y otro de la platea, como retándose entre sí a levantarse de la butaca.

Will volvió a fijarse en Pittaluga, erguido aún en el escenario, con los ojos cerrados y solo, en silencio.

«Esto no es posible —pensó—. Todas las predicciones se cumplen, sin excepción». Consideró que su presencia allí podía haber alterado algo o influido quizá en la predicción. Pero no había sucedido así en el Lucky Corner, donde había ocurrido lo contrario, pero quizá ahora, de algún modo...

Sus ojos no se despegaban del actor. Las posibilidades inundaban su mente. Se sintió más liviano, más libre. Si las predicciones podían cambiarse, eso quería decir...

Entonces hubo un gran estampido que provenía del escenario. Fuerte y claro, como si alguien hubiera hecho estallar un petardo, y Pittaluga cayó al suelo de repente, como si cada partícula dentro de su cuerpo se hubiera desvanecido de golpe.

Hubo gritos de la gente que estaba en los asientos cercanos al escenario y unos cuantos saltaron de la butaca y echaron a correr por el pasillo hacia la salida. Desde los laterales aparecieron los tramoyistas y corrieron hacia Pittaluga.

Will observó la escena con el corazón a mil, tratando de convencerse de que todo formaba parte de la obra, de una manera u otra. Era posible, aún era posible que eso fuera todo. La mayor parte del público permanecía aún en sus asientos, pese a que las primeras filas ya estaban vacías y sus antiguos ocupantes corrían en dirección a las puertas del teatro.

Había una atmósfera expectante, cargada, densa; algo había ocurrido y nadie entendía bien lo que era, ni querían moverse hasta haberlo entendido. Habían transcurrido quizá cinco segundos desde el desmayo de Pittaluga. La tensión iba en aumento, como un cable de alta tensión caído durante una tormenta, chisporroteando en un cruce de calles, a la espera de que alguien se acercara para freírlo con la descarga.

Sonó otro ruido, esta vez a la izquierda de Will.

Se giró y vio a un anciano vestido con corbata negra, de pie, aplaudiendo. Daba golpecitos secos con las palmas y tenía una expresión de temor y desesperación. Hubo en el teatro otros que se levantaron a la vez de su asiento y se le unieron, quizá aquellos que, por la razón que fuera, no deseaban que una de las predicciones del Oráculo resultara errónea, o quizá buscando formar parte de ella, ahora que se estaba cumpliendo.

Entonces uno de los que estaban alrededor de Pittaluga en el escenario se volvió hacia el público y gritó en español algo que Will no llegó a entender. Fugaz, breve y rabioso.

La escasa ovación en pie fue disminuyendo, los hombres y las mujeres bajaron las manos y se dejaron caer de nuevo en sus butacas. A su lado, Iris dio un grito y se llevó la mano a la boca, un sonido que se extendió por todo el teatro, seguido del rumor creciente de murmullos y voces alteradas.

—¿Qué pasa? —le preguntó Will—. No he entendido lo que ha dicho.

Ella se volvió hacia él, pálida.

—Alguien ha disparado a Pittaluga —dijo—. Está... está muerto.

La burbuja de tensión estalló al fin, con el público sumido en el pánico e iniciando una alocada carrera por los pasillos. Will siguió en su sitio mirando al escenario, intentando ver lo que allí ocurría. Algunos espectadores le empujaron al cruzar por delante de él mientras abandonaban la fila de butacas. Iris era uno de ellos.

En el escenario, José Pittaluga yacía de espaldas sobre un charco de sangre que crecía lentamente, de un rojo carmesí que resplandecía bajo los focos.

Reacción en cadena

Un aluvión de hombres y mujeres vestidos elegantemente abandonó el teatro Solís, desbordando la plaza Independencia y llenando poco a poco las aceras de Soriano y Bartolomé Mitre. En la distancia se oían sirenas aproximándose.

La mayoría de los espectadores permanecieron en la zona, reunidos en pequeños grupos, discutiendo febrilmente sobre lo que acababan de presenciar y lo que podía significar. El sudor les corría a todos por la espalda, teniendo en cuenta que habían abandonado precipitadamente el teatro, lo que había que sumar al calor de pleno verano. Los caballeros se quitaron la chaqueta del esmoquin y las damas se abanicaban con el programa, pero nadie sentía que pudiera irse. No aún.

Por todo Montevideo, en sus parques y plazas —la plaza España, a solo unas calles del teatro Solís; el paisaje tan cuidado del Parque Rodó; las arenas de la Playa de los Pocitos—, se habían instalado grandes pantallas para que los habitantes de la ciudad y también los turistas compartieran al mismo tiempo la cuadragésimo tercera encarnación de Próspero por parte de José Pittaluga, junto a algunos privilegiados con suficiente dinero para comprar una entrada y ver la función en directo.

Miles de personas de todo tipo y condición se arracimaban apretujados delante de las pantallas, aprovisionados de abundante alcohol y comida callejera, las sopaipillas y empanadas grasientas y los chivitos, todo acompañado de incontables botellines de Pilsen y Barbot y Mastra. Gente ahora desconcertada, confundida, preocupada, temerosa.

Las pantallas aún mostraban el escenario del teatro Solís, donde el personal de emergencias —médicos y policías— y los integrantes llorosos y traumatizados de la función pululaban en torno al cadáver de Pittaluga. Nadie había pensado en dejar de emitir, y aunque no había mucho más que ver, las imágenes eran un recordatorio de lo mal que habían salido las cosas.

Por la razón que fuera, el Oráculo había querido que la atención del mundo estuviera enfocada aquí, deseando que millones, si no miles de millones de hombres, mujeres y niños en todo el planeta presenciaran por televisión el asesinato de un hombre.

Comenzó en la playa. Con una botella surgida de entre la multitud que dibujó un arco en el aire y fue a dar contra uno de los pilares metálicos que sostenían la enorme pantalla, con la bahía de Montevideo al fondo. Los fragmentos de cristal verde llovieron entre una ducha de espuma, centelleando bajo la luz que proyectaba la imagen en la pantalla. Casi de inmediato hubo más botellas impactando contra los soportes y la pantalla en sí, y la lluvia de cristales cayó, inevitablemente, sobre los rostros que miraban al cielo, dando paso a alaridos y empujones, ira y más alaridos cuando se intentó localizar a los responsables, seguido todo ello de peleas.

Al final, la pantalla se fundió a negro, ya fuera por el daño causado por los cristales o porque un técnico se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero ya era demasiado tarde. Se había llegado a un punto crítico y la muchedumbre irrumpió en la ciudad desde la orilla de la playa, en un torbellino de pánico, excitación y furor alcohólico.

La voz corrió deprisa y al grupo de la playa se unieron otros provenientes de toda la ciudad; se rompieron ventanas, se volcaron coches y hubo gente que resultó herida, hubo también muertos, gente quemada o pisoteada.

Tres días después, unidades del Ejército Nacional relevaron al fin a las fuerzas policiales, claramente sobrepasadas, y restablecieron el orden en toda la ciudad mediante la aplicación indiscriminada de la fuerza. A ello siguió una paz inestable; luego, un puesto de control próximo al centro de la ciudad fue atacado con bombas incendiarias por un grupo autodenominado Nuevos Tupamaros, que asumió la responsabilidad del ataque. Un nombre inspirado en el infame movimiento de liberación de los años sesenta y setenta.

Sus proclamas no tenían conexión alguna con el Oráculo, e insistían en que simplemente se proponían liberar a Uruguay de la opresión política que sufría desde hacía décadas, evidenciada en última instancia por los soldados armados que ahora patrullaban las calles y arrasaban las libertades ciudadanas. Hubo nuevos ataques con bombas, robos y manifiestos, hasta que se declaró la ley marcial entre los límites municipales, vigente hasta que la amenaza planteada por los Tupamaros quedara neutralizada, lo cual sin duda era el objetivo de estos desde un principio.

Decisiones varias, consecuencias, adaptación a esas decisiones y otras nuevas, todas basadas en un futuro que se estaba volviendo cada vez más difícil de predecir.

19

—¡Siéntate, Tyler! —dijo Miko en ese tono de voz especial al que todos los profesores recurrían cuando creían que era necesario: agudo y con un matiz de autoridad incontestable, que amenazaba con otras medidas disciplinarias de mayor alcance, desde golpecitos con la regla (una sola vez, en todo caso) hasta visitas al despacho de dirección. O incluso, si la infracción era suficientemente grave, con la peor de las amenazas: una mala nota en el montón de documentos que condicionan el futuro de cualquier jovencito en cualquier colegio: su expediente académico.

—Lo siento, señorita Sheikh —dijo Tyler, alejándose de los compañeros de clase a quienes distraía en esos momentos, para volver a su propio pupitre.

Miko apartó sus ojos de él y escudriñó al resto del aula, donde veinticinco alumnos de cuarto curso estaban enfrascados en una lectura escogida por ellos mismos, con diferentes grados de concentración.

Los maestros eran capaces de desarrollar toda clase de superpoderes: la voz era uno de ellos, pero otro casi tan importante era saber leer la situación. El mismo grupo de niños podía trabajar en silencio dos días distintos y parecerle idéntico a cualquiera que los viera, pero uno de esos días el sereno grupo de chicos sentados detrás de sus pupitres, o reunidos en un rincón, podía estar a un paso de protagonizar un caos disciplinario. Algo imposible de evitar, a menos que tuviera uno esa facultad de leer la situación... y cualquier profesor experimentado la tenía. Sabiendo en qué momento golpear, cuándo desviar el tornado de su curso antes de que tenga la oportunidad de crecer y así quedar reducido a solo una ligera brisa.

Miko pasó su mano por la curva creciente de su barriga, pensando en el futuro. Enseguida miró su escritorio y su desvencijado bolso de maestra, con el tamaño adecuado para llevarse a casa unas cuantas carpetas llenas de redacciones y problemas de matemáticas por corregir. Un delgado sobre marrón asomaba fuera del bolso, justo donde lo había puesto después de recogerlo días atrás del buzón, y allí seguiría hasta que decidiera qué hacer con su contenido.

Observó a Tyler pasando las páginas de su libro demasiado rápido para estar leyéndolas, echando miraditas furtivas al grupo de amigos al que molestaba minutos antes, centrándose particularmente en Linden, un espécimen de largos cabellos rubios.

Miko consideró la posibilidad de ponerlo en evidencia, pero un exceso de medidas disciplinarias podía empeorar las cosas, y Tyler podía llegar a la conclusión, consciente o no, de que la atención que ahora obtenía de la profesora lo hacía más osado ante sus compañeros (o, más

en particular, ante Linden) y retroalimentar así una curva de mal comportamiento. Parpadeó y se fijó en el reloj de pared; la jornada estaba a punto de concluir, podía dejarlo pasar.

Volvió a palparse la barriga, sintiendo un pequeño aleteo en su interior que podía ser el bebé o ella misma. Miró de nuevo el sobre asomando de su bolso y luego otra vez el reloj de pared. Solo quedaban unos minutos.

Con su radar de maestra tomó la temperatura de la clase: estaban todos ansiosos por salir pitando de allí, más allá de las ganas que todos tenían cuando llegaba el final de la jornada, y no era para menos. Quedaban pocos meses para que llegaran los test estandarizados de ámbito federal y el Departamento de Educación les exigía a todos dedicar unos minutos al día a prepararlos. Esos chicos tenían notas sobresalientes, pero una prueba que supuestamente tendría un impacto significativo en su futuro conseguía quitarles el sueño.

Le hubiera gustado decirles lo poco que en realidad importaba, lo afortunados que eran, en líneas generales, de no tener que preocuparse mucho por nada. Pasados diez, veinte años, la vida tomaría el curso monótono y estable de las obligaciones, jalonado de ocasionales altibajos, de alegrías y preocupaciones; esas cosas no desaparecerían de su horizonte porque tuvieran que pasarse unos cuantos días marcando puntitos con el lápiz en una hoja de respuestas.

Sin embargo, aunque lo intentara, ninguno de ellos la iba a creer. O, más bien, la podía creer. Los chicos vivían tan centrados en el presente y lo que estaban viviendo, que apenas entendían que el futuro existía, más allá de fechas señaladas como Navidad, los cumpleaños de cada uno y Halloween.

Quizá creerían al Oráculo, pero a ella no, desde luego.

Se oyó un sonido proveniente de la megafonía del colegio y todos los chicos miraron fijamente a Miko, en un movimiento sincronizado, como el de varios perritos de la pradera asomando la cabeza al unísono desde sus madrigueras.

—Largaos —dijo ella—. Gracias por un día encantador, a todos.

Los niños empezaron a recoger todas sus cosas para regresar a casa.

Quince minutos después, todo el mundo había abandonado el centro —nada de autobuses o niñeras que llegan tarde, gracias a Dios— y Miko iba ya en el metro; el sobre pesaba más en su mente que en su bolso.

«Debo decírselo a Hamza —pensó después de aceptar agradecida el asiento que una anciana le había ofrecido tras dedicarle una mirada fraternal al verla de pie—. Pero quién sabe... tal vez no deba». Cada día que pasaba sin que Will diera señales de vida, Hamza estaba más y más tenso, pero no era solo eso. Además había encontrado algo en lo que entretenerse mientras esperaba que llegara esa llamada, algún rompecabezas o interrogante que ahora intentaba resolver y que lo estaba volviendo loco. No paraba de ver o leer las noticias. Recortes de periódicos arrugados y cubiertos de notas y números y círculos y flechas se acumulaban por todas partes en la casa.

Todo debía de estar relacionado con el Oráculo —cualquier cosa que Hamza hacía por esos días guardaba relación con el Oráculo—, pero hasta el momento no se había molestado en explicárselo a ella. Su preocupación aumentaba con cada artículo que leía.

Miko pasó el dedo por el borde del sobre en su bolso. Quizá lo que contenía mejorara las cosas, pero también podía empeorarlas, así que no estaba segura de qué opción tomar.

Hamza era brillante, pero precisamente por eso él asumía que nadie más podía ver las cosas como él las veía. Y quizá fuera cierto —nadie las veía como él—, pero la gente podía ver algo.

Por ejemplo, Milo era perfectamente consciente de lo malo que sería para ella, para él y para su bebé, que aún estaba por nacer, que el Oráculo fuera descubierto. El desastre en Uruguay, tras el asesinato de José Pittaluga, era algo que lo había dejado meridianamente claro. En lo relativo al Oráculo y a quienquiera que estuviese relacionado con él, las emociones estaban a flor de piel.

Ese era el motivo por el que había retenido el sobre durante días. Quizá fuera mejor que el Oráculo estuviera lejos de sus vidas por un tiempo. Pero, quién sabe, tal vez fuese mejor que no lo estuviera y así tener la facultad de influir de algún modo en sus elecciones.

Cuando entró en el apartamento, encontró a Hamza sentado a la mesa de la cocina, con una mano enterrada en su oscuro cabello. En la otra sostenía un lápiz, con la punta tocando un bloc de hojas amarillas repletas de los familiares círculos, flechas y rabiosos tachones. Junto al bloc había una tableta con lo que parecía un artículo desplegado en la pantalla. Miko fue hacia su esposo y lo besó en el pelo. Vio en el dispositivo una especie de plataforma petrolera en alta mar, rodeada por densas columnas de texto.

—Qué hay —saludó Miko.

Hamza dejó el lápiz y alzó la vista, fijándola en ella.

—Hola —dijo—. ¿Puedes sentarte un minuto? Hay algo que debo decirte.

De repente en alerta, Miko se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla, dejó al lado el bolso y se sentó.

—¿Lo has encontrado? —preguntó, indicándole el bloc de notas—. Lo que sea que estuvieras buscando.

Hamza bajó la vista con aire apesadumbrado. Tomó aire un par de veces y enseguida recorrió con la mirada los distintos rincones de la cocina, luego sus notas sobre la mesa y, finalmente, clavó sus ojos en los de ella.

—No lo sé. Quiero saber qué opinas tú.

Dio un golpecito a la pantalla de la tableta y le enseñó la plataforma petrolera.

—¿Ves esto? —le preguntó al tiempo que deslizaba el dispositivo para que Miko pudiera leer el artículo; luego, como era de esperar, cambió la imagen antes de que ella hubiera terminado de leer un solo párrafo.

—TransPipe Global, GmbH. Una empresa petrolera. Este artículo va de una de sus plataformas de perforación cerca de la costa uruguaya. Ayer fue nacionalizada como parte de la declaración de la ley marcial.

—De acuerdo —dijo Miko—. ¿Y?

—TransPipe es uno de nuestros clientes. Como si... nuestro, ya sabes.

Miko asintió. Claro que lo sabía. Un cliente del Oráculo.

—Obtuvimos unos doscientos millones de ellos, al inicio. Will les vendió una predicción que les permitió expandir sus prospecciones en esas plataformas, apostaron muy fuerte en ello. TransPipe no es tan grande como suelen ser las demás empresas petroleras. Esta era una movida importante para ellos, pusieron todos los huevos en un solo cesto, y ahora están completamente jodidos. ¡Se han roto todos los huevos! O, mejor dicho, ahora le pertenecen a Uruguay.

Hamza giró el bloc de notas hacia ella y le indicó con un golpecito del lápiz el primer elemento rodeado por un círculo. Miko pudo leer la palabra «ACTOR».

—Nunca hubiera ocurrido si no hubieran pasado dos cosas a la vez: la predicción sobre Pittaluga que Will subió al Sitio y la venta de otra predicción que el Oráculo hizo a TransPipe.

Las dos las hicimos nosotros.

Miko echó un vistazo al bloc y vio la senda que él le indicaba. Volvió a mirar a Hamza.

—¿No crees que se trate simplemente de una coincidencia? —preguntó—. Nadie estaba enterado de vuestro trato con TransPipe. Tú me dijiste que todos esos clientes pagaban la mayor parte del dinero para asegurarse de que las predicciones se mantuvieran en secreto. Nadie podría haber sabido que la predicción sobre el actor acabaría en una ley marcial en Uruguay. Es una coincidencia.

Hamza repitió su rutina de recorrer con la vista los distintos rincones de la cocina y recogió el bloc para pasar a la página siguiente, densamente cubierta de más notas. Entonces dio otro golpecito con el lápiz contra la hoja amarilla.

—No sé, cariño —dijo—. Aunque TransPipe no colapse por completo, todo esto ha introducido una tonelada de inestabilidad en los mercados. Nadie sabe qué hará Uruguay con ese petróleo, si es que hace algo. El precio de la gasolina empieza a dispararse. Todo ahí fuera se está tambaleando. A nivel global.

—¿Y qué? —repuso Miko—. Esta debe de ser la millonésima vez que me cuentas una historia sobre el mercado que cae o que tiende al alza, o se comprime, o da avisos. ¿Por qué es diferente ahora?

—Porque me hace pensar que de algún modo alguien lo planeó todo.

—¿Te refieres a Will? —preguntó ella—. ¿Y por qué iba él a...?

Hamza rio de manera lúgubre, preocupante.

—Will no podría haber hecho algo así, ni en un millón de años. No tiene ni idea de cómo funcionan los mercados globales o de cómo planear una operación semejante... Para eso debes tener una comprensión de todas las piezas en juego, no solo del petróleo: de los asuntos políticos en Uruguay, de cómo funciona esa sociedad... Will es inteligente, pero es... es un músico, ya lo sabes.

—De acuerdo. Entonces, como he dicho, es una coincidencia —insistió Miko—. Nadie podría saber todas esas cosas.

—Podría... —dijo Hamza distraído con los garabatos que dibujaba en el bloc y la mirada perdida—, con una visión retrospectiva de las cosas.

—Yo pensé que las predicciones no significaban nada, Hamza. Que no había ningún plan superior... ningún propósito detrás de ellas.

De repente, Hamza la miró fijamente. Se le veía... asustado.

—¿Y qué pasa si estoy equivocado?

Miko reflexionó un instante. Una parte de ella quería alejarse todo lo que pudiera de todo aquello relacionado con el Oráculo o con Will Dando... Pero otra, aparentemente más grande, no estaba segura de que eso hiciera ningún maldito bien a nadie.

—Tienes que decírselo a Will —concluyó—. Hablarlo en persona con él. Ambos lo necesitáis.

—¿Cómo? —dijo Hamza, abriendo los brazos en señal de frustración—. ¡No sé dónde diablos está!

Miko alcanzó el bolso que descansaba a sus pies y extrajo el sobre, arrojándolo en la mesa, donde aterrizó entre ambos con un ruido apagado.

—Ahora ya lo sabes —dijo.

—¿Qué? —Hamza miraba desconcertado el sobre.
—Uruguay —dijo ella—. Will está en Uruguay.
Hamza dejó escapar un largo suspiro.
—Pues claro —dijo—. Tenía que estar allí.

20

En la puerta de la habitación 918 colgaba el cartel de POR FAVOR, NO MOLESTAR con el equivalente en inglés impreso debajo.

—Ajá —dijo Hamza, y llamó con los nudillos a la puerta, con la intensidad suficiente para que llegara a dolerle, provocando un ruido notorio en el pasillo vacío.

—¿Puede volver más tarde? —se escuchó la voz apagada de Will a través de la puerta.

—No, Will, no puedo —contestó Hamza con voz potente—. Abre de una maldita vez.

Tras una pausa larga se oyó el sonido de pestillos liberándose, cerrojos que se atascaban y un crujido leve cuando al fin se abrió la puerta.

En el umbral apareció Will Dando, con la sorpresa dibujada en el rostro. Tenía aspecto de acabar de despertarse, con el cabello despeinado y grasiento, desaseado y un poco aturdido.

—¿Hamza? —dijo—. ¿Cómo diablos me has encontrado?

—No he sido yo —replicó Hamza. Se volvió hacia un costado y apuntó a alguien más en el pasillo—. Te ha encontrado ella.

Will avanzó un paso y miró en la dirección que Hamza le indicaba. Descubrió a una mujer delgada y de aspecto encantador, cuya barriga evidenciaba una ligera curva, nada que alguien pudiera advertir aparte de su esposo.

—Hola, Will —dijo Miko.

Will volvió lentamente la cabeza hacia Hamza, con el rostro blanco como un papel.

—Ella lo... lo...

—Así es —dijo Hamza—. Todo.

Will apretó lentamente los puños, cabizbajo, con los brazos temblándole por la tensión.

—No me puedo creer que se lo hayas dicho, joder —dijo, y volvió a entrar en la habitación, dejando la puerta abierta tras él.

Hamza abrió la boca para replicarle, pero se contuvo cuando notó una mano en su brazo. Al levantar la vista, descubrió a Miko, que estaba pálida, pero muy serena.

—No podemos saberlo —se limitó a decirle—. No sabemos por lo que ha pasado... Está bien, déjame hablar a mí con él.

Hamza accedió y entró en la habitación donde Will había estado viviendo las últimas semanas. Una vez dentro, se quedó impresionado. Aquello era una pocilga. La cama sin hacer, las bandejas del servicio de habitaciones a medio terminar, latas y botellas de cerveza vacías, toallitas de

papel y servilletas desperdigadas por todos los lados.

Detrás de él oyó a Miko que lo seguía y cerraba la puerta. Will parecía expectante, con los ojos clavados en él y el rostro sombrío.

—Dios santo, Will —dijo Hamza—. Esto es un hotel; deberían venir a limpiar la habitación. Esto está... simplemente asqueroso.

Will echó un vistazo a su alrededor y se encogió de hombros.

—No la van a limpiar estando yo dentro, y no me ha dado la gana de moverme. He pagado un mes por adelantado, nadie va a joderme.

Hamza pensó sobre esto último.

—¿Así que todo este tiempo has estado... en esta habitación?

—Prácticamente todo el tiempo, sí. Siempre que salgo ocurren cosas malas en el mundo.

Hamza volvió a pensar en lo que acababa de decir Will y luego miró a Miko, que negó con la cabeza con parsimonia y gesto de desaliento.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —le preguntó Will a Miko.

—Fue fácil, Will —respondió—. Contraté a un detective privado, le pedí que rastreara el nombre de Will Dando en sitios a los que pudieras ir, con el material del Oráculo como referencia fundamental. Él te encontró aquí, y luego Hamza sobornó a la recepcionista para conseguir tu número de habitación.

Hamza se adelantó.

—No estás a salvo, Will. Ni eres anónimo.

—No, a salvo sí estoy, confiad en mí. Pero... ¿por qué? ¿Por qué os habéis tomado tantas molestias?

Hamza lo miró con incredulidad.

—Will, llevo seis semanas sin saber nada de ti. Sin llamadas, mensajes de texto o correos electrónicos... ¿Por qué mierda crees que te he estado buscando? Pensé que estabas muer...

La voz se le quebró en mitad de la frase. Se volvió, apartó un montón de toallitas sucias y viejos periódicos de encima de una silla y se sentó.

Will se dejó caer sobre la cama. Miraba fijamente a Miko, con el rostro en tensión.

—¿De verdad es tan malo que yo sepa que eres el Oráculo, Will? —preguntó—. Quiero decir, por lo menos tendrás a alguien más, aparte de mi marido, para hablar de ello, ¿no? Me refiero a...

El rostro de Will se relajó un poco y esbozó una mínima sonrisa.

—Es verdad —dijo—. Las cosas con él no son siempre fáciles.

—Si lo sabré yo —repuso Miko sonriendo.

Hamza presenció esta charla maravillado, deslumbrado como siempre ante la habilidad de su esposa para navegar suavemente por situaciones que él mismo hubiera resuelto con la fuerza bruta, suponiendo que pudiera resolverlas.

—No estoy enfadado por el hecho de que lo sepas, Miko —dijo Will—. Solo tengo miedo.

Se pasó la mano por la cabeza, lo cual empeoró el aspecto de su cabello, con un nuevo mechón apuntando al techo. Luego se echó en la cama y una bandeja de platos a medio terminar que había sobre la sábana y la colcha arrugadas a punto estuvo de caer al suelo. Alcanzó con su mano una tostada mordisqueada.

—Ay, Will, eso debe de tener una semana —dijo Miko—. No te la comas...

Will mordió la tostada y la masticó con aire ausente.

—Tenéis que saber que no era mi intención salirme del juego —les dijo—. Solo necesitaba un tiempo, estaba empezando a sentirme... un poco abrumado. Fui hasta Florida y luego tomé la decisión de venir aquí a presenciar la actuación de José l'italuga. No era un gran plan, solo... un capricho. Y estuve allí, en el teatro, cuando sucedió. Cuando lo mataron. Invité a la recepcionista a ir conmigo y he permanecido en este hotel mientras el país entero enloquecía. ¿Tenéis idea de lo conmocionados que están todos aquí? Se supone que Uruguay es un país estable, esto no encaja en absoluto con el carácter de sus gentes.

Contempló el trozo de tostada en la mano, parecía considerar si le daba o no un segundo mordisco, pero decidió dejarla de nuevo en la bandeja.

—Subí esos anuncios al Sitio y salvé a unas cuantas personas, seguro, pero la gente ha seguido muriendo igualmente, ¿no? Es como un partido de tenis. El Sitio mata a algunas personas, así que yo salvo a algunas otras, entonces el Sitio mata un poco más. Un toma y daca.

—Entonces ¿por qué está aún en línea? —preguntó Hamza—. Teníamos un plan de salida, Will. Podemos desmantelarlo cuando queramos.

—No habría ninguna diferencia. He puesto ya en circulación muchas predicciones en todo el mundo... ¿Tú crees que la gente va a olvidarse de ellas así como así porque yo desmantele el Sitio? No. Ninguna de las predicciones va a desaparecer nunca. Lo que sea que vaya a ocurrir por su causa ocurrirá igual. Desmantelar el Sitio no cambiaría nada. El Sitio hará lo que quiera hacer.

Hamza miró atentamente a su amigo.

—Acabas de referirte al Sitio como si estuviera vivo, Will. Dos veces. ¿Por qué?

—Porque pienso que lo está, Hamza. A su manera.

Hamza reconsideró este punto. Una semana antes habría tomado esa afirmación de su amigo como una prueba de que finalmente se había desmoronado por las presiones asociadas al Oráculo, pero ahora... sonaba todo jodidamente plausible.

—Las cosas se descontrolaron cuando murió Pittaluga. Durante un tiempo no me atreví a ir a ningún sitio... Era incluso demasiado peligroso coger un taxi para ir al aeropuerto, de modo que permanecí aquí y lo presencié todo desde las ventanas de la habitación, y me dio por pensar. Sentado ahí mismo, viendo cómo ardían las cosas y oyendo los disparos, sabiendo que yo mismo era parte de todo, terminé formulándome una pregunta. Una y otra vez.

Escrutó a Hamza y a Miko con la mirada perdida.

—Quienquiera que sea la fuente del sueño del Oráculo, ese algo o alguien, está claro que sí puede anticipar el futuro. O quizá está en el futuro, mirando hacia atrás. No importa. Así que...

Will hizo un gesto hacia la ventana, un barrido con su mano que Hamza interpretó como indicativo del caos dominante allí abajo, en la ciudad.

—... ¿No será que podían ver que todo esto sucedería? —Dejó caer la mano—. Y, si en efecto podían preverlo, ¿por qué iban a desear que pasara? ¿Por qué no iban a intentar detenerlo? Demonios, el Sitio me dio esa predicción. El Sitio provocó esto. Quería que ocurriera. Y todo lo demás que ha ocurrido desde que lo colgué.

Se levantó de golpe y un vaso de agua medio lleno que había en la bandeja se volcó y cayó al suelo, añadiéndose al desastre. Will lo ignoró por completo. Ya de pie, caminó por la habitación, inclinándose para hurgar en el montón de diarios y hojas impresas que Hamza había retirado de la silla para sentarse.

—Tenía un sistema para clasificar todo esto —murmuró. Extrajo una hoja del montón, luego la

descartó—. He estado intentando comprender por qué el Sitio está haciendo lo que hace — continuó—. Lo que se propone. Aún no dispongo de todas las piezas, no se me dan muy bien estas cosas... Pero está todo aquí, los asuntos económicos, políticos... Todo. V me parece adivinar algo en todo ello. Nada de lo que ha ocurrido ha sido por azar. No recibí las predicciones solo para que tú y yo nos hiciéramos ricos. Algo más está ocurriendo.

Hamza inspiró profundamente. Pensó en los hombres armados y en los controles con sacos terreros que habían cruzado para llegar hasta el hotel, y en los disturbios habidos en las manifestaciones por el Oráculo, en los ataques casi permanentes al Sitio por parte de los gobiernos de todo el mundo, y en el Lucky Comer, y en miles de millones de dólares, en Miko y en su bebé.

Contuvo la respiración, no muy convencido de que Will estuviera preparado para lo que iba a decirle. Tampoco tenía claro si estaba preparado para saberlo.

—Díselo, Hamza —intervino Miko.

Will miró a su amigo intrigado.

—¿Decirme qué?

Hamza soltó el aire.

—Ya sé lo que se propone —dijo.

Will detuvo su búsqueda entre los papeles y lo observó.

—Por favor, Hamza... No irás a decirme que detrás de esto no hay nada. No irás a decirme que estoy demasiado afectado por todo esto o una gilipollez parecida, porque no lo estoy. Esto es real.

Hamza extendió el brazo y colocó su mano en el hombro de Will.

—Lo sé —dijo—. Escucha lo que he venido a decirte.

Y empezó a contarle todo. Describió el nexo que había encontrado entre la muerte de Pittaluga y la imposición de la ley marcial en Uruguay, y la nacionalización de las operaciones de TransPipe en alta mar. Le contó cómo había afectado todo ello a la economía global, a la precisión y la visión requeridas para urdir una cadena de acontecimientos semejante, y su firme creencia de que todo esto probablemente era intencionado.

Will fue quedándose inmóvil poco a poco.

—Vaya —murmuró.

—Es todo verdad —añadió Hamza—. Sé que cuesta de creer, pero sospecho que eso era lo que el Sitio ha estado haciendo todo el tiempo. No entiendo bien por qué, pero...

—Sí —dijo Will—. TransPipe. Esa se me pasó.

Hamza entornó los ojos.

—¿Cómo?

—Justo delante de mí —dijo Will—. Justo delante de la jodida ventana. Tendría que haberlo visto.

Volvió a inclinarse hacia el montón de papeles y extrajo una única hoja, lo que parecía un listado exhaustivo de cosas. La dobló y se la guardó en el bolsillo. Se levantó y se dirigió a la puerta, deslizando los pies en un par de sandalias.

—Vamos —dijo, y abandonó la habitación.

Hamza y Miko se miraron entre sí, pero no había mucho más que decir.

Bajaron las diez plantas en completo silencio. Miko buscó la mano de Hamza y a medida que

iban descendiendo Hamza se lamentaba por el hecho de haber involucrado a Miko en todo ese asunto.

Se abrieron las puertas y los tres salieron al vistoso vestíbulo casi vacío del hotel Carrasco. Will enfiló hacia la salida, evitando el contacto visual con los diferentes guardias de seguridad desplegados estratégicamente por todo el lugar: guardias armados con fusiles automáticos, vestidos con uniformes a los que solo les faltaba una banderita más para constituir el equipo militar completo.

Algunos miembros del personal del hotel pululaban alrededor, buscando dar la impresión de que tenían algo que hacer en una ciudad vacía de turistas por la ley marcial. Una mujer joven y encantadora apostada en la recepción alzó la vista esperanzada, pero la bajó tan pronto como vio a Will. Hamza se preguntó fugazmente si sería ella la mujer a quien Will había invitado a ver a Pittaluga.

Will empujó las puertas giratorias y salió a la plaza que había junto al hotel.

Miko tiró a Hamza de la mano, obligándolo a pararse delante de las puertas.

—¿Cómo lo ves? —le preguntó—. Porque a mí me parece que está bastante mal.

—Sí... Bastante —contestó Hamza con aire desamparado.

Miko señaló las puertas giratorias.

—Vamos.

Will estaba parado en la gran plaza frente al Carrasco, cerca de una fuente de agua enorme. Más allá del denso tráfico en la avenida de doble sentido que discurría entre el hotel y la playa, denominada Rambla República de México, se veía la arena blanca de la Playa Carrasco y el mar oscuro, con destellos del sol a lo lejos. La fuente de agua aportaba una luz suave y tintineante a la brisa que llegaba de la playa. El conjunto era muy tentador si uno ignoraba los emplazamientos militares.

—Antes de que os diga nada —dijo Will—, y especialmente por eso —apuntó a la barriga de Miko—, quiero que sepáis que, en mi opinión, los dos deberíais alejaros lo máximo de mí y del Sitio, tanto como podáis. Manteneos lejos de este asunto. No es vuestro problema, es solo mío. Habéis hecho ya muchísimo por mí, y si queréis desmarcaros, este es el momento apropiado para hacerlo. No me voy a enfadar por ello.

Se cruzó de brazos y miró hacia el mar.

—Estaréis mejor en la sombra —dijo—. Lo digo en serio.

Hamza se volvió y miró a su esposa un minuto largo, después Miko hizo un leve asentimiento.

—Dinos qué pasa —dijo Hamza.

Will suspiró.

—De acuerdo. Algo está ocurriendo con el Sitio —comenzó—. No es solo por lo de TransPipe y esa única predicción sobre Pittaluga. Es todo ello junto. Las predicciones están conectadas, son... —Will se detuvo y tomó aire—. Las predicciones operan en conjunto, no sé de qué otro modo expresarlo —concluyó simplificando.

Ni Hamza ni Miko dijeron nada durante unos segundos.

—¿Podrías intentarlo? —preguntó Miko lentamente.

Will miró hacia la fuente llena de agua cristalina bajo el sol. Hurgó en sus bolsillos y extrajo unas pocas monedas, una de las cuales blandió en el aire.

—Está bien. Yo hago circular una predicción, ya sea subiéndola al Sitio o vendiéndola al

mejor postor.

Arrojó la moneda a la fuente y las ondas circulares se irradiaron a partir del punto en la superficie donde había caído.

—Pide un deseo —dijo Miko.

—Ya lo he hecho, créeme —replicó Will, y apuntó a las ondas circulares—. Cuando las predicciones circulan por el mundo, muchas cosas ocurren, la gente hace cosas que de otro modo no habrían hecho. Yo mismo estoy cambiando el futuro.

Buscó más monedas y las arrojó a la fuente, a distintos puntos cada una, apenas separados entre sí. Cada moneda produjo nuevas ondas que ahora interactuaban con las pequeñas olas generadas por las monedas anteriores. Era un patrón de interferencia mutua: una geometría en miniatura.

—Ahí está —continuó Will—. Cada nueva predicción es una moneda distinta, que genera ondas circulares en el mundo, cambiando las cosas, y a veces esos cambios se topan con las ondas que provienen de alguna otra predicción. Rebotan, por así decirlo, las unas contra las otras, y entonces ocurre algo más.

Will hizo chapotear su mano en la superficie del agua, rompiendo el patrón interactivo y dando paso al caos. Entonces señaló la superficie agitada.

—Es imposible predecir lo que va a suceder a continuación. A menos que estés en el futuro, mirando hacia atrás —explicó—. En ese caso sí puedes verlo todo y enviar la información de vuelta a la persona que está en el pasado, para que la use como tú deseas. Subirá parte de ella a un sitio web, venderá otra parte a una empresa petrolera... Todo lo cual ya lo sabes porque, desde tu perspectiva futura, esa persona ya lo ha hecho antes.

Miko intervino en ese momento:

—Sé que soy nueva en todo esto, pero solo por hacer de abogado del diablo... ¿no podría ser que todo hubiera ocurrido al azar?

Will extrajo el papel doblado de su bolsillo y se lo pasó a Miko.

—Lee esto.

Miko desdobló la hoja. Hamza se acercó a ella para leerla por encima de su hombro.

—¿Os acordáis de la sensación que causó la leche con chocolate? —les preguntó Will—. Fue la bebida no alcohólica más popular del país durante los tres meses siguientes al momento en que el Oráculo formuló su predicción sobre ella. Todas las demás acusaron el golpe: las bebidas gaseosas, el té helado, los zumos de cualquier tipo... incluidos el de naranja y el de pomelo. Pero nosotros le dijimos a ese fondo de cobertura...

—SWBG —intervino Hamza sin apartar los ojos del papel.

—Exacto. SWBG. Les vendimos una predicción que los animó a hacer una fuerte inversión en plantaciones de cítricos, a la espera de que la helada de mayo en Florida hiciera subir los precios. Pero a raíz de la moda por la leche con chocolate la situación fue totalmente distinta: durante un tiempo, nadie tomaba zumo de naranja y los precios se desplomaron, y SWBG tuvo que inyectar aún más efectivo para hacer que las cosas funcionaran. Aun así, la mitad de las plantaciones se hundieron. Y SWBG se ha hundido con ellas, pues la empresa cerró el mes pasado. Entre el pago que nos hicieron, de casi quinientos millones de dólares, y las malas inversiones, creo adivinar que no tenían pasta suficiente para mantener la maquinaria en funcionamiento.

«Lo recuerdo —pensó Hamza—. El Dow Jones cayó cuatrocientos puntos ese día. Pero yo no

me di cuenta...» Alzó la mirada y se topó con la de Will, fija en él, en calma absoluta.

—Esto es... no puede ser cierto —balbuceó Hamza.

—Ojalá no lo fuera. Ese listado es lo que he estado haciendo aquí. Investigando, haciendo deducciones. Esas catorce conexiones son todo lo que he encontrado hasta ahora, pero debe de haber otras que no veo, o que no han ocurrido aún. Como lo de TransPipe. Eso hace un total de quince conexiones, supongo.

Hamza se concentró en la hoja de papel que aún sostenía Miko, a quien le temblaba ligeramente la mano.

—No consigo ver la imagen final —dijo Will mientras tocaba la superficie de la fuente con el dedo, viendo las ondas irradiarse a su alrededor—, pero me parece que el Sitio opera con tres o cuatro objetivos menores al mismo tiempo. Cosas que se supone que han de ocurrir juntas para hacer que algo más ocurra. Es casi como una melodía, como una canción despojada de la mayoría de sus pistas. Solo están los coros y la percusión y la sección de vientos... Pero uno sabe que hay más.

—¿Así que es un rompecabezas? —preguntó Miko en un tono cada vez más alto—. ¿Un juego?

—No es un juego —dijo Will—. Es, más bien, como una de esas máquinas en las que los componentes están coordinados y el movimiento de uno produce un efecto dominó. O no... es como una máquina gigantesca. Da la sensación de que hubiera alguien ahí fuera que hace que todo esto se mueva.

—¿Y qué es lo que hace que se mueva? —preguntó Miko—. Si es en efecto una máquina, ¿qué es lo que está impulsando?

Will se encogió de hombros ligeramente.

—El mundo, creo. Y sí —añadió—, ya sé que no soy la clase de tío que habla de ese tipo de cosas, o al que le interesan siquiera, pero no os imagináis lo interesante que se vuelve todo cuando uno piensa que es quien lo ha provocado.

Ahucó la mano y la introdujo en la fuente para llenarla de agua, y luego dejó que se escurriera entre sus dedos.

—Will, esto es enfermizo —dijo Miko—. Debemos hacer algo.

—Podemos simplemente apartarnos —propuso Hamza—. Tenemos todo el dinero que queramos. La República de Coral está casi lista, ayer recibí un informe sobre los avances en la construcción del Capitolio. Todos los lugares restantes que preparamos están listos. Podemos seguir con el plan de salida tal y como teníamos previsto.

Will abrió su mano para permitir una vez más que el agua que quedaba en ella cayera en la fuente, luego se levantó y se la secó en la camisa.

—Pienso que el Sitio puede estar esperando a que lo hagamos —replicó—. Pienso que esa es la razón por la que recibimos tantas predicciones que podríamos vender. Es algo así como el precio que me ofrece para que yo simplemente desaparezca y él pueda seguir con lo que sea que tenga entre manos. Pero no puedo hacerlo. Debo limpiar mi propio desaguisado.

Se enderezó y los miró a los dos.

—Pero vosotros dos no. No puedo dejar que os involucréis más de lo que ya lo estáis. Y hablo en serio.

Miko negó con la cabeza.

—¿Quieres hacerlo todo solo? Will, por Dios, ¡estabas a punto de empezar a almacenar tus

meados en jarrones allí dentro!

—Estoy bien —dijo él, algo inquieto—. No tenéis que preocuparos por mí, nada malo va a pasarme. No ahora. No al Oráculo.

—Will, eso es ridículo —dijo Hamza, alarmado—. No hay ningún Oráculo, solo estás tú.

—Exacto —dijo Will—. Escuchad. Puedo vencerlo, todo esto, yo sé que puedo. He estado haciendo experimentos. Dejadme que os lo muestre.

Dio media vuelta y se alejó de ellos, caminando a grandes zancadas rumbo a la ajetreada avenida entre el hotel y la playa.

—¿Adónde vas? —lo llamó Miko.

Will no respondió. Sin aminorar el paso, caminó a lo largo de la avenida, a solo un metro del flujo vertiginoso de automóviles, motos y camiones de gran tonelaje.

Enseguida dio otro paso.

—¡No! —gritó Miko.

Hamza echó a correr en dirección a la avenida, viendo con el rabillo del ojo que los soldados del puesto de control más cercano se habían desperezado con el alboroto. La alarma que eso le provocó fue barrida al instante ante la certeza de que estaba a un paso de oír el chirrido de unos frenos y el golpe seco de su mejor amigo al quedar incrustado bajo el eje de un tráiler.

Avanzó hasta un semáforo en rojo en el centro de la avenida, y alcanzó a ver a Will cuando cruzaba la Rambla República de México hacia la playa, con la vista fija al frente, como si estuviera de paseo por Central Parle y no cruzando una avenida de cuatro carriles donde los vehículos circulaban a una media de unos sesenta kilómetros por hora.

Hubo muchos bocinazos y coches desviándose bruscamente de su trayectoria mientras avanzaba. Los soldados del puesto de control descolgaron sus fusiles del hombro intentando ver qué ocurría.

La luz del semáforo cambió, el paso cebra quedó despejado de coches y Hamza y Miko corrieron hacia la playa. Hamza miró a su izquierda y vio a Will a unos cincuenta metros de allí, sentado en la arena, mirando al mar.

—¿Qué cojones ha sido eso, idiota? —le gritó mientras se acercaba.

Will alzó la vista y sonrió. Era una sonrisa extraña, vacía y llena al mismo tiempo.

—Os lo he dicho. Nada va a sucederle al Oráculo, estoy absolutamente a salvo.

—Esto es demencial, Will —dijo Hamza—. Es... simplemente estúpido.

—No, no lo es —replicó Will—. Aún tengo predicciones que no he anunciado al mundo. El Sitio debe querer que haga algo con ellas y no me dejará morir hasta que lo haya hecho. Esas predicciones son mi seguro de vida. Soy invulnerable.

Su sonrisa se amplió otro poco. Demasiado.

—Soy Supermán.

Miró de nuevo al mar.

—Lo voy a vencer —añadió—. No soy solo un instrumento de alguna... de algo parecido a una araña que maquina de espaldas al mundo, debilitándolo todo. Soy el Oráculo. Puedo hacer que todo mejore.

—Levántate, Will —dijo Miko.

Will obedeció, ya sin la sonrisa, con una expresión repentina de incertidumbre. Entonces Miko avanzó hacia él con los brazos extendidos.

—No te vamos a dejar solo.

Will la miró confundido. Ella lo abrazó con fuerza y Will le dio un par de extrañas palmaditas en la espalda.

—A la mierda, Will, tú solo abrázame —le dijo, y las palabras salieron algo amortiguadas contra el pecho de Will.

Él por fin se rindió ante su gesto y la rodeó con los brazos. Y estuvieron así abrazados unos treinta segundos, mientras Hamza los observaba.

Finalmente, Miko lo liberó y retrocedió un paso, sorbiendo brevemente por la nariz.

—Necesitas ayuda —le dijo Miko—. Puedes creer que no, puedes desear que no sea así, pero nadie puede lidiar solo con todo esto. Y puesto que Hamza y yo estamos al corriente de todo y te queremos, vamos a ayudarte, lo quieras o no.

Will la observó fijamente.

—Vámonos a casa —dijo ella.

TERCERA PARTE

PRIMAVERA

21

Will sentía el ritmo bajo sus dedos, metido de lleno, las notas negras en sincronía precisa con la batería. No tenía que pensar en nada, solo ejecutar esa línea por debajo de los solos instrumentales, esperando a hacer su propio cierre del tema. Miró a Jorge Cabrera, que llevaba ya cinco minutos con los ojos cerrados y los brazos extendidos hacia el teclado tocando su solo, a base de variaciones sobre «Psycho Killer» de los Talking Heads.

Luego desvió la mirada al público y las distintas siluetas que apenas se distinguían bajo los focos dirigidos hacia su rostro. Alcanzó a ver a Hamza y a Miko en una mesita a la izquierda y les dedicó una sonrisa absolutamente sincera.

En las semanas transcurridas desde lo de Uruguay, ambos habían estado presionándolo — obligándolo, más bien— a que se distrajera de ese empeño interminable de entender lo que el Sitio buscaba hacerle al mundo. Ahora trabajaban los tres juntos en ello, analizando los resúmenes de noticias, elaborando cuadros de datos... aunque todo pareciera inútil.

El plan maestro del Sitio era, claro está, muy vasto, un esfuerzo global densamente coordinado, en perpetuo movimiento. Evolucionando siempre hacia algo más. Y el equipo que intentaba entender esa evolución, quizá incluso pararla, incluía a un músico frustrado, una maestra de escuela primaria y un exbanquero de inversiones.

Era como pretender jugar una partida de ajedrez en un cuarto a oscuras, donde uno debía discernir las jugadas del oponente solo por el olfato. Y ese estaba además resfriado. Y su oponente era Dios.

Inútil.

Aun así, trabajaron de lleno en el asunto, estudiando a conciencia el tablero, intentando ganar una partida que no entendían y que muy probablemente nunca llegarían a entender del todo.

Hamza y Milco se tenían el uno al otro. Podían compartir esa carga de saber que las predicciones del Oráculo habían provocado casi con total certeza el levantamiento de la facción Sojo Gaba en Níger y la iniciativa consiguiente de los norteamericanos de bombardear la región, pulverizando lenta pero inexorablemente la nación en el empeño de destruir a su líder, al tiempo que esa decisión brindaba al presidente Green la oportunidad de basar en ella su campaña para la reelección. O la lenta, infinita, espiral descendente de la economía global. O cualquiera de las demás cosas que el Sitio le estaba haciendo al mundo. Podían compartir esa carga mutuamente.

Will, en cambio, estaba solo. Sus dos amigos lo sabían y eso les preocupaba, posiblemente

con razón después de cómo lo habían visto en Uruguay.

Por este motivo, le habían sugerido con toda gentileza, y después con firmeza, y luego con insistencia, que encontrara una manera de relajar las tensiones que le provocaba el asunto del Oráculo. Eso lo empujó a telefonar a Jorge Cabrera y a pedirle que le permitiera acompañarlo en una de sus noches de *jazz* los domingos.

Tenían lugar siempre en el mismo club, el Broken Elbow, y en el Village. Por allí pasaban los músicos neoyorquinos de élite, todo el que no estuviera de gira o actuara en otra parte, solo para ponerse al día, intercambiar chismes y tocar un rato. Técnicamente hablando, cualquiera podía participar si lo solicitaba —era una sesión a micrófono abierto—, pero cuando subías al escenario, era por tu cuenta y riesgo. Jorge mencionaba un tema y la banda lo tocaba, eso era todo. Nada de ensayos ni de conversaciones previas. Si no podías sostenerlo hasta el final, nadie te iba a hacer sentir como una mierda, pero quedabas excluido del club de los tíos guais, sin grandes esperanzas de volver a entrar más adelante.

En esos momentos estaban tocando, entre otras celebridades, dos músicos de la banda que actuaba los sábados por la noche y un guitarrista que había dejado su huella en varias grabaciones de estudio, de las que habían surgido al menos tres de los mejores temas del año anterior en las listas de éxitos. Y, además, Will Dando en el bajo, manteniendo el tipo. Muy concentrado.

Se sentía ligero. Ya no era el Oráculo, solo un músico compartiendo el escenario con algunos de los mejores intérpretes de Nueva York y aportando su grano de arena.

El tema estaba a punto de concluir, resonando con el rugido de breves acordes de la guitarra, el tronar de la batería y la estridencia del saxo, todo eso con lo que solían terminar esas improvisaciones, antes de culminar con un gran signo de puntuación al cierre. Los cuatro hombres y una mujer en el escenario comenzaron a despojarse de sus instrumentos, dejándolos en los atriles e intercambiando saludos y bromas internas y valoraciones entusiastas, aunque sutiles, de las habilidades de cada uno.

Will se volvió hacia Jorge.

—¿Te parece bien si toco un tema más durante el descanso? Es un tema nuevo que he estado componiendo, quiero ver si funciona con el público.

Jorge vaciló: eso se salía del protocolo habitual, no eran sesiones para presentar temas nuevos, sino versiones diferentes e improvisadas de temas conocidos y, además, se daba por sentado que no había un artista principal de la velada. Más aún, en el caso de que hubiera que destacar a alguien, seguro que Will Dando no era el primero de la lista.

Pero el anfitrión terminó encogiéndose de hombros y le dio una palmadita en la espalda.

—Claro, colega —le dijo—. Tú diviértete. Me alegra que hayas venido esta noche, se te echaba de menos. No es lo mismo cuando no estás. Hablaremos después. Además... tengo algunos trabajitos en mente en los que me gustaría incluirte.

Le indicó con un gesto el micrófono en el centro del escenario.

—Todo tuyo.

Will fue hasta allí cargado de unos cuantos pedales para crear efectos que tomó de su amplificador y los dispuso frente al pequeño estrado junto al micrófono. Los probó con el pie un par de veces —uno de bucles, otro de fuertes distorsiones y otro de coros— e hizo la prueba de sonido mientras el resto de la banda abandonaba el escenario y se dirigía a la barra.

La estridencia de una distorsión compleja resonó en todo el club, diluyéndose en ecos

provocados con el pedal. Will vio que los espectadores en primera fila se inclinaban de manera instintiva hacia atrás, como si los hubiera golpeado un viento ártico.

—Este tema es nuevo —anunció—. Y va de cómo creo yo que están las cosas en este momento.

Comenzó a tocar gruesos acordes con efectos que afloraban del amplificador, intensos, granulados y bajos, con un pequeño gancho melódico que surgía de los trastes cada pocos compases.

Cantó, casi recitando la letra, con voz profunda y engolada:

*No se lo he contado a mi familia,
Ellos no saben lo que yo sé.
Doce personas muertas y alguna más, alguna más.
No sabéis lo que yo sé.*

El tema prosiguió con la voz de Will subiendo hasta convertirse en un lamento y el estribillo reducido a una reiteración de las palabras «lo que yo sé, lo que yo sé» una y otra y otra vez. Concluyó con los ojos cerrados y las últimas notas diluyéndose en el silencio reinante en el club.

Hubo aplausos aislados, apenas distinguibles entre las conversaciones de fondo. La clientela aprovechaba el descanso de la banda para charlar. A Will no le sorprendió. ¿Un bajista solo, al que nadie conocía, tocando un tema que nunca habían escuchado? Poco menos que un entretenimiento. Tenía suerte de que no lo hubieran abucheado.

Inútil.

Comenzó a tocar de nuevo: un ritmo breve y repetitivo, solo un acorde, muy agradable al oído.

—¿Y qué me decís de cómo está el mundo estos días, eh? —dijo dirigiéndose al público—. Pongo mucha atención a las noticias últimamente, más de lo que solía hacerlo. Una mierda todo, ¿no? ¿Cuánto cuesta ahora el litro de gasolina? ¿Cuatro pavos...?

Hizo una floritura con el bajo y volvió al acorde de tres notas.

—Venga —dijo—, dejadme que os dé lo que queréis:

*La extinción del martín pescador escarlata.
Una riña que estalla en el Senado de Taiwán,
por ciertas antiguallas devueltas a la China continental.
Doce personas mueren durante un atraco
en el Lucky Comer de Nueva York, Nueva York.
Un avión se estrella en el desierto de Níger,
a cuarenta y tres kilómetros de Tabetot.
Catorce niños nacen en el Hospital de Northside*

en Houston, Texas. Seis son niños, ocho niñas.

Will notó que entre el público iban surgiendo las pantallitas de los móviles: la gente revisaba los contenidos del Sitio. A su izquierda pudo ver una silueta, a alguien de pie cuyo lenguaje corporal sugería extrema tensión. Hamza, casi seguro que era él.

No le importó. Abrió los labios para cantar la siguiente predicción, relacionada con el vuelo de Malaysia Airlines, pero el amplificador del bajo se cortó. El patrón vigoroso de efectos que venía tocando se transformó al instante en una suerte de famélico esqueleto de la versión anterior.

«Vaya», pensó. Se volvió hacia un lateral del escenario, donde vio a Jorge Cabrera de pie junto al técnico de sonido en su cabina. Era difícil interpretar el rostro de Jorge —los focos dirigidos al rostro de Will aún le cegaban—, pero no era uno sonriente.

Will se descolgó el bajo, lo apoyó contra su amplificador («Como si Jorge fuera a dejarte tocar de nuevo después de esta aventurita», pensó para sí mismo) y bajó del escenario, pasó por delante de Hamza y Miko, pasó por delante de Jorge y otros músicos, y fue a sentarse en el extremo más alejado de la barra.

Allí pidió una cerveza y un trago corto y, mientras le servían este último, pudo escuchar la voz de Jorge en el micrófono pidiendo disculpas por el numerito y prometiendo que la banda estaría de vuelta en breve.

Will se bebió el trago y pidió otro por señas, pensando ya en beberse la cerveza, incluso antes de que se la hubieran puesto delante.

Una mano le tocó suavemente el brazo y lo hizo encogerse.

—Will —dijo Miko.

Él se volvió para mirarla.

—Hamza quería sacarte del escenario a hostias —le dijo—. Yo no le dejé. Me pareció que solo serviría para llamar aún más la atención sobre lo que estabas haciendo. Esa segunda predicción, sobre la pelea en Taiwán..., fue la que le diste a Hamza para convencerlo de que las predicciones eran reales, ¿no?

—Así es —respondió Will.

—Me acuerdo de ese día. Llegó a casa temprano desde Gorman Brothers, algo inhabitual en él durante esos días. La mayoría de las veces lo veía solo antes de la medianoche. Me dijo que iba a renunciar y no parecía nada preocupado. Y que tenía algo espectacular en ciernes, un proyecto.

Clavó sus ojos en Will.

—Ese algo eras tú. Resultó que la cosa espectacular eras tú, Will Dando.

—Me imagino.

Miko se quedó en silencio.

Will la observó preguntándose en qué estaría pensando. Visto en retrospectiva, había sido una tontería mostrarse tan renuente a que Hamza la metiera en el asunto; ella ya se había sumergido de cabeza en él y tenía un instinto para hacer conexiones que ni él ni Hamza veían.

Más que eso, pensó; Miko era generosa en un sentido que no lo era Hamza. Considerada. Dispuesta a echar una mano.

Will dio un trago a su segunda copa.

Miko era maravillosa.

—¿Qué te ha parecido la primera canción? —le preguntó.

—Madura, Will —dijo ella en tono suave.

Él la miró sorprendido, incluso un poco herido.

—No eres tan especial como crees, ni la única persona que puede ver el futuro.

Miko estiró el brazo y alejó la jarra de cerveza medio llena de sus manos.

—Soy profesora. Veo el futuro de esos niños cada día de mierda que paso con ellos, yo y cualquier otro profesor... Y luego está esto.

Se tocó la abultada barriga.

—El futuro no te pertenece solo a ti. Todos tenemos nuestra parte —añadió, y entornó los ojos—. Sé cómo lidiar con los niños, así que hasta ahora he sido buena y sensible, porque no quiero verte de nuevo haciéndote el valiente delante de un camión o saltando de un tejado porque estés convencido de que puedes volar... Pero esa mierda de ahí —le indicó el escenario— está absolutamente fuera de lugar, Will. No tienes derecho a explotar, porque nos vas a arrastrar a mí y a Hamza contigo, y quién sabe a cuánta gente más, cuando eso suceda.

Will se quedó ceñudo.

—¿Niños, eh? —dijo.

—Exactamente —dijo Miko—. Te estás comportando como un crío de cuarto curso. Ni siquiera eso, de segundo como mucho.

—Tú sabes lo que está provocando el Sitio —dijo Will, escuchando él mismo su tono a la defensiva, y detestándolo—. Está arruinando el mundo, y ni siquiera sé qué hacer, ni tampoco entender lo que está ocurriendo. Solo que está ocurriendo por mi culpa.

—¿Y por eso has decidido cantar las predicciones a micrófono abierto esta noche? —dijo Miko, apuntando de nuevo al escenario.

—Esta no es una velada a micrófono abierto —contestó Will, algo ofendido—. Es más bien «solo para invitados». De hecho, es una gran oportunidad poder tocar con estos tíos.

—Pues espero que lo hayas disfrutado porque no me parece que vayan a invitarte de nuevo en breve —le dijo Miko con franqueza.

Will suspiró, echando un vistazo a su jarra de cerveza medio llena, ahora fuera de su alcance.

—¿Sabes que he hablado con un cura? —dijo—. Fui a confesarme, por primera vez desde la secundaria. En realidad no tenía nada que confesar, pero quería hablar con un experto o algo así, alguien que sepa de profetas. Fui cuidadoso con mis preguntas, claro está, no quería que terminara sumando dos más dos.

—¿Y qué te dijo? —preguntó ella.

—Me dijo que los profetas suelen morir asesinados. A la gente no le gusta lo que Dios tenga para decirles, así que suelen eliminar al mensajero. También puede ocurrir que el profeta decida apartarse de la sociedad porque tenga miedo de morir asesinado. O porque simplemente enloquezca por la presión ejercida. Si eres un profeta, tus opciones son que tu cabeza le sea servida en una bandeja a algún rey o que te conviertas en un ermitaño el resto de tu vida. A veces las dos.

—No sabía que fueras religioso —dijo Miko—. ¿De verdad crees que las predicciones del Oráculo las ha enviado Dios?

Will se giró hacia ella.

—Realmente, no. Pero esa es la cuestión, que no lo sé. Quiero decir que soy un profeta si

pienso en cualquier definición que se me ocurra. Y cuando escucho a la gente hablar del Oráculo en todo el mundo, pienso que la decapitación es más que posible, ¿no lo crees?

—Exacto. ¿Esa es la razón por la que casi te has puesto en evidencia ante todo el jodido bar?

—No, eso ha sido porque... todo esto pesa demasiado. Imagino que... solo intentaba liberarme de la carga. Hemos decidido que nuestro trabajo será deducir qué está haciendo el Sitio y quizá hasta detenerlo, solo que no veo cómo podemos hacerlo. No es que tú y Hamza no seáis personas inteligentes de verdad. Lo sois, mucho más que yo... Pero todo esto ocurre en otro nivel. La imagen final es demasiado vasta para que podamos verla nosotros.

—¿Y no crees que ese tema de... cómo se llamaba... el asunto del *Aberdeen*... podría ayudarnos? A mí me parece muy prometedor.

Will asintió.

—Seguro, podría ser. Tal vez. Pero aun cuando nos ayude a entender las cosas, cuesta creer que una sola pieza vaya a resolver todo el rompecabezas.

—Entonces ¿qué quieres? ¿Darte por vencido?

Will aspiró profundamente.

—No —dijo—. Es solo que no creo que debamos hacer todo esto solos. Quiero buscar ayuda. Miko se quedó intrigada.

—¿Podrías explicarte?

Will sacó su móvil y lo encendió.

—¿Recuerdas todos esos correos que Hamza y yo recibimos al principio? ¿Los que utilizamos para encontrar clientes a los que vender las predicciones?

—Sí, claro —dijo ella—. Hamza me lo explicó... ¿Qué pasa con ellos?

—Que los he estado revisando en mi tiempo libre, contestando uno o dos al día. Respuestas vagas y tranquilizadoras, nada más. No quiero que los que han escrito sientan que los ignoramos, quiero hacer algo por ellos, ¿me entiendes?

La boca de Miko alzó una de sus comisuras.

—Eres un buen tío, Will Dando.

—A veces.

Will le enseñó su móvil con una foto desplegada de una hoja de papel.

—En uno de esos correos encontré algo que me dio una idea. Y le hice una foto, que he estado mirando todo el día, solo pensando en si debo o no hacerlo.

Miko cogió el móvil y agrandó la imagen. Luego miró a Will, con los ojos muy abiertos.

—Guau. ¿No querrás decir...?

—Exactamente. Podría ser una forma de resolver el enigma del Sitio recibiendo aportaciones en internet. Tendríamos que cubrirnos las espaldas de algún modo, pero eso puede arreglarse.

Miko miró de nuevo el móvil de Will, negando en señal de incredulidad.

—¿Sabes?, esto al mismo tiempo podría ser útil para tu otro problema, humanizando al Oráculo ante el mundo. Hacer menos probable que tu cabeza termine en una bandeja. Pero Dios mío, Will... —echó una ojeada al escenario, donde podía verse a Hamza con los brazos cruzados, observándolos en silencio—, Hamza se va a poner hecho una furia.

El doctor Jonathan Staffman, antiguo profesor de ciencias informáticas en la Universidad de Pensilvania y autodenominado experto en infiltraciones tecnológicas ilícitas, miraba muy concentrado los tres monitores encendidos que se hallaban uno junto al otro sobre su escritorio. El del centro mostraba una proyección de Mercator con el mapa del globo terráqueo y algunos países cubiertos por una maraña cambiante de tonos amarillos, verdes y blancos, con puntitos rojos aquí y allá. La mayor parte de la Costa Este de Estados Unidos estaba cubierta de varias tonalidades, mientras que áreas menos pobladas como el norte de África estaban casi en negro. El monitor situado a la izquierda del mapa mostraba textos que se desplazaban de abajo arriba en la pantalla, y cambiaban rápidamente a medida que los colores parpadeaban y emitían diversas pulsaciones en el mapa. La tercera pantalla, la de la derecha, era una simple barra de estado con un porcentaje visible; en ese momento la barra indicaba un 0,008 por ciento completado.

—¡Demasiado en Des Moines! —gritó Staffman—. ¡Vuelve a marcarlo, maldita sea!

La capital de Iowa aparecía en rojo intenso. En un lapso de apenas diez segundos se destiñó hacia el amarillo y luego al verde.

—Pon atención, Hernández, payaso —dijo Staffman—. Tendrías que haber atrapado eso.

—Lo siento, doctor —fue la respuesta de Hernández—. No volverá a ocurrir.

Staffman frunció el ceño y hundió su dedo índice en un frasco abierto de mantequilla de cacahuete que tenía encima de su escritorio, de la marca Jif Chunky, y después de embadurnárselo, se lo llevó a la boca, chupándolo mientras examinaba el mapa, que ahora tenía un aspecto razonablemente verde, al menos por el momento.

La barra de estado cambió lentamente a un 0,009 por ciento. Staffman gruñó de satisfacción, todavía con el dedo en la boca. Apartó la vista de los tres monitores para echar un vistazo a la sala de control anexa. Su propio escritorio se hallaba en un rincón de un gran espacio abierto con las paredes, el suelo y el techo enteramente blancos, dispuesto de forma parecida a un aula: él situado en la tarima del profesor y, enfrente, veinte escritorios para los «estudiantes», cada uno con un ordenador parecido al de Staffman, pero solo con dos pantallas, no tres.

Delante de cada una se sentaba un técnico dedicado a monitorizar una sección distinta del mundo, mientras Staffman escudriñaba a su equipo con suspicacia.

Era un grupo muy competente de programadores, todos escogidos concienzudamente, lo cual no implicaba que pudieran hacerlo igual de bien que veinte copias de él mismo. Estaban

enfrascados en un trabajo delicado, y si uno de sus subordinados la cagaba, el Coach no les cargaría con la jodida responsabilidad a ellos.

Staffman se concentró de nuevo en las pantallas, parpadeando sin esperar que ocurriera nada fuera de lo normal, hasta que un movimiento apreciable en su visión periférica lo distrajo y levantó la vista. Se quedó helado.

Al fondo de la estancia había un cristal enorme que hacía las veces de pared, a través del cual cualquier persona interesada podía ver qué se cocía dentro del laboratorio de Staffman. Y ahora, al otro lado del cristal, estaba sonriendo el Coach.

Staffman se quedó paralizado, con la mano detenida a medio camino del frasco de mantequilla de cacahuete.

La mujer hizo un gesto con su mano para indicarle la puerta, como diciendo: «¿Tiene inconveniente en que me una a ustedes?».

Staffman le obsequió con una sonrisa que esperaba sincera y le indicó por señas que entrara. Ella asintió con efusividad desde detrás del cristal y unos segundos después entró y se dirigió al escritorio de Staffman. Unos cuantos de los técnicos alzaron la vista para verla cruzar junto a ellos, y volvieron a su labor al darse cuenta de que era solo una vieja señora apenas digna de su atención.

El Coach iba con un sencillo vestido gris y un jersey azul marino. La expresión de su rostro no dejaba entrever ni un solo matiz amenazante, pese a lo cual Staffman sintió ganas de vomitar.

—Doctor Staffman —dijo ella al llegar junto a él—. Disculpe que no le dé la mano. Tengo una idea bastante aproximada de dónde ha estado esa mano hace un momento.

Su mirada señaló el frasco de Jif Chunky y sofocó una risilla. Jonathan sonrió débilmente.

—El equipo informático ya está operativo, ¿verdad? —prosiguió el Coach.

—Sí, sí, todos son magníficos profesionales. Nada de lo que preocuparse en ese sentido.

—Bien, bien. De verdad que me alegra oír eso. Ahora, profesor, dígame qué está haciendo usted. Da la impresión de tener algo en marcha —dijo el Coach, girando un poco los monitores de Staffman hacia ella para ver mejor las tres pantallas.

—Ah, sí —dijo el doctor—. Me parece que he encontrado la forma de entrar en los sistemas del Oráculo.

—Bueno, sin duda la ha encontrado. A pesar de que, cuando empezamos a analizar este asunto, usted mismo me dijo que eso era imposible, o eso recuerdo. ¿Y qué le dije yo, doctor Staffman? ¡Nada es imposible! Nada en absoluto.

Como siempre, cada vez que el Coach le salía con esas, Staffman se sentía tentado de citarles un centenar de cosas que acudían a su mente y eran, de hecho, científicamente imposibles —sobrepasar la velocidad de la luz, que un humano se apareara con un cocodrilo, probar la existencia de Dios—, pero decidió que era mejor contenerse.

—Puede que sí, Coach, pero hay cosas tan improbables que bien se las puede considerar imposibles. Ese es el verdadero problema con las predicciones del Oráculo: que están organizadas de un modo muy brillante. Puedo ver toda la estructura, pero no soy capaz de penetrarla. O, al menos, no demasiado fácilmente, hasta ahora.

El hombre se estiró para coger un bloc y un bolígrafo de un rincón de su escritorio y dibujó dos círculos en el papel, uno rotulado con la palabra «SITIO», al que dio un golpecito con el bolígrafo.

—Esto es en lo que todos enfocan su atención, los piratas de todo el mundo, grandes y pequeños. Cada uno de ellos anhela deducir la contraseña para acceder al Sitio y luego alterar el texto. Quizá incluso subir sus propias predicciones. Es la parte visible del sistema, y quienquiera que lo infiltre tendrá derecho a fanfarronear como ningún otro programador hasta el momento. Es un objetivo tremendo. Un objetivo evidente y muy bien protegido. He visto esta clase de sistemas antes. La contraseña surge de una frase en clave, pero sin esa frase en clave... olvídalo.

El Coach hizo un gesto de «prosigas» con la vista clavada en el segundo círculo, que aún no tenía nombre. Era la forma en que los demás podían saber realmente en qué estaba concentrada. Su ropa, su forma de hablar... nada de eso era ella. Sus ojos, sí.

—Pero nos tiene sin cuidado el Sitio —dijo Staffman—. No es nuestro objetivo fanfarronear. Solo queremos mirar detrás de la cortina para inferir quién es el Oráculo. A eso dedico mis esfuerzos aquí y ahora.

Con esta última frase movió el bolígrafo al otro círculo.

—Verá —continuó—, el Sitio es obra del Oráculo. Surge de él y se difunde al resto del mundo. Lo que queremos es algo que vaya hacia él.

Escribió las palabras «correo electrónico» dentro del segundo círculo y las subrayó.

—De algún modo, en algún lugar, el Oráculo está recibiendo todos esos correos electrónicos, que a estas alturas deben de ser millones. Varios cientos de millones. Eso supone una cantidad enorme de datos intercambiados, muy difícil de ocultar. El correo electrónico es el punto débil y es justo ahí donde estoy percutiendo. —Rodeó varias veces con un círculo las palabras «correo electrónico», creando un cerco grueso y oscuro a su alrededor—. Su gente también lo sabe. La seguridad que rodea esa dirección electrónica es un gran muro de ladrillo. De ladrillos hechos de plomo y acero, con aterradoras púas encima. Mucho más sólido que el Sitio en sí. Esencialmente indestructible, al menos en un lapso razonable de tiempo.

Finalmente, habló el Coach:

—Pero acaba usted de decirme que ha podido sortear todo eso. ¿Cómo?

Staffman dejó el bolígrafo y alzó la mirada.

—He tomado prestado un concepto del programa SETI, ya sabe: búsqueda de inteligencia extraterrestre.

—Sí, estoy familiarizada con el tema. El conjunto de antenas que apuntan al cielo para detectar mensajes de los hombrecitos verdes.

—Bueno, mejor decir radiotelescopios, pero en términos básicos, antenas también es correcto. Esa búsqueda produce cantidades inmensas de datos: de ruido espacial, si usted lo prefiere. Ruido que debe ser procesado en busca de una señal en potencia. Pero no es algo simple. Se requiere de una enorme potencia informática, de más procesamiento del que permite el presupuesto asignado al SETI, bastante más... Así que recurrieron al público interesado en el tema y ofrecieron un pedacito de *software* gratis a voluntarios en todo el mundo. Una vez que alguien instalaba ese *software*, el SETI podía utilizar su ordenador como un nodo adicional dentro de su red global. Siempre que esa persona no estaba usando la fuente de procesamiento de su instrumento, el SETI lo hacía. Y funcionó muy bien: el SETI acabó disponiendo de un procesador gigantesco, capaz de resolver problemas igual de rápido que los superordenadores que no podía financiar.

El Coach asintió, con sus ojos azules brillando detrás de sus gafas.

—Creo ver dónde quiere ir a parar, doctor. Usted está utilizando la red de SETI para analizar

igual de rápido las cifras que emplea la seguridad del Oráculo.

Staffman asintió. Comenzaba a excitarse, regocijado.

—No, no, he hecho algo mucho mejor que eso —aclaró—. La red de SETI no es suficientemente poderosa para perforar la seguridad del Oráculo, así que tuve que utilizar algo más. Propagué un virus que yo mismo diseñé hace unos años. Antes lo refiné un poco para que se valiera de las fisuras de Microsoft y las versiones de Linux OS... Decidí no atacar los Mac, aunque podría haberlo hecho, créame. Quizá debería hacerlo, ya es hora de que alguien baje a esa gente de su pedestal...

El Coach carraspeó.

—De acuerdo —dijo Staffman—. Le pido disculpas. Sea como sea, mi virus me permite acceder a cualquier sistema al que infecta y tomar algo de su energía de procesamiento sin usar. La mayor parte de los ordenadores no funcionan al cien por cien de su capacidad operativa. O puede que lo hagan durante períodos breves de actividad intensa, pero la mayoría de las veces operan a un veinte por ciento o menos de su capacidad. De este modo logro acceder a una cantidad significativa de energía computacional. A este sistema en conjunto se lo denomina *botnet*, que quiere decir más o menos «red larvada». Ahora mismo, el virus se ha incorporado a unas tres cuartas partes de los sistemas informáticos del mundo en menos de setenta y dos horas. Y por si se lo está preguntando, eso es todo un récord.

—No es el caso —replicó el Coach en un tono gélido—. ¿Y qué dice que va a conseguir con esto, profesor? Le agradecería que me lo explicase.

—Una red larvada me permite infiltrar los sistemas del Oráculo mucho más rápido. Esta barra de aquí —indicó el tercer monitor— muestra cómo nos va. Llevamos unas veinticuatro horas con ello y ya estamos en una centésima parte del porcentaje total. Eso es un progreso notable para el nivel de encriptado que intentamos romper. De otro modo habríamos tardado meses.

—Doctor Staffman, si lo he entendido bien, eso significa que la operación nos llevará más de un año.

El brillo había desaparecido en los ojos del Coach. Staffman tragó saliva. Su interlocutora había hecho un cálculo rapidísimo para llegar a esa cifra. Una cifra absolutamente correcta.

—Coach, debe entender lo increíble que es solo que podamos hacer todo esto. ¡Estamos acelerando el proceso en un millar de veces! Ya sé que es lento igualmente, pero es la única forma.

—Necesito que sea más rápido. Lo necesito ahora, Staffman.

—No es posible. Tal y como lo estamos haciendo estamos usando desde el primer minuto la cuarta parte de la energía informática del mundo. ¿Qué espera que haga?

El Coach enarcó una de sus negras cejas. Staffman se preguntó si se las teñía, porque su cabello era de un color gris plateado y homogéneo.

—¿Por qué está usando solo la cuarta parte?

—Déjeme que se lo explique. Fíjese en este mapa —dijo Staffman, indicando el monitor central—. Tengo a mi equipo ocupado en monitorizar el poder de procesamiento que mi red larval está absorbiendo, para asegurarse de que no se vuelva demasiado pesado en ningún área. Si queremos seguir con una búsqueda prolongada, debemos mantenernos bajo el radar.

—Sin embargo, usted podría emplear el resto del poder disponible, si quisiera —dijo el Coach en tono reflexivo.

—Sí, claro, supongo. Pero... verá... puede que no me esté explicando bien. Si aumento el uso y aprovechamiento de energía, alguien reparará en el virus y otra gente tomará medidas. Tendríamos que parar.

—Pero si usara toda la energía, podría sortear la seguridad del Oráculo mucho más rápido. No importaría que alguien nos encontrara: nosotros ya estaríamos dentro —dijo el Coach.

Staffman comenzaba a frustrarse. Ya había pasado por situaciones así en la universidad, como profesor ayudante, cuando debía explicar conceptos a alumnos legos que nunca quedaban satisfechos, y los peores eran aquellos con algún conocimiento, el suficiente para creer que podían anticiparse a él. El único problema en este caso particular era que no podría reprobar al Coach.

—La cuestión es —dijo el doctor, empleándose a fondo para suprimir cualquier matiz sarcástico en su voz— que el poder informático de procesamiento que estamos sustrayendo está siendo utilizado con diversos fines en este momento: tráfico aéreo, internet, fuerzas armadas... Y no solo aquí, ¡sino en todo el mundo! El planeta entero quedaría fuera de servicio, Coach.

—Pero podría usted hacerlo.

Staffman se pasó una mano por el pelo. Se ajustó las gafas. Miró a través de la sala hacia el ventanal que había al fondo. Mantuvo la vista fija allí unos segundos y luego miró de nuevo al Coach.

—Sí, claro, podría hacerlo —dijo.

—¿En qué medida aceleraría las cosas?

—Exponencialmente. Podría tener su respuesta en cuestión de horas.

—Entonces, hágalo.

—No puedo, Coach. Moriría mucha gente.

El Coach se sentó en el borde de la mesa de escritorio. El científico se echó hacia atrás inconscientemente, alejándose de ella tanto como se lo permitía la silla.

—Doctor Staffman, escúcheme. Usted no es una buena persona y lo sabe, y yo lo sé. Es egoísta y cobarde. Y está bien, no vamos a decir que es un caso único. La mayoría de las personas con las que me he topado en la vida eran como usted... Así pues —continuó—, ambos sabemos que no hay forma de que sacrifique usted su vida para salvar la de un montón de gente que podría morir cuando cumpla usted su deber como integrante de mi equipo. Usted no conoce a ninguna de esas personas en riesgo. La verdad es que la única por la que movería el culo es usted mismo. En ese caso, salve su vida, ahórreme las gilipolleces y hágalo. Ahora.

Staffman la miró fijamente. Pensó en el dinero que se le había prometido como pago por desbaratar con éxito la seguridad del Sitio. Hacía una década había hecho otro trabajo para ella y el dinero obtenido le había servido para financiar su propia investigación durante años. Años de no tener que andar arrastrándose ante las juntas calificadoras de cualquier universidad para obtener una cátedra permanente, o todavía peor, para vivir enseñando a estudiantes con cara de bobos y aire de estar aburridos en su clase, absolutamente desinteresados. Ese dinero estaba casi agotado.

—De acuerdo, Coach —concluyó.

—Bien —dijo ella con frialdad—. Proceda.

Staffman se aclaró la garganta.

—Dejad de monitorizar los nodos —indicó al resto del equipo técnico—. ¡Cerrad vuestros terminales y largaos! Me pondré en contacto con vosotros si necesito algo más.

Desde varios puntos se alzó un coro de preguntas y quejas.

La gente quería saber si se les iba a pagar lo prometido y por qué se paraba de pronto el proyecto. Staffman tenía los labios apretados.

—¡He dicho que largo de aquí! —gritó—. Ya recibiréis vuestro dinero. Largaos.

Nadie se movió.

—Doctor, por favor, esa no es forma de manejar una situación como esta —dijo el Coach. Se levantó del escritorio donde estaba apoyada y retomó con delicadeza su postura erguida—. Prestadme atención, nos ocuparemos de todos, tenéis mi palabra. Ahora marchaos y divertíos. Joder, se os ha dado el día libre en plena primavera, ¿qué estáis haciendo aún aquí? ¡Id a jugar con el *frisbee*, o invitad a alguien a salir! Os va a gustar, lo prometo.

Rio entre dientes, como para sí misma. Los técnicos se miraron con expresión incierta.

—Largaos ahora —repitió el Coach, esta vez con mayor firmeza.

Una de las técnicas que estaba cerca de la puerta se encogió de hombros. Presionó el interruptor de su ordenador y lo apagó. El resto del equipo la imitó. En pocos minutos, la estancia estaba vacía.

—Tiene que aprender a manejar a la gente, doctor Staffman —dijo el Coach—. Al ojo del amo engorda el caballo, como dice el proverbio.

—De acuerdo, Coach —dijo Staffman con aire ausente.

Sus manos oscilaron sobre el teclado, preparando la ampliación en la red larvada. No le llevó mucho tiempo.

—Ya está —dijo—. Solo dele a la tecla «Enter» y empezará.

—No, profesor, hágalo usted. Usted ha tomado la decisión de hacerlo, hágase responsable.

Staffman apretó de nuevo los dientes. Extendió el dedo índice hacia el teclado y presionó una tecla. En el mapa del mundo comenzaron a aparecer manchas de la peste roja en el centro de las zonas verdes, expandiéndose con rapidez, como verdugones en la superficie del globo. De inmediato, la barra que indicaba los progresos en el tercer monitor empezó a acelerarse, llegando a la marca del 1 por ciento en apenas otro minuto.

Staffman observaba asombrado.

—¿Cuánto va a tardar?

—No pensé que sería tan rápido. El virus ha tenido que infectar más ordenadores de los que me había dado cuenta, es... sorprendente.

Siguió observando fascinado cómo trabajaba su creación. La red larvada se ampliaba por el mundo devorándolo todo, comportándose exactamente como había sido diseñada. Sintió el pecho henchido de orgullo.

El Coach estaba de pie junto a su silla, con las manos en las caderas, escudriñando los monitores a través de sus gafas.

—Una cosa —dijo pensativa.

—¿Sí, Coach?

—Se me acaba de ocurrir algo. Según me ha explicado, su virus se hará con prácticamente todos los sistemas informáticos del mundo, lo que les impedirá hacer eso que se supone que deben hacer. En vez de ello, estarán todos trabajando en nuestro problemita del Oráculo...

«Sí, Coach —pensó Staffman—, el cielo es azul. Sí, Coach, dos más dos son cuatro».

—El tema es... —continuó ella, mirándolo—, ¿no incluye eso las redes de energía?

Staffman la miró fijamente unos segundos y se abalanzó al teclado para presionar varias teclas de manera febril.

—Ha puesto la misma cara que una vaca a la que acaban de darle con la vara, lo cual supongo que responde a mi pregunta —dijo el Coach—. ¿Cómo harán todos esos aparatos para seguir trabajando en nuestro proyecto cuando se corte el suministro eléctrico?

Staffman ni siquiera la miró y continuó tecleando.

—Vamos... vamos... —murmuraba.

—Jovencito, ¿tiene alguna respuesta que darme?

Staffman reprimió la primera respuesta que se le vino a la mente. Luego, sin apartar los ojos de la pantalla, con sus dedos volando sobre el teclado, dijo:

—Programé cierto grado de control en la red larvada. Puedo darle órdenes, explicarle que necesita mantener el suministro activo, pero no es fácil. Es solo un fragmento de un código: inteligente, pero estúpido. No recuerda lo que le he dicho que haga, así que debo frenarlo una y otra vez ante los nodos de suministro. Es como... es como querer apagar un bosque en llamas echándole vasitos de agua uno tras otro.

La sala estaba ahora en silencio, solo se oía el rumor del teclado.

—¿Funcionará? —preguntó el Coach.

—¿Le parece que vaya a funcionar? —ladró Staffman—. Lo mantendré funcionando tanto tiempo como pueda. Perderemos fragmentos de la red, seguro, pero tengo la esperanza de que podamos conservar el suficiente poder de procesamiento para sabotear la seguridad del Oráculo antes de perder muchos ordenadores.

El Coach posó una mano en el hombro del doctor, una mano cuyo peso psicológico sobrepasaba al real.

—Escuche, hijo, si hay alguien capaz de hacer esto es usted. No lo hubiera incorporado a mi equipo si no fuera capaz de hacer diez cosas imposibles, perdón, diez cosas improbables antes de desayunar, como decía Lewis Carroll. Dejaré que trabaje en paz, solo sepa que tengo depositada en usted toda la fe del mundo.

A pesar de su rechazo por esa mujer, a pesar de que diez minutos antes había amenazado su vida, Staffman sintió oleadas de motivación fluyendo en su interior. La mujer tenía un don, eso era evidente.

—Espere y verá, Coach —dijo—. Lo lograremos.

23

—Es una mala idea, Will —dijo Hamza—. Es lo único que le digo.

—Y es lo único que has dicho en tres días —respondió Will—. ¿Qué tal si nos olvidamos de esto?

El semáforo cambió y cruzaron Lafayette. Hamza observó Ilustrado cómo Will se paraba a echar un vistazo a ambos extremos de la calle.

—¿Era en Great Jones? —preguntó.

—No lo sé —dijo Hamza—. Búscalo.

—He estado antes en este lugar, sé que debe de estar por aquí. Vamos hacia allí y, si no lo encontramos en las próximas dos calles, lo buscaré en el móvil.

—O quizá podrías buscarlo ahora mismo.

Will le clavó una mirada acerada.

—¿Qué problema tienes esta noche, Hamza? —preguntó.

—Mi problema no es de esta noche. Mi problema es de hace mucho tiempo, una eternidad. Mi problema es que creo que no tiene ningún sentido regalarle todo nuestro maldito luego a un estúpido sitio web. Will, por favor, si fuera nuestra obligación hacer esto, al menos podríamos haber conseguido que una cadena de televisión se interesara por ello. O el *New York Times*. Algo así.

Will se paró delante de él.

—¿La televisión? Todos esos estúpidos locutores de los informativos cargan contra mí. Y todos esos telepredicadores anunciando que soy el demonio... como ese hijo de puta de Branson y sus compinches, o la mierda esa de los Detectives de Cristo...

—Cálmate —dijo Hamza.

—Y Branson me parece casi moderado comparado con el material que envía gente de otras latitudes —continuó Will con la mirada ardiente—. Hablan incluso de endosarme una... ¿cómo se llamaba esa mierda? Esa cosa parecida a lo de Salman Rushdie.

—Una *fatwa* —dijo Hamza—. Estoy al tanto. Has logrado que suníes y chiíes se unan en ese punto. Es impresionante. Consigue que se les sume un rabino y el Oráculo podría terminar logrando la paz en Oriente Medio.

—Muy gracioso —dijo Will con ironía.

Hamza alzó su mano con la palma hacia delante.

—Paz, hermano. Escucha, yo solo digo... que no tienes que hacer una entrevista —dijo—. Bastaría con que subieras algo al Sitio sobre las intenciones del Oráculo.

—¡El Sitio es el problema, Hamza! —replicó Will—. El único contacto de verdad que alguien tiene con el Oráculo es a través de un montón de frases en la pantalla de un ordenador. Cuando estuve en Florida, charlando con las Damas sobre el Oráculo, noté que estaban aterradas. ¡Y ellas trabajan para nosotros! Mantuvimos el Sitio en línea cuando nos dimos cuenta de que las predicciones estaban conectadas, para así hablarle al mundo si lo necesitábamos, empleando su influencia en un sentido positivo. Pero si ahora todo el mundo está cada vez más asustado, ¿cómo va a funcionar nuestra decisión? Tenemos que revertir eso. Quiero que la gente tenga la oportunidad de comprobar que no soy alguien a quien deban temerle en absoluto, que soy una persona, no un tipo desquiciado... Y eso ni siquiera es lo fundamental. Necesitamos decir a la gente lo que el Sitio está haciendo. Poner más cerebros a trabajar en ello, ¿tiene todo el sentido del mundo! Empiezo a creer que deberíamos hacerlo. Esto nos supera, siempre fue así.

—Will, si le dices al mundo las cosas terribles que están ocurriendo por culpa del Sitio, joder, incluso si lo haces anónimamente..., le echarán la culpa al tío que lo subió a la red. Ambos sabemos que tú no creaste las predicciones, que no son tuyas... Pero el mundo no hará esa distinción. Culpará al Oráculo. Te culpará a ti.

—Puede que eso ya no importe demasiado —dijo Will—. Puede que contarle a la gente todo esto sea más importante.

Hamza hundió las manos en los bolsillos y lo miró fijamente. Se quedaron observándose el uno al otro, de pie, muertos de frío, en esa acera del East Village.

—¿Qué? —vociferó Will al fin.

—Solo intento protegerte —dijo Hamza—. Y protegerme a mí mismo y a Miko, y a nuestro hijo. Solo...

Su voz se fue apagando al ver el rostro de Will, esperando advertir en él algún signo de aprobación. Incluso de entendimiento. A esas alturas se conformaba con lo que fuera.

—Vale —dijo finalmente Will—. Lo siento, y lo digo en serio. Tienes razón. No estaba pensando con claridad, todo esto es... muy pesado de sobrellevar. La idea de quitármelo de encima y dejar que alguien más lo maneje me sonó... me sonó realmente bien, por un rato.

Hamza inspiró hondo y luego soltó el aire poco a poco.

—De acuerdo, no era mi intención portarme como un capullo, Will, yo solo... intento explicarme todo esto. Y creo que esa debería ser nuestra prioridad. Podemos ordenarlo todo, lo sé.

—Claro que sí —respondió Will, y dio media vuelta para dirigirse hacia la otra esquina—. Esa es la razón por la que estamos aquí esta noche, ¿no? Y te digo más: si hoy nos enteramos de algo que nos revele la clave de todo, cancelaré la entrevista.

—Espera, espera —dijo Hamza—. ¿Qué dices? ¿Sigues pensando en darla? Pero ¿no me acabas de decir que...?

—Voy a darla igualmente. Solo evitaré hablar de lo que está haciendo el Sitio. Necesito salir a la luz pública. Cambiar algunas visiones del Oráculo. Hacerles saber que no soy un monstruo. Lo necesito, Hamza. Sé que podemos hacerlo de manera segura. Tú harás que lo sea.

Hamza dio una patada a una lata tirada en la acera, intentando decidir si valía la pena seguir presionando, imaginando a Will ante un reportero cualquiera, con una sensación de pánico

subiéndole por la espina dorsal.

«No. Déjalo estar por ahora. Quédate con una victoria a medias y espera a ver lo que deparará el mañana. O incluso esta noche». Al fin y al cabo, existía la posibilidad de que todo ese asunto del *Aberdeen* diera algún resultado. Quizá logran con ello desenredar la madeja, entender por fin lo que estaba haciendo el Sitio... Eso si conseguían dar con el jodido bar.

Will le señaló un edificio.

—Mira. Ahí está, MacAvoy's.

En mitad de la calle había un grupo de tipos vestidos con el mismo chaquetón oscuro fumando a la entrada de un bar, delante de dos enormes ventanas en voladizo que se proyectaban ligeramente sobre la acera. Encima de la puerta, agitado por el viento, pendía un cartel de madera con una jarra de cerveza tallada en él y el nombre del bar.

Todos los fumadores llevaban una gorra pequeña y blanca. Al aproximarse, Will y Hamza advirtieron una franja oscura alrededor de la gorra y vieron que los chaquetones eran los típicos de la Armada.

—¿Ves? —dijo Will—. A mí me parecen marineros, claramente.

—Eh, nunca se me ocurriría dudar del Oráculo —dijo Hamza—. Solo cuestioné que estuvieras tan seguro de dónde estaría el bar con esos marineros.

Se detuvieron en la acera opuesta, justo frente al MacAvoy's. Risas estridentes provenían del grupo de marineros.

—¿Estás seguro de que es lo que buscamos? —preguntó Hamza.

—Solo hay una forma de averiguarlo —respondió Will.

Hamza lo vio cruzar la calle y acercarse al grupo. Les dijo algo —Hamza no llegó a descifrar el qué— y los marineros, como un solo cuerpo, se volvieron hacia él.

Pese a su aspecto afable, transmitían una sensación inquietante, como si estuvieran ahí fuera tan solo matando el tiempo, a la espera de que su velada empezara de verdad para ponerse a soltar tacos, romper botellas y aplastar cabezas.

La conversación pareció llegar a su fin y Will cruzó la calle de vuelta hacia donde estaba Hamza.

—¿Te ha dado la impresión de que estaban a punto de patearte el culo ahí enfrente? —le preguntó nada más llegar a su altura—. Porque, desde aquí, yo sí la he tenido.

—Deben de ser solo esos de ahí. Fumadores, ya se sabe. Seguro que los de dentro serán más amables —dijo Will.

—Eso no tiene el menor sentido —dijo Hamza—. ¿Forman parte de la tripulación del buque correcto al menos?

—Sí, claro —dijo Will—. El *HMS Aberdeen*. No me han dicho nada más y no he querido insistir.

—Joder, tío —dijo Hamza—. Seguro que acabamos los dos sangrando por la nariz.

—Tenemos que intentarlo. Es la primera vez que vemos que una reacción en cadena incide en Nueva York, desde que comenzamos a trabajar en el plan del Sitio. Es una oportunidad única de tomarle la delantera, aunque sea por una vez. Puede que nunca más tengamos otra igual.

Hamza observó nervioso el bar al otro lado de la calle, sintiendo un nudo en el estómago, compensado por el hecho de saber que Will tenía razón.

El MacAvoy's era un enclave de paneles oscuros, con todas las paredes —exceptuando unos

pocos centímetros cuadrados— cubiertas de fotografías y artículos de periódicos enmarcados, alusivos a varios momentos en los ciento cincuenta años de historia del bar. El espacio era estrecho en la entrada debido a la barra, pero se ensanchaba en la parte de atrás y se abría allí para acoger unas cuantas sillas y mesas bastante toscas. Ambos espacios estaban casi repletos, de pared a pared, de hombres con el uniforme azul oscuro y mujeres a las que prestaban muchísima atención, y muchas jarras de cerveza.

Will y Hamza se abrieron paso entre la multitud hasta alcanzar un espacio libre al fondo, en una esquina.

—De acuerdo. ¿Cuál es el plan? —quiso saber Hamza.

—Bueno, sabemos que el *Aberdeen* no tenía programado atracar en Nueva York durante meses —empezó a explicarse Will—. Se suponía que participaría en las maniobras de guerra de la OTAN en el mar del Norte, según leímos. Pero ahora no está allí, sino aquí, y sabemos que eso es por la reacción en cadena que genera el Sitio. La conexión es clara.

—Lo de «clara» es relativo, tratándose de todo este asunto del Sitio —dijo Hamza—. Pero por el bien de la argumentación, lo doy por bueno.

—Por tanto, una de dos —prosiguió Will—: o bien el Sitio quiere que el *Aberdeen* esté aquí, o bien el Sitio no lo quería allí donde estaba destinado una vez concluidas las maniobras. Lo que necesitamos saber de verdad, ahora mismo, es qué misión tiene el barco. Hasta que no hayamos averiguado eso no sabremos qué está tratando de lograr el Sitio.

Hamza escudriñó el local.

—Ahora bien... incluso en caso de que lo sepamos, ¿qué haremos después? ¿Detenerlo? Odio decir esto, pero esa opción no funcionó demasiado bien en el Lucky Comer.

Will frunció el ceño.

—No es lo mismo. Aquí no estamos intentando detener una predicción, sino manejar una reacción en cadena.

—¿Y tú crees que hay alguna diferencia?

Will se encogió ligeramente de hombros.

—¿Tienes una idea mejor?

—Está bien —dijo Hamza—. Adelante. Pero yo me quedaré aquí detrás. Te cubriré las espaldas si es preciso, aunque de verdad espero que no sea necesario.

—Gracias, colega —dijo Will, y echó un vistazo al bar—. Esto hubiera sido mucho más fácil si hubiésemos traído a Miko con nosotros. Ella lograría, seguro, que estos tíos le dieran hasta su número de la Seguridad Social.

Hamza alzó una ceja.

—O su equivalente británico —agregó Will.

—Puede ser —dijo Hamza—. Pero mi política es la de no enviar nunca a mi esposa a flirtear con marineros borrachos. De hecho, ¿qué te hace pensar que hablarán contigo? La última vez que pude comprobarlo eras un tío, ¿no?

—Tengo un plan, o algo así —dijo Will—. En todo caso, una buena frase para entrarles.

Hamza lo vio dirigirse a una mesa donde había una silla vacía. Los tipos que estaban sentados charlaban discretamente —al menos en comparación con el resto de la concurrencia—, disfrutando de su bebida sin hacer demasiados aspavientos.

—Qué hay, colegas —les saludó Will. La mesa quedó en absoluto silencio—. ¿Os puedo

invitar a una ronda?

Los marineros lo miraron. Finalmente, uno de ellos habló:

—Para ser honesto, colega, no eres mi tipo. Bueno, y para la mayoría de los de aquí — continuó, y enseguida palmoteo a uno de sus colegas de la mesa—. Pero quizá a Freddy le gustaría echarte un segundo vistazo.

Freddy bebió con parsimonia un sorbo largo de su cerveza y miró a Will de arriba abajo.

—No —dijo—. Prefiero a los pelirrojos.

La mesa entera prorrumpió en gestos de camaradería y Hamza vio desde su rincón, con alivio, que Will se sentaba y llamaba a una de las camareras.

Hamza buscó a su alrededor el baño de hombres. Un cartel detrás de la barra lo indicaba, y se abrió paso a través del gentío para hacer cola delante del baño. Cuando por fin llegó, tenía el aspecto esperable de un meadero usado por un buen número de marineros.

No se demoró mucho y se lavó las manos bajo el grifo. Lo único que había para secárselas era un trozo de tela circular incrustado en una caja de metal para mantenerlo desinfectado, o eso se suponía. No hubiera confiado en algo así ni en las mejores circunstancias y, desde luego, no en el MacAvoy's cuando el *Aberdeen* estaba de visita en la ciudad.

Se secó las manos en los pantalones y cuando tenía una puesta en el pomo de la puerta, escuchó un griterío que sobresalía por encima del ruido de fondo. Abrió la puerta del baño con lentitud, casi seguro de lo que estaba a punto de presenciar.

Se abrió paso entre varios grupos que esperaban fuera del baño y llegó hasta un pequeño círculo despejado alrededor de la mesa que Will había escogido. Todo el mundo allí, incluido el propio Will, estaba ahora de pie y uno de los marineros lo tenía cogido por la camisa con una de sus manos, mientras que con la otra sostenía en alto una botella vacía sujeta por el cuello.

—¿A qué cojones estás jugando? —gritó el tipo, con el rostro enrojecido y los escupitajos acertando visiblemente en el rostro de Will.

—A nada, colega, escucha —intentó decir.

—No soy tu jodido colega, yanqui de mierda. ¿Quién te ha dicho que la misión de mi barco es asunto tuyo y que puedes preguntarme por ella?

—Era solo por curiosidad —dijo Will.

—Solo por curiosidad, dice ahora —insistió el marinero—. ¿Y sabes lo que la curiosidad le hizo al jodido gato o no?

«Estupendo», pensó Hamza.

A empujones, avanzó unas cuantas filas hasta llegar a la mesa y allí se puso delante del marinero que agarraba a Will.

—Eh, tú —le dijo—. Eso no es necesario. Vamos a calmarnos todos. Dejadme que os invite a unas rondas. Joder, mejor una a todo el bar.

Hubo ovaciones aisladas, pero al marinero que sostenía a Will no le pareció razonable y volvió lentamente la cabeza, mirando a Hamza con unos ojos desorbitados.

—Así que ahora tenemos aquí al amigo, esta mierdecilla paquistaní —dijo en dirección a sus compañeros de mesa.

Hamza sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

—¿Cómo acabas de llamarme?

—Mierdecilla paquistaní, ya lo has oído. ¿Por qué no vas y me traes un kebab, muchacho?

Tengo algo pendiente con tu amigo.

Hamza retrocedió un paso.

—Escucha, racista hijo de perra. Suelta a mi amigo ya o te arrancaré las pelotas de cuajo y después te encastraré contra esa pared de ahí.

—Ooh —exclamó el marinero—. ¿Y se supone que debo creer todo eso? ¿Que una mierdecilla como tú me va a impedir hacer lo que me salga de los cojones?

Hamza apretó las mandíbulas.

—No importa lo que creas, lo haré igualmente. Tienes tres segundos. Uno.

El marinero sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectamente alineados, lo cual sorprendió a Hamza.

—Dos —dijo.

El marinero rompió la botella contra la mesa, quedándose con un trozo dentado y de aspecto terrorífico en la mano.

—Tres —concluyó el propio marinero, y su sonrisa se volvió más ancha.

24

«Que se suba alguien más —pensó Leigh Shore—. Por favor». Cuatro plantas separaban la red de cubículos en que se arracimaban los redactores, los encargados de diseño y diferentes empleados de menor categoría del otro piso donde estaban las oficinas de los ejecutivos. Cuatro posibilidades distintas para que el ascensor se detuviera, las puertas se abrieran, alguien subiera y las puertas se cerraran de nuevo. Un lapso de cinco o seis segundos cada vez. Incluso una parada hubiese bastado, pero no: el ascensor subió con suavidad, llevándola más cerca del despido cada segundo que pasaba.

Deseó haber tenido el valor de irse antes de que la echaran, de haber renunciado manteniendo la dignidad. Nunca hasta entonces la habían despedido.

Cinco minutos antes, Leigh había estado en el salón de actos con el resto del personal, viendo la cobertura de la ofensiva militar norteamericana que se estaba llevando a cabo para liberar Níger de la garra insidiosa del profeta Idriss Yusuf. De hecho, se suponía que eso ya había ocurrido —el presidente anunció que el profeta había sido eliminado por un dron pocas semanas antes, en un bombardeo de precisión—, pero nadie se lo había anunciado aún a los soldados del profeta, que seguían combatiendo y hasta redoblando sus esfuerzos y habían tomado el control de un sitio que ella misma no sabía siquiera que existiese, hasta que las noticias comenzaron a hablar de él: Niamey, la capital del país.

Las fuerzas estadounidenses habían ampliado su campaña de bombardeos, pero un despliegue aéreo tenía un alcance limitado. Las fuerzas del profeta se habían mezclado con la población local, obligándolos a permanecer en las ciudades y aldeas para que les sirvieran de escudos humanos, y cada vez era más evidente que, o bien sería preciso enviar tropas para liberar la capital, o bien Estados Unidos tendría que minimizar sus pérdidas, declarar unilateralmente la victoria y dejar que el pueblo de Níger decidiera su futuro por sí mismo.

Viendo el material grabado, Leigh se sintió horrorizada al darse cuenta de que estaba hastiada de esa imagen conocida de los aviones de combate estadounidenses pulverizando las infraestructuras de un país en el desierto hasta reducir las a ceniza.

Entonces había aparecido por allí el asistente de Reimer para acompañarla fuera del salón de actos y decirle que debía subir de inmediato al despacho de Johannes. Ninguno de sus colegas —ni siquiera Eddie— la miró a los ojos cuando se levantó de la silla para subir. Al fin estaba despedida, se lo había ganado a pulso al presionar tanto. Era la única razón posible y, siendo

honesto, se habría mentido si hubiese dicho que no se lo esperaba.

Reimer se había subido por las paredes cuando ella misma canceló por su cuenta y riesgo la entrevista programada con el chef para ir a filmar los disturbios relacionados con el Oráculo. Eso había provocado que una cámara carísima resultara dañada, la empresa había tenido que cubrir los gastos médicos de Eddie y, aunque habían logrado recuperar lo que el cámara había grabado, nada de ello era singularmente llamativo desde el punto de vista informativo... Para *Urbanity*, en definitiva, era una pesadilla de tiempo perdido y recursos malgastados.

Leigh no se había saltado las reglas desde entonces, quizá porque Reimer la controlaba de cerca. El tiempo se le había terminado.

Las puertas del ascensor se abrieron y Leigh salió de él y empezó a caminar por la planta ejecutiva hasta el despacho de Reimer.

La puerta estaba abierta, pero Leigh golpeó de todas formas. Su jefe alzó la vista.

—Señorita Shore —dijo—. Pase usted y cierre la puerta, por favor.

Leigh obedeció y permaneció de pie frente al escritorio. Él le hizo un gesto para que se sentara y ella, al hacerlo, reparó en que se había aflojado el nudo de la corbata y abierto el botón superior de la camisa. Para Johannes Reimer, eso era como salir a correr por Central Park con un tanga de brillantes.

En ese momento jugueteaba nerviosamente con una hoja de papel sobre la mesa, quizá un correo electrónico recién impreso.

Leigh pensó frenéticamente en cada nota informativa enviada con su ordenador desde que comenzara a trabajar en *Urbanity.com*, intentando recordar si habría enviado alguna vez algo inapropiado; el resultado fue un aluvión de correos cruzando a toda prisa por su cerebro y que hubiera preferido morir antes que ver en el escritorio de su jefe.

—Señorita Shore —comenzó Reimer sin mirarla, y se detuvo. Cogió un lápiz de su escritorio y lo golpeó contra aquella hoja un par de veces—. ¿Podría leer esto y decirme lo que significa para usted?

Usó la punta de goma del extremo superior del lápiz para empujar la hoja hacia Leigh, haciéndola girar para que ella pudiera leerla. Ella la cogió, no sin reticencia. Era, en efecto, un correo electrónico, pero no escrito por ella:

SU PROPUESTA ESTÁ ACEPTADA. EL ORÁCULO SE ENCONTRARÁ CON UN PERIODISTA DE *URBANITY.COM*. HAY, SIN EMBARGO, UNA CONDICIÓN. QUEREMOS QUE LA PERSONA QUE HAGA LA ENTREVISTA SEA LEIGH SHORE. SI ESTO SE ACEPTA, LE ENVIAREMOS INSTRUCCIONES DE CÓMO PLANTEAR LA ENTREVISTA Y DE CÓMO DEPOSITAR LA TARIFA, NO SUJETA A DEVOLUCIÓN, QUE LE REMITIREMOS OPORTUNAMENTE. RESPONDA EN 24 HORAS.

Su corazón comenzó a latir con más fuerza. Leyó el correo otras tres veces.

—Yo... no entiendo —balbuceó.

—¿No sabe por qué se la menciona a usted de manera explícita?

—No, no lo entiendo. Honestamente. ¿Qué está pasando?

Reimer emitió un sonoro suspiro.

—¿Conoce usted la dirección de correo electrónico del Sitio? ¿Esa que se emplea para formularle preguntas?

Leigh asintió en silencio.

—Yo diría que todo el mundo la conoce, señor Reimer —respondió.

—Yo le envié una pregunta.

En el único rincón de la mente de Leigh que no se estaba preguntando qué diablos podía significar ese correo recibido, pensaba en qué podía Johannes Reimer querer averiguar de su propio futuro y, más importante aún, si de verdad estaba dispuesto a compartir eso con ella. Andar husmeando en las preguntas que otra gente le hacía al Oráculo se había convertido en una especie de tabú dentro de la sociedad educada, parecido a hablar de dinero o de política. Algo que tal vez se les contaba a los mejores amigos, pero que no iba más allá.

—Le pregunté si querría darnos una entrevista para el sitio.

El corazón de Leigh, ya de por sí acelerado, aumentó el ritmo un poco más.

Reimer frunció decididamente el ceño.

—Nunca pensé que respondería... considerando, según tengo entendido, que no responde a nadie, ¿no es así? Es lo que hemos oído. Así que pedirle una entrevista... era una especie de broma. O eso imaginé. Solo una forma de estar conectado a lo que ocurre.

Leigh jamás había visto a Reimer con una expresión ni remotamente parecida a la que ahora lucía su rostro. Se le veía perdido. Incluso asustado.

—Ayer por la tarde recibí el correo del Oráculo —dijo—. He pasado la noche en vela pensando en qué diablos iba a hacer, no podía dormir.

—¿Qué? ¿Y por qué? —farfulló Leigh—. Imagino que le diría que sí. Esto debe de ser lo mejor que le ha ocurrido nunca a esta página web. Y a mí, no le voy a engañar. ¿Por qué motivo dejaría pasar esa oportunidad?

—Porque ofrecí pagar por la entrevista diez millones de dólares —dijo Reimer.

Leigh puso los ojos como platos.

—Es el presupuesto de la empresa para funcionar durante los próximos cuatro años, señorita Shore. Escogí la cifra de diez millones pensando en que sería la mitad de lo que otras publicaciones estaban ofreciéndole. Nunca pensé que aceptaría. Era una apuesta sin riesgos, algo para sentir únicamente que estaba participando en el juego.

Reimer se pasó la mano por la frente.

—Y entonces me pidió ver mis cartas, adivinó el farol.

—¿Y eso qué mierda importa? —dijo Leigh—. ¡No importa lo que cueste! No hay nada más importante que esto, esto es lo... lo más grande ahora mismo.

La expresión de sorpresa que cruzó el rostro de Reimer en un primer momento dio paso enseguida a una de enfado. A Leigh no le importaba. El Oráculo la quería a ella, no podía dejar que eso se le escapara de las manos.

—Escuche, el asunto me tienta —dijo Reimer, pugnando por recuperar el control—. El Oráculo es, ahora mismo, el individuo más famoso del planeta. Una entrevista con él equivaldría a

recuperar al instante el dinero pagado. Podemos filmarlo, comercializar la licencia, quizá hasta hacer un documental. El dinero no es el tema en realidad... El problema —continuó, y rescató el correo impreso de las manos de Leigh— es usted.

Leigh sintió cómo se le cerraban los párpados. Sabía que estaba enfadándose más de lo que probablemente debía, pero no pudo evitarlo. Y cuando abrió los labios para decir algo, Reimer alzó su mano para imponer silencio.

—Es usted una reportera novata que trabaja en una especie de columna de cotilleo y un sitio web de cuarta categoría —le dijo—. ¿Por qué tiene que ser usted y solo usted? No tiene sentido.

Reimer la miró directamente a los ojos.

—¿Conoce usted al Oráculo? —preguntó—. Personalmente, quiero decir. He pensado que quizá sea una especie de plan urdido entre ambos, pero eso no tiene mucho sentido. Ahora bien, si no es eso... entonces ¿qué? ¿Por qué quiere que sea usted, señorita Shore?

Leigh sonrió.

—Me pilla usted por sorpresa, señor Reimer. Tal vez quiera una reportera con algo de criterio. Tal vez leyó esa historia buenísima sobre él que subí a *Urbanity* el año pasado. Esa que usted quiso eliminar.

—¿En serio le parece que es el momento de traer eso a colación? —preguntó Reimer en un tono bajo pero que transmitía auténtico enfado.

—Pues sí. Se ha negado usted a reconocer mis capacidades desde que llegué aquí. He pagado el precio por ello aceptando un encargo de mierda tras otro, sin obtener el menor reconocimiento. Cada vez que he acudido a usted con una propuesta que podría elevar su estúpido sitio a algo que siquiera se aproxime a... ya sabe usted... a algo bueno, me ha devuelto a mi cubículo con un rapapolvo de propina. Y ahora... ahora tiene usted la oportunidad de su vida, Johannes, pero no puede aprovecharla sin incluirme a mí. Nada de esto va a ocurrir sin mí. Probablemente, usted lo vea como algo terrible y le enfurezca. —En este punto se cruzó de brazos y sonrió—. Yo, en cambio, diría incluso que me lo merezco.

Reimer se levantó de su silla y apoyó los puños en la mesa de su escritorio.

—Leigh, estoy intentando decidir si debo gastarme diez millones de pavos en esto. ¿De verdad piensa que puede ayudarla el hecho de recordarme que tiende usted a hacer lo que le place?

—No está usted decidiéndolo —dijo Leigh—. En realidad, ya lo ha decidido. Si no fuera así, jamás me habría llamado a su despacho y nunca me habría mostrado ese correo.

Reimer volvió a sentarse con pesadez y sacó un pañuelo blanco del bolsillo para enjugarse el sudor de la frente.

—¿Y qué viene ahora? —dijo—. ¿Las exigencias?

El rostro de Leigh se suavizó y su rabia se disipó lentamente.

—Por supuesto. Pero no será tan malo. Primero, quiero ser ascendida a corresponsal en jefe, algo que ya pensaba hacer de todas formas. Se vería extraño que enviara a una novata a entrevistar al Oráculo.

Reimer asintió.

—Delo por hecho.

—Incluyendo el aumento correspondiente, beneficios, todo el paquete.

—Ya he dicho que sí. ¿Qué más?

Leigh lo pensó un minuto. Solo tenía otra exigencia importante para ella, pero esta no era la

clase de oportunidad que uno deja escapar así como así, de modo que reconsideró las cosas, pensando en otras que exigir.

—Quiero tener mi propio despacho, nunca más un cubículo... Y una plaza de aparcamiento en el edificio.

Reimer asintió de nuevo, lentamente. Leigh casi podía ver los engranajes de su mente haciendo cálculos detrás de esa mirada.

«Supongo que tendré que comprarme un coche», pensó.

—Una cosa más, Johannes, y esta le va a gustar, es gratis. Esta historia, no importa qué recorrido tenga, es mía. No solo quiero hacer la entrevista, quiero ser la autora. Quiero ocuparme de la edición final y de todos los proyectos que surjan de ella.

—Imposible —dijo Reimer con sequedad—. No está preparada para eso.

—Usted no tiene idea de para qué estoy preparada, Johannes. Además, no tiene elección: el Oráculo me ha pedido a mí. Si quiere esa entrevista, esas son mis condiciones. Y las quiero por escrito.

Reimer quedó visiblemente descolocado. Enseguida abrió uno de los cajones y sacó una petaquita metálica. Al abrirla, un aroma a bayas de enebro flotó en el aire. Dio un trago. No le ofreció a Leigh, pero eso no la molestó en absoluto. Reimer aspiró el aire con una especie de estremecimiento y miró a su empleada con un mayor control de sí mismo, o eso parecía.

—De acuerdo. Todo me parece bien. Trato hecho.

La oleada de euforia que embargó a Leigh fue tan intensa que se sintió vacía por dentro, como una vela consumida. Y sintió que su rostro se distendía en una sonrisa amplia y algo descontrolada.

—Ya sé que está feliz, señorita Shore —dijo Reimer, quien parecía exhausto, como alguien que acabara de descubrir que no estaba del todo preparado para la vida que estaba llevando—. Usted gana, le doy mi enhorabuena. Pero le ruego que al menos piense en lo que ha ganado. Pienso que la mayoría de la gente preferiría mantenerse a miles de kilómetros de un tema semejante. Estoy muy seguro de eso.

Echó un vistazo a la petaca, y luego a Leigh.

—Estuve a un paso de borrar el correo del Oráculo, al instante de recibirlo. Porque ¿cuánto sabemos realmente de él o ella? Nada en absoluto, salvo que parece tener la capacidad de hacer cosas mágicas y que no desea que nadie sepa quién es. ¿No la... asusta un poco eso? A mí, sí.

Reimer se levantó de nuevo de la silla y le tendió la mano.

—De haber sabido que iba a respondernos, nunca habría hecho la pregunta —dijo.

Leigh se la estrechó.

—Demasiado tarde, ¿no? —dijo.

En ese momento se fue la luz.

Leigh le soltó la mano y miró al techo confundida. La oscuridad era... total, lo cual no dejaba de ser inquietante. En Nueva York nunca se estaba del todo a oscuras. Siempre había una ventana de alguien encendida, un anuncio de neón, un restaurante que atendía hasta tarde y proyectaba su luz dentro del horizonte visible. Pero ahora... nada. Tras soltarle la mano, Leigh caminó con cautela a través del despacho hacia el ventanal enorme situado detrás del escritorio. Reimer se había dado la vuelta para mirar la ciudad; ella se situó a su lado.

Leigh tardó unos minutos en entender lo que estaba viendo.

No había luz en ninguna de las ventanas del edificio de enfrente. Leigh barrió con la mirada la Tercera Avenida. Aparte de las luces de los coches allí abajo, no había indicios de que hubiera suministro eléctrico por ninguna parte.

En algún punto del Downtown comenzó a ulular una sirena.

25

El MacAvoy's quedó a oscuras. Los sonidos de confusión inundaron el local, acompañados de unos cuantos abucheos burlones provocados por el alcohol.

—¿Y ahora qué? —dijo el marinero que tenía a Will aún agarrado de la camisa, aflojando levemente la presión.

Will aprovechó la oportunidad y se retorció hacia atrás hasta que sintió que se liberaba del agarre, momento en que asió a Hamza por la manga de su abrigo.

—¡Vámonos! —le gritó.

Se escabulleron hacia la salida del bar. Los haces de luz de los coches incidían a través de los grandes ventanales del local, a lo que se sumaban las luces de los encendedores y los móviles que los clientes sostenían por encima de sus cabezas, lardaron un tiempo en salir porque en la puerta del bar se apelotonaba mucha gente que pretendía hacer lo mismo.

Ya en el exterior, corrieron hasta la esquina, donde Will se paró a mirar atrás, pero no parecía que nadie los hubiera seguido. Aminoró el paso hasta que se detuvo jadeante, parecía que el corazón se le fuera a salir del pecho.

—Creo que estamos a salvo —dijo.

Hamza se apoyó contra el muro de un edificio para recobrar el aliento y levantó la mano para corroborar lo dicho por su amigo.

Will echó un vistazo a la avenida. La gente había salido apresurada de los bares y restaurantes de la zona y ahora miraban con ojos desorbitados hacia arriba, a la ciudad que los rodeaba y que estaba completamente a oscuras, con el vaho aflorando de sus bocas en ese frío mes de abril.

—¿Qué está pasando? —preguntó Hamza.

—Es un apagón —respondió Will.

—Eso ya lo sabía, solo me pregunto si será en toda la ciudad... ¿El Oráculo previó esto?

—No —dijo Will—. Me ha sorprendido tanto como a ti.

Hamza intentó utilizar su móvil.

—No hay señal —dijo—. Es raro. Los teléfonos siguieron funcionando cuando el huracán Sandy hizo que la temperatura descendiera a menos diez grados. Las torres son una red aislada de las restantes fuentes de suministro urbano.

—Quizá lo cambiaron a raíz de eso. ¿A quién intentas llamar? ¿A Miko?

—Claro. Seguro que está bien... Tenemos toneladas de velas, baterías y demás. Solo quería

avisarle de que también estoy bien.

Will miró al cielo y, por primera vez desde que tenía recuerdos, vio las estrellas titilando sobre la ciudad.

—¿Qué posibilidades hay de que los trenes estén funcionando?

—Ninguna —dijo Hamza.

—Vaya —dijo Will—. Seguro que había gente en el metro, dentro de los túneles, cuando se ha cortado el suministro eléctrico.

Hamza se estremeció.

En ese momento, un hombre con delantal se asomó por la puerta de un bar cercano y colgó por fuera un cartel escrito con tiza, para que lo vieran los transeúntes, advirtiendo que los surtidores de cerveza aún funcionaban, pero que solo se aceptaría efectivo hasta que volviera la luz.

Will indicó a Hamza el cartel con cara interrogativa.

—No, colega, yo solo quiero irme a casa —dijo Hamza.

Will estuvo de acuerdo.

—Sí, claro, probablemente sea lo mejor —dijo, y miró hacia el Uptown—. Supongo que tendremos que ir a pie.

—Supongo —dijo Hamza—. ¿Tenían esos estúpidos marineros que escoger justamente un bar en el quinto pino y en pleno Village? No encontraremos un taxi ni de casualidad por aquí, no esta noche. Hay unas cincuenta calles hasta mi casa. Y no creo que estemos a más de tres, cuatro grados aquí en la calle.

—Podría ser peor. Podrías vivir en la Noventa y cuatro.

—Ya, claro —convino Hamza—. Eso sí que sería una mierda.

Will le clavó la mirada.

—Estoy de guasa —dijo Hamza—. Vente a mi casa, puedes dormir en el plegatín.

—¿Seguro? ¿A Miko no le importará? —preguntó Will.

—No seas tonto —dijo Hamza.

—Bueno, vale —dijo Will—. Te haré caso, es una noche un poco rara para estar solo. Estoy seguro de que la luz volverá en menos de una hora, pero... ya sabes.

—Lo sé.

Se encaminaron hacia el norte, encogiéndose de hombros por el frío reinante. Al cabo de pocos minutos, Will habló:

—Gracias por intentar ayudarme en el bar. Yo diría que fue una verdadera estupidez, pero se agradece igual.

—Tú solo reza para que la vida no me ponga de nuevo en esa situación —dijo Hamza—. No me gusta verme obligado a hacerle daño a la gente.

—Ajá.

—¿De verdad conseguiste algo de esos tíos antes de que decidieran matarte? ¿Qué les dijiste para que se cabrearán tanto?

—Les pregunté si estaban en Nueva York de permiso y me dijeron que no, se suponía que debían transportar un montón de tropas de una base en Irlanda del Norte a algún lugar en Asia, uno de esos países terminados en «tan», creo. Era difícil entenderles, eran galeses. Pero entonces su barco se desvió de la ruta inicial y terminaron aquí.

—Ajá —dijo Hamza, reflexivo.

—Eso fue todo. Intenté que me explicaran qué iban a hacer las tropas allí, pero en ese momento se fue todo garete. Imagino que fui demasiado lejos.

—Me imagino.

—Entonces, lo que podemos deducir de eso es que, o bien el Sitio no quiere que esas tropas lleguen a ese lugar terminado en «tan», o bien las quiere allí, pero ¿por qué? No tengo la menor idea.

—Así que aquí estamos, con un frío que pela, después de descubrir esencialmente nada. Menuda noche, Will.

—Mmm.

—Y supongo que todavía quieres hacer esa entrevista.

—Supones bien. Pero me ceñiré a lo que te dije. No habrá una convocatoria abierta.

—Eso ya es un comienzo —dijo Hamza.

Caminaron fatigosamente por Lafayette Street unos minutos advirtiendo lo oscuras que estaban las calles a ambos lados, incluso con las luces del tráfico que circulaba a esas horas.

—¿Sabes? —dijo Hamza—, este paseo nos llevará a través de Union Square. Creo que no he estado allí desde los disturbios.

—Yo tampoco —dijo Will, y su voz se tensó.

—¿Te acuerdas de esa chica que te entrevistó ese día? ¿La guapa?

Will se detuvo y volvió a mirarlo, encontrándose con sus ojos.

—Sí, claro —dijo, y desvió la mirada.

—Lo imaginaba —dijo Hamza—. Después de ese día, la busqué. Leigh Shore. Ni siquiera sé por qué me diste su nombre. ¿No se te ocurrió que la buscaría? ¿Y por qué ella, Will?

—He leído sus artículos. De hecho, ya había escrito antes sobre el Oráculo y es muy buena. Pensé que quizá valiera la pena conceder la entrevista a alguien que pudiera utilizar de verdad la primicia —explicó—. O quizá fue porque no sentí que estuviera asustada. Tú lo viste, colega: a pesar de los disturbios, ella quería meterse allí de cabeza. Si voy a hacer esto, quiero hablar con alguien que no tenga miedo.

—Ajá. Sea lo que sea lo que estés pensando, solo recuerda que ella te ha visto antes, que ha hablado contigo. ¿No crees que podría sumar dos más dos? Ya sé que quieres hacer todo esto disfrazado, pero aun así es arriesgado. Solo me parece...

—¿Qué te parece? ¿Qué? —dijo Will alzando la voz.

—Me parece como si... estuvieras a punto de cruzar de nuevo otra avenida llena de coches —respondió Hamza sin perder la calma.

Will observó la ciudad a oscuras, las calles iluminadas solo por las luces de los coches, las sombras moviéndose a tientas en las aceras. Las sirenas provenientes de todos los lados.

—Puede que sea así —dijo.

Puso su mano en el hombro de Hamza.

—De modo que tendrás que asegurarte de que no me atropellen.

Dio media vuelta y caminó hacia el norte; Hamza le siguió segundos después.

Cincuenta calles y veintitrés tramos de escaleras más tarde, Will abrió la gruesa puerta de acero contraincendios que daba paso al apartamento de Hamza. Al subir, hizo una pausa para mirar hacia abajo por el hueco de la escalera, donde el haz de varias linternas cortaba la oscuridad oscilando en las sombras y fragmentos de conversación rebotaban entre los muros de

hormigón.

Ya en el rellano, Hamza extrajo sus llaves y las introdujo en la cerradura. La manija giró sobre sí misma antes de que llegara a tocarla y la puerta se abrió de golpe, arrebatándole la llave de la mano.

En el umbral estaba Miko, flanqueada por la luz de las velas que provenía del apartamento, vestida con su abrigo largo.

—Gracias a Dios —dijo, y estrechó a Hamza entre sus brazos.

—Eh, no pasa nada —dijo Hamza, acariciándole el pelo—. Es solo un apagón.

Will desvió la mirada. Parecía un momento íntimo entre marido y mujer.

Miko soltó a Hamza, emitió un breve sollozo y luego se rio de sí misma.

—En realidad, no lo es —dijo ella—. Hola, Will.

—Hola, Miko.

—Will va a quedarse aquí esta noche, si te parece bien —dijo Hamza.

—Por supuesto —dijo Miko—. Pasad los dos. La cocina es de gas, así que todavía funciona. He preparado café.

Entraron los dos en el apartamento; había una iluminación agradable gracias a veinte o treinta velas sostenidas en toda clase de apoyos: candelabros, vasos, frascos vacíos. Will y Hamza se desabotonaron los abrigos sin quitárselos. Dentro no hacía tanto frío como en la calle, pero la calefacción central no funcionaba sin electricidad, y el calor que habían acumulado subiendo los veinte pisos se estaba disipando rápidamente.

—¿Qué has querido decir con eso de que «en realidad, no lo es», Miko? —preguntó Hamza.

—¿Qué? —inquirió Miko girándose.

—En la puerta. Yo dije que era solo un apagón y tú contestaste que en realidad no lo era.

Miko ladeó la cabeza desconcertada.

—¿No lo has oído?

—¿Oído qué? Me he pasado la última hora caminando.

—Enciende la radio. Estaba escuchándola cuando habéis llegado.

Hamza giró el botón de encendido en una radio a pilas que había sobre la mesita de centro. De inmediato afloró de ella una emisora a través de una estática leve. Hamza fue a la cocina y volvió al instante con dos tazones de café, uno de ellos para Will.

Escucharon al locutor describiendo la amplitud del apagón.

Will miró a Miko.

—Esto es...

—Lo sé —dijo Miko—. No solo es aquí. Es un apagón en todo el mundo.

Silencio.

—¿Tú crees que lo ha hecho el Sitio? —preguntó Miko.

Will no respondió.

El locutor anunciaba con solemnidad que seguiría ofreciendo noticias de última hora a medida que las fuera recibiendo, mientras tuviera gasolina para el generador que abastecía la emisora. Enseguida procedió a describir desastres ocurridos en todo el mundo desde el mismo momento en que cayó el suministro y dejaron de funcionar los ordenadores.

—¡Mirad eso! —dijo Hamza. Estaba frente a la ventana enorme de su apartamento contemplando el East River y, más allá, entre las sombras de Brooklyn y Queens. Will y Miko se

volvieron para seguir la dirección de su mirada. Una llamarada se alzó en la oscuridad, extendiéndose hacia arriba en una columna de humo.

—¿Qué es eso? —preguntó Miko.

—Un camión cisterna, tal vez —aventuró Will—. De propano o algo parecido.

A medida que el resplandor inicial se reducía a un brillo atenuado, nuevas llamaradas parecieron sustituirlo, alzándose a través de la franja oscura que seguía al río.

Törökul

En la densidad de la noche, las luces de Uth irradiaban su reflejo sobre la quietud del mar de Aral, provocando una suerte de espejo que centelleaba inconstante en las aguas.

En una colina con vistas a la ciudad, alrededor de una fogata, seis hombres sentados con las piernas cruzadas compartían pinchos o shashliks, pasándose unos a otros pedazos de cordero asado al fuego, haciendo circular pellejos de kumi, los primeros de la estación primavera, cuando las yeguas tenían abundante leche para los potros.

Un conjunto de luces brillaba allí en Uth, en un punto más elevado que el resto. Era una cruz bizantina en el mismo centro de la cúpula que coronaba lo que en otro tiempo fue una mezquita, edificada cinco siglos antes. Durante más de dos décadas había estado allí la cruz. Una ofensa que desde entonces centelleaba en toda la llanura.

Uno de los individuos, y el líder del grupo, se volvió a mirar la ciudad y la mezquita profanada, y luego otra vez a sus hombres, pero no dijo nada. No había, de hecho, nada que decir.

Otro arrojó el pincho de carne al suelo, observando con expresión adusta a su jefe. El líder le sostuvo la mirada un momento y después se estiró a recoger del suelo la brocheta, le quitó buena parte de la tierra adherida y le dio un mordisco, luego bebió un trago largo de su pellejo para digerir el bocado.

El líder se quedó pensativo, considerando el poder que ahora tenía en sus manos: los hombres que podía sumar a su causa con solo una palabra y, más

importante aún, con la Espada de Dios escondida en su quebrada. Considerando lo que implicaba reunir a su ejército, y lo que implicaría si perdía. El momento oportuno. Como en tantas otras cosas, todo dependía del momento oportuno.

Sin aviso previo, la cruz sobre la mezquita de Uth parpadeó y se apagó junto a las demás luces de la ciudad. De no ser por las fogatas que aún ardían aquí y allá, entre los edificios, no hubiera sido descabellado pensar que la ciudad había sido borrada de la faz de la Tierra.

El jefe y su banda se pusieron en pie. Los apagones no eran algo inusual en Uth, pero solo una parte de la ciudad era la que se oscurecía cada vez. Esto de ahora sugería un fallo más duradero. Y quizá una oportunidad.

La ciudad reflejada a orillas del mar había desaparecido, tragada por el agua ahora negra.

El jefe observó un instante la ciudad a oscuras, luego alzó la vista al cielo y lanzó un grito de guerra dirigido a los astros.

26

A Staffman le dolían las manos, un dolor intenso de los tendones que le llegaba hasta el antebrazo. Lo único que ahora quería era dejar de teclear, hundir las manos en agua tibia y tragarse media caja de ibuprofeno, pero cada vez que apartaba los dedos del teclado, su red larvada cerraba otra porción de la parrilla de energía global. Cada fallo implicaba un número proporcional de ordenadores menos para entrar en los sistemas del Oráculo, y un tiempo equivalente en el que aún debería mantener en movimiento los dedos para contener el virus.

Echó un vistazo a su derecha, a la pantalla que mostraba la barra de estado. Noventa por ciento y subiendo.

Había tardado cerca de cuatro horas en hincarle el diente a la seguridad del Oráculo. Pese a sus esfuerzos, más de la mitad del mapa del globo terráqueo en su monitor estaba negro, con el resto teñido de un rojo intenso, tan sombrío como las brasas de un fuego que casi se hubiera extinguido. Toda la costa Este de Estados Unidos se veía oscura, al igual que Sudamérica, Australia y partes de África. Había conseguido para sí buena parte de Asia, Estados Unidos y Europa, con sus grandes concentraciones de energía computacional. Perder África era frustrante pero manejable: solo en San Francisco había más procesadores que en todo el continente.

El Coach estaba sentado a su izquierda. Ninguno había hablado mucho en los últimos minutos. Durante las primeras horas de observar a Staffman trabajando, ella le había ofrecido la ayuda que podía brindar, como llevarle un vaso de agua (aunque en los diez segundos que había tardado en bebérsela se habían apagado los indicadores en Brasil) o recordarle la gran libertad de que iba a disfrutar con el dinero que obtendría por dar con el nombre del Oráculo. Al cabo de un rato se limitó a permanecer allí sentada y observar la batalla en curso.

Nuevos efectos generados por la liberación del virus asaltaban la mente del doctor, no importaba lo mucho que intentara concentrarse en su labor.

Proyectos de investigación en la fase de los cálculos cruciales y que deberían ser reiniciados desde el momento del borrado, con un coste en tiempo y dinero que solo Dios sabía.

Por esos días, casi todas las intervenciones quirúrgicas se realizaban con apoyo informático; así, a menos que los médicos fuesen extraordinariamente buenos, mucha gente habría muerto en la mesa de operaciones cuando los ordenadores del hospital fueran reorientados para contribuir al bot creado por Staffman.

Los gobiernos debían de haber perdido buena parte de su facultad para controlar el poder, así

como la capacidad para comunicarse con sus respectivas fuerzas armadas. Algunos habrían asumido incluso que estaban siendo atacados y habrían respondido en consecuencia.

Y así sucesivamente, cientos de factores imaginables. Su cerebro brillante pero insurrecto no paraba de hacer cálculos de a cuánta gente habría asesinado con solo apretar una tecla.

—Está hecho —dijo el Coach.

La barra de estado en el monitor de la derecha había llegado al cien por cien y luego había desaparecido de la pantalla, sustituida por un menú de comandos donde el cursor parpadeaba.

—Gracias a Dios —dijo Staffman, y su voz se quebró.

Tecléo tan rápido como sus manos casi tullidas se lo permitieron, ordenando a la red larvada que liberara los procesadores de todo el mundo para devolverlos a sus redes de origen. En el monitor del centro comenzaron a aparecer destellos amarillos y verdes; al principio apenas eran unos agujeritos en el mar de rojo, pero después se expandieron a toda prisa a medida que las instrucciones de Staffman al sistema cumplían su cometido.

Por fin apartó cautelosamente las manos del teclado y las flexionó con suma delicadeza, lo que hizo que el dolor agudo y persistente de antes evolucionara a una agonía más o menos decente. Emitió un gruñido.

—¿Ha funcionado? —preguntó el Coach.

—Un segundo, por favor —respondió Staffman con una voz apenas audible.

Estaba tan exhausto que tuvo que pensar unos segundos para recordar cuál era el objetivo de todo el procedimiento.

Miró el monitor a su derecha, con el cursor parpadeante y seductor, prometiendo revelar los secretos del Oráculo si tan solo conseguía tolerar el dolor de sus manos un poco más. Aspiró hondo y colocó de nuevo sus dedos en el teclado.

—Sí, ha funcionado —dijo—. Estoy dentro. Solo déjeme ver qué es lo que hemos encontrado.

Escribió algo, mucho más lentamente que antes porque sus dedos estaban más agarrotados después de hacer el descanso.

—Ajá —dijo.

—¿Ajá? —repitió el Coach con un claro matiz de impaciencia en la voz.

Staffman apartó la vista de la pantalla.

—Hay... bueno, aquí no hay nada, Coach —anunció con voz calmada.

El Coach se llevó la mano —parecida a la garra de un pájaro, llena de manchas marronáceas — a la cara e introdujo el pulgar y el índice por debajo de sus gafas, restregándose los párpados cerrados. A los pocos segundos, apartó la mano y dejó que las gafas volvieran a su sitio sobre el puente de la nariz.

—Explíquese —dijo en un tono duro como el acero, dejando de lado toda pretensión de que fueran algo más que jefe y subordinado.

Staffman tragó saliva.

—He penetrado la barrera de seguridad del Oráculo. Cada correo electrónico que ha recibido desde el Sitio debería estar almacenado aquí... y yo di por sentado que habría otras cosas. Archivos quizá. Datos. Alguna clave. Algo así. Pero... aquí no hay nada. Es solo una carpeta vacía. Una carpeta pequeña incluso. Solo dieciséis megabytes, lo que es muy extraño. Es casi un...

Su voz se desvaneció.

—¿Staffman? —dijo el Coach—. ¿Ha encontrado algo?

—Tal vez —respondió él, y tecleó algo más, olvidándose del dolor de manos.

Luego se reclinó en la silla, con aire satisfecho.

Y apuntó a la pantalla.

—Tenemos que ir a New Jersey —dijo.

—Bendito sea el que lee y benditos los que escuchan esta profecía y velan por lo que aquí está escrito, porque el tiempo ha llegado —declamó el reverendo Hosiah Branson, sosteniendo con una mano la Biblia y extendiendo la otra hacia su rebaño de idólatras reunido ante él.

Tenía los ojos cerrados y su rostro mirando al cielo, los focos estaban desplegados a su alrededor con la astuta intención de formar una corona de luces blancas, visible desde cualquier punto en el que estuviera sentado el observador, incluso desde las butacas más baratas.

Jonas había presenciado esta escena un centenar de veces antes. Sabía el momento exacto en que Branson bajaría la cabeza y comenzaría a hablar de nuevo, demorando el gesto lo suficiente para que su audiencia se sumergiera en un estado de dicha anticipada, aunque no tanto como para sentirse desconcertada o que cobrara excesiva conciencia de sí misma.

Branson iniciaba la mayoría de sus sermones con este truco, que siempre parecía completamente natural, en absoluto forzado. Era solo un hombre en comunión con su propia espiritualidad, reuniendo fuerzas antes de brindar consuelo y guía a su rebaño. Sin embargo, al observarlo esta vez en el monitor de su propio escritorio en las profundidades del ministerio de Branson, el secretario vio qué era aquello realmente: una representación. Una actuación. Un fraude.

Branson no lo habría negado. Toda modalidad de fe era, para el buen reverendo, un fraude. Era lo que le había dicho, poco más o menos, en su santuario repleto de relicarios, y esperaba que Jonas simplemente lo aceptara y siguiera trabajando con la misma diligencia de siempre para consolidar el programa del culto en todo el mundo.

Lo había hecho así la mayor parte del tiempo. Pero ahora, cada vez que miraba las caras de la pobre gente que acudía a las audiencias del reverendo (ya no le era posible pensar en ellas como su congregación) y veía la creencia pura reflejada en sus rostros, la creencia pura y vacía, sentía el eco de la duda en su interior. Estaban todos tan seguros de que Dios existía y que Branson sería quien los condujera a Él...

Pero se equivocaban. Al menos en lo segundo, si bien no en lo primero. Y si ellos estaban equivocados, ¿cuántos más lo estarían? En todo el mundo, todos esos millones de devotos...

Jonas no era un ingenuo. Sabía que los charlatanes se habían aprovechado de esa búsqueda de la humanidad en pos de algo superior a sí misma durante miles y miles de años, pero siempre había dado por sentado que eran excepciones y no la norma. Y ahora... era como si las

revelaciones del propio Branson hubieran convertido el mundo en algo parecido al negativo de una foto y él ya no pudiera ver el camino de regreso a la luz.

En el monitor, Branson bajó la cabeza, abrió los ojos e inició su prédica:

—¡Bienvenidos al FIN DE LOS TIEMPOS, hermanos y hermanas! —exclamó—. ¡Al acto final de la gran obra en curso! ¡El Día del Juicio! El momento en que los pecadores sean arrojados a los lagos de fuego para arder eternamente y los peregrinos fieles vayan a unirse con Dios en los cielos, y todos los buenos cristianos conozcan por fin el puro gozo de Su presencia.

»Nuestra labor en todo ello es simple, amigos míos. Si somos capaces de evitar la perfidia y ayudamos a guiar a nuestros iguales en el camino a la virtud, lograremos ver ese gran espectáculo, el Día del Juicio, en los mejores asientos de todo el maldito anfiteatro. ¡El balcón celestial, en el sentido más puro! Pronto seremos llamados, en cuerpo y espíritu, cuando esa trompeta suene convocándonos al Éxtasis. ¡Y yo OS VERÉ A TODOS ALLÍ! ¡Ese único viaje lo haremos JUNTOS!

El público estalló en vítores y hosannas y aleluyas. Por supuesto que lo hizo. Branson les estaba recordando que todos ellos eran mejores que los demás.

Jonas se odió a sí mismo por pensar con tanto cinismo, pero ideas como esa lo asediaban de manera constante en los últimos tiempos.

Si Branson era un fraude, entonces él también lo era. Todo el mundo era un fraude.

«Casi todo el mundo», pensó.

Echó un vistazo a su móvil y tuvo la tentación de revisar su correo. El móvil estaba programado para sonar cuando había nuevos mensajes, por lo cual sabía que no habría nada nuevo desde la última vez que lo había revisado.

En vez de eso, se volvió hacia la pila de papeles amontonados en su escritorio: la correspondencia de los Detectives de Cristo, esa iniciativa que Branson había puesto en marcha hacía un tiempo en la que sus bases se esforzaban por rastrear la identidad del Oráculo. El proyecto había tenido un enorme éxito, al menos por la gran participación que había suscitado. Cada fiel del culto, desde Topeka hasta Tallahassee, estaba espionando ahora las ventanas de su vecino en busca del perverso Oráculo.

Y en un giro sorprendente de los acontecimientos, la inmensa mayoría de esos Detectives de Cristo había encontrado a su presa.

O estaban casi seguros de haberlo hecho y deseaban contarle al reverendo su hallazgo, pedirle orientación respecto a cómo afrontar el asunto. Cada nuevo día, una montaña de correspondencia llegaba a las oficinas del Culto Branson: correos electrónicos, cartas manuscritas, paquetes, llamadas telefónicas. A Jonas se le había encomendado la tarea de coordinar el esfuerzo para lidiar con ese aluvión.

Inicialmente, él mismo había asignado a un interno para que revisara el material que la congregación enviaba: los «titulares», como se los conocía. Ahora había tres de esos internos, cada uno volcado durante doce horas al día en analizar gramaticalmente esa paja infinita, en busca del más ínfimo grano de trigo.

La mayor parte se podía procesar fácilmente, como un correo electrónico de una mujer convencida de que la buena suerte de «esa tramposa asquerosa de Doris Hanson» durante la noche de bingo significaba sin duda alguna que la pobre señora Hanson era el Oráculo.

Pero algo de todo ese material no iba tan desencaminado, y Jonas tenía que revisar a su vez

esas comunicaciones para cerciorarse de que no hubiera en ellas alguna clave que condujera a la identidad del Oráculo. En principio los internos no pasaban a Jonas ese tipo de titulares a menos que fuera algo verdaderamente prometedor, pero ninguno de los tres quería que lo acusaran luego de haber dejado pasar algo importante, así que decidieron dejar en su escritorio bastante más material del que debían.

Por ese motivo era tan abultada la pila de papeles pendientes de procesar, y también por eso estaba viendo el sermón del reverendo en el monitor de su mesa de escritorio en lugar de encontrarse detrás del escenario viéndolo en directo.

En otra época, estar tan lejos de Hosiah Branson le hubiera molestado muchísimo. Ahora no, ya no era lo mismo. De hecho, cuanto más lejos se mantuviera de él, tanto mejor.

—Todos vosotros conocéis las señales —decía Branson en el monitor, alzando una mano con solemnidad en dirección a su audiencia—. El cometa Ajenjo haciendo su aparición en los cielos, el Anticristo emprendiendo su marcha terrible, cabizbaja y supurante, hacia Belén, y los mares de sangre, y todo lo demás. Pero os pido que reflexionéis un momento. Las palabras del Libro de las Revelaciones fueron dichas casi dos mil años atrás por el buen apóstol Juan, que estaba encarcelado en la isla de Patmos, esperando que su vida concluyera, cuando Dios le envió esta visión de cómo se desplomaría todo.

»A mí me parece que Dios le enseñó a san Juan cosas que él no llegó a entender. Pero, después de todo, esto ocurrió hace muchísimo tiempo. Juan hizo lo que pudo por explicar lo que vio y transmitirnos el mensaje divino, sin embargo... ¿qué pasaría si lo que ocurrió es que simplemente no disponía de las palabras para expresarlo? Ya sabéis lo que ha ocurrido hace cinco días. El mundo entero cayó en la oscuridad. El suministro eléctrico falló y, con él, nuestras máquinas. La muerte visitó todos los rincones de la Tierra. Decenas de miles de personas han muerto en los últimos días, en todos los países. De hecho, puedo sentir que algunos de vosotros en este mismo lugar, y aquellos que me veis desde vuestras casas, habéis perdido a alguien en esta crisis. Por todo ello, os ofrezco mi más honda simpatía y la garantía de que volveréis a ver a vuestros seres queridos... muy pronto.

Hizo una pausa e inclinó la cabeza, sacando del bolsillo de la camisa un pañuelo inmaculadamente blanco para pasárselo por la frente, perfectamente seca, y luego proseguir.

«¿Tal vez lo odio? —pensó Jonas—. Puede que sea eso». Después cogió la siguiente hoja de papel de la pila. «Querido reverendo», empezaba. Jonas suspiró y comenzó a indagar en las teorías de una tal Donny Winston, de Carolina del Norte. Donny decía que había que atar los tobillos del Oráculo a la trasera de su camioneta y arrastrarlo por las calles de un pueblo al siguiente, haciendo altos en el camino para que fuera apedreado por la bondadosa comunidad temerosa de Dios. «Como se hizo con san Pablo», concluía Donny, sin comprender del todo que la gente que dilapidaba a una persona por lo general no se la consideraba la parte heroica de la historia.

Trazó una gran cruz roja en la hoja con un bolígrafo que tenía a mano para estos casos y la dejó en una caja que contenía otros titulares descartados.

—No es solo la muerte lo que hoy nos preocupa —proseguía Branson—. Es también la guerra. Habéis oído hablar de las terribles batallas libradas en las llanuras de Asia Central, en Kandustán. Nuestros hermanos cristianos se han visto obligados a defenderse contra los musulmanes, que aprovecharon la oportunidad ofrecida por los días de oscuridad para invadirlos.

Y Filipinas, ese país temeroso de Dios, desgarrado por los disturbios callejeros y el miedo a que el ejército le arrebatase el poder al presidente. Y, por supuesto, el despliegue de nuestros propios soldados y fuerzas armadas en África y Oriente Medio. Podría enumerar otros muchos ejemplos, pero no estoy aquí para hablaros de esa clase de cosas. La única noticia que os voy a dar es la BUENA noticia, llegada directamente del Señor para vosotros. Y es una buena noticia, hermanos y hermanas, porque cuando oís hablar de muerte, y hablar de guerra, y cuando os enteráis de que el hambre y la plaga no pueden estar muy lejos, ¿a qué os suena eso?

Jonas reflexionó. Quizá Branson fuera un embustero, pero había algo que lo beneficiaba en esas circunstancias, y era que durante esos días el mundo parecía cubierto de negros nubarrones.

—Vaya —dijo el propio reverendo, subiendo la intensidad de su discurso—, ¡a mí me parece que son los CUATRO JINETES al galope! ¡No los jinetes que van a la carga con su polvareda, no la caballería, sino los del APOCALIPSIS! Es el FIN DE LOS TIEMPOS, queridos hijos de Dios, y me siento feliz de ser vuestro guía en estos tiempos de prueba.

La muchedumbre, hasta entonces en silencio, comenzó a bullir y se transformó en un caldero de alaridos de temor y súplicas a Jesucristo, gestos de devoción, exhortos y pactos ofrecidos al Señor.

—Oh, sí —exclamó Branson, elevando la voz por encima del estrépito—, ¡es justo eso! ¡Preparad vuestras almas para ajustar cuentas con Dios! ¡Hermanos y hermanas! —gritó a continuación—. ¡Calmaos! Estáis todos bañados por la luz del Señor. Estos días deberían ser de esperanza y previsión, no de miedo. Si algo sé es que la gente buena va al Cielo. Y vosotros, amigos míos —abrió sus brazos—, sois gente buena.

Luego los dejó caer y se puso serio.

—Pero hay algo más. Sabéis que la Biblia habla de un Anticristo, una bestia malévolas que acechará la Tierra en los días previos a la venida de Jesús... Pues yo os digo que ya está aquí. Hemos hablado de él antes y me avergüenza decir que yo mismo subestimé la amenaza que suponía para el bien.

Algunos saben ya de quién hablo. Gritadlo en voz alta, ¡justo aho...!

Jonas apagó el monitor. Cogió su móvil, lo abrió y revisó su correo.

Nada.

Miró la pantalla unos segundos y después lo dejó boca abajo en el escritorio para seguir con su trabajo.

Jonathan Staffman cogió la mochila donde guardaba su juego de herramientas: procesadores Raspberry Pi personalizados, diseñados para inocular virus maliciosos en un sinfín de sistemas electrónicos de seguridad, varios portátiles cargados con sus algoritmos preferidos para neutralizar claves y un conjunto de pinzas analógicas, solo por si acaso. Con todo ello, bajó de la parte trasera de la furgoneta, sobrecalentada y mal ventilada, y salió al aire frío de esa mañana de abril, aspirando con alivio la esencia —en comparación— refrescante de Bayonne, New Jersey.

Bañada por el sol matinal y en dirección norte estaba la estatua de la Libertad, y un poco más allá el majestuoso Lower Manhattan, que contrastaba con lo que había en las inmediaciones: un recinto de trasteros a orillas del río Hudson con varias hileras a izquierda y derecha de compartimentos de acero de varios tamaños, pintados todos de color naranja, con puertas de persiana azules. El complejo estaba desierto. Esa era la intención, y el motivo fundamental de que hubieran llegado allí tan temprano.

Entonces apareció a su lado el Coach acompañado de dos tipos enormes vestidos con traje negro, de oficio poco claro, que ella ni se molestó en presentar. Staffman pensó en lo raro que era que el Coach participara personalmente en una misión como esta. Los dos caballeros altos debían de ser su dispositivo de seguridad, una conclusión refrendada por su aspecto amenazador.

—¿Adónde? —preguntó ella.

Staffman les indicó un extremo del recinto y el grupo se dirigió a la Unidad 909.

—¿Era esto lo que esperaba encontrar? —preguntó el Coach, indicándole los trasteros a su alrededor.

—Honestamente, no —replicó Staffman a medida que avanzaban junto a la hilera delantera de compartimentos, con los zapatos chapoteando en el lodo—. Pensé que sería quizá una bodega, aunque esto también podría tener sentido. Algunas de estas unidades cuentan con conexión online y la empresa las alquila para todo tipo de actividades, no solo para almacenar: como espacios para oficinas bastante más baratos, por ejemplo, incluso para mantener equipos de impresión en 3D de pequeños objetos, y cosas así. Algunas cuentan con internet y energía propia. No es muy sofisticado, pero sí más económico, e intuyo que quien las alquila no suele hacer preguntas.

Después de girar un par de veces y de un breve paseo por aquel laberinto, llegaron a la Unidad 909, donde esperaba el tercer miembro del dispositivo de seguridad del Coach; sostenía en la mano el rastreador de red que habían usado para identificar la dirección IP del correo

electrónico del Oráculo.

De la puerta de persiana colgaban un candado enorme y una cadena.

—¿Hay algo? —preguntó el Coach a su hombre.

—Nada. Todo está silencioso ahí dentro. Y tampoco parece que hayan abierto la cerradura en mucho tiempo.

Ella dio un paso atrás, pensativa.

—Muy bien. El Oráculo no está ahí dentro, eso es evidente. Pero igualmente echaremos una ojeada, a ver lo que queda dentro.

Staffman suspiró aliviado. Los hombres del Coach iban armados —había advertido el arma bajo su abrigo—, pero no tenía la menor intención de estar cerca de un tiroteo, una batalla campal o lo que fuese que tuviera en mente el equipo de seguridad y para lo cual requería ir armado.

Se descolgó la mochila del hombro y comenzó a hurgar en ella buscando una herramienta.

—Yo puedo arreglármelas con esa cerradura —dijo mientras buscaba.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —dijo entonces otra voz, proveniente de un punto alejado de la hilera de trasteros.

Staffman se dio la vuelta y se quedó helado cuando vio a un individuo moreno y de baja estatura, vestido con tejanos y una chaqueta no muy gruesa. Debajo llevaba una camiseta de color naranja y azul con el logo visible de la empresa de trasteros.

Enseguida miró a un lado, a la espera de que el Coach ordenara a su equipo de seguridad que neutralizara al individuo de un disparo. De hecho, uno de los agentes ya tenía la mano dentro del abrigo.

Staffman abrió la boca, desesperado por decir algo que evitara otra muerte, otra más que vendría a sumarse a la cuenta ya demasiado abultada que tenía en su haber por culpa de los apagones. Notó la mano del Coach asiéndole fuerte su antebrazo. Al mirarla, vio que la abuela bondadosa acababa de reaparecer en su rostro, apoyándose en una sonrisa tranquilizadora y fraternal.

El miedo a una lucha —si se la podía calificar de ese modo— se desvaneció. Staffman se relajó, resignado a lo que fuera a ocurrir. El Coach ya lo había dicho cuando todo eso empezó: el doctor Jonathan Staffman no era ningún héroe.

El agente del Coach sacó algo del bolsillo interior de su abrigo; no era una pistola, sino una delgada cartera de cuero que abrió para enseñársela al guardia del recinto.

—FBI, caballero —dijo—. Estamos aquí como parte de una investigación en curso.

Le tendió la placa y el guardia la examinó brevemente antes de devolvérsela. Staffman se preguntó si el tipo sería de verdad agente del FBI. Conociendo al Coach, era perfectamente posible.

—Muy bien —dijo el guardia—. Pero tendrían que haberlo hablado antes conmigo. ¿En qué puedo ayudarlos?

El agente del FBI —falso o real— giró sobre sus talones y le indicó la Unidad 909.

—Necesitamos entrar ahí ahora mismo —dijo—. ¿Tiene usted la llave?

—Desde luego... Pero no pueden entrar sin una orden judicial. Estas cosas nos las tomamos muy en serio por aquí.

Staffman supuso que aquello a buen seguro se debía a que la empresa incluía entre sus operaciones en el complejo algunos asuntos ilegales, pero a él eso no le importaba lo más mínimo.

De hecho, sintió respeto por la integridad del hombre.

—¡Por supuesto que sí! —dijo el Coach, abriendo por primera vez la boca. Tenía el móvil en la mano y ya estaba tecleando un número—. ¿Tienen un número de fax por aquí?

El guardia recitó rápidamente diez números que el Coach memorizó nada más oírlos. Entonces se alejó unos pasos, habló un instante y en voz baja por el móvil y enseguida volvió al grupo.

—Debería recibir la orden dentro de unos cinco minutos —dijo.

Pero no tardó más de tres minutos. El guardia revisó los documentos, asintió, sacó la llave del candado y se la pasó, pidiéndoles únicamente que se la devolvieran cuando hubieran acabado.

El candado se abrió con facilidad y uno de los hombres del Coach levantó la persiana metálica del trastero. Los cuatro hombres y la mujer se arracimaron alrededor de la puerta corredera, ansiosos por descubrir qué era aquello que había estado tan oculto al amparo de fuertes medidas de seguridad y que había costado tantas vidas encontrar.

Papeles. Un sinfín de folios blancos impresos cubría todo el suelo. Estaban amontonados de forma caótica, con varios centímetros de espesor, y se alzaban hasta cubrir la parte de atrás del trastero hasta llegar a una altura de varios metros. Miles de hojas. Decenas de miles.

Staffman se agachó a recoger una de las hojas. En ella había texto bien impreso. Reconoció el formato habitual de un correo electrónico, con el remitente en la parte superior y la dirección electrónica del destinatario a continuación, la fecha y hora en que había sido enviado y a continuación el asunto, que en este caso eran solo dos palabras: «Por favor».

Siguió leyendo el contenido, advirtiendo con el rabillo del ojo que el Coach y sus agentes también habían recogido una cada uno.

¿PODRÍA USTED INDICARME QUIÉNES SERÁN LOS GANADORES DE LA PRÓXIMA SUPER BOWL, O DE CUALQUIER OTRO EVENTO DEPORTIVO? NO ES QUE SEA CODICIOSO, ME BASTA CON PODER MANTENER A MI FAMILIA. LOS ÚLTIMOS AÑOS HAN SIDO MUY DUROS Y...

Staffman obvió el resto, un relato previsible de mala suerte, enfermedades y congojas, y una súplica desesperada de simpatía que había terminado ignorada en un trastero de New Jersey.

Levantó la vista del papel y se dio cuenta de lo que realmente almacenaba el trastero.

—Son las preguntas —dijo—. Las preguntas formuladas al Sitio.

El Coach alzó la vista de su propia hoja y asintió.

—Deben de serlo —dijo—. Pero no pueden ser todas. Está claro que aquí hay muchísimas, pero debe de haber recibido millones. Miles de millones.

Staffman deambuló con dificultad, sorteando e incluso resbalando encima de los sueños de otras personas mientras se abría paso hasta una esquina. Antes de haber cubierto la mitad del camino, desató una reacción en cadena que hizo que el montón más alto de hojas que había en el rincón se desplomara, revelando lo que ya sabía: una impresora industrial pesada, de las que se utilizan en servicios de oficina y centros de impresión, pensada para funcionar sin descanso, el día entero, procesando grandes volúmenes de trabajo.

Al acercarse, Staffman vio una lucecita titilando en el panel de la máquina que indicaba que la bandeja de papel estaba vacía y el nivel de tinta era bajo; era una segunda unidad que había almacenado, al parecer, varios miles de hojas adicionales, diseñada para seguir trabajando en forma independiente durante días, incluso semanas, sin necesidad de ser reabastecida.

—¿Qué tenemos aquí delante? —preguntó el Coach a su espalda.

Staffman hizo una mueca de decepción. Todo el camino recorrido, todo lo que había hecho y debería cargar en su conciencia el resto de su vida... para llegar a esto, un callejón sin salida.

—Aquí es donde llegaban las preguntas que la gente enviaba al Sitio, a esta impresora, que debe de tener conexión a internet, y así quedaban impresas. La máquina seguía haciéndolo hasta que se quedaba sin papel.

—Eso lo entiendo, doctor Staffman. Lo que me gustaría saber es por qué hacía esto el Oráculo. Staffman se agachó a inspeccionar la impresora.

—No lo sé, Coach. Puede que la dirección de correo electrónico fuera alguna especie de truco. O... no lo sé. No tiene el menor sentido.

El Coach soltó un gruñido de evidente desaprobación y Staffman la oyó hablar bajito con sus hombres.

Se concentró, pensando detenidamente en el sistema, en entender por qué el Oráculo lo habría montado así.

Después se desplazó con la misma dificultad hasta situarse detrás de la impresora, apartando montones de preguntas para llegar hasta los puertos de entrada... Allí lo vio.

Estiró la mano y sacó de la parte trasera un lápiz de memoria introducido en una de las conexiones USB. Lo levantó en alto. Y sonrió.

Uno de los agentes del Coach volvió acompañado del guardia del recinto. Staffman salió del trastero sosteniendo con cuidado en la mano el dispositivo de memoria, acunándolo entre sus dedos como si fuera un huevo de petirrojo, apenas consciente de lo que el guardia le estaba explicando al Coach.

—Lo siento —logró oír que decía—, este inquilino pagó en efectivo y por adelantado un año entero. Solemos anotar los nombres y datos de contacto, pero le seré honesto..., no verificamos nada en caso de transacciones en efectivo. Lo hacemos solo si pagan con tarjeta de crédito. Puedo proporcionarles lo poco que tengo, pero yo no me haría demasiadas ilusiones de que les sirva de algo.

—¿Hay cámaras de seguridad? —preguntó el Coach.

—Solo conservamos las grabaciones durante dos semanas —respondió el guardia—. Y le puedo garantizar que nadie ha estado en esta unidad desde hace muchísimo tiempo.

—Bueno, eso no nos sirve de mucho —concluyó el Coach en tono sombrío—. De nada en absoluto.

Staffman se desconectó del resto de la conversación. Ahora estaba sentado en el suelo frío junto a la entrada del trastero, con uno de sus portátiles abierto encima de las piernas, indagando en el lápiz USB, que ni siquiera estaba encriptado.

«Probablemente no pudieron hacerlo —pensó—. Es una impresora demasiado sencilla para encriptar nada». El dispositivo contenía unas pocas líneas muy básicas como clave: macros y otras instrucciones que indicaban a la impresora cómo manejar el buffer de impresión, su memoria de corto plazo.

La máquina estaba configurada para recibir documentos vía correo electrónico. Normalmente, ese material era almacenado en un disco duro incorporado que permitía varias y múltiples opciones a quienes manejaban la impresora. Era posible acumular en lista de espera muchos documentos, y si se producía un error, recuperarlos para volverlos a imprimir. La clave incluida en el dispositivo de memoria instaba a la impresora a que obviara completamente el sistema. Todos los correos entrantes eran enviados directamente al buffer de la impresora, donde eran retenidos el tiempo suficiente para imprimirlos y luego eliminarlos.

Él mismo ya había supuesto algo así cuando entró por primera vez en la dirección de correo electrónico del Oráculo. Esperaba encontrar un sistema de almacenamiento gigantesco, capaz de guardar terabytes de datos y todos esos correos almacenados en una gran base. En cambio, se había topado con algo más bien reducido: por debajo de los cien megabytes. Eso quería decir, con toda probabilidad, que los correos se descargaban en algún otro sitio; sin embargo, el rastreo de la red los había conducido hasta allí. Por tanto, o bien los correos estaban siendo borrados, lo cual no tenía sentido, o bien estaban siendo derivados a un formato físico... Es decir, que los estaban imprimiendo.

Staffman no sabía por qué motivo el Oráculo había escogido hacer las cosas de ese modo; supuso que él mismo o su gente habían querido eliminar los correos impresos con regularidad, pero era evidente que ese plan había fallado de algún modo.

Nada de esto era muy útil ni lo ayudaría a localizar al Oráculo.

Levantó la vista del portátil y miró fijamente al Coach, que estaba dando instrucciones a sus hombres. La mujer hizo una pausa y se fijó en él. Su mirada era gélida como la de un tiburón y sostuvo la de Staffman por unos instantes, provocándole un escalofrío en la médula espinal. Enseguida se volvió para seguir charlando con su equipo.

Staffman sabía cómo actuaba el Coach. Si uno hacía lo que ella pedía, sería recompensado y viviría el resto de su vida con todas las comodidades. Si le fallaba, y eso en caso de que le permitiera seguir viviendo, usaría todas sus influencias, al parecer infinitas, para arruinarle la vida. Así, la siguiente vez que acudiera a alguien y le pidiera ayuda, estaría tan desesperado que haría cualquier cosa por ella, sin rechistar.

Staffman volvió a concentrarse en su ordenador y rastreó en la clave del dispositivo USB algo que pudiera servirle —cualquier pista por mínima que fuese—, pero no había nada. Eran solo dos líneas de programación increíblemente simples.

Pero no... Había algo más: unas pocas líneas como texto de cabecera, lo que muchos programadores insertan en sus claves como una especie de firma, igual que los correos pueden llevar una firma genérica al final del texto relevante. Staffman no la había detectado al principio; era tan habitual que lo había pasado por alto, empeñado en buscar lo sustancial del programa, las líneas que significaran algo de verdad.

Ahora examinó la firma con más detenimiento y vio que se trataba de una sola frase. Una frase ciertamente original:

POR NATURALEZA, LAS MUJERES NO SON
AJEDRECISTAS EXCEPCIONALES, PORQUE NO SON
GRANDES LUCHADORAS.

Staffman puso los ojos como platos.

Conocía esa cita, era de Gari Kaspárov. También recordaba a la mujer que había puesto esa frase en un cartelito encima de su escritorio, unos veinte años atrás, cuando ambos trabajaban en PARC. Además del cartelito, siempre la insertaba en sus códigos. Creía estar convencida de que así decía algo importante. Pues muy bien: buena o mala luchadora, acababa de perder la partida.

—Coach —dijo alzando la vista, extremadamente aliviado—, conozco a la mujer que está buscando. Puedo decirle todo acerca de ella... O bien es ella misma el Oráculo, o bien lo conoce.

—Estupendo —dijo el Coach sonriendo, de nuevo con la dulzura dibujada en su rostro—. Estoy segura de que podremos seguirle el rastro sin problemas. Buen trabajo, doctor Staffman.

Se volvió hacia sus hombres y les dedicó una mirada significativa.

—Parece que el equipo técnico ha concluido su labor. Ha llegado el turno del equipo de campo.

29

Cathy Jenkins eliminó las pequeñas pompas de jabón con olor a manzanilla de sus manos, se las sacudió en el lavabo para quitar el agua sobrante y cerró el grifo de color bronce.

Miró su imagen en el espejo y frunció el ceño, presionando su dedo índice contra una de sus mejillas. Estiró la piel bajo sus ojos buscando atenuar las arrugas. Se vio cansada. O quizá simplemente más vieja.

Luego se revolvió el cabello pensando en la comida. Becky ya estaba abajo en la cocina preparándola. Comerían en la terraza de atrás, observando a las gaviotas sumergirse en el mar en su vuelo picado de costumbre. Sonrió ante su imagen en el espejo; se veía vieja, pero de espíritu joven.

Nunca en sus más de veinte años de feliz matrimonio con Bill Jenkins, o en los anteriores veinticinco años, se habría podido imaginar que acabaría enamorándose de una viuda como ella en la cincuentena. Tampoco esperaba enamorarse de nuevo tras la muerte de Bill, pero la señora Shubman había resultado una pequeña y maravillosa sorpresa.

Abrió la puerta del baño y se detuvo en el rellano de las escaleras, mirando con ojo crítico el surco ligeramente gastado que había en el centro de la moqueta color beis justo cuando iba a bajar los escalones.

Estaba empezando a considerar la posibilidad de reformar el resto de la casa y arreglarlo todo, por qué no. Disponía de cinco millones de dólares. Podía permitírselo. Gracias, John Bianco. O Will Dando. O quien fuera.

Comenzó a bajar las escaleras.

—¿Está lista la comida, Becky? —llamó cuando iba a medio camino—. Pondré la mesa atrás, si no necesitas mi ayuda en la co...

Detuvo su pie en el aire, a un paso de pisar el siguiente escalón, y se aferró con firmeza a la barandilla.

Seis hombres, vestidos todos con pantalones color caqui y camisetas de manga corta en un tono pastel, la miraban desde abajo, esperándola. Cuatro de ellos llevaban armas largas de color negro —escopetas recortadas, dedujo— y el resto, pistolas con unos cilindros adosados al cañón, que reconoció como los silenciadores de las películas. Las escopetas la apuntaban directamente a ella y los tipos tenían una mirada de pocos amigos.

«Da la vuelta. Corre escaleras arriba. Enciérrate. Busca un teléfono».

«Da la vuelta. Corre escaleras arriba. Enciérrate. Busca un teléfono».

Cathy no se movió. Procesó lentamente otro fragmento de información que sus ojos intentaban brindarle desde que advirtió por primera vez esa violación flagrante en su salón.

Becky estaba en el sillón. Sentada a su lado, en una postura que podría haber sido incluso afable de no ser por los tipos armados en la habitación, había una mujer. Era mayor que ella, puede que en la sesentena, quizá ya hubiera cumplido los setenta, aunque los llevaba bien, y además se la veía distinguida. Vestía un traje negro y bufanda azul al cuello, y tenía un aspecto absolutamente normal, quizá como una ejecutiva de relaciones públicas.

Todo parecía muy normal, salvo por las armas.

—Señora Jenkins —dijo la mujer en tono agradable—. Soy el Coach. ¿Le importaría unirse a nosotros, por favor?

El pie de Cathy terminó de pisar el siguiente escalón y a punto estuvo de tropezar. Se apoyó con una mano en la pared y sintió cómo se le doblaba una uña.

Ignorando el dolor, descendió vacilante los escalones que faltaban y se dirigió al salón. Pasó por delante de dos de los individuos armados, que se desplazaron para quedar entre ella y las escaleras. Ahora podía ver más claramente el rostro de Becky; era de terror, solo eso. Además, miraba alternativamente a su captora, a ella y a los hombres armados, sin poder controlarse.

«¡Escribí un código de seguridad, Dios santo! —pensó desesperada—. ¿Qué es todo esto?». Pero ya sabía lo que era, por supuesto.

—Siéntese ahí —dijo el Coach, señalándole el otro sillón—. Usted también, señora Shubman.

Becky la miró confundida. El Coach sonrió con amabilidad y le dio un leve empujoncito en el hombro. Becky se levantó y rodeó tambaleándose la mesita de centro de cristal hasta llegar al otro sillón. Cathy se sentó a su lado. Por los ventanales que daban a la playa pudo ver a la gente tomando el sol, paseando de la mano en la distancia.

Tan pronto como se hubo sentado, buscó la mano de Becky, y la encontró sobre los cojines; ella también buscaba la suya.

—¿Estás bien? —le susurró.

Becky asintió, pero no dijo nada; Becky Shubman era de esas personas que jamás paraban de hablar.

—Me disculpo por la intromisión, señoras —dijo el Coach—. Nos iremos muy lejos de aquí tan pronto como nos sea posible. Pero antes de nada, permítanme decirles lo que la gente en estas circunstancias suele decir (y en este caso, sin embargo, es la verdad, lo prometo): no queremos hacerles daño.

Cruzó los dedos. Llevaba las uñas pintadas de azul, a juego con la bufanda. Enarcó las cejas e hizo entrecocar varias veces los pulgares, como buscando por dónde comenzar. Cathy la miraba y, para su sorpresa, se notó impaciente.

—Por favor —dijo—, ¿qué es lo que buscan? ¿Dinero?

El Coach hizo una mueca, y en sus ojos asomó un matiz de diversión.

—¿Damos la impresión de estar aquí por dinero?

—¡No lo sé! —exclamó Cathy. Becky le apretó la mano.

—Relájese, señora Jenkins —dijo el Coach—. Solo queremos información. Sabemos que usted al menos, y posiblemente las dos, crearon la barrera de seguridad para el Oráculo. Necesitamos saber quién las contrató para ese trabajo.

La mano de Becky apretó un poco más la suya. El Coach se inclinó hacia delante en su sitio.

—No pretendo que piensen que las estoy intimidando. Pueden considerarlo como un trabajo. De hecho, estaremos encantados de pagarles por su ayuda.

—No sé de qué me habla —dijo Cathy—. ¿Quién demonios es usted?

El Coach lanzó un suspiro. Estiró una mano y uno de sus hombres depositó una pistola en su palma. Ella levantó el arma ante las dos mujeres. A Cathy le pareció un arma singularmente horrible; brillaba de un modo sombrío, como si fuera algo así como un insecto metálico malévolo.

—Personalmente —prosiguió el Coach—, armas como esta me asustan muchísimo. La idea de matar a alguien me parece horrible, uno nunca llega a acostumbrarse. Me acuerdo de cada una de las personas que he matado, incluso de los que he herido. No importa qué tipo de vida llevaran, ni los momentos de felicidad que hubieran disfrutado hasta entonces, todo eso desapareció por mi culpa.

Le devolvió la pistola al hombre.

—En mi corazón, no me tengo por una asesina. Sin embargo —dijo haciendo un gesto que abarcaba al grupo de hombres de aspecto pétreo que las rodeaba—, estos señores sí lo son y cada uno se siente más que complacido con esa definición. Quiero que las dos entiendan eso y que sientan miedo, porque lo último que deseo hoy es tener que irme de aquí con otras dos caras que me tendrán despierta por las noches... Voy a hacerles unas pocas preguntas y me gustaría que me las respondiesen con sinceridad. No pido demasiado, ¿verdad?

En la mente de Cathy comenzó a aflorar una sospecha terrible, relacionada con cierta frase que quizá hubiera insertado en su programa de claves para el sistema de correos electrónicos del Oráculo; era solo un reflejo, algo que incluía en casi todo lo que creaba.

El Coach apuntó directamente al rostro de Cathy con su dedo índice y esa uña extrañamente pintada de azul turquesa.

—Le diré por qué debería usted responder con sinceridad —dijo, y desvió el dedo, que ahora apuntaba a Becky—. Y es por las cosas que le haré a la señora Shubman si no lo hace.

Su mirada era franca, abierta, sin asomo de engaño.

—Imagínese, señora Jenkins, que sintiera usted sus manos sobre su cuerpo, que sintiera los dedos que le faltan, sabiendo que es por culpa de la decisión que usted tomó... suponiendo que pudiera usted sentirlos. Porque después de los dedos vendrán las manos.

La mano de Becky se aferró a la de Cathy.

Ella inclinó la cabeza y miró a su compañera.

—Ya le he dicho que no sabemos nada, pero no me ha creído —murmuró Becky con la voz apagada como la de una niña—. ¿Qué hacemos?

El Coach esperó pacientemente.

Cathy sonrió a Becky con tristeza.

—Su nombre es Will Dando y vive en Nueva York —dijo sin apartar la mirada de Becky—. No sé si es el Oráculo o si solo trabaja para él, pero probablemente sea el hombre que está buscando. Está en el listín telefónico. Puedo conseguirle el número si lo desea.

Becky contuvo el aliento. Cathy nunca le había contado que había descubierto el verdadero nombre de John Bianco. Cathy sintió la mano de Becky relajarse al fin entre las suyas.

—Gracias —dijo el Coach—. Vamos a verificar lo que acaba de decirnos, no debería llevarnos mucho tiempo. Después, nunca más volverán a vernos. ¿No es todo mejor así?

Cathy vio a Becky entornar los ojos y girarse hacia el Coach, que en ese momento estaba tecleando un número en el móvil que acababa de sacar del bolsillo interior de su chaqueta. De manera deliberada, Becky estiró su mano hacia la mujer y, con parsimonia y suma elegancia, dobló todos los dedos salvo el anular, dejándolo levantado delante de su cara.

30

Leigh Shore abandonó la habitación 1952 del Waldorf-Asuma y se dirigió a la derecha por el pasillo silencioso y amplio, sintiendo a cada paso la incomodidad de ese conjunto nuevo de chaqueta y falda entalladas de color gris. Necesitaban un arreglo, eso era evidente, pero era un vestuario elegante y bastante más caro que cualquiera de sus prendas habituales.

En la habitación 1952 había disponibles tres tallas distintas de esa combinación, además de lencería variada y zapatos. Leigh había escogido la mejor de las opciones, desnudándose por completo delante de la mujer asiática (y embarazada) que la acompañaba; sin duda, estaba incómoda. Después de explicarle las reglas, la mujer cogió su bolso, sus joyas (tampoco llevaba demasiadas), el teléfono móvil, la funda del ordenador y su ropa y le dio a cambio un flamante portátil, una libreta de notas y unos cuantos lápices afilados, y le indicó que se dirigiera a la habitación 1964.

Y ahora se encontraba delante de ese número, como si la hubiera estado esperando. Las piernas le temblaban, sin saber explicar por qué. No tenía mucho sentido.

Se detuvo ante la puerta intentando tranquilizarse. Concentrarse. No funcionaba, pero ¿qué más podía hacer? ¿Marcharse?

No. De ninguna manera.

Extendió el brazo y llamó a la puerta.

Advirtió una sombra moviéndose tras la mirilla, bloqueando por un instante la luz, y sintió el impulso de salir corriendo, tan intenso que casi dio media vuelta, pero entonces logró recomponerse. Hubo un clic de la manija y la puerta por fin se abrió.

Era un hombre de raza blanca y por su aspecto y compleción parecía joven, aunque esa descripción podía comprender entre los veinte y los cuarenta años. Tejanos —de calidad—, camisa abotonada y metida por dentro del pantalón, buen calzado. En general, la imagen de alguien adinerado pero informal. Además llevaba gafas de sol y, sobre la cabeza, una fregona de cabellos finos y muy rubios.

«Es una peluca —pensó ella—. Va disfrazado».

—Señorita Shore —dijo el hombre.

—¿Es usted... el Oráculo? —preguntó Leigh, algo vacilante.

—Así es.

—Muchísimo gusto en conocerlo —dijo ella tendiéndole la mano; a cambio, recibió un

apretón breve pero firme.

—Adelante —dijo el Oráculo—. Siéntese allí... en el sofá o en los sillones, da igual.

Leigh entró en una habitación bien provista y con un espacio separado del resto, una *suite*. En una mesa de centro de madera, entre el sofá y los dos sillones, descansaba una bandeja con aperitivos y bebidas. Leigh se sentó en el sofá, dejando el ordenador y la libreta de notas sobre el cojín a su lado.

—¿Puedo ofrecerle algo? —dijo el Oráculo—. Hay soda, agua mineral... o lo que prefiera del minibar.

Leigh advirtió que él estaba nervioso y notó que ella misma empezaba a relajarse. Más allá de quién fuese el Oráculo, era ante todo un ser humano.

Le obsequió con una amplia sonrisa equivalente a cincuenta mil kilovatios, que era una de las armas más poderosas de las que disponía su arsenal.

—Solo agua, gracias.

El Oráculo dispuso varios cubitos de hielo en uno de los vasos de la bandeja y lo llenó de agua. Se lo tendió a Leigh y tomó asiento en uno de los sillones.

—Gracias por recibirme —dijo ella—. Me alegra que hayamos podido organizar este encuentro.

—El placer es todo mío —dijo el Oráculo.

Leigh volvió a sonreír y bebió un sorbo de su agua mineral. Hubo un silencio incómodo.

—En fin —dijo el Oráculo—. ¿Quiere usted... eh... quiere usted empezar?

—Desde luego —convino Leigh; depositó el vaso en la mesita, cogió el ordenador y lo abrió al instante—. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—De tanto como necesitemos —respondió el Oráculo.

Leigh enarcó las cejas y asintió. Escribió a toda prisa un par de cosas en el portátil y luego miró fijamente al hombre que tenía delante; esperaba que fuese una mirada directa y profesional.

—Primera pregunta —dijo—, ¿cómo debo llamarlo? ¿Se siente usted cómodo con lo de Oráculo?

El hombre se encogió de hombros, claramente incómodo.

«Es... como cualquier otra persona —pensó maravillada—. Podría decirse que es un tipo corriente».

—Por ahora quizá sea lo más fácil. Igual es una opción algo absurda, ahora que pienso en ello.

—Pero exacta, ¿no? Como llamar bombero a un hombre que apaga incendios. Después de todo, es usted un oráculo. Puede ver el futuro y decírnoslo.

El Oráculo asintió.

—Parece razonable.

—Lo siguiente... y esto es *off the record*, solo algo que me gustaría saber... todo ese ajetreo en la otra habitación... todo lo que he traído conmigo está allí y...

—Desde luego —la interrumpió el Oráculo; extrajo de su bolsillo una tarjeta de plástico y se la entregó—. Esta es la llave de la habitación 1952. Podrá usted ir a buscar sus cosas cuando acabemos. Y me excuso por el tema de la seguridad, pero comprenderá que...

Leigh cogió la tarjeta y se la guardó en el bolsillo delantero de la chaqueta.

—Lo sé. Y lo entiendo. Además, no quiere usted que grabe nada, ¿no es así? La grabadora es algo fundamental en una entrevista como esta.

El Oráculo se adelantó a coger un pretzel de la bandeja, que masticó y tragó con parsimonia.

—No quiero que mi voz quede grabada. Por eso le hemos dado ese ordenador, señorita Shore. Puede usted tomar las notas que desee, nosotros las revisaremos luego, cuando hayamos terminado con esto, para asegurarnos de que las citas sean exactas, y se las devolveremos en un lápiz de memoria.

Leigh asintió. Acercó las manos al teclado y enseguida las retiró.

—Una última cosa antes de empezar. ¿Qué le hace pensar que la gente creará algo de lo que yo diga? —preguntó—. No tendré prueba alguna de que hayamos tenido este encuentro, aparte de mi palabra. Para un montón de gente eso no será suficiente. Después de todo —añadió—, no soy exactamente Barbara Walters. Ni represento siquiera a TMZ.

El Oráculo se adelantó en su asiento.

—He leído su trabajo y me parece que está usted subestimando sus capacidades —dijo—. Pero haré dos cosas. Subiré algo al Sitio sobre esta entrevista de manera que la gente sepa que es legítima. Y, en segundo lugar, le daré una predicción para esta noche que puede usted incluir en su historia y así demostrar que se encontró conmigo.

Leigh sintió que su rostro se relajaba. El Oráculo se limitó a observarla oculto tras sus gafas de sol. No. Decididamente no era alguien corriente.

—Creo... creo que eso será suficiente —dijo ella.

El Oráculo sonrió y se reclinó otra vez en el sillón.

—Yo también lo creo. Pero tendrá usted un montón de preguntas que hacerme. Adelante.

—De acuerdo, Oráculo.

El rostro de su interlocutor se contrajo y su frente se arrugó de manera súbita.

—Suenan horrible —la interrumpió—. No me había dado cuenta de lo horrible que suenan... Llámeme solo Jim, ¿le parece bien? Servirá como cualquier otro nombre.

—Jim entonces —dijo Leigh—. Así pues, la primera pregunta, Jim, y la primera de verdad, es muy simple: ¿cómo consigue usted predecir el futuro?

El Oráculo vaciló. A Leigh le dio la impresión de que rumiaba lo que iba a responder, lo cual le pareció extraño. Tendría que haber supuesto que iba a preguntarle eso.

Él desvió la mirada hacia un lado, sonriendo vagamente, como compartiendo alguna broma privada consigo mismo. Luego suspiró y la miró.

—No lo sé —respondió—. Es algo que soñé.

Leigh levantó la vista del portátil.

—¿Lo... soñó? —dijo, muy atenta.

—Así es. Hace unos ocho meses. Una serie de voces me hablaron mientras dormía. Poco después reparé en que las cosas con las que había soñado comenzaban a ocurrir. —Una mueca de pesar asomó a sus labios—. Y aquí estamos ahora.

Leigh casi llegó a sentir un vahído. Al fin tenía las respuestas, lo que todo el mundo quería saber. Pero... ¿un sueño? ¿Un sueño?

Por primera vez se preguntó si las respuestas que iba a obtener no serían muy distintas a las que ella misma y los demás anhelaban.

—¿Y ha habido otros sueños desde entonces?

—No, fue solo ese grupo de predicciones, pero llevan un buen tiempo circulando hasta el momento, un centenar de ellas.

—¿Y por qué no difundirlas todas a la vez? ¿Por qué fragmentarlas como lo ha hecho?

—Las predicciones me fueron dadas sin más. Yo he decidido, con mi mejor criterio, qué hacer con ellas.

—¿De modo que configuró usted solo el Sitio?

—He contado con la ayuda de algunas personas cercanas. Nada de lo que estoy haciendo sería posible sin ellas.

—¿Y supongo que no querrá decirme quiénes son?

El Oráculo asintió.

—Obviamente. ¿Quiere que también le dé sus números de móvil? Anote, que se los diré en voz alta poco a poco.

Hubo una pausa. Leigh levantó de nuevo la vista del teclado.

—Va a ser que no —dijo entonces el Oráculo, en tono desenfadado.

—De acuerdo —dijo Leigh sonriendo, aunque él advirtió un matiz cortante en su respuesta.

Ella flexionó los dedos.

—¿Quiere parar un momento? —preguntó el Oráculo.

—No, estoy bien. Solo debo escribir rápidamente un par de cosas. Estoy bien, Jim.

Leigh se adelantó en el sofá.

—Tres cosas —añadió.

El Oráculo asintió.

—Primero, ¿por qué cree usted que le fue enviada esa información? Segundo, ¿sabe usted quién se la envió? y, de ser así, ¿quién es? —dijo—. Y por último, ¿qué está haciendo realmente con las predicciones? Hace un momento ha mencionado que apelaba a su propio criterio... ¿qué significa eso exactamente? Durante meses han circulado rumores de que estaba usted vendiendo información respecto al futuro a individuos con mucho dinero. Eso no parece muy altruista, ¿no?

El Oráculo cruzó una de sus piernas sobre la otra, apoyando un tobillo en la rodilla opuesta, y miró a la ventana. Leigh siguió la trayectoria, sobrevolando los tejados al oeste del Midtown.

El Oráculo volvió a mirar a Leigh. Su rostro tenía ahora un gesto solemne. Enseguida se contrajo en lo que parecía una sonrisa casi imperceptible.

—Responderé a su segunda pregunta —dijo—. No tengo la menor idea de quién me envió las predicciones. Quizá exista alguna clave o patrón en ellas que podría brindarme la respuesta, pero, si es así, hasta ahora he sido demasiado estúpido para verlo... Hay solo unas pocas posibilidades —continuó—: Número uno, que alguien del futuro me haya enviado toda esta información. O puede que alguien del presente me enviara un listado de cosas que planeaba hacer y ese alguien se esté ocupando de que todas las predicciones se cumplan, una detrás de otra. O que detrás de todo ello no haya nada ni nadie y que se trate solo de un accidente de la física.

—Pero seguro que tiene usted alguna intuición al respecto, ¿o no? —dijo Leigh—. Ha estado conviviendo con estas predicciones durante más de medio año. Si tuviera que apostar por una de esas tres teorías, ¿por cuál sería?

Él sonrió.

—Soy el Oráculo. Cuando uno conoce el futuro, no existe nada parecido a apostar. De todas formas, no tiene importancia. Cómo obtuve la información, e incluso por qué, no son cuestiones relevantes. Se trata, más bien, de lo que haga con ella. Supongamos que leo un libro que, por ejemplo, me enseñara a tejer alfombras. ¿Tendría importancia si compré ese libro o lo saqué de la

biblioteca, o incluso si lo robe? No. Lo que marca la diferencia es si al final tejo la alfombra o en cambio me limito a dejar la información en mi cerebro. En el nivel que sigue, lo importante es el uso que le doy a la alfombra: ¿la vendo, me la quedo, la regalo...?

Leigh anotó todo eso y leyó los últimos párrafos.

—Vale. Entonces ¿qué está haciendo usted con las predicciones? ¿Por qué creó el Sitio?

Antes de responder, el Oráculo hizo otra pausa.

Leigh tuvo la sensación de que su entrevistado se estaba saliendo del guión, apartándose de cualquier respuesta que hubiera planeado dar. Lo cual planteaba una pregunta adicional: ¿decía la verdad o mentía?

—El Sitio era parte de un plan superior para atraer compradores de las predicciones. Fue una forma de facilitarle al mundo la idea de que alguien que andaba por ahí podía anticipar el futuro.

—¿Y funcionó? —preguntó Leigh mientras tecleaba en el portátil.

—Sí. El Oráculo ha hecho más de catorce mil millones de dólares.

Los dedos de Leigh se paralizaron.

—¿Así que de eso se trata verdaderamente? ¿Solo de... dinero? —dijo sin dejar de mirar la pantalla.

Ella misma notó la decepción en su voz. No, algo incluso más profundo: una gran desilusión.

—Ese fue el punto de partida.

—¿Y ahora?

—Ahora es más que eso —dijo el Oráculo—. He usado el dinero para hacer cosas que no se han hecho públicas. He repartido más de un tercio de esa suma. A organizaciones benéficas, en donativos anónimos, y cosas así.

Leigh enarcó una ceja.

—Eso lo convertiría a usted en el mayor donante de la historia. ¿Por qué lo hizo?

El Oráculo sonrió.

—¿Qué demonios voy a hacer con catorce mil millones de dólares que no pueda hacer con nueve mil? No me pareció muy correcto amasar toda esa fortuna y no hacer algo por los demás.

Se restregó los ojos por debajo de las gafas de sol, con cuidado de no moverlas de su sitio.

—También estoy intentando compensar el asesinato de doce personas, ocurrido cuando todo esto comenzó.

El instinto periodístico de Leigh se activó al instante, a pesar de lo decepcionante que estaba resultando ser el Oráculo.

—¿Có... cómo? —alcanzó a decir Leigh.

—¿Recuerda usted la masacre del Lucky Corner del año pasado?

—Por supuesto —dijo Leigh con cautela—. Fue una noticia tremenda. Hará unos ocho meses.

—Yo lo provoqué.

Leigh trató de recordar los detalles.

—Pero... ¿no fue solo un atraco en una tienda de comestibles de la Novena que acabó mal? Una pareja de policías entró en el local en ese momento. No recuerdo exactamente qué sucedió, pero...

—Los chicos malos vieron entrar a los polis y empezaron a disparar —dijo el Oráculo en tono sombrío—. Primero, al propietario del comercio, su nombre era Han-Woo Park. Luego a uno de los policías, el oficial Leonard Esposito. Su compañero salió de la tienda y pidió refuerzos, y el

atracos se convirtió en una toma de rehenes. Al final los SWAT tuvieron que intervenir. Los atracadores no tenían ninguna intención de negociar. Habían tomado ya la decisión de convertirse en leyendas urbanas, esperando que se compusieran canciones sobre ellos.

—¿Cómo puede saber todo eso? ¿Los conocía usted?

—Pagué por conseguir las transcripciones de los diálogos entre los chicos y los negociadores.

—¿Y eso es legal?

El Oráculo se encogió de hombros.

—En cualquier caso —prosiguió—, la policía irrumpió en la tienda después de unas horas y todo se fue a la mierda. Doce personas. Los atracadores: eran solo unos críos, dieciséis años los dos, Robert Washington y Adewale Deluta. Los clientes: Andy Singer, María Lucía Sánchez, Barry Anderson, Chantal L'Green, Amanda Sumner, Jim Roundsman y Peter Roundsman, de solo ocho años. Y otro oficial de policía, Jerry Shaugnessy.

Leigh evaluó los datos.

—Usted no estuvo allí, ¿o sí? —dijo finalmente.

—Yo era uno de los que estaban fuera del Lucky Corner, detrás del cordón policial, esperando.

—Y entonces ¿cómo...?

—¿Por qué cree que esos polis entraron en la tienda, Leigh? Yo se lo dije. Una de las primeras predicciones que soñé fue la relacionada con el Lucky Corner. Por entonces no entendía las reglas del asunto ni cómo funcionaban. Trataba de inferir si las predicciones debían ocurrir necesariamente o era posible cambiarlas.

—¿Y era posible? —lo interrumpió Leigh.

—No —respondió el Oráculo, un único monosílabo que sonó como una bóveda cerrándose.

Ambos se quedaron en silencio un instante.

—Quise pararlo —prosiguió él—. ¿Para qué he recibido todas estas predicciones si no puedo hacer nada al respecto?, pensé. Entonces tenía un... un sentido. Así que llamé al 911 y dije que había oído a los dos ladronzuelos planeando el robo de la tienda. Por eso los polis entraron y así empezó todo.

—Pero no puede usted sentirse responsable —dijo Leigh.

—¿Está segura? Si yo no hubiera llamado a la poli, esos chicos se habrían limitado a coger el dinero y a salir corriendo de allí. Por culpa de mi intervención, por culpa de lo que hice intentando convertirme en un superhéroe de mierda, toda esa gente está muerta.

Hacía unos minutos que Leigh había dejado de escribir y lo miró fijamente. Estaba conmovido, mucho. No mentía. Y después de haber provocado la muerte de doce personas... ¿por qué iba a mentir?

El Oráculo se levantó del sillón y fue hacia la ventana, desde ahí echó un vistazo fuera sin decir palabra. Ella percibió el tremendo peso que sentía sobre sí mismo, una carga de la que nunca podría librarse. Era algo que irradiaba bajo las gafas de sol y la ridícula peluca, una oleada de penosa dignidad. Entonces se apartó de la ventana y volvió al sillón.

—Verá, yo no le pedí que viniera solo para hablarle de mí —dijo—. No tenía planeado hablar de todo esto, pero hay algo más, algo que creo que el mundo debe saber. Tome nota de esto, es importante que registre los detalles correctamente.

Adelantada en el sofá, Leigh llevó sus dedos al teclado. Veía ante ella el rostro del Oráculo,

sintiendo el gigantesco cambio que su propia vida estaba a punto de experimentar rondándola como un tsunami.

—Adelante, lo escucho.

De repente, la puerta de la habitación saltó de sus goznes con un estruendo enorme. Al abrirse de golpe e impactar contra la pared lateral de la habitación, pudo apreciarse una gran abolladura circular por fuera. Un individuo vestido con un mono oscuro, sosteniendo un tubo metálico con asas en los extremos, retrocedió en el umbral junto a la puerta reventada.

El Oráculo saltó del sillón y su rodilla dio contra la mesa de centro, volcando la jarra de agua con el cubo del hielo y la cafetera. El líquido inundó la bandeja y comenzó a chorrear por los costados de la mesa.

Leigh cerró el portátil en un gesto reflejo y lo mantuvo aferrado contra su pecho, en una combinación poco probable entre un escudo y una preciada posesión.

Alguien más apareció en el umbral: una mujer mayor, más elegante de lo que suelen serlo las abuelas de las urbanizaciones.

—¿Will Dando? —preguntó buscando con la mirada al Oráculo.

—¿Sí? —dijo él, y de inmediato todo su cuerpo se encogió al darse cuenta de que acababa de cometer un error gigantesco e irreparable.

«¿Will Dando?», pensó Leigh, e intentó procesar el dato.

—Encantada de conocerlo.

Dicho esto, la mujer levantó una mano que sostenía un pequeño objeto negro un poco más grande que un mazo de naipes. Entonces tensó los dedos y del extraño objeto salieron despedidos dos dardos, unidos al artilugio por sendos cables, que se clavaron en el pecho del Oráculo... de Will Dando, quien se desplomó, con sus miembros convulsionando.

Leigh se tiró al suelo, buscando desesperada una vía de escape por la cual escabullirse. De pronto, notó un agudo dolor en su estómago, atenuado un segundo después por otro dolor, este de una categoría muy distinta, que le contrajo todos los músculos.

Cayó al suelo, aterrizando de bruces en la gruesa alfombra; poco faltó para que se golpeará la cabeza contra la mesita de centro. Notó en la espalda el agua que goteaba. Se le empezó a nublar la vista.

—Nos los llevamos a los dos —escuchó decir a la mujer.

31

Will abrió los ojos. Estaba recostado en algo blando. Por encima de él veía pasar un corredor en rápido movimiento hacia atrás, revestido con papel de pared verde oscuro con rayas grises y el techo de color beis, iluminado con apliques metálicos a ambos lados.

Intentó incorporarse, pero le resultó imposible. Solo pudo levantar la cabeza levemente, algo le presionaba la frente y le impedía moverla más de tres centímetros. Echó un vistazo a su cuerpo y vio que tenía correas alrededor del pecho, la cintura, las muñecas y los tobillos.

Varios individuos vestidos con un uniforme azul claro y de manga corta caminaban junto a él. Iba a preguntarles la razón de las correas, pero entonces comprobó que algo le obstruía la boca. Una breve exploración con la lengua reseca le sugirió que era un grueso trozo de tela.

El dolor. Sentía como si cada músculo de su cuerpo hubiera estado sosteniendo algo infinitamente pesado durante unas seis o siete horas, sin descanso. Era un dolor focalizado en dos puntos del pecho. Una imagen borrosa cruzó su mente: él estaba de pie en una alfombra de color verde oliva, con la vista clavada en dos cables que salían de su pecho, como esos juguetes que se accionan tirando de una cuerda. Y después todo lo demás.

Intentó gritar, pese a la mordaza, pero el ruido salió amortiguado y ni siquiera él pudo oírlo. Los hombres que lo acompañaban vestían como paramédicos, puede que hasta fueran paramédicos, y empujaban la camilla por el corredor del Waldorf. Una bolsa de suero intravenoso pendía de un gancho a su lado, pero hasta donde podía apreciar por sí mismo, no estaba conectada a su cuerpo. Will vio al pasar el número de una habitación: 1904. Eso significaba que no habían abandonado aún la planta donde lo habían atrapado.

«Debo de haber perdido el conocimiento solo unos minutos —pensó—. ¿Qué sería eso? Una pistola paralizante, me imagino. Y esa mujer...» Se esforzó en aplacar el pánico cada vez mayor que sentía. Alguien había deducido que Will Dando era el Oráculo y luego había averiguado la forma de encontrarlo. Pero los únicos que sabían que iba a estar en ese hotel eran... Hamza y Miko.

Will dedujo la secuencia de los hechos. De algún modo, el nombre de Will Dando había sido relacionado con el Oráculo y quienquiera que lo hubiera hecho simplemente... bueno, simplemente se había limitado a googlear su dirección y seguir su rastro. Si no hubiera tenido el brazo sujeto por una correa, se hubiese dado un bofetón como reprimenda.

Hacía meses que Hamza le insistía en que se mudara a un nuevo apartamento, algo más seguro

y más espacioso, una dirección que pudiera ocultar detrás de una sociedad tapadera que el mismo Hamza había creado; cuando menos un lugar con conserje. Pero él no se había tomado la molestia de buscarlo.

Imaginó a aquella mujer y sus compinches irrumpiendo en su apartamento de la misma forma que lo habían hecho en el hotel, topándose allí con Hamza y, para entonces, posiblemente también con Miko.

De manera involuntaria, Will empezó a pensar en los métodos que habría utilizado la mujer para sacarle a Hamza dónde estaba... o a Miko y su bebé no nacido, para el caso.

Entonces se le vino a la mente otra idea igual de desagradable.

Hamza y Miko no eran los únicos que estaban al tanto de dónde se encontraría. Leigh Shore también. Tenía que ser ella quien le había tendido la trampa.

Los paramédicos giraron la camilla y la metieron en un ascensor que esperaba con las puertas abiertas. Luego hicieron otro tanto con una segunda camilla, que quedó justo a la derecha de Will. Volvió la cabeza tanto como se lo permitió la correa y giró los ojos hasta que empezaron a dolerle. En la otra camilla, con los ojos muy abiertos y clavados en Will, también sujeta con correas y amordazada, yacía Leigh Shore.

«Entonces no fue ella la que me tendió una trampa», fue su primera reflexión al verla. La segunda: «Lo siento de veras».

Las puertas del ascensor se abrieron y los paramédicos empujaron las dos camillas afuera. El escenario que Will había visto hasta ese momento varió a otro con un techo bajo de hormigón con tubos fluorescentes. Era el aparcamiento subterráneo.

Con un rápido vistazo pudo ver las puertas traseras de una ambulancia; era blanca con franjas naranjas y azules y tenía el logotipo del hospital Presbyterian de Nueva York. Las puertas se abrieron y Will notó cómo lo metían en la parte de atrás del vehículo. Estaba solo.

Le sobrevino un pensamiento macabro: Leigh no era el Oráculo, no la necesitaban.

Se preguntó si no habría conseguido que la mataran también a ella. De manera egoísta, absurda, había logrado que pensarán en eliminarla, solo porque a su ego comenzaba a afectarle la mala prensa.

Oyó que las puertas delanteras de la ambulancia se abrían y cerraban, advirtiendo el balanceo cuando los dos paramédicos montaron en la cabina. El motor arrancó y el vehículo comenzó a moverse. Un segundo después sintió que le quitaban al fin la mordaza y la sustituían por una pajita, que Will succionó de manera refleja, antes de que verbalizara la duda en su mente sobre lo que iba a beber.

Por su garganta fluyó un aluvión de agua fría, un verdadero goce para su lengua reseca como la tiza, y dio tres grandes sorbos antes de que le retiraran la pajita.

—Con calma, tranquilo —dijo una voz suave y agradable detrás de él.

—¿Quién está ahí? —preguntó Will, intentando reunir sin éxito algo de autoridad en su tono de voz. Comprobó lo difícil que le resultaba hablar más alto que un susurro.

La mujer del hotel se adelantó hasta quedar junto a la camilla, sentada en una banqueta del compartimento trasero. Se estiró sobre él y le aflojó la correa de la frente.

—Puedes llamarme Coach, hijo —dijo la mujer.

—¿Coach de qué? —graznó Will.

—Pues del mismo equipo que dedujo que tú eras el Oráculo.

Con la correa más floja, Will fue capaz de girar al fin la cabeza y evaluar mejor a la mujer que había visto un rato antes en el hotel: era delgada y de cabellos canos, cejas oscuras y nariz afilada. Vestía unos pantalones de color caqui muy bien planchados y una blusa azul, además llevaba unas gafas elegantes que enmarcaban sus ojos azules, de un color muy intenso. Sonreía de un modo que sugería a la vez buen humor y sincera preocupación por el bienestar de Will. El tal Coach parecía más bien una funcionaria de biblioteca que manejara con manos expertas los volúmenes mal clasificados y los préstamos interbibliotecarios, las devoluciones atrasadas y a los niños ruidosos.

—¿Cómo te encuentras, Will? —preguntó.

Parecía tan sincera, tan genuina, que Will se sorprendió pensando en la posibilidad de que todo fuese un error, que al Coach se le hubiera escapado todo de las manos y que ahora estuviera intentando arreglar el error.

—Mejor —respondió Will—. Un poco.

El Coach le dio unas palmaditas en el hombro.

—Siento lo de la pistola paralizante —dijo—. Es que no sabíamos de lo que serías capaz y nos pareció que sería bastante más fácil sacarte del hotel si te dejábamos fuera de combate.

Will apretó las mandíbulas; toda la simpatía que había comenzado a sentir por el personaje empezaba a evaporarse.

—Probablemente te sientas como un emparedado de queso a la parrilla, pero se te pasará —prosiguió el Coach—. Es solo que ahora tu cuerpo necesita superar el dolor. Y no habrá lesiones permanentes, eso te lo prometo.

—Leigh —dijo Will.

El Coach se mostró confundido un segundo; luego pareció comprender.

—Ah, sí, la muchacha. Está en la otra ambulancia. Y vendrá con nosotros, de momento.

La mujer se movió y Will detectó un objeto en su campo de visión: era el ordenador que Leigh había usado durante la entrevista; lo tenía abierto.

—Hay un material la mar de interesante aquí, Will —dijo ella—. De haber sabido todo esto antes de conocerte, no hubiéramos tenido que achicharrarte.

Soltó una risita.

—Verás, lo que más me preocupaba, mi gran inquietud, era no saber qué otras cosas podrías hacer considerando que eres capaz de predecir el futuro. Quizá que la gente ardiera en llamas o paralles el corazón, quién sabe qué más. He visto muchas de esas películas, no te creas.

Cerró el portátil.

—Aun así, pareces bastante seguro. Por eso decidí dar este pequeño paseo contigo. Debo entregarte a mi cliente en breve, pero no quería perderme la oportunidad de conocerte en persona. Me he topado con muchos revolucionarios y agitadores en mi vida, Will, pero tú estás muy por encima de todo eso. Muy por encima.

—¿Quién es... su cliente? —balbuceó Will.

—Ya lo averiguarás —dijo ella, y le guiñó un ojo de forma afectuosa, surrealista.

—¿Y cómo me ha encontrado? —insistió él.

El Coach asintió brevemente, asumiendo lo ocurrido.

—Siempre hay un modo, Will. He estado en este negocio durante cuarenta años y he aceptado un montón de encargos complicados. Y te digo algo: nunca acepto ninguno si no veo posibilidades

reales de cumplir con él. Eso no quiere decir que los clientes tengan siempre la perspicacia necesaria para apreciarlo. Puede ocurrir incluso que no quieran gastarse los recursos que yo les sugiero o que no tengan voluntad de hacerlo. Pero siempre hay un camino que lleva hasta la meta... Tú has sido un hueso duro de roer, hay que reconocerlo —añadió, levantando un dedo fino y delicado ante sus ojos—. En otro tiempo hice varios trabajillos para el Mossad buscando a antiguos nazis, ¡esos tipos sí que eran duros! Esos cabezas cuadradas sabían muy bien cómo ocultar su rastro. Tú juegas en la misma liga, sin duda.

«¿Acaba de llamarme nazi? —pensó Will. Y a continuación—: ¿Cómo me habrá encontrado?» La respuesta a ese interrogante acababa de transformarse en lo que Will más deseaba saber en este mundo.

—Los ordenadores, hijo —dijo el Coach en tono de disculpa—. En esta época, si quieres encontrar a alguien, casi siempre son los ordenadores. Pero eso ya no es tan divertido, si quieres saber mi opinión. Antes solías entrar en el despacho de alguien y hurgar en sus carpetas a las cuatro de la madrugada, o enviarle a una chica que le estiraba de la lengua después de un breve romance. En ocasiones, yo misma fui esa chica, por mucho que cueste imaginarlo a estas alturas.

Al decir esto, ladeó la cabeza delante de Will, pestañeando con aire seductor.

—Esos tiempos sí que eran buenos —continuó—. Tiempos de aventuras. Y en cierto modo todo parecía más justo. Ahora solo debes contratar a uno de esos tíos que se cagan con cualquier cosa para que se siente en una oficina y teclee varios días seguidos, y normalmente obtienes lo que andas buscando. No es igual que antes.

Will cerró los ojos. Pensó en las Damas de Florida y en que quizá el Coach ya les hubiera hecho una visita.

—Pero, como te he dicho —prosiguió la mujer—, no has sido un caso fácil. El jefe de mi equipo técnico... bueno, ¡ese sí que es un bicho raro!... tuvo que saltar algunos obstáculos para encontrarte. Pero al final es como dijo Arquímedes: dadme un punto de apoyo y moveré el mundo... Mi hombre tenía ese punto de apoyo, solo que no quería utilizarlo. Estaba asustado de su propia creación. Y quizá tuviera algo de razón: a fin de cuentas, dejó a la mitad del mundo a oscuras.

El Coach siguió hablando y divagando, pero Will dejó de escucharla. Por su mente cruzaron varios titulares recientes en los periódicos: «Pillaje y saqueo en Detroit durante el apagón... El vuelo 579 de Alitalia se estrella al aproximarse a la pista sin luces de Milán... Una planta nuclear ucraniana proyecta una nube de vapores radiactivos al fallar los dispositivos de control...».

Apretó con fuerza los párpados, llegando a ver destellos en su interior, detrás de sus ojos cerrados.

Toda esa gente... toda... era también responsabilidad suya. Su culpa.

Sintió como si estuviera desvaneciéndose, flotando en su espacio interior, sobre un mar oscuro de culpas e incertezas y súbito desamparo. Flotando... O no, más bien ahogándose.

—... desde mi perspectiva —estaba diciendo el Coach—, debo decir que admiro lo que has conseguido. No sé si yo misma hubiera usado esas predicciones del modo que lo has hecho tú, pero no puedo negar que...

—Ya es suficiente —dijo Will, y abrió los ojos.

La mujer se detuvo en mitad de la frase, un poco sorprendida ante la interrupción, irritada. Ya no era la funcionaría de biblioteca; ahora se parecía más a una antigua reina vikinga con un cabreo

fenomenal.

La ambulancia redujo la velocidad.

—¿Por qué? —dijo él—. ¿Por qué no dejarme simplemente en paz?

—Bueno, yo quizá lo habría hecho, Will, si no te hubieses convertido en alguien tan condenadamente interesante para mí —respondió el Coach.

La ambulancia se detuvo al fin.

—De hecho —prosiguió ella con la sonrisa volviendo a sus labios—, me atrevería a decir que debes de ser, en este momento, el individuo más interesante del mundo.

Las puertas traseras de la ambulancia se abrieron y los paramédicos reaparecieron para sacar la camilla de Will. Al mismo tiempo, le aflojaron las correas y lo ayudaron a sentarse, pero la cabeza le daba vueltas y estuvo a un paso de caer de la camilla, antes de que uno de ellos lo agarrara del brazo.

—Solo relájese. Debería estar completamente recuperado dentro de una hora más o menos —dijo el hombre—. Antes que eso, no se exija demasiado.

—Le agradezco su interés —dijo Will, y se giró para quedar con las piernas colgando a un costado de la camilla, luego se puso en pie y se sintió inestable y más lento de lo habitual.

Estaba al aire libre, en mitad de una gran zona vallada con el suelo de cemento; en el centro de un anillo formado por unos tipos de mirada gélida, con fusiles de asalto en las manos y vestidos con un uniforme muy básico sin distintivos, excepto por el parche con la bandera estadounidense.

Más allá de ese círculo de soldados se apreciaba un enorme edificio de acero con forma acanalada: el hangar de un aeropuerto. A ambos lados había otros edificios similares. Frente al hangar, que tenía las puertas abiertas, había un helicóptero posado sobre sus tres ruedas delicadas, tanto que parecían demasiado pequeñas para sostener semejante mole. La aeronave era blanca en la parte superior y azul marino en los dos tercios inferiores. En la parte blanca, justo debajo de los rotores, había pintada una bandera estadounidense.

El número de identificación del helicóptero era visible en la sección de la cola: cinco números, 62132. Will intentó descubrir por qué le resultaban tan familiares.

Un individuo maduro, elegante, con las sienes plateadas y vestido de traje oscuro, surgió de la parte trasera del aparato y se dirigió hacia Will cruzando el cerco de marines. De manera increíble, le tendió la mano. Will lo ignoró. De inmediato, el hombre retiró la mano y la llevó al interior de su chaqueta para buscar una credencial. La sacó y la abrió ágilmente, revelado una tarjeta y la placa del FBI.

—Soy James Franklin, director general del FBI. Puede llamarme Jim —dijo mientras cerraba la cartera y la volvía a meter en el bolsillo—. Usted es Will Dando.

Will asintió.

El director del FBI se fijó en algo que estaba a su espalda. Will se dio la vuelta y vio al Coach de pie junto a la ambulancia.

—Gracias, Coach. Por todo —dijo Jim Franklin—. Ahora nosotros nos encargamos de él.

El Coach levantó su mano, con la mirada muy fija y atenta detrás de sus gafas.

—No hay de qué, Jim —dijo, y después, mirando a Will—: Ha sido un verdadero placer, señor Dando. A partir de este momento recuerde lo que le he dicho: es usted de sumo interés, ellos lo necesitan más que usted a ellos.

Franklin frunció el ceño.

—Esto..., Coach, ¿por qué...?

—Ay, ya me conoces, Jim —dijo el Coach—. Tengo fama de agitadora. Además, me siento muy identificada con este chico. De hecho, estoy ansiosa por ver qué hará a continuación.

El Coach dio media vuelta y caminó sin prisa por la pista ignorando a los marines a su paso, esperando que ellos se apartaran de su camino, lo cual hicieron.

Will la vio desvanecerse en la oscuridad de uno de los hangares, como si nunca hubiera estado allí.

—Acompañeme, señor Dando, por favor —dijo Franklin—. Vamos a dar un paseo.

Will caminó junto al hombre del FBI hasta el helicóptero, ambos escoltados por los marines. La compuerta del aparato se abrió y se desplegó una escalerilla lateral para facilitar su acceso. Will observó de nuevo los cinco dígitos pintados en la cola del aparato.

«62132... 23-12-6 en sentido contrario», pensó.

De pronto, el Sitio volvió a su mente, como una opresión tangible. Como si hubiera estado entre los engranajes de una máquina gigante, que ahora iba a introducirlo en una configuración nueva.

Se recordó que en cierto momento casi había llegado a desear todo esto que ahora estaba ocurriendo.

Algunos de los marines subieron al helicóptero antes que él y se volvieron con expresión neutra hacia Will cuando ascendió por la escalerilla.

El interior del aparato era enorme, muy diferente de lo que él esperaba, casi como la cabina de un avión pequeño. Los asientos estaban tapizados en cuero blanco, cada uno con el sello de los Estados Unidos de América bordado en una tela de color azul que cubría el cabecero. Cinco de los asientos estaban vacíos y los otros tres, ocupados.

—¡Will! —exclamó Miko—. Gracias a Dios.

Hamza estaba sentado junto a ella, mirando fijamente al respaldo frente al suyo. Leigh Shore iba sola, en la fila de atrás.

—Tome asiento —dijo Jim Franklin mientras subía al helicóptero tras él.

Will escogió de inmediato el asiento libre junto a la periodista.

—¿Estás bien, Leigh? —le preguntó.

La chica asintió con los ojos muy abiertos, fijos en él.

Will se llevó la mano a la cabeza, dándose cuenta de lo que Leigh estaba viendo. La peluca y las gafas de sol habían desaparecido hacía rato, seguramente en la habitación 1964 del Waldorf. Un marine se introdujo en la cabina a través de una portezuela situada en la parte delantera del aparato.

—Pónganse los cinturones, damas y caballeros. Despegaremos en unos cinco minutos —dijo, y se dio la vuelta para regresar por la portezuela.

Will se adelantó hasta los asientos situados delante de él y puso su mano en el hombro de Hamza.

—Todo va a salir bien —le dijo.

—No. Esta vez no —dijo Hamza.

32

Anthony Leuchten se sentó y miró fijamente al Oráculo. Le pareció jovencísimo. Como uno de esos becarios de la Casa Blanca.

Ese hombre —Will Dando— se había negado a sentarse a la mesa alargada, hecha de la habitual madera sintética, que ocupaba la mayor parte de la sala de conferencias también clásica, sin ventanas. Permanecía de pie y de brazos cruzados, con sus amigos detrás y una expresión sombría en su rostro. Sus ojos se movían incesantemente por toda la estancia, escudriñando de manera alternativa los pocos elementos destacables: una jarra de agua y algunos vasos sobre la mesa, el contingente del servicio secreto y el cuerpo de marines, el propio Leuchten y varios asesores. Había una pequeña videocámara sobre un trípode en el extremo de la mesa, orientada para captar ambos lados a la vez, y parecía atraer buena parte de la atención del Oráculo, pues la miraba con frecuencia, cada vez que pasaba la vista por la estancia.

No estaba reaccionando como hubiera esperado Leuchten. Se le veía frío como un témpano, actuando igual que si un poli cualquiera le hubiera mandado detener el coche por exceso de velocidad.

Sus amigos, en cambio, parecían estar aterrados. Hamza Sheikh rodeaba los hombros de su esposa con los brazos, como intentando protegerla de un tsunami. Cerca de ellos estaba Leigh Shore de pie, con la misma expresión de ciervo cegado por los faros que tenía desde que los habían bajado del helicóptero.

Obviamente, todos entendían su situación.

Todos menos el Oráculo. Había sido capturado por agentes de dudosa procedencia y luego trasladado por aire hasta la Base de Quantico de los marines, en Virginia, donde lo habían dejado como un vulgar paquete en ese cuartito y le habían presentado al jefe de gabinete del maldito presidente de Estados Unidos. Y luego... nada, apenas unas pocas palabras.

Leuchten consideró las múltiples tácticas de que disponía —desde mujeres hasta la tortura del submarino— solo con hacer una llamada. El enfoque era desde luego relevante: una forma de manipulación que funcionara con un determinado objetivo podía resultar un completo fracaso con otro. Y el fracaso en esta ocasión... no era una opción.

Echó otro vistazo a Will Dando, asimilando lo que su lenguaje corporal le indicaba, sumando a eso las cosas que el Coach había averiguado de él y el *dossier* que el FBI le había preparado de prisa y corriendo, una vez supieron su verdadero nombre.

Cuando Leuchten reunió toda esa información ya sabía bastante más de Will Dando.

Aun así, parecía que no lo suficiente.

El Oráculo no actuaba como lo haría cualquiera en su posición. Habían descornado el velo y ahora lo tenían en su poder. Estaba desarmado, pero actuaba igual que si tuviera todos los triunfos de la baraja. Como si supiera algo que ellos desconocían... Aunque con toda seguridad era así. Después de todo, era el Oráculo.

Leuchten se volvió hacia sus asesores, un grupo egocéntrico de trepas que incluso hubieran vendido a su madre a cambio de tener cara a cara al tipo con la influencia necesaria.

—Voy a necesitar que salgáis, muchachos —les dijo.

Leuchten pensó que encontraría resistencia. La frustración era evidente en cada rostro delicado y bien acicalado allí presente, pese a que eran todos políticos de carrera, mejores que los *cracks* del póquer ocultando sus emociones. Y es que no había individuo más influyente que el Oráculo, por lo que no deseaban perderse eso por nada del mundo.

—¡Es para hoy! —gritó Leuchten.

Hombres y mujeres abandonaron a regañadientes la habitación, la mayoría se limitaron a echarle un último y breve vistazo al Oráculo y a sus acompañantes.

—Muchachos —dijo Leuchten una vez que la estancia quedó desocupada—, os voy a interrogar de uno en uno, y para eso debemos separaros.

Hamza negó con la cabeza y apretó aún más sus brazos en torno a Miko.

—No, eso no podrá ser —dijo—. No voy a separarme de mi esposa, y mucho menos después de lo que le hicisteis, hijos de perra.

Uno de los marines, un capitán, miró a Leuchten con gesto interrogador. Este lo pensó un momento.

—Muy bien. No es nuestra intención comportarnos de forma inhumana. Esto es Quantico, uno de los lugares más seguros de toda la Costa Este. Una gran base de marines. Sé que es difícil aceptarlo, pero mientras estéis aquí deberíais consideraros nuestros invitados.

El Oráculo soltó un murmullo escéptico que a Leuchten le pareció singularmente irritante.

Leigh Shore parecía estar de acuerdo con su observación y miró a Will como si hubiera perdido por completo la chaveta.

—Hijo —dijo Leuchten, volviéndose directamente a Hamza—. He sido informado de lo que esa mujer os hizo a ti y tu esposa y os ofrezco por ello mis más sinceras disculpas. Es un agente autónomo, no tenemos ningún control sobre sus métodos.

—Yo... —comenzó a decir Hamza.

—Pero vosotros la enviasteis, ¿no? —lo interrumpió Dando—. Vamos a dejarlo claro: lo que sea que esa mujer hizo fue porque vosotros así lo queríais.

Leuchten frunció el ceño y dejó pasar unos segundos antes de responder.

—Vosotros tres podéis ir a una sala de espera que hay junto a esta —dijo, señalando a Hamza, a Miko y a Leigh—. Y cualquier cosa que necesitéis, solo tenéis que pedírsela a uno de los marines —dicho esto, apuntó con el dedo a Will—. Tú te quedas. Siéntate.

Un pequeño grupo de soldados apostados contra la pared abandonaron su puesto para escoltarlos a todos excepto el Oráculo. Dando dio unos pasos tras ellos, pero se detuvo cuando los fusiles cambiaron de posición y lo apuntaron a la cabeza. Él levantó las manos en gesto de rendición y dijo a sus amigos antes de que saliesen de la habitación:

—Está bien, chicos, de veras. Muy pronto volveremos a estar juntos.

Una vez la puerta se hubo cerrado tras ellos, el Oráculo se sentó a la mesa frente a Leuchten y se cruzó de brazos.

—¿Por qué nos habéis secuestrado? —preguntó.

Esta vez fue Leuchten quien bufó escéptico.

—Señor Dando, nadie le ha secuestrado. Somos el Gobierno de Estados Unidos, no secuestramos personas. Usted y sus amigos han sido simplemente detenidos.

El Oráculo abrió los brazos con las palmas hacia arriba.

—¿Hay alguna diferencia?

—Por supuesto —dijo Leuchten—. Cuando nosotros lo hacemos, es legal.

—Bien —dijo Dando, frunciendo el ceño—. ¿Por qué nos habéis detenido?

—En serio, hijo, no creo que quieras jugar a este juego. Tú sabes quién eres y yo sé quién eres. Estás aquí porque Will Dando es el Oráculo.

Dando se encogió de hombros.

—¿Estoy arrestado?

—No exactamente —replicó Leuchten—. Solo queremos hablar contigo, decirte algo que debes saber. Te hemos estado buscando durante mucho tiempo para poder decírtelo, pero nos lo pusiste tan difícil a la hora de dar con tu rastro que, bueno, nos ha costado un tremendo esfuerzo lograrlo.

—¿Esfuerzo? Habéis asesinado a gente causando esos apagones, me habéis amenazado a mí y a mis amigos, habéis...

—Silencio —lo cortó Leuchten.

El chico hervía como una caldera a vapor, quizá con razón, pero el Oráculo también debía entender que ya no controlaba la situación.

—Yo hablo, tú escuchas. Hay cosas que debes oír.

Dando abrió la boca dispuesto a seguir con sus quejas.

—Will —dijo Leuchten antes de que llegara a hacerlo—, puedo decirte de dónde vinieron las predicciones. Puedo explicar cada cosa que te ha sucedido si cierras la puta boca dos minutos.

Y eso hizo el Oráculo, lo que provocó gran satisfacción en Leuchten.

—Antes de empezar, ¿quieres algo? ¿Agua? Sé lo mucho que se te seca la boca cuando te disparan con una de esas pistolas Taser. Dando vaciló, luego asintió. En el centro de la mesa había una bandeja con una jarra de agua y un montón de vasitos de cartón. Uno de los marines llenó uno de ellos y se lo pasó. Él se lo bebió hasta la mitad.

A Leuchten le traía sin cuidado la sed del Oráculo. Solo deseaba darse un respiro antes de hacer el siguiente movimiento.

Por fin había llegado su momento. Estar en esa habitación, ese día en particular... cada mínima porción de poder, y de acceso a él, que había amasado en su vida quizá tenía el fin último de que llegara ese instante. No lo había previsto, ni había advertido que la oportunidad se daría exactamente de esa manera, pero no había importado. Al llegar el momento, él estaba preparado. Era lo que había buscado toda su vida. Él sabía cómo debía ser el mundo del mañana —lo sabía mejor que nadie— y ahora estaba sentado frente al hombre que podía hacer que ocurriera.

El futuro estaba al alcance de su mano. Solo tenía que cerrar el puño y apretar.

—Le escucho —dijo el Oráculo, y dejó el vasito en la mesa.

—Esta es la situación, Will —dijo Leuchten—. Durante más de diez años, el Gobierno de Estados Unidos ha venido trabajando en alguna forma de transmitir información directamente a las mentes de la gente sobre el terreno: con esto me refiero a soldados, agentes, lo que sea, y para ello ha usado señales enviadas por satélite. Cualquier cosa que envíen estos satélites aparece en el cerebro del receptor como si fuese un pensamiento generado por él mismo.

Leuchten vio cómo el Oráculo entornaba los ojos al otro lado de la mesa.

—La tecnología dista mucho de ser perfecta. El mayor problema al que se han enfrentado, por lo que yo sé, es el de acertar en el objetivo, asegurarse de que la transmisión acabe en el cerebro correcto. Si hay diez personas en un círculo de diez metros de diámetro, puedes estar seguro de que uno de ellos recibirá los datos. Por desgracia, no se sabe cuál de ellos será.

—¿Qué me quiere decir con eso? —preguntó Dando, en un tono de voz bastante más bajo que antes, lo que a Leuchten le pareció un indicio prometedor.

Y alzó una mano para pedirle paciencia.

—Durante las pruebas, largas cadenas de datos fueron enviadas para probar a distintos sujetos —continuó Leuchten—. Los receptores anotaban esa información. Si la recibían toda, fantástico. Si había trozos que faltaban, bueno, entonces se sabía dónde estaba el problema. Entiendes la idea, supongo.

Hizo una pausa.

—Will, tus predicciones fueron una de esas pruebas. El departamento que trabaja en esta tecnología en particular realizó un ensayo hace un año. Algo no funcionó como debía en el satélite y el haz transmitido erró el tiro. ¿Dónde cayó exactamente?, los técnicos no lo sabían; eso sí, estaban muy seguros de que había sido en la ciudad de Nueva York. Y, por supuesto, así fue.

—Pero todas las predicciones al final ocurrieron —dijo el Oráculo. Su voz traslucía verdadera perplejidad—. Todas se cumplieron, todas. Es imposible.

Leuchten asintió en silencio, cambiando su expresión a una de seriedad y franqueza.

Este era su golpe maestro. El momento en que pondría toda la carne en el asador.

Inspiró profundamente.

Se jugaba su destino.

—No es imposible, Will —dijo—. Nosotros hemos hecho que ocurran, una tras otra. Necesitábamos saber hasta qué punto había tenido éxito la prueba. Imagina que alguien oyera voces en su cabeza, que le parecieran absolutamente reales, sin tener ni idea de su origen; bueno, eso abría un nuevo abanico de aplicaciones del invento que no habíamos considerado.

—De control de la mente, supongo —dijo Will—. Pretendiendo que uno es la voz de Dios, depositando en la mente de otro una idea para que haga algo.

Leuchten rio entre dientes.

—Los psicólogos aseguraban que tú debías de ser muy inteligente. Todos estábamos esperando que alguien comenzara a gritar desde los tejados que podía vislumbrar el futuro. Entonces lo encontraríamos y tendríamos una charla con él... Pero tú no hiciste eso. Nunca pensamos que mantendrías tu identidad en secreto. O que, si lo hacías, resultaría tan difícil llorar contigo.

—¿Y por qué lo alargasteis tanto tiempo?

—Por ti, Will. Por lo que hiciste. Tienes al mundo entero convencido de todo lo que subes al Sitio. Nadie lo cuestiona, nadie lo enjuicia; simplemente lo creen. Ese es un poder increíble. Un

poder muy útil.

El Oráculo se reclinó en su silla, haciendo una leve mueca de dolor, posiblemente un efecto residual de la pistola paralizante.

—Todo esto suena a que queréis que mienta por vosotros... que haga nuevas predicciones. Y necesitáis que lo haga porque aún no sabéis cómo piratear el Sitio —dijo Dando.

Leuchten se inclinó a su vez hacia atrás, negando con la cabeza. Solo un poco.

—No vas muy desencaminado. Considerando con cautela el efecto que podría tener un pronunciamiento del Oráculo, nosotros... y con nosotros quiero decir el Gobierno de tu país... podemos influir en los acontecimientos del mundo de una forma muy positiva.

El Oráculo frunció el ceño.

—La única razón por la que la gente confía en mí es que nunca les he mentado. La primera vez que prediga algo que no se cumpla, dejarán de confiar en mí.

—Bueno, eso está de algún modo en nuestras manos, ¿verdad? —dijo Leuchten—. Podemos dejar de cumplir las predicciones en cualquier momento. Y tú pasarás a ser de nuevo un tío común y corriente. Con un montón de enemigos, debo añadir.

—Simplemente... simplemente no puedo creerlo —dijo Dando—. En todo este tiempo pensé...

—Lo sé, Will —dijo Leuchten con aire paternal—. Pero no tienes de qué preocuparte. Todo cuanto te pedimos es que ayudes a tu país. Y te recompensaremos, eso desde luego. Puede que no tanto como lo que estabas obteniendo al vender las predicciones del Oráculo, pero nadie te está pidiendo que hagas esto gratis. Y, por supuesto, tú y tus amigos quedaréis absolutamente libres de toda acusación.

Will bajó la vista. Jugueteó unos instantes con el vaso de agua, moviéndolo de una mano a la otra; a punto estuvo de volcarlo, pero lo detuvo justo a tiempo para que el agua no llegara al borde. Finalmente alzó los ojos. Estaba sonriendo. Toda su actitud había cambiado, de hecho. Volvía a ser el mismo veinteañero imbécil y engreído que había entrado en la habitación minutos antes.

—Buen intento —dijo—. Pero no pienso hacer nada de eso.

—¿Perdón? —dijo Leuchten—. Me parece que no lo has entendido, Will. No estamos obligados a dejaros ir, ni a ti ni a tus amigos. De hecho, la mayoría de las personas con las que trabajo están absolutamente en contra de esa opción... El Oráculo ha desbaratado el mundo de varias y múltiples maneras, grandes y pequeñas. La gente te teme y tú te vales de ese temor para alcanzar tus objetivos. ¿Sabes en qué convierte eso al Oráculo? ¿En qué te convierte a ojos de la ley, Will Dando? En un terrorista.

Esperó a que esa palabra hiciera impacto y penetrara.

—Supongo que habrás oído hablar de esos lugares clandestinos que muchos denuncian que tenemos, ¿no? Centros de detención en mitad de la nada, donde ocurren cosas pero nadie sabe qué exactamente. Bueno, pues es cierto, ¡todo! Contamos con muchos de ellos, y las reglas dicen que podemos retenerte indefinidamente. Tengo mis dudas de que un tipo como tú volviera a ver alguna vez la luz del día.

El Oráculo se limitó a seguir sonriendo. Era enervante.

Acababa de explicarle que todas sus predicciones eran inventos y embustes, y que él mismo no entendía gran cosa de lo que ocurría, considerando las notas de la entrevista que había concedido

a la bella reportera de raza negra. Sus amigos estaban retenidos al final del pasillo y seguro que se le había pasado por la cabeza que pudiera utilizarlos como rehenes para asegurar su cooperación. Estaba en una base de marines estadounidenses y podían hacerlo desaparecer en menos que canta un gallo.

Pero él sonreía.

—¿Nos está escuchando? ¿Él? —dijo Will al fin.

—¿Escuchando? —preguntó Leuchten, intrigado—. ¿A qué te...?

—No, apuesto a que está viéndonos a través de eso. La lucecilla roja ha estado encendida todo el tiempo.

Señaló la videocámara.

—Tengo algo que decirle —dijo Dando—. A él, no a usted. Y es algo que le conviene oír, créame. El Oráculo no miente.

Leuchten no movió un dedo. Frente a él, sentado a la mesa, el Oráculo parecía absolutamente relajado.

«Frío como un témpano», pensó Leuchten, y sintió cómo el sudor le corría por la espalda.

—Tiene usted diez segundos —dijo Dando— o lo diré en voz alta, aquí, en esta misma habitación. Él lo escuchará, pero también todos los que están aquí.

Indicó con un gesto a los marines y los agentes del servicio secreto e inició una cuenta atrás.

—Hijo —dijo Leuchten—, no sé qué es lo que pretendes, pero no estás en disposición de amenazar a nadie. Solo estamos tú y yo, no hay nadie más observando.

El Oráculo hizo una pausa en su cuenta atrás y dedicó a Leuchten una mirada amarga.

—Joder, si me vuelve a llamar «hijo» una vez más... —replicó—. Cinco.

«¿Qué es lo que va a decir?», pensó Leuchten.

—Cuatro.

«¿Qué cojones va a decir? Puedo... puedo hacer que los marines lo noqueen o amordacen o... incluso que le disparen, Dios santo. Puedo evitar que hable, aún puedo pararlo».

—Tres.

Leuchten reconoció demasiado tarde que, en efecto, ese era un momento crucial en su destino, en esa piojosa sala de reuniones al fondo de una base militar en Virginia. El futuro surgiría de ese momento, modelado en una nueva configuración.

—Dos.

Él estaba presente. Él lo presenciaba. Todas sus opciones, todos los sacrificios hechos... le habían granjeado al menos eso. Solo que, en última instancia, el futuro pertenecía al Oráculo.

Leuchten se adelantó y presionó un botón del intercomunicador situado en el centro de la mesa.

—Señor, alguien aquí desea hablar con usted.

Hubo una pausa. Una pausa larga y densa.

—Hágalo pasar —dijo el presidente a través del intercomunicador, en tono gélido—. Solo.

El Oráculo se levantó de la mesa con aire satisfecho. Dos miembros del servicio secreto se situaron uno a cada lado y Leuchten lo vio marcharse escoltado de la habitación.

Él se quedó donde estaba. Los marines estaban aún presentes —posiblemente tampoco sabían qué hacer—, pero no tenía ningún interés en hablar con ellos. Transcurrieron cinco largos y silenciosos minutos.

La puerta se abrió de nuevo y el Oráculo volvió a la sala de reuniones seguido de Daniel

Green, el presidente de Estados Unidos. Leuchten se puso de pie.

—Señor, ¿está usted bien? —le preguntó.

Green no tenía buen aspecto. Normalmente tenía buen color, era un tipo rubicundo. Ahora, sin embargo, su piel era de un tono ceroso y las arrugas del rostro destacaban como profundas grietas en la frente y las mejillas. Además tenía la mirada perdida.

—Déjelos ir —dijo con voz distante—. Llévelos de vuelta a su casa y déjenlos en paz.

—Señor... ¿está usted seguro? —replicó Leuchten—. No podemos hacer eso, este no era el plan, señor presidente. Usted sabe que...

—¡Déjelos ir, maldita sea! —bramó Green.

La mirada perdida había dado paso a una expresión de furor, y algo parecido a la desesperación. Leuchten nunca lo había visto así hasta ese momento, tan descontrolado, ni siquiera en privado. Entonces miró al Oráculo, que estaba de pie a su lado y de brazos cruzados, con una expresión de honda satisfacción en su rostro.

—Bien —dijo Will Dando—. Supongo que eso es todo.

Jonas Block observó desde su silla, en una esquina del camerino, cómo el reverendo Branson descartaba una cuarta opción escenográfica que le había presentado el equipo de producción, armados todos de una paciencia divina para organizar la presentación visual de la gran cena que las cámaras retransmitirían en directo el 23 de agosto.

Se habían barajado múltiples ideas, como hacerla estilo banquete, con Branson rodeado de sus familiares y amigos. O quizá algo más íntimo, con solo unos pocos invitados: teólogos y figuras de la política, así como empresarios importantes, para subrayar la relevancia del gran hombre en ese día escogido para demostrar su poder sobre el de un falso profeta.

En última instancia, Branson había decidido que él sería el único sobre el escenario y que cenaría mientras daba un sermón sobre la fuerza intrínseca de las opciones personales y la capacidad de cada individuo de resistirse a la influencia perniciosa del demonio; lo demostraría con toda visceralidad, y de una vez por todas, al descartar siquiera la posibilidad de que la pimienta estuviese al alcance de su bistec.

Se había realizado una campaña de relaciones públicas para el gran evento, y los donativos habían aumentado por primera vez en meses. Por supuesto, existía el peligro de que el coste de montar esa cena superara todas las ganancias que percibirían, pero, tal como lo veía Jonas, a Branson eso no le importaba en absoluto. Era su momento, su línea trazada en la arena. Gastaría la suma que fuese para vencer. Derrotar al Oráculo lo era todo y debía hacerse en público, con el mundo entero atento a sus pantallas. De lo contrario, aún quedaría resquicio para la duda.

No importaría que todas las demás predicciones se hubieran cumplido, ni que Branson hubiera intentado convencer al mundo de que el Oráculo era un fraude aun cuando todo indicaba que no había hecho más que decir la verdad.

Se desechó una quinta opción escenográfica, y las falsas sonrisas empezaron a esfumarse de los rostros de los miembros del equipo de producción.

Entonces sonó el móvil de Jonas, lo sacó del bolsillo y echó un vistazo a la pantalla.

«¿Matthew Wyatt? —pensó—. Esto sí que es una sorpresa».

Wyatt trabajaba en Washington D.C.; en concreto, en la Casa Blanca. Jonas sabía que la clase política, sobre todo la más joven, gustaba de exagerar su acceso a las altas esferas. Wyatt era, sin embargo, uno de los de verdad; era asesor del jefe de gabinete. Trabajaba directamente con cientos de grupos de presión que intentaban todo el tiempo introducir su agenda en el Despacho

Oval, barajando cuál de ellas merecía la atención de Anthony Leuchten y, en consecuencia, podía ser transferida al escritorio del presidente.

Matt Wyatt era un viejo amigo; habían ido juntos al mismo colegio cristiano en Carolina del Sur y habían mantenido el contacto cuando descubrieron por casualidad que ambos trabajaban en la órbita de hombres poderosos. Un viejo amigo, por supuesto, pero que no solía llamar sin un motivo y solo enviaba algún mensaje de texto ocasional, o se ponía al día por correo electrónico una o dos veces al año. Pero ¿una llamada sin ningún propósito previo? Era extraño.

Jonas dio un toquecito a la pantalla para responder a la llamada y se llevó el móvil al oído.

—Hola, Matt —lo saludó—. ¿Qué hay de nuevo?

—Hola, tío —oyó que decía la voz excitada de Wyatt—. Tú solo escucha, no puedo hablar mucho tiempo. Sé quién es el Oráculo. El FBI lo ha encontrado y el presidente acaba de encontrarse con él en Quantico. No estaba dentro de su agenda: íbamos de camino a Carolina del Sur para dar un discurso de campaña cuando nos desviamos hacia Virginia. Jim Franklin, el director del FBI, llamó por teléfono y, después de hablar con él, Green nos ordenó desviarnos hacia Virginia. Antes del encuentro nos llegó un breve *dossier* y le eché un vistazo cuánto el presidente bajó del avión.

—Eso es... es increíble —dijo Jonas—. ¿Y quién es?

—Su nombre es Will Dando. Vive en Nueva York.

Jonas cerró los ojos.

«Will Dando», pensó, y de pronto se dio cuenta de la tremenda oportunidad que se le acababa de presentar.

—Matt, ¿por qué me lo cuentas? ¿No es...? Quiero decir, no debe de ser el tipo de asuntos que el presidente querría que se difundieran.

—No lo es —dijo Wyatt—, pero yo he seguido atentamente los sermones de Branson y sé el peligro que representa el Oráculo y lo mucho que habéis trabajado para dar con él. Todo este asunto de los Detectives de Cristo que habéis organizado... me impactó de lleno, supongo. Pienso que si alguien se merece saber quién es, ese es el reverendo.

Jonas quedó maravillado. La absurda idea de Branson había funcionado de algún modo.

—Debo colgar —dijo—. Necesito contarle esto a Branson ahora mismo.

—Eso es lo más inteligente que podrías hacer —dijo Wyatt—. No soy la única persona que conoce el nombre y estoy seguro de que la noticia va a correr como la pólvora. Sin embargo, pienso que es Branson quien debería decírselo al mundo. El primero. Se lo merece después de todo lo que ha hecho.

Jonas alzó la mirada y la clavó en Branson, sentado en la otra punta del camerino, mientras le aplicaban el maquillaje y regañaba enfadado al equipo de producción por algún fallo.

—Sí, claro —dijo—, así es. Ahora debo colgar, Matt. Gracias. Te debo una.

Jonas apagó el móvil y observó pensativo al reverendo durante bastante rato.

Pensó en el problema de la fe y en si sería tan solo un decorado de Hollywood, una bella fachada con absolutamente nada detrás.

El Oráculo era un individuo llamado Will Dando.

Cogió de nuevo su móvil y barrió con el dedo la pantalla. Revisó su correo electrónico, dándole al Oráculo una última oportunidad. Notó sin la menor sorpresa que no había nada: ninguna respuesta del hombre, Will Dando, que conocía el futuro.

En ese momento, por primera vez en su dilatada vida de creyente, la fe le pareció de pronto ridícula, un juego de niños o de idiotas. Inútil, salvo como herramienta de manipulación de los demás. Una mentira.

Branson le había dicho eso mismo en su estudio repleto de santos, utilizando casi esas mismas palabras.

La fe había desaparecido. La fe no lo ayudaría, no podía hacerlo. Jonas escudriñó en su alma buscando algo que pudiera reemplazar a esa fe y que redefiniera el rostro del hombre que le había dicho la verdad desde un principio.

Branson era un embustero... pero al menos a él nunca le había mentado.

La fe había fallado. Todo cuanto quedaba en pie era su lealtad. La lealtad sí tenía sentido. La lealtad podía conducirlo a uno a algún sitio.

Jonas se dirigió hacia los maquilladores, los miembros del equipo de producción encargados de la escenografía y algunos de los parásitos que se arracimaban en torno a Branson.

—Necesito que os vayáis todos, ahora mismo —les dijo.

Branson lo miró sorprendido.

—¿Cómo? No hemos terminado aún, hermano Jonas.

—Confíe en mí —le dijo a Branson, y dirigiéndose a los asistentes, indicándoles la puerta, añadió—: Iros.

Todos miraron al reverendo sin entender nada, buscando que diera una contraorden a la del secretario, pero al no encontrarla, salieron uno tras otro.

—¿Qué está pasando? —dijo Branson con la voz crispada.

—El nombre del Oráculo es Will Dando —respondió Jonas, y le explicó cómo se había enterado.

El rostro de Branson palideció bajo el maquillaje y luego volvió a su color normal, sonriendo a su propia imagen en el espejo.

—Bien —dijo—. Doy gracias a Dios por los favores concedidos.

34

—¿Por qué está ella aquí, Will? —preguntó Hamza sin dejar de mirar el monitor, con sus dedos bailoteando sobre el teclado.

—Le prometí una entrevista —respondió Will—. Acaba de vivir un infierno por mi culpa, es lo menos que puedo hacer.

—No es eso a lo que me refiero. Pensé que íbamos a limpiar este lugar antes de huir. Tenemos que irnos en diez minutos, veinte como mucho.

—Tengo que acabar de empaquetar —dijo Will—. Hablaré con ella mientras tanto.

Se dirigió a su cuarto y de camino echó un vistazo al cuarto de baño, donde estaba Miko de pie junto a la bañera, ocupada en revolver con un palo de escoba un compuesto de agua, vinagre y sal, pensado para disolver el papel. Al lado, en el suelo, había una gran trituradora y, encima del lavabo, una pila de papeles —notas acerca de los planes del Sitio, correos electrónicos impresos — preparados para ser eliminados.

—Casi listo —dijo ella sin mirarlo—. Date prisa, Will.

El dormitorio era pequeño y estaba en completo desorden, lleno principalmente de instrumentos musicales, equipos de grabación y con la cama sin hacer. Will buscó debajo una bolsa de lona y miró a su alrededor tratando de decidir si de verdad necesitaba llevarse algo más.

—No me puedo creer que me llamas —comentó Leigh Shore—. Cuando bajamos ayer de ese helicóptero, pensé que nunca más volvería a verte.

Estaba ahora apoyada en la pared con sus tejanos, una camiseta holgada y una sudadera con la cremallera bajada.

—Sentí que te lo debía —dijo Will mientras metía algunas mudas en la bolsa—. Y además quería decirte que estás a salvo, no van a venir por ti al menos hasta noviembre. Todo esto debería estar finiquitado para entonces.

—¿Noviembre? —preguntó ella, sin hacer ningún gesto a la grabadora ni tomar notas—. Estoy a salvo... ¿hasta noviembre?

—Eso es. Del presidente, cuando menos. Del resto del mundo, no sé, pero el Gobierno de Estados Unidos nos dejará en paz durante los próximos seis meses.

—¿Y cómo lo has logrado? —preguntó Leigh con voz monocorde, extraña—. Yo creí que ya estábamos muertos. ¿Qué hiciste para que nos dejaran ir?

—Supe que estaríamos bien en cuanto vi las banderas estadounidenses —respondió Will—.

Siempre temí que nos llevaran a Libia u otro lugar parecido.

—¿Libia? —dijo Leigh.

—Libia, Corea del Norte, el que sea. Francia. Ya sabes a qué me refiero. Algún país por el que no nos haría ninguna gracia ser secuestrados. Da igual.

—Will, por favor —dijo Leigh con un deje de frustración asomando en su voz—. ¿Cómo lo hiciste?

—El presidente estaba allí escuchando, en la habitación de al lado —contestó Will a toda prisa—. Después que os sacaran de allí, ese tío, Leuchten, me soltó una sarta de mentiras acerca de que era el Gobierno el que me había enviado las predicciones.

—¿Qué? —dijo Leigh con voz aguda.

—Es todo falso y te diré por qué. —Arrojó unas cuantas fotos enmarcadas a la bolsa—. Una de las predicciones era... bueno, si de verdad el Gobierno estadounidense hubiera estado detrás de ella, jamás la hubiera enviado, de ninguna manera. Tú sabes que no subí todas las predicciones de que dispongo al Sitio, ¿verdad? Que guardé algunas para mí.

—Si tú dices que lo hiciste, me lo creo —convino Leigh.

—Bueno, pues lo hice. Ni siquiera Hamza las conoce todas, y algunas de ellas me las reservé para mí porque me pareció que podrían resultar de provecho si ciertas cosas... Pero me estoy desviando del tema —se corrigió—. Estando allí, en Virginia, insistí en que necesitaba hablar directamente con el presidente Green. Al cabo de un rato, me lo permitieron y le dije dos cosas. Entonces nos sacaron a todos de allí en cuestión de diez minutos.

Leigh lo miró fijamente a los ojos.

—¿Y vas a decirme qué demonios fue lo que le dijiste al presidente?

Will vaciló unos segundos. Guardárselo quizá fuera lo mejor, pero entonces pensó en esta chica que había sido abducida por el tornado desencadenado por el Sitio sin tener arte ni parte en la cuestión. Peor aún: no parecía que todo hubiera ocurrido por azar. Era él quien la había escogido y ahora ella se iba a pasar el resto de su vida preguntándose qué fue lo que pasó realmente en Virginia y si volvería a ocurrir otra vez.

Se preguntó si eso era algo que debía preocuparle de forma particular, teniendo una mayor perspectiva de la situación y considerando todo lo que el *Sitio* estaba provocando. Y decidió que sí, absolutamente, porque esto —a diferencia de cualquier otra cosa horrible que él mismo hubiera ocasionado en el mundo— era algo que sí podía reparar.

—Extraoficialmente —dijo al fin—. Tiene que serlo y entenderás por qué tan pronto como te lo explique.

Leigh asintió e hizo el gesto con los dedos de sellarse los labios.

—Le dije al presidente que le iban a diagnosticar un cáncer linfático en fase cuatro en enero del próximo año. Y le indiqué que me había encargado de que todas mis predicciones fueran difundidas por el Sitio, incluida esa, a menos que yo mismo diera instrucciones diarias al sistema para retenerlas.

Leigh lanzó un silbido.

—Dios santo, ¿y es verdad eso? ¿Se va a morir?

—No lo sé, solo sé que lo del diagnóstico es verdad.

—¿Y qué dijo él?

—Al principio, nada. ¿Qué puede uno decir ante algo así? Se quedó con la cara petrificada. Se

notaba que lo estaba procesando. Si el país se entera de lo del cáncer, no tendrá un segundo mandato, nadie votará por un presidente en fase terminal.

Al decir esto se encogió de hombros.

—Le dije a Green que nos dejara marchar y le di mi palabra de que no dejaría que esa predicción en particular se filtrara antes de las elecciones. Pero que si se le ocurría acercarse a nosotros de nuevo, sería difundida.

—Por eso dices que estamos a salvo durante los seis próximos meses —repuso Leigh.

—Hasta el primer martes de noviembre —precisó Will—. El día de las elecciones. Con suerte, más tarde. Nosotros sabíamos que al final podía ocurrir algo como esto... Hicimos planes para ello.

Will cogió un pequeño disco duro donde guardaba la mayoría de sus temas originales y lo incluyó en la abultada bolsa de lona. Luego miró los bajos y otros instrumentos apoyados en la pared, algunos dentro de su estuche y otros a la vista. Algunos hacía diez años o más que los tenía. Pero no había manera de llevárselos consigo.

Cerró la bolsa y dio un paso hacia Leigh, mirándola a los ojos.

—Me imagino que debes de estar registrando todo esto. Quizá hasta me tengas grabado en vídeo, no lo sé. En realidad, no te conozco. Hamza está cabreado por haberte invitado a que vinieras.

—Lo he notado —dijo Leigh—. ¿Por qué lo hiciste?

—Soy el responsable de muchas cosas y no quería que fastidiarte la entrevista fuera una más.

Leigh enarcó una ceja.

—Will, honestamente... eso es una tontería.

—Pues soy culpable también de eso.

Leigh bloqueaba la salida de la habitación, de pie, con los brazos en jarra y la vista clavada en él.

—¿Puedo pasar? —le pidió Will.

—Aún estoy pensando en escribir un artículo —dijo Leigh—. Me esforzaré para que las notas que tomé en nuestra entrevista del hotel sean exactas. Lo haré de memoria, creo tenerlo aún todo en mi cabeza. Mierda, Will, tengo el material de tres entrevistas con el Oráculo, incluida la de hoy. Si no soy capaz de armar una historia con todo eso, será mejor que deje esta profesión.

«¿Tres?», pensó Will, y se la quedó mirando un buen rato, ella sin pestañear.

—Pensaba que no te acordarías —le dijo él.

—Union Square —dijo Leigh—. Te reconocí de inmediato en el helicóptero cuando te vi sin la peluca. ¿Fue esa la razón por la que me escogiste? Debo decirte que sigo sin entenderlo.

Will sintió que se ruborizaba.

—Yo... solía leer todos los artículos que aparecían sobre el Oráculo —le explicó—. De todo aquel que especulaba con mi identidad o sobre la veracidad de la historia. Dejé de hacerlo cuando la cosa empezó a ponerse negra. Pero antes de eso tú habías escrito un artículo sobre mí que me pareció muy distinto del resto: hablabas de mí como si fuese una persona. Te preguntabas en lo que estaría pensando y sintiendo y en lo difícil que sería lidiar con todo esto. —Se encogió de hombros—. Ese artículo se me quedó grabado. Es la razón por la que hablé contigo en Union Square. Reconocí tu nombre.

Se miraron un buen rato.

—Yo sabía que ese texto era bueno —dijo Leigh—. Casi logró que me despidieran, pero sabía que era bueno.

—Pues claro —coincidió Will.

Se volvió y gritó hacia el salón:

—¿Cómo vamos, Hamza?

—Casi estoy —respondió—. Podrías haber organizado tus archivos un poco mejor, ¿no? Lo tienes todo manga por hombro. Solo quiero asegurarme de que nos llevamos todo lo necesario.

Will miró de nuevo a Leigh, que estaba esperando, y también lo miraba a él.

—Antes de que se me olvide —le dijo—. Vas a necesitar la predicción de la que hablamos, para que la gente crea que me entrevistaste de verdad. Además, voy a subir al Sitio algo sobre ti, como dije que haría.

—Gracias. Eso me facilitará mucho las cosas.

—Estupendo. ¿Puedes tomar nota?

Leigh hurgó en el bolsillo anexo a su capucha y extrajo una libretita de notas y un bolígrafo. Will reconsideró el conjunto cada vez más reducido de predicciones que aún no había difundido al mundo de una u otra manera. No le llevó demasiado hacerlo. Solo le quedaban tres de ellas, y dos —la siempre confusa secuencia de 23-12-6 y una frase vaga relativa a una lavandería— no le servían de mucho a Leigh.

Aun así, la tercera... era perfecta. A Will no le sorprendió en absoluto. El Sitio le había proporcionado exactamente lo que necesitaba en cada etapa del camino... No, ni siquiera lo que él necesitaba. Lo que el propio Sitio necesitaba.

Era como la caja de herramientas del diablo y casi todas habían sido ya utilizadas, pero no todas; en ese minuto en que necesitaba una predicción, tenía exactamente la adecuada para el propósito.

—Dentro de más o menos dos semanas, el cinco de julio, un individuo llamado Manuel Escobar pescará un tarpón de noventa y cinco kilos en Santa Mónica. Ocurrirá aproximadamente a las tres y media de la tarde, después de la hora de comer.

Observó a Leigh anotándolo y al mismo tiempo imaginó al Sitio con una sonrisa diabólica al desprenderse de otro fragmento de su reserva. Leigh lo miró de forma extraña.

—Presidentes con cáncer y Manny Escobar pescando un tarpón. Quienquiera que te esté enviando este material tiene una idea extraña de lo que es relevante y lo que no.

—Todo es relevante, Leigh —repuso Will—. Si no hubiera obtenido la predicción referida a Escobar, que no parecía lo suficientemente importante para subirla al Sitio, igual no hubiese tenido que servir para que demostraras que te reuniste conmigo.

Leigh se estremeció sin quererlo.

—¿Qué significa, Will? —preguntó.

—Si logras deducirlo, házmelo saber. Yo dejé de darle vueltas hace ya mucho tiempo —mintió.

—Hay algo más —dijo Leigh—. Cuando estábamos en el Waldorf, estuviste a punto de decirme algo importante que creías que el mundo debía saber.

Will la miró otra vez, un buen rato.

—No estoy seguro de a qué te refieres —dijo.

Enseguida se echó la bolsa de lona al hombro y pasó a su lado camino del salón.

—Miko, ¿puedes venir un segundo? Quiero hablar contigo y con Hamza.

Miko salió del cuarto de baño secándose las manos en los pantalones. Hamza levantó la vista del ordenador con gesto de frustración.

—Venga, Will, tenemos que terminar con esto y salir pitando de aquí. La gente puede relacionar fácilmente este lugar contigo. Si no hubiera aquí tanto material relacionado con el Oráculo, jamás te habría dejado volver a tu apartamento. Tenemos que limpiarlo y largarnos ya.

—La casa de seguridad será muy agradable —dijo Miko—. Casi como unas vacaciones. De todas formas, Nueva York es una mierda en verano.

—No —dijo Will.

Hamza lo miró con expresión interrogante.

—¿Estás pensando mejor en la República? —le preguntó.

—No —repitió Will—. Yo iré a la casa de seguridad, pero vosotros dos necesitáis coger vuestro material y marcharos a otro lugar, uno del que yo no sepa nada. Crearos una vida nueva para vosotros, tened a vuestro bebé, olvidaos de que alguna vez me conocisteis.

Hamza y Miko se miraron el uno al otro. Guardaron silencio un segundo y miraron de nuevo a Will.

—¿Estás seguro? —preguntó Hamza.

—Sí. Iros ya. Todo está bien. Yo asumiré las consecuencias de lo que pase.

—Ay, Will —dijo Miko.

—Está todo bien —repitió Will—. Y yo estaré bien.

Miko estiró su mano y le cogió la suya. Al cabo de un momento, Hamza hizo lo mismo. Will retuvo las manos de sus amigos un buen rato. Leigh observaba inquieta la escena.

—Gracias —dijo Miko.

—Volveremos a estar todos juntos antes de lo que piensas —dijo Hamza—. Mi hijo va a necesitar un padrino cuando todo esto termine.

Will los dejó ir.

Cuando todo eso terminara. Él ni siquiera podía figurárselo.

Entonces sonó su móvil. Extendió la mano sin pensar y comprobó quién lo estaba llamando.

—Es mi madre —dijo.

—No estás en casa —dijo Hamza—. No hay tiempo.

Miko le arrebató el móvil, echándole una mirada de reproche.

—Vas a desaparecer Dios sabe por cuánto tiempo —dijo—, no seas estúpido, Will.

Y ella misma respondió al móvil.

—Señora Dando, ¿qué tal está? —dijo—. Soy Miko Sheikh. Llevamos siglos sin hablar, ¿cómo se encuentra?

«Mamá», pensó Will. Llevaba sin hablar con ella desde... ¿cuándo? La había llamado una o dos veces desde que había tenido el sueño del Oráculo, pero sus conversaciones habían sido siempre breves. «¿Hace dos meses? —se preguntó—. ¿Tres?»

Miko ya no hablaba. Fuera lo que fuese lo que su madre le estuviera diciendo, no parecía gustarle. Tenía la frente completamente arrugada. Will enarcó una ceja. «¿Qué?», le preguntó a Miko con gestos.

—Sí, ahora mismo se lo paso —dijo ella y le dio el teléfono.

Will no deseaba hablar otra vez con su madre. Parecían malas noticias, una de esas llamadas

para avisar de la muerte de alguien, pero igualmente cogió el móvil.

Miko se volvió a Hamza y le indicó el ordenador.

—Acaba ya. Ahora mismo —dijo con frialdad.

—Hola, mamá —la saludó Will mientras oía cómo Hamza tecleaba otra vez con frenesí.

—¿Es cierto, Will? —le preguntó su madre—. ¿Tú eres el Oráculo?

A Will se le congeló la sangre en las venas.

—Ha salido en la CNN. ¿Es cierto?

Will pudo notar el miedo en la voz de su madre.

«¿Miedo por mí o de mí?», se preguntó.

Apartó el móvil de la oreja.

—Miko, pon la CNN, rápido.

Miko obedeció con un gesto y cogió el mando a distancia de la mesa de centro para encender el televisor de cincuenta y cinco pulgadas de Will, un poco grande para su apartamento y una de las cosas que había comprado durante los primeros días con el dinero obtenido con el Oráculo.

En la pantalla aparecía un presentador hablando, y debajo de la imagen pasaban sucesivamente los titulares más importantes: «noticia de última hora: El consejero espiritual de la Presidencia, el reverendo Hosiah Branson, identifica al Oráculo...». En una ventanita situada encima del presentador aparecía una grabación de Hosiah Branson en una especie de estudio de televisión, junto a un atril donde había una fotografía ampliada que Will reconoció al instante.

La sangre en sus venas pareció explotar.

Solía emplear una misma foto para todo —Facebook, Twitter, citas—, siempre la misma imagen, de la única vez en que le pareció que había salido decente, tomada durante una actuación hacía pocos años. En ella tenía el cabello más largo y sonreía, y se veía como él creía que debía verse. Esa foto estaba ahora allí, en las noticias de la CNN.

—Según Branson, el Oráculo es un residente de Nueva York llamado Will Dando —dijo el locutor. Su madre le hablaba en la oreja, pero él no la escuchaba—. El reverendo Branson hizo su anuncio incluyendo dos descripciones de un individuo indio o de rasgos arábigos, una mujer asiática y otra de raza, pelo y ojos negros, que él afirma que son los compinches del Oráculo. Es cuanto sabemos por ahora, a la espera de nuevas informaciones. Esta mañana tengo a mi lado a uno de los asesores legales de la CNN, Sarah de Koort. Tras la pausa, tendremos oportunidad de conocer su opinión acerca de si el reverendo Branson está incurriendo en algún tipo de responsabilidad penal al revelar la identidad del Oráculo.

—¡Ese HIJO DE PUTA! —gritó Will a la pantalla.

—¡Will! —exclamó su madre al oído, impactada.

—Escucha, mamá, estaré bien, no te preocupes por mí. Sois vosotros los que debéis cuidaros... tú y papá. No van a tardar mucho en dar con vosotros. Os enviaré dinero, a los dos y al resto de la familia. Mucho dinero. Tomadlo y desapareced por un tiempo, y dile a Emily que haga lo mismo. Marchaos al extranjero si podéis... Pronto me pondré en contacto con vosotros, lo prometo.

—Ay, Will. Ay, Dios —dijo su madre entre suspiros al otro lado del auricular—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Sonaba perpleja. Herida.

—No quería preocuparte, ni tampoco contestar a preguntas cuya respuesta desconozco, mamá.

Yo... lo siento.

—Ay, Will —repitió la mujer. Su voz ahora parecía más firme—. No entiendo cómo ha podido ocurrir todo esto, pero estoy muy orgullosa de ti. Por toda la gente que has salvado con tus predicciones... Estás haciendo algo bueno, ¡algo sorprendente!

Will cerró los ojos.

—Gracias, mamá —dijo—. Ahora debo colgar. Te quiero y os volveré a ver tan pronto como pueda.

Su madre estaba sollozando.

—Yo también te quiero, Will. Por favor, cuídate.

Will apretó aún más los párpados y colgó. Su móvil comenzó a sonar otra vez de inmediato. Luego se encendió una lucecita en el de Hamza y, a los pocos segundos, en el de Miko.

Hamza se levantó de un salto y sacó su móvil del bolsillo, extendiendo la otra mano hacia ellos.

—Los teléfonos, rápido. Pueden usarlos para rastrearnos, aunque los tengamos apagados.

Reunió los tres móviles y desapareció en el cuarto de baño; poco después les llegó el ruido de algo cayendo al agua.

—Dios —dijo Will, y sintió un brazo rodeándolo por el hombro. Abrió los ojos. Era Leigh.

—Lo siento, Will —le dijo.

—Está bien —dijo él, algo más sereno—. Es hora de irnos.

Hamza salió del cuarto de baño con las manos vacías. Miró el monitor en el escritorio de Will. Dudó un segundo y luego corrió hacia él para teclear algo más.

—¡Olvidalo! —gritó Will.

—Will, debo terminar esto. Si no lo hago correctamente, aún se podrá recuperar información desde aquí. Deducirán cómo encontrarnos, lo de la cabaña, la República. El dinero.

—¡Hamza! —gritó Will, frustrado—. Posiblemente ya estén abajo, en la entrada. ¡Tenemos que irnos! Podéis venir conmigo en el avión... Cuando estemos lejos, nos separaremos.

—No, tú llévate a Miko y marcharos todos —propuso Hamza—. Yo iré enseguida detrás. Es un vuelo chárter, no vamos a perderlo. Pero hay que hacer esto o no tendrá ningún sentido que nos vayamos.

—Yo esperaré a Hamza —dijo Miko de inmediato.

—No, amor mío, es absurdo, vete con ellos —dijo Hamza, empeñado frenéticamente en finalizar el borrado del ordenador de Will.

—Yo me quedo —dijo ella en tono suave pero muy firme.

—Mierda —dijo Will—. ¡Al menos déjame hacer eso a mí!

Hamza lo miró fugazmente.

—Tú eres una calamidad con los ordenadores, colega. Tardarías un cuarto de hora; yo lo haré en tres minutos. No hay nada más que hablar. Yo no soy el Oráculo, tú sí. Vete ya, Will.

Will dudó unos segundos.

—De acuerdo. Salid vosotros de aquí tan pronto como os sea posible —les dijo a los dos—. Vamos, Leigh, hay un taxi esperándonos abajo, te dejaré de camino al aeropuerto.

Will cogió la bolsa de lona con sus cosas y corrió hacia la puerta. Allí tomó también una gorra de béisbol y las gafas de sol de una mesita situada a la izquierda de la entrada y se las puso. Como disfraz era bastante pobre, pero era todo lo que tenía.

Desde allí miró a Hamza. Y a Miko a su lado, ella cruzada de brazos. Hamza estaba sumergido en la pantalla, moviendo las manos a toda velocidad. El rostro de Miko era conmovedor: bello y pálido.

—Daos prisa —dijo Will.

—Descuida, tío —respondió Hamza sin mirarlo—. Cinco minutos después de vosotros máximo. Ahora, marchaos.

Leigh ya estaba en el rellano, había cogido la bolsa de Will y espera junto a las escaleras. Se la veía asustada, pero a la vez excitada.

—Cada vez que te veo es un caos, ¿no? —le dijo.

—Intenta vivir con ello —le dijo Will.

Cogió la bolsa y siguió a Leigh los seis tramos de escaleras hacia abajo.

Ya en la calle, justo en la esquina del edificio, esperaban dos taxis Lincoln. Will corrió hacia el más cercano y dio unos golpecitos en la ventanilla del conductor.

—¡El maletero! —dijo.

El conductor, un individuo de raza negra con aspecto de haber nacido en el centro de África, asintió con gesto amistoso. Will corrió hasta el maletero y arrojó dentro su bolsa. Leigh abrió la puerta de atrás y tiró su bolso encima del asiento. Luego miró al otro lado de la calle. Se le tensó todo el cuerpo.

—Will —musitó—. Mira.

Will miró. Avanzando hacia ellos por la acera, a una manzana de distancia, venía un grupo de unas veinte personas, hombres y mujeres de distintas edades y razas, unidos aparentemente por un mismo propósito. El individuo que iba en cabeza, de aspecto rudo, cabellos grises y abrigo largo, sostenía un móvil en la mano donde consultaba cada dirección y número de edificio por los que pasaban.

—Sube al coche, Leigh —dijo Will, y cerró el maletero—. Tenemos que irnos.

Ella subió al taxi y se desplazó al lado opuesto. Will entró a continuación, con la única esperanza de que el conductor no hubiera estado escuchando las noticias mientras esperaba.

—¿Al aeródromo Macallan? —les preguntó tras consultar una libretita de notas que tenía en el asiento del copiloto.

—Correcto, pero haremos una parada en el camino. Usted conduzca y ya le avisaremos.

—Como usted diga, señor —dijo el taxista, y el automóvil partió hacia la esquina próxima, donde hubo de detenerse ante un semáforo en rojo.

Will y Leigh se volvieron en sus respectivos asientos para observar la entrada al bloque de apartamentos de Will. El grupo acababa de llegar y permanecía arracimado en desorden frente al portal, enfrascado en una acalorada discusión. Will supuso que estaban decidiendo si llamaban a voces hacia arriba o entraban directamente en el portal.

Entonces apareció el rostro de Hamza en el callejón junto al edificio y miró cautelosamente al grupo que esperaba en el portal. Había salido por una puerta lateral, la que estaba en la lavandería del sótano. Brillante.

Luego Hamza se volvió para hablar con alguien que lo seguía; debía de ser Miko. Asomaron los dos desde el callejón, cada uno con su propia bolsa de lona, ignorando al segundo vehículo que esperaba aparcado junto a la cera, intentando llegar a la esquina sin ser vistos.

Leigh extendió su mano y aferró como una tenaza la de Will, que apenas lo advirtió: no podía

apartar la vista de sus amigos.

—Por favor —dijo en voz alta.

Después oyó el griterío y se volvió. La muchedumbre reunida en la entrada del edificio acababa de descubrir a las dos figuras intentando escabullirse y corría ahora por la acera persiguiendo a Hamza y a Miko.

—¡No! —gritó Leigh.

El semáforo cambió a verde y el vehículo donde iban cruzó la intersección para enfilarse por la avenida.

Will observó desesperanzado a sus amigos corriendo por la acera, ambos aferrando sus bolsas en aquellos segundos cruciales, más de lo debido, porque Miko se iba quedando rezagada. Entonces decidieron deshacerse del equipaje, tirándolo a un lado de la acera, y siguieron corriendo, pero la multitud atrapó a Miko. Alguien la hizo caer y ella intentó seguir adelante aunque fuera arrastrándose.

Leigh tragó saliva.

Will vio el rostro de Miko golpearse contra el pavimento. Hamza dio media vuelta para ayudarla y en apenas unos segundos la multitud los rodeó a ambos. Will se oyó repetir «¡No, no, no!» una y otra vez al ver el zapato de alguien impactar contra el vientre de Hamza, y a alguien más retorcer el brazo menudo y delgado de Miko. Eran como diapositivas, imágenes aisladas de violencia en las que el caos grupal y sus componentes individuales variaban a cada segundo para ofrecerle otra escena.

—¡Pare el coche! —gritó Will.

Extendió su mano para agarrar la manilla, pero el conductor había bloqueado las puertas nada más ponerse en marcha.

Leigh rodeó a Will tan fuerte como pudo con sus brazos, aunque él intentaba liberarse.

—¡Déjame salir, los van a matar! —gritó.

—Will, no, son demasiados. No puedes volver allí, te van a atrapar. Tenemos que irnos.

—No, tú no lo entiendes. A mí no me pasará nada. ¡El Sitio me quiere vivo!

—¿Señor? —preguntó el conductor desde el asiento delantero—. ¿Va todo bien?

El coche había aminorado la marcha. Entonces Will consiguió liberarse del abrazo de Leigh y logró abrir la puerta de un fuerte tirón. Saltó a la calle, quedando de pies y manos sobre el asfalto. Allí mismo se puso de pie. Ahora que estaba fuera del coche, oía los bramidos de la multitud: gritos sobre el Oráculo y Dios, y sobre el demonio. Su mente se quedó en blanco, enfurecida.

—¡Will! —le gritó Leigh desde el interior del taxi.

Will corrió por la acera en dirección a los asaltantes, que aún tenían rodeados a Hamza y a Miko. El segundo taxi esperaba junto a la acera. A través del parabrisas, Will vio al otro conductor hablando excitado por su móvil, mientras observaba a la multitud.

En dos grandes zancadas, saltó sobre el morro del coche. El conductor lo miró sin entender nada.

—¡Llame a la policía! —le dijo Will—. ¡Ahora mismo!

Sin esperar una respuesta, Will dio otro paso y se encaramó al techo del vehículo, desde el cual observó a la muchedumbre al nivel de la acera. Pudo ver en el centro a sus amigos. Miko estaba encogida en posición fetal y Hamza rodeaba a su esposa con los brazos, empuñado ciegamente en protegerla.

—¡Basta! —gritó Will—. ¡Aquí estoy!

Los que estaban más alejados del grupo lo escucharon y luego lo vieron encima del coche, abriendo asombrados los ojos, y un momento después el resto se volvió hacia él, todos a la vez. Will oía los sollozos de Miko.

—Sabéis quién soy —les gritó—, y lo que puedo hacer. ¡Apartaos de mi camino!

Saltó desde el techo del taxi y encaró al primer sujeto que vio, un hombre más viejo que el resto, de cabello cano y una barba de varios días. El tipo retrocedió y Will avanzó unos pasos, cruzando entre la muchedumbre, que se abrió en dos para franquearle el paso. Los miraba fijamente a los ojos, hasta hacerlos bajar a todos la mirada.

Luego se agachó junto a Hamza y Miko. Él estaba con los ojos cerrados y tenía el rostro amoratado y tumefacto, con la sangre brotando de los labios y la nariz, lo que daba un ligero brillo oscuro a la mitad inferior de su rostro. Miko levantó la vista y lo vio. Parecía estar mejor que Hamza, pero solo un poco.

—Will... —alcanzó a decir.

—Vamos —dijo él—. Tenemos que irnos ahora. ¿Puedes ponerte en pie?

—No lo sé, puedo intentarlo. Hamza...

—Yo me ocupo de él.

Will ayudó con sumo cuidado a Miko a levantarse. La chica acunaba protectoramente su vientre con una mano y con la otra ayudaba a levantar a Hamza, que se revolvió momentáneamente, pero sin abrir los ojos. Will puso el brazo de su amigo alrededor de su hombro y miró a su alrededor, esperando que la multitud los hubiera rodeado otra vez, pero no fue así. El pasillo estaba despejado y la misma gente que minutos antes gritaba exaltada, mientras golpeaba a dos personas hasta casi matarlas, ahora se limitaba a observar la escena en un silencio enigmático.

Will avanzó renqueando por la calle con Hamza y Miko, recogiendo por el camino los bolsos de ambos. El segundo vehículo aún aguardaba junto a la acera. Miko abrió la puerta de atrás y Will ayudó a Hamza a subir. Se había recobrado lo suficiente para no resultar un lastre, de modo que se arrastró al lado opuesto del asiento para dejar espacio a su esposa. De pronto, Miko dejó escapar un grito de dolor y se agarró el vientre con las manos, tambaleándose, cayendo casi de rodillas.

—Ay, no —dijo en un jadeo—. No, por favor.

—Aquí —dijo Will.

Depositó a Miko en el asiento de atrás con el máximo cuidado que pudo. Ella respiraba jadeante, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¡Llévelos al jodido hospital! —gritó Will al conductor, que abrió mucho los ojos y asintió.

—¡Will! —dijo Hamza a duras penas—. Sal ya de aquí.

—No puedo dejaros.

—Sí que puedes. Tienes que hacerlo. Es... más seguro. Solo vete.

Will miró a su amigo a la cara, dándose cuenta de que «más seguro» quería decir, en ese contexto, tan lejos como fuera posible del Oráculo. Así lo entendió, y estuvo de acuerdo.

Al fin retrocedió y cerró la puerta del vehículo, que partió doblando la esquina a toda velocidad. Entonces se dio la vuelta para enfrentarse a la multitud. A lo lejos oyó sirenas que se aproximaban; al parecer, también el tumulto, con sus integrantes mirándose ahora entre sí, tomando conciencia de lo que acababan de hacer, alejándose por la avenida en pequeños grupos

avergonzados.

—¿Cómo os atrevéis?! —les gritó Will, mirándolos a los ojos, pero ninguno fue capaz de sostenerle la mirada—. ¿Qué clase de personas sois?!

—Dios está con nosotros —dijo un hombre de larga barba gris—. Solo necesitas saber eso, monstruo.

Si Will hubiera tenido en ese momento un arma en las manos, a buen seguro le habría pegado un tiro. Como no la tenía, se valió del arma que tenía a su alcance.

—Lo soy —dijo—. Soy un monstruo. Vais a morir todos de una forma horrible, con dolor. Todos y cada uno de vosotros. Estáis muertos. Confiad en el monstruo. El Oráculo no miente.

La multitud reculó con la sorpresa dibujada en cada rostro. Will dio media vuelta y se encaminó al taxi donde lo esperaba Leigh.

A su espalda se elevó una espiral de confusión y disculpas, pero él ya no volvió la vista atrás.

El taxi enfiló al norte a través de la Novena Avenida, avanzando lentamente en el atasco que solía formarse cerca del puente George Washington.

El Oráculo iba encogido, con los brazos rodeándose el torso, las gafas de sol puestas y la gorra de béisbol calada hasta la frente. Como un insecto bola en cuanto lo tocan.

Leigh quería hablar con él, pero el tipo del asiento delantero era un impedimento. Cada conductor de Nueva York era consciente de la bella ilusión de privacidad que el asiento trasero de su vehículo brindaba durante el viaje, ya fuese un taxi, una limusina o un vehículo de Uber: esa impresión sacrosanta de estar solo. Pero este chófer en particular llevaba de pasajero al Oráculo y, en cuanto supiera eso, era muy probable que todos los códigos de honor del conductor neoyorquino saltasen por las ventanillas del coche.

De modo que Leigh guardó silencio, pensando en cuánto peligro podían estar corriendo, intentando determinar el nivel de amenaza que la situación suponía para ella, en comparación con el del Oráculo. Se preguntó adonde se dirigían en esos momentos y si Hamza y Miko se encontraban bien; también pensaba en lo que podría ocurrir a continuación, tomando notas mentales de todo cuanto iba sucediendo, para cuando pudiera al fin ponerlo todo por escrito.

Will se relajó, enderezándose en un movimiento rápido para buscar la bolsa de lona, olvidada junto a él en el suelo del coche desde que habían subido. La abrió y revolvió dentro hasta que sacó un teléfono móvil. Lo activó con el dedo índice, lanzó una maldición y lo dejó boca abajo en el asiento.

—¿Y eso? —preguntó Leigh—. ¿Qué pasa?

Will no respondió. Simplemente abrió la tapa del móvil y sacó un pequeño chip de plástico, la tarjeta SIM, según apreció Leigh. Luego presionó el botón para bajar la ventanilla del coche y arrojó la tarjeta a la Novena Avenida. Completó la maniobra quitando la batería y, una o dos calles más al norte, la arrojó también. Lo último que salió por la ventanilla fue el móvil en sí.

Leigh advirtió que el conductor estaba observándolo a través del espejo retrovisor, pero no dijo nada. El manto sacrosanto seguía en su sitio, al menos de momento.

Ella entendió lo que Will acababa de hacer. Hamza había hecho lo mismo en el apartamento. Era muy fácil rastrear los teléfonos móviles, y el dispositivo del que Will se había deshecho tenía posiblemente alguna conexión con su verdadero nombre. Pensó en las agencias de noticias de todo el mundo, y en los *trending topics*, y en los colectivos de piratas informáticos, todos en posesión

de algo con lo que poder trabajar. Dos palabras: Will Dando.

Leigh trató de imaginar cómo sería estar en la piel de Will, pero le fue imposible. En su opinión, la privacidad, incluso la ilusión de privacidad, era demasiado relevante. Le parecía que la capacidad de uno para decidir qué aspectos de su vida quería compartir con el mundo tenía que ser un derecho humano básico, pero esa ya no era una opción para Will Dando. Todo lo que alguna vez había hecho o pensado, o adquirido, toda persona con la que había dormido alguna vez, cada elección que había hecho hasta ese momento... sería del dominio público cualquier día.

Will rebuscó en su bolsa y extrajo un segundo móvil. Aparentemente era más barato que el que acababa de tirar, de líneas menos pulcras, quizá uno de tarjeta prepago. Lo encendió, escribió algo con los dos pulgares y se lo enseñó a Leigh:

WILL: ¿Hablamos por este canal?

Leigh rebuscó su móvil en el bolsillo, accedió a una aplicación similar y escribió algo.

LEIGH: Entiendo. ¿Adónde nos dirigimos?

WILL: A un aeródromo privado situado en las afueras. Un vuelo chárter debía llevarnos supuestamente a mí, H y M a una casa segura. Ya no podrá ser.

LEIGH: ¿Por qué?

WILL: Pagué por el avión a través de cuentas vinculadas al Oráculo. No estoy seguro de que los malos no hayan atado cabos, pero no puedo arriesgarme.

Leigh pensó antes de responder lo siguiente:

LEIGH: ¿Arriesgarte a qué? Todo el mundo sabe a estas alturas que eres el Oráculo. ¿Qué es lo que te preocupa ahora?

Will leyó la pantalla de ella y la observó con expresión adusta. Escribió durante un minuto y luego le enseñó su teléfono para que ella pudiera leerlo.

WILL: Mis mejores amigos casi mueren asesinados. Puede que solo sea el comienzo. ¿Lo has olvidado?

Leigh se arrepintió de lo dicho. Por supuesto que no lo había olvidado, la imagen del rostro de Miko golpeándose contra la acera quedaría marcada a fuego en su cabeza. Solo había querido decir que... daba igual.

LEIGH: No. No lo he olvidado, lo siento. ¿Y ahora qué?

WILL: Aún debemos llegar a la casa segura. H lo organizó todo de modo que no estuviera conectada: fuera de la red, comprada en efectivo. Privada. Puedo terminar esto allí.

LEIGH: ¿Terminar el qué?

Will dudó.

WILL: Es una larga historia. Debo permanecer oculto hasta que esto concluya. Si el mundo sabe dónde estoy, no habrá paz. Demasiadas preguntas.

Leigh asintió.

LEIGH: Ok. Pero si no puedes ir en avión, ¿cómo irás?

Will miró al conductor, que parecía ignorarlos, concentrado en el lento tráfico que discurría cerca del puente sobre el río Hudson. Después se inclinó sobre el móvil y escribió con frenesí.

WILL: Necesito comprar este coche. Llevo veinte mil en el bolso del maletero. Efectivo de emergencia. Puedo ofrecérselo al conductor.

Leigh respondió:

LEIGH: Puede que no sea el dueño del coche. A veces solo trabajan para la empresa.

WILL: Vamos a averiguarlo. ¿Me ayudas?

Leigh miró la pantalla de su móvil, centrada en las dos últimas palabras, apreciando todos los riesgos y oportunidades que implicaban, intentando determinar la magnitud del enredo en el que había caído. Y miró al Oráculo —no a Will Dando—, esforzándose por verlo como una persona. Tratando de decidir si no sería mejor saltar del coche en marcha y echar a correr por la acera.

Una hora después, la extraña negociación con el cauto y desconcertado conductor había concluido, el Oráculo era diecinueve mil dólares más pobre, o casi, y Leigh iba al volante de su nuevo coche, conduciendo a buen ritmo por el puente de George Washington.

Después cruzaron bajo un letrero que las luces del coche iluminaron al pasar, dándoles la bienvenida a New Jersey.

—Estamos casi al final del puente —dijo Leigh—. ¿Luego qué?

—Al oeste —respondió el Oráculo con la vista clavada en la autopista—. Y después hacia arriba.

CUARTA PARTE

VERANO

36

«Esto casi ha concluido», pensó Will.

Había empezado con ciento ocho predicciones. Todas salvo dos habían sido ya difundidas ante el mundo de un modo u otro: subidas al Sitio, vendidas, utilizadas para probar su buena fe e incluso para escapar del maldito presidente de Estados Unidos... Ahora solo le quedaban dos.

Una era la de los números, la predicción final, aún incomprensible. La otra era un galimatías, una frase corta con tan pocos detalles que era imposible descifrarla o utilizarla en cualquier sentido. Programada igualmente para que ocurriera más tarde ese mismo día, de manera que muy pronto sabrían lo que significaba. El Sitio la emplearía probablemente para hacer algo funesto, quizá para destruir la presa Hoover.

Will miró por la ventanilla. Advirtió cómo el norte de Ohio pasaba velozmente hacia atrás, una sucesión inclasificable de terreno llano entreverado de estaciones de peaje y pueblecitos todos idénticos. La 1-80 era fabulosa y les permitiría recorrer la mitad de la ruta que los llevaba a su nuevo destino, pero no resultaba muy atractiva como paisaje. Todo parecía excesivamente en calma, tranquilo. Relajado.

Pero de hecho no era así. Y no solo porque hubiera utilizado ya casi todas las predicciones. Las cosas habían comenzado a acelerarse. Solo en los últimos días había sido secuestrado por agentes del presidente, el mundo había conocido la identidad del Oráculo, él y sus mejores amigos habían sido atacados y él mismo se había visto obligado a escapar de su ciudad como una rata que cruza las vías justo cuando va a pasar el tren.

Le pareció todo muy similar a un momento de su infancia, con ocho o nueve años, cuando montaba en bicicleta por su barrio y de pronto se había descubierto en la cima de una colina. Era todavía un novato con la bicicleta y su padre le había enseñado a montar apenas unas semanas antes. Se tiró hacia abajo, aumentando casi instantáneamente la velocidad, más allá del punto en que sus piernas podían pedalear. Ahora podía ver el tráfico intenso en la avenida, al pie de la colina, y entendió que para esquivarlo no tenía más remedio que dejarse caer de la bicicleta, pero el miedo al golpe contra el asfalto era tan grande como el que sentía por los coches, así que esperó sin aliento saber cuál de las dos catástrofes acabaría con su vida.

Esto de ahora era parecido. El Sitio era la bicicleta y él iba montado en ella, yendo directamente hacia el tráfico. Pero no solo Will. Todos. El mundo entero.

Ojeó el periódico que descansaba sobre sus piernas, y se sintió compungido.

La primera página —todas las primeras páginas— usaba la misma foto que la CNN había puesto en circulación en la emisión original, esa en la que había revelado la identidad del Oráculo. La foto de Will Dando sentado al borde del escenario tocando con la banda en un club de música en directo, sosteniendo el bajo en sus manos, afinándolo antes del concierto. Recordaba perfectamente ese bolo, un único concierto para ayudar a un tío que manejaba un fondo de cobertura, dinero con el cual se había permitido contratar una banda para que tocara con su pijooso Dave Matthews e hiciera sus temas originales. Había incluso un fotógrafo en el concierto, como si se tratara de una vitrina épica con artistas de todos los tiempos y no un pequeño espacio que funcionaba los jueves a las nueve de la noche en el Salón Mercury.

Alguien subió esas imágenes a la página web del cantante pocos días después. Una de ellas había captado la atención de Will y él la había reproducido y empleado pocos años antes como foto del perfil en uno o tres sitios de citas, había que decir que con cierto éxito.

Y ahora esa misma foto figuraba en un recuadro de cada pantalla de televisión del país, en cada página de inicio de la red, en cada periódico de papel, y Will había acabado odiándola con toda su alma.

Omitió los tres primeros artículos que vio, todos relacionados con el Oráculo, explorando a fondo en su pasado, citando a personas que habían incidido en su vida de un modo u otro. Mejor saltarse todo eso. Necesitaba seguir adelante, y hundirse en una disección de su propia vida acabaría paralizándolo, siempre que él mismo lo permitiera.

En cuanto al resto de los reportajes, esos que no iban sobre el Oráculo, todos describían un planeta sumido en el caos. Turbulencias económicas; acciones militares relevantes en los cuatro continentes; limpieza de los rastros dejados por operaciones estadounidenses en Níger; ruido de sables a cargo de un líder guerrillero en una pequeña nación del Asia Central, donde había reunido un pequeño ejército y mantenía sitiada una ciudad; agitación en Francia y múltiples escaramuzas más, grandes y pequeñas; golpes de Estado, hundimiento de los mercados, miedo.

Y detrás de todo eso, el Sitio.

Una mueca de pesar se dibujó en sus labios. Dobló el diario y lo arrojó atrás, donde había una pila cada vez más grande de otros diarios y publicaciones cubriendo el asiento, amontonándose de forma desordenada en el suelo del vehículo.

Abrió una libreta, la apoyó sobre las piernas y buscó lápices de varios colores en el compartimento de la puerta del coche. Los había comprado la noche anterior, junto con los diarios y las revistas, que ahora formaban una avalancha en el asiento de atrás, en un área de servicio de la autopista que conducía a New Jersey. Pasó las hojas de la libreta y comenzó a tomar notas a partir de las lecturas de esa mañana. Página tras página, estaban plagadas de anotaciones hechas en varios colores, es decir, todas ellas intentos de analizar el plan del Sitio, de entender lo que había hecho hasta ese momento y lo que se proponía hacer.

Las predicciones originales del Oráculo, el total de ciento ocho, estaban contenidas en las primeras páginas en color negro. No olvidaba que ya había hecho eso mismo en dos ocasiones anteriores y con dos libretas distintas. Luego había destruido las predicciones, pero estas se habían cumplido igualmente.

El listado de acontecimientos en verde representaba los efectos posteriores y corroborados de alguna predicción del Oráculo difundida al mundo, tanto las vendidas como las subidas al Sitio. Reacciones en cadena.

Lo marcado en azul no estaba confirmado, pero probablemente ocurriera. Los acontecimientos en rojo eran callejones sin salida, cosas que en un principio parecían estar relacionadas entre sí, pero que habían dejado de interactuar con los restantes contenidos subidos al Sitio. Will los incluía porque siempre era posible que simplemente no hubiera visto aún la serie exhaustiva de conexiones, o que el *Sitio* volviera alguna vez atrás y terminara relacionando esos contenidos con su propio devenir.

Finalmente estaban las anotaciones en púrpura para los acontecimientos grandiosos; es decir, cuando los acontecimientos en verde se fundían para provocar algo más, para conseguir un objetivo mayor. En opinión de Will, la retahíla de problemas que acababa de leer en el diario venía a resumir ese objetivo mayor.

Habían pasado solo dos días en la carretera, pero ¡cuánto echaba de menos internet! Verificar las actividades del Sitio valiéndose únicamente de un disco duro era desquiciante. Contaba con unos pocos móviles de prepago que podía usar para acceder a las redes en caso de necesidad acuciante, pero los guardaba para una urgencia, y entrar cada poco en *cnn.com* no servía de mucho.

Había intentado escuchar las noticias en la radio mientras seguían rumbo al oeste, y de mantenerse al día más o menos en tiempo real, pero incluso unas pocas horas haciendo eso le habían resultado excesivas. Demasiados DJ hablando ininterrumpidamente, y programas en directo y magazines matinales refocilándose en la vida de Will Dando.

Acabó de escribir las notas relativas a las noticias de esa mañana y cerró la libreta para dejarla con los lápices sobre el salpicadero del coche.

Miró a Leigh, que conducía con las dos manos al volante, como marcan los cánones. Deseaba comentarle sus teorías, explicarle lo que el Sitio estaba haciendo, pero la verdad era que no conocía en absoluto a esa mujer. Habían charlado un poco, meras banalidades durante las primeras horas de viaje, pero poco después entendió que Leigh solo quería las respuestas que Will no podía darle, y un silencio tenso se había instalado entre ambos.

La situación era completamente desconcertante. Hacía apenas tres días que había conocido a Leigh y ya no podía pasar sin su ayuda. Todo el mundo conocía ahora el rostro del Oráculo, lo cual quería decir que no podía llenar el depósito él mismo, ni comer en lugares públicos, ni hacer nada de nada sin arriesgarse a... ¿a qué exactamente?

Oyó de nuevo el sonido de la cabeza de Miko golpeándose contra la acera.

Leigh suponía un riesgo, pero él necesitaba llegar pronto al oeste —visto que todo se había acelerado tanto— y ella podía llevarlo hasta allí. Mientras la ilusión del Oráculo se sostuviera, con toda la ventaja que le concedía a él y todas las cosas que ella sabía ahora, estarían los dos bien.

Esa era en parte la razón por la que había apagado la radio y reducido la conversación a la mínima expresión. Si Leigh averiguaba demasiado de Will Dando, el hombre que ella percibía a su lado podía dejar de ser el todopoderoso Oráculo y convertirse en un simple chaval montado en su bicicleta, bajando a toda velocidad una colina y preguntándose de qué modo iba a morir.

Y por encima de todo, por debajo y alrededor, estaba su preocupación por Hamza y Miko. No sabía en qué estado se encontraban y tampoco podía llamarlos; no tenía ni idea de dónde estarían. Imaginaba que debían de estar otra vez en Quantico, interrogados de nuevo por el cretino de Leuchten.

Echó un vistazo a la radio del coche, esa picara seductora y su promesa de noticias globales perfectamente actualizadas. Y presionó el botón de encendido.

—... no conozco al Oráculo —decía justo en ese momento Hamza, su voz mezclada con un ligero ruido estático—, pero si así fuera, le diría que siga con lo que está haciendo. Mi esposa y yo fuimos atacados por la gente de Hosiah Branson, pero no es su culpa, desde luego. El Oráculo ha salvado un montón de vidas y ha ayudado a muchísimas personas. No me gustaría que lo que acaba de ocurrirnos lo frenara para seguir con su propósito. Para mí es un héroe.

—Mierda —dijo Leigh—. Ese es Hamza, ¿no?

—El mismo —respondió Will mientras prestaba atención, comprendiendo el regalo que Hamza le estaba haciendo.

Otra voz apareció en el micrófono, una voz femenina, segura y confiada.

—Usted dice no conocer al Oráculo, pero ha trascendido que su identidad corresponde a un individuo que responde al nombre de Will Dando, a quien usted conoce muy bien. Fueron juntos a la secundaria y hemos hablado con gente que asegura que fueron amigos muy cercanos. Aun así...

—Dando no ha dicho que él sea el Oráculo. El reverendo Hosiah Branson fue quien lo hizo, pero aún no he visto ninguna prueba que lo corrobore... Pero, bueno, repito una vez más que no me dio tiempo a nada antes de que la multitud enfurecida que Branson envió contra nosotros nos atacara a mi esposa y a mí.

—¿Es esta su versión? —preguntó la entrevistadora.

—No es solo mía —respondió Hamza—. Me he pasado toda la mañana hablando con algunos abogados de gran prestigio, y muy caros, y todos están de acuerdo. Branson se pasó meses convenciendo a sus millones de seguidores de que el Oráculo era el demonio. Luego anunció que Will era el Oráculo, mencionando su nombre y dirección delante de las cámaras de televisión. Branson sabía perfectamente lo que ocurriría, eso es intento de homicidio. Es un criminal, y pienso hacer cuanto esté en mi mano para asegurarme de que pague por las lesiones que nos han ocasionado a mí, a mi esposa y a nuestro hijo que está por nacer.

—¿Y qué hay de Will Dando? —preguntó la periodista—. Nadie lo ha visto desde ese tumulto frente a su apartamento.

—No tengo ni idea —dijo Hamza—. Pero si yo fuera él, me mantendría bien lejos, seguiría volando por debajo del radar, preparándome para endosarle a Hosiah Branson una demanda que lo deje seco.

—Hasta aquí —dijo a continuación la entrevistadora— las contundentes declaraciones de Hamza Sheikh, víctima de una agresión por parte de una multitud que buscaba al Oráculo. Después de la pausa, tendremos a nuestros especialistas en temas legales opinando sobre el tipo de demanda que el señor Sheikh ha mencionado.

Comenzó a sonar un anuncio y Will apagó la radio.

—Hamza me estaba liberando —dijo mirando a Leigh.

—Espera —dijo ella—, ¿tú sabías que iba a estar en la radio?

—No.

—Entonces ¿cómo has podido...?

—Porque soy el Oráculo —replicó Will, mintiendo y a la vez diciendo la verdad.

Leigh apartó un segundo la vista de la carretera para mirarlo.

—Has dicho que te estaba liberando —dijo—. ¿Liberando de qué? ¿Qué significa eso?

—Ahora mismo significa que sigas conduciendo —dijo Will.

—¿En serio? —replicó ella con la voz tensa—. ¿Eres consciente de que todo esto es... un poquito aterrador?

—Lo sé —dijo Will—. Y lo siento. Te explicaré más cosas cuando pueda hacerlo. Ahora mismo, posiblemente sea más seguro que sigamos adelante.

—Bueno, vale. En ese caso, lamento decirte que esto ha concluido. Vamos a parar.

Will giró abruptamente el cuello.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué?

Ella se volvió también y en su boca se dibujó una sonrisa.

—Porque casi no nos queda gasolina.

—Joder —dijo Will resoplando, y Leigh se rio.

—Lo siento, amigo, solo quería divertirme un poco a tu costa. Pagarte con la misma moneda del miedo.

—Ya, claro. Posiblemente me lo merezca.

—Es hora de ponerte la peluca.

Will miró a lo lejos, advirtiendo que abandonaban la autopista, y abrió la guantera, donde había una peluca rubia, una gorra de béisbol y unas gafas de sol nuevas que sustituían al disfraz que había perdido en el Waldorf cuando el Coach los encontró.

Leigh chasqueó la lengua disgustada cuando entraron en la gasolinera.

—Más de dos pavos el litro, es increíble.

—Lo es —dijo Will, ajustándose la gorra sobre la peluca—. Cuesta creerlo.

Pero no costaba tanto: el Sitio había hecho que el precio de la gasolina subiera durante varios meses. Y todo por su devoción por hacer del mundo entero un caos envenenado y horrendo.

Will buscó su cartera y sacó tres billetes de veinte dólares, que se los tendió a Leigh no sin inquietud. Tenían al menos cuatro días de viaje por delante y los cajeros automáticos no eran una opción, pues podían rastrearse igual que los teléfonos móviles, y todas sus cuentas estaban vinculadas a su nombre o a empresas relacionadas con el Oráculo, las cuales Will ya había asumido que se habrían esfumado para entonces. Habían comenzado la ruta con aproximadamente mil dólares, pero entre comidas, gasolina, hoteles baratos y el presupuesto diario en periódicos, la suma se evaporaría rápidamente.

Will oyó que Leigh abría el depósito y comenzaba a llenarlo, y buscó de nuevo su libreta; le echó una ojeada intentando captar el sentido de los diferentes listados y diagramas, pero no veía más que un galimatías de colores sin ningún patrón discernible.

Hasta que advirtió algo con el rabillo del ojo. Entonces vio a un individuo —mayor, de raza negra— que acababa de entrar en la gasolinera y estaba de pie junto a un destartado Celica de color verde. Ahora lo estaba mirándolo fijamente, con una expresión asombrada y al mismo tiempo atenta. Enseguida el tipo sacó su móvil del bolsillo, lo manipuló brevemente, miró la pantalla y alzó de nuevo la vista; en sus ojos ya tenía una mirada afilada.

No cabía duda de lo que estaba consultando en el móvil: una foto de Will Dando en aquel escenario, manejando su bajo con una ligera sonrisa en los labios.

—Oh, mierda —se dijo en voz alta.

Abrió la puerta de su lado y se asomó al exterior, intentando atraer la atención de la periodista.

—Leigh, tenemos que irnos, ahora mismo.

—Pero solo he puesto veinte dólares.

—Déjalo estar. Creo que alguien acaba de reconocirme.

Leigh aguzó la mirada. Extrajo la manguera del depósito, cerró la tapa de golpe y se puso al volante de un salto.

—¿Quién era?

—Un tío en un Celica verde. Conduce lentamente, para que no esté muy seguro de haber visto lo que ha visto. Solo incorpórate a la autopista.

—Bien. ¡Maldita sea!

El coche se deslizó por el carril de acceso a la 1-80, aumentando la velocidad al sumergirse en el tráfico de la autopista.

—¿Viene detrás? —preguntó Leigh, acelerando—. ¿Nos ha seguido?

—No lo veo —dijo Will, esforzándose por mirar hacia atrás sin que resultara demasiado evidente—. Quizá lo hayamos... ¡Mierda!

El Celica cambió de carril a unos seis coches detrás de ellos, aparecía detrás de una caravana igual que una serpiente dispuesta a morder. Iba muy rápido y aumentaba a cada segundo la velocidad, claramente empeñado en alcanzarlos.

—¡Venga, vamos! —dijo Will.

—¿Adónde? —dijo Leigh con una calma admirable considerando las circunstancias.

—Hasta la próxima salida. No podemos quitárnoslo de encima en la autopista, es una línea recta. Quizá si logramos adelantarnos un poco podamos girar en algún punto. Ocultarnos.

—Como en las películas —dijo Leigh, pero eso no era una película, desde luego.

—Sí, claro —respondió Will; miró por la luna trasera, esta vez sin ocultarse, y sintió el tirón en su cuerpo cuando Leigh pisó a fondo el acelerador.

La siguiente salida llevaba a otro pueblecito junto a la autopista. Leigh acometió el desvío demasiado rápido, derrapó ligeramente y enseguida corrigió el movimiento. El Celica había quedado atrapado en un pequeño atasco en la autopista, a cierta distancia pero no la suficiente. No de kilómetros, cuando menos.

Leigh abandonó el desvío quemando neumáticos. Will se preguntó dónde habría aprendido a conducir así, pero enseguida dejó de preguntárselo por temor a que nunca hubiera aprendido a conducir así.

La libreta de notas resbaló del salpicadero y cayó encima de las piernas de Will, abriéndose por una página. Él la miró y la mantuvo abierta con la mano; mostraba el listado de predicciones iniciales del Oráculo. Una en particular atrajo su atención y sus ojos saltaron automáticamente al reloj del salpicadero —eran las 11.03 de la mañana— y luego de nuevo a la libreta.

Después miró otra vez a la carretera, examinando el pueblecito deprimido y deprimente que estaban cruzando a toda velocidad. Sabía que así despertarían la atención de cualquier agente del departamento de policía que tuviese Starling, Ohio, pero no le importó mucho.

—¡Busca una lavandería! —le dijo a Leigh.

—¿Qué? —replicó la chica sin comprender—. ¿Y eso de qué nos servirá?

Will miró hacia atrás y vio al Celica saliendo a toda velocidad del desvío de la autopista.

Ignoraba qué estaba buscando exactamente su perseguidor, si sería un premio solo por ir tras ellos o por el simple deseo de fanfarronear después con sus colegas. O si deseaba verlo muerto.

Lo más probable era que tuviese una pregunta que formularle y que Will no tuviera la respuesta.

—Allí —oyó decir a Leigh—, a la derecha. ¿Y ahora qué?

—Entra en ella —dijo Will, y aspiró hondo.

Leigh entró en el aparcamiento y aparcó cerca de una furgoneta blanca con un logo impreso en un lateral que Will no perdió el tiempo en leer. En lugar de eso, saltó fuera del vehículo y corrió hasta la puerta de acceso a la lavandería, consciente de que el Celica acababa de aparcar justo detrás de ellos. Al llegar, abrió la puerta de un golpe y se precipitó en el interior, seguido por Leigh unos pasos detrás.

La lavandería era... una lavandería: con máquinas lavadoras y secadoras y mesas para doblar la ropa. Había otras máquinas que dispensaban detergentes y suavizantes, y hasta tentempiés para la clientela. También disponía de varias máquinas de videojuegos bastante hechas polvo; un auténtico tesoro en cualquier bar de Williamsburg, pero que aquí nadie les hacía caso. Clientes no había muchos, muy pocos más bien, y la mayoría iban con una camiseta idéntica de manga corta. Todos estaban mirando a Will y a Leigh con los ojos como platos.

Will se llevó la mano a la peluca, la gorra y las gafas.

Leigh lo observó consternada.

—¿Qué narices estás haciendo?

Él se despojó de su absurdo y escueto disfraz.

La reacción fue inmediata. Todas y cada una de las personas que había en el local sabían quién era. El Oráculo había venido a Starling.

—Tú —dijo el hombre que estaba a su lado, un tío delgado y de cabello plateado, con una de las camisetas todas iguales—. Tú eres él.

—Lo soy —dijo Will.

La puerta se abrió de golpe a su espalda y el individuo del Celica irrumpió en el interior. Will se volvió hacia él.

—Lo sabía —dijo el recién llegado, señalándolo con el dedo—. ¡Es el maldito Oráculo!

Dio un paso con la mirada fija y cara de loco y una mano en el bolsillo, de donde extrajo algo, posiblemente su móvil, para hacer una fotografía. O quizá era otra cosa: una navaja, un arma de fuego.

Will retrocedió cogiendo a Leigh del brazo para atraerla hacia él.

—Basta —dijo—. Deténgase ya.

Pero el individuo no se detuvo y empezó a sonreír.

—No —replicó—. ¿Tú sabes lo que esto significa?

Entonces otro tipo apareció a su lado, el hombre mayor vestido también con una de esas camisetas, y se interpuso entre el Oráculo y su... ¿atacante?, ¿solicitante?, ¿admirador? El que se había interpuesto levantó una mano.

—Ya ha oído usted al Oráculo —dijo—. Por favor, retroceda.

Otros clientes dieron un paso hacia ellos y rodearon al individuo del Celica, todos con la misma camiseta, que Will al fin consiguió leer: coro masculino de cincinnati, escrito en letras elegantes como las de la Armada contra un fondo blanco.

—¿Qué mierda es esta? —dijo el hombre del Celica con expresión de súbito desconcierto, incluso un poco asustado.

—Nada —respondió el otro, que parecía ser el líder del Coro Masculino de Cincinnati—. A

menos que usted lo convierta en algo más. —Y a continuación se volvió hacia Will—: ¿Qué necesita? ¿Cómo podemos ayudarlo?

Will consideró la pregunta.

—Solo quiero irme de aquí. Necesito poner distancia entre este tío y nosotros, eso es todo.

El hombre mayor asintió y se volvió hacia el del Celica.

—Muy bien. Usted se quedará aquí con nosotros mientras el Oráculo se va, y lo dejará marcharse a donde quiera, sin seguirlo. ¿Me ha entendido?

El hombre del Celica recorrió con la vista el círculo de rostros varoniles que lo rodeaban, los defensores del Oráculo, evaluando su tamaño. Después deslizó la otra mano fuera del bolsillo y extendió las dos con las palmas hacia arriba.

—De acuerdo.

El líder del coro se volvió hacia Will, hurgó en su bolsillo, sacó las llaves de un coche y se las tiró. Will las atrapó al vuelo y miró al hombre con expresión interrogante.

—Este caballero conoce el coche que usted conduce, así que muy probablemente sea mejor que coja usted el mío. Está junto a la furgoneta ahí fuera y está alquilado, a mi nombre. Lléveselo, yo cubriré los gastos.

Will miró a Leigh, que parecía totalmente perdida, sin entender nada de lo que estaba sucediendo. Para ser justos, tampoco Will lo entendía muy bien.

—Gracias —dijo Will mirando al director del coro—. Le dejaremos las llaves del nuestro en el asiento del conductor. Véndalo usted, haga lo que quiera con él. Y, en fin, apreciamos su ayuda más de lo que pueda imaginarse.

Recorrió con la mirada a los integrantes silenciosos del coro y al hombre del Celica y enseguida miró su peluca, la gorra y las gafas de sol en su mano.

—¿Por qué? —preguntó.

El director parpadeó sorprendido.

—¿*No lo sabe? Y si no lo sabe, ¿por qué acaba de venir hasta aquí?

—Solo dígamelo —le pidió Will—. Fue por uno de esos anuncios, ¿no es cierto?

—Eso es. Estábamos de gira por Wisconsin, porque viajamos muchísimo. La ruta que íbamos a tomar nos hubiera llevado justo al puente Hoan de Milwaukee en el minuto exacto en que se hundió. Quiero decir, puede que hubiera ocurrido o puede que no, pero las probabilidades eran muy altas. Y la única razón por la que no estuvimos allí es que usted nos dijo que se caería. Tal como lo entendemos nosotros —y aquí señaló con un gesto al resto del coro—, usted nos salvó la vida. Echarle una mano con esto parece lo menos que podemos hacer.

—Sí, bueno —dijo Will—. Supongo que sí.

Entonces dio al fin media vuelta y se dirigió a la salida con Leigh a su lado.

—Por favor —dijo el hombre del Celica cuando cruzaron junto a él, de pie, rodeado por los miembros del coro—, solo una pregunta, ¿démeme que le pregunte una cosa!

Ya en el exterior, Will y Leigh recogieron sus pertenencias del taxi y las pasaron a su nuevo coche, un Nissan sedán último modelo de color azul claro. Will dejó las llaves del Lincoln en el asiento del conductor y se montaron en el sedán. Arrancaron el coche y condujeron lejos de allí, de vuelta a la 1-80 Oeste.

Siguieron por la autopista unos tres kilómetros, hasta que Leigh se desvió con brusquedad hacia el arcén, pisó de repente el freno y se detuvo de golpe al borde de la carretera. Allí observó

a Will con los ojos muy abiertos y el rostro demacrado.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Cómo?

Will asintió. Buscó con la mano la libreta de notas y la abrió, pasando las hojas hasta la página cuatro, sobre la cual deslizó su dedo índice por el listado de predicciones, y se detuvo cuando llevaba más de la mitad. Sostuvo la libreta ante los ojos de Leigh para que la leyera:

21 DE JULIO, 11.07 DE LA MAÑANA: UN HOMBRE
REVELA SU IDENTIDAD EN UNA LAVANDERÍA.

37

—Así que el Oráculo está ahora en Ohio, ¿no? —preguntó el presidente.

Daniel Green golpeteó el extremo del bolígrafo contra su escritorio, un mueble oscuro y laboriosamente tallado en madera que provenía del *HMS Resolute*. La reina Victoria había obsequiado ese escritorio a Estados Unidos en 1880, y cada mandatario desde Hayes lo había utilizado en el Despacho Oval, con las notables excepciones de Johnson, Nixon y Ford.

Sentado en el sillón situado enfrente del escritorio, Anthony Leuchten sabía que el presidente odiaba ese armatoste, pero que era demasiado supersticioso como para dejarse incluir entre los predecesores que no lo habían utilizado.

—Sí —dijo Leuchten—. O al menos lo estaba hasta hace poco. De todas formas, el Coach está en ello. Pronto sabremos dónde se encuentra, no importa qué ruta tome.

—El Coach... —dijo el presidente con voz agria—. ¿Y qué está haciendo ahora el señor Dando?

—Nada, que sepamos. Solo conduce. No ha habido nuevas predicciones, nada. Está con la periodista.

—Ajá. Vale, mantengamos la distancia. Después de todo, tenemos un trato con él. ¿Y qué hay de los otros dos? ¿Los Sheikh?

—Han abandonado Estados Unidos. Alquilaron un avión medicalizado y personal sanitario contratado para el viaje y despegaron.

El presidente entornó los ojos.

—¿Hemos dejado que se fueran?

—No podíamos retenerlos. Están protegidos por el... este... el acuerdo con el Oráculo. Pero no parece que quieran ocasionarnos ningún problema. Hamza Sheikh está empeñado en conseguir que el reverendo Branson pase el resto de su vida en prisión. En cuanto a eso, señor, parece que la oficina del fiscal en Nueva York baraja muy en serio la posibilidad de presentar una acusación.

Leuchten se quedó dubitativo tras informar al presidente. Después del fiasco en Quantico, se había sentido verdaderamente mal, como si su instinto hubiera quedado fuera de servicio desde entonces. Aún era capaz de ver los hilos, pero sentía que ya no podía tocarlos, y mucho menos tirar de ellos.

Por primera vez en su vida, le seducía la idea de que alguien tomara las decisiones importantes en su lugar.

—¿Cree usted que debemos intervenir? —insistió ante el presidente—. Yo sé que usted y Branson tienen una relación cercana, podríamos ejercer alguna influencia en su caso. Entre bastidores, por supuesto.

El presidente frunció el ceño; ahora su bolígrafo golpeteaba a un ritmo irregular contra el escritorio.

—No —concluyó, y el bolígrafo quedó suspendido en el aire—. Le advertí a ese cretino que se mantuviera lejos del Oráculo, se merece lo que le está ocurriendo... ¿Algo más? —añadió Green—. Ha sido una larga jornada. El médico estará aquí dentro de un cuarto de hora, necesito un pequeño descanso para recargar las pilas.

El presidente había pedido que se le hiciera un chequeo diario en busca del cáncer anunciado por el Oráculo desde su encuentro, y todo ello le estaba pasando factura. No físicamente por los análisis de sangre, sino por la espera de los resultados. Hasta el momento habían sido negativos, pero un día no lo serían y el peso de esa idea deprimía a Green cada día un poco más. Era el precio a pagar por conocer el futuro.

—Una última cosa —dijo Leuchten—. La situación en Asia Central. Tengo un informe actualizado.

—¿De Kandustán? —preguntó el presidente—. Algo he visto en el resumen de seguridad de esta mañana. Está aún en desarrollo, ¿no es así?

Leuchten asintió.

—Así es. Le hago un breve resumen: hay allí un líder guerrillero... Törökul —vaciló un segundo por la extraña pronunciación—, el líder de una tribu local y una minoría étnica con un historial de disputas con todos y cada uno de los grupos en la región durante los últimos cien años. Aparentemente, el líder al fin ha conseguido organizar a su pueblo y ha bajado de las montañas con un pequeño ejército, invadiendo la capital... un lugar llamado Uth. La batalla se está llevando a cabo calle por calle, horrible, un baño de sangre. Törökul asegura que solo desea el control de una mezquita de cierta significación histórica para su tribu, pero basándonos en la información recabada por la CIA sobre ese sujeto, lo que está planeando probablemente sea masacrar a todo el que pueda.

El bolígrafo quedó de nuevo suspendido.

—Pero, como le he dicho, tengo un informe actualizado —dijo Leuchten—. Potencialmente, buenas noticias.

—Vaya —dijo Green—, creía haber olvidado cómo suena eso de las buenas noticias. Explícamelo.

—Representantes de ambos bandos han negociado una paz temporal. Aparentemente, existe en la región una tradición cultural muy arraigada para resolver las disputas. Se la denomina el «consejo de *biys*». Los más ancianos de los dos bandos se reúnen en un lugar oculto en las montañas e intentan alcanzar un acuerdo. Este consejo tan especial cuenta con treinta y cinco integrantes en total: diecisiete de cada bando más un miembro neutral aceptado por las dos partes, capaz de dirimir el asunto en caso de empate. Si todo marcha bien, la cosa no pasará de aquí. Los combates cesarían y todos seguirían con su vida.

—Ya —dijo el presidente—. ¿No sería maravilloso eso? Tan maravilloso que no creo que vaya a ocurrir. Te apuesto dos contra uno a que los ancianos se matan entre ellos y todo se va al garete.

Leuchten asintió de nuevo.

—Es una posibilidad, señor.

—¿Deberíamos intervenir antes de que la situación se descontrole? ¿Quizá enviar tropas para asegurarnos de que esa tregua perdure, sin importar lo que decidan los *biys*?

Leuchten se encogió de hombros.

—No veo cómo podemos hacerlo, señor. He hablado con los jefes adjuntos del Estado Mayor. Antes de lo de Níger quizá hubiéramos podido hacerlo. Ahora mismo... nuestras opciones han disminuido muchísimo. —Leuchten comenzó a enumerar con los dedos los diferentes asuntos—: Aparte de África, está la ocupación de Irán, más las fuerzas de interposición en Irak y Afganistán para mantener la paz. El general Blackman dice que estamos a punto de no poder defender a nuestro país en caso de ataque, y el resto de los jefes del Estado Mayor coinciden con él.

Leuchten bajó la mano.

—Simplemente, no tenemos a quién enviar.

El presidente se quedó serio, pensativo. El bolígrafo comenzó a moverse de nuevo y después se congeló, antes de llegar de nuevo al escritorio.

—Eso no es verdad —dijo Green mirándolo, y sonrió—. Siempre puedo enviarte a ti.

Leigh era como un desierto.

Cualquier movimiento que hiciera la quebraría y amplias grietas se le abrirían en la piel. Sus ojos parecían estar llenos de arena; no quería ni podía abrirlos, pero sentía las partículas arenosas moviéndose debajo de sus párpados, rozándole las lentillas. Su boca era como un barranco seco y árido.

Se sentía completamente deshidratada y con los sentidos excesivamente sensibles: percibía el peso de las sábanas y la pesada colcha del hotel aprisionándola hasta las rodillas, y la ropa de la noche anterior aún rodeando su cuerpo, y el zumbido del aire acondicionado, o el ruido del agua corriendo en el baño, tentándola dolorosamente, buscando calmarla... pero fuera de su alcance, pues llegar hasta ella la obligaba a salir de la cama.

Así que ahí se quedó con los ojos cerrados, quieta, esperando a que su cuerpo le diera alguna señal de que era posible moverse sin romperse en trocitos, con la jaqueca acunando su cabeza como una madre hace con el hijo recién nacido.

A su mente acudieron destellos de la noche anterior. Veía la predicción en la libreta de Will, intentando discernir qué significaba. Volvía a la carretera, conduciendo en silencio hasta que llegaron a las afueras de Toledo y tomaron la salida correspondiente, parando en uno de los Hampton Inn.

—Siento como si esta fuera mi última parada —le había dicho a Will—. Convénceme de que estoy equivocada.

—¿Cómo? —había replicado este.

Leigh había visto el miedo en su rostro y había sentido que no estaba siendo justa o generosa con él. Will la necesitaba desesperadamente y ella estaba a un paso de valerse de esa necesidad para obligarlo a decirle cosas que se había guardado hasta ese momento. Ella quería su historia; había sido paciente, pero ahora eso había terminado, o eso parecía.

No le importaba verse envuelta en algo grande —en muchos sentidos, eso era lo que siempre había querido—, pero necesitaba conocer la historia completa para así volcarse de lleno en ella. Ayudar al Oráculo a escapar de la muchedumbre furiosa, ávida de su sangre, era una historia, bien es cierto. Pero esa última predicción, «Un hombre revela su identidad», esas pocas palabras, le habían dejado claro que la historia que se había estado contando a sí misma era una parte menor, solo una ínfima porción de lo que verdaderamente estaba ocurriendo.

—Cuéntame el resto, las piezas que has descartado. De lo contrario, deberás arreglártelas tú solo.

Era un farol, pero Will no lo sabía y empezó a contarle toda la historia.

Le enseñó su libreta de notas, los listados, las distintas calamidades señaladas con diversos colores, los empeños garabateados y cien veces tachados para dar sentido a la tenaza cada vez más apretada que el Sitio imponía a los acontecimientos en todo el mundo.

Will le habló de los miles de millones de dólares, un dinero que él mismo había llegado a ganar, en lo sustancial, como una especie de soborno del Sitio, el precio por ser su agente operativo en el mundo. Le habló de las cerca de quince mil personas muertas en Uruguay, de los apagones, de Níger y de cómo esos hechos y todo lo demás empezaban a entrelazarse fragmento a fragmento, un poco más cada día. Le habló de su última predicción: la de los números 23-12-6.

También le habló de su gesto de cruzar la avenida llena de tráfico en Montevideo y de otros empeños similares, cosas que en efecto se había reservado para sí mismo. Las denominó pruebas del control que el Sitio ejercía, pero no eran eso.

Y por último le dio detalles de la casa de seguridad para el Oráculo que esperaba al oeste: una cabaña oculta en las montañas, comprada, acondicionada y equipada por Hamza y Miko anticipándose al día en que la identidad de Will pudiera ser revelada. No estaba conectada a ninguna de sus otras cuentas o identidades, lo cual significaba que si conseguía llegar allí, podría juntar todas las piezas, entender al fin el plan del Sitio desde el bendito anonimato. Deducir su papel en todas las cosas terribles que el Sitio había hecho y decidir qué podía hacer el Oráculo al respecto. El aclamado plan de Will —la fuerza motriz de su travesía hacia el oeste— al final no era ninguna maquinación compleja y grandiosa que lo revertiría todo. Él solo quería sentirse a salvo.

Habló durante más de una hora en el aparcamiento del Hampton Inn, en Toledo, Ohio, a medida que el sol se ponía y el cielo se iba oscureciendo. Leigh se limitó a escucharlo. Cuando paró de hablar, ella puso su mano en la suya y la dejó allí unos minutos.

Leigh arrancó el motor de nuevo y salieron del aparcamiento. Condujo hasta encontrar una tienda de licores, donde compró demasiado alcohol para ambos. De vuelta en el hotel, pagaron en efectivo por una habitación y bebieron más de la cuenta mientras seguían hablando.

Ella llegó a comprender que Will detestaba el hecho de que el Sitio los hubiera salvado en la lavandería. No era un gesto de benevolencia de su parte, sino una señal más del poder arbitrario que tenía sobre él, un mensaje de que toda su lucha personal, todas sus aflicciones... habían sido previstas, eran parte del plan. El Sitio lo había puesto en peligro y después lo había rescatado, fortaleciendo cada vez más el mensaje de que Will solo debía subordinarse, rendirse, permitir que todo ocurriera.

El Oráculo vivía anticipando una y otra vez la siguiente desgracia que iba a provocar el Sitio; esa sensación se mezclaba con la idea de que si hubiera mantenido la boca cerrada desde un principio, si no se hubiese transformado en el Oráculo, nada de eso habría ocurrido. Era una contradicción que no lograba superar. El Sitio estaba controlado, pero de algún modo las elecciones eran todas suyas, de Will Dando, desde el principio. Nadie lo había obligado a hacer nada... pero él lo había hecho todo.

La causalidad de los hechos lo esquivaba, el porqué de su propia existencia absolutamente incomprensible e imposible de ignorar.

Ella recordó al Will borracho sugiriéndole una idea, una forma de subvertir el plan del Sitio o, cuando menos, de hacer algo bueno por el mundo sin el influjo del propio Oráculo. Se recordó a sí misma borracha y diciéndole entusiasmada que estaba de acuerdo. Y a él sacando uno de sus móviles desechables y toqueteándolo un rato, muerto de la risa.

Y el acercamiento entusiasta, pero algo torpe que ella hizo después y que Will evitó a conciencia. Y más alcohol. Y al final, más que dormidos, se quedaron inmersos en un lapso de oscuridad y desconexión, cada uno en su cama.

Ahora, por la mañana, Leigh era un desierto.

Oyó cómo Will se sentaba en la cama junto a la de ella.

—¿Estás despierta? —le preguntó en tono suave.

Leigh sacó una mano de entre las sábanas sin arriesgarse aún a abrir los ojos.

—Tengo aquí un vaso de agua y una taza de café del que se puede hacer en la habitación —dijo él—. Es horrible, sabe a químicos y toxinas, pero no puedo salir a por nada mejor. Además, había traído conmigo dos ibuprofenos... Me he tomado ya uno, lo siento, pero el otro está junto al vaso de agua, por si lo necesitas.

—Lo necesito —dijo Leigh.

Giró sobre su cuerpo hacia un costado y cogió primero el agua con el ibuprofeno, bebiéndose todo el vaso; después el café, y su primer sorbo confirmó la descripción que había hecho Will: era pura química y toxinas, pero mejor eso que nada.

—Necesito volver a la carretera —dijo el Oráculo—. ¿Vendrás conmigo?

Leigh lo observó fijamente; era solo un hombre —y al mismo tiempo mucho más que eso— intentando salvar al mundo.

—Sí —respondió—. Te mereces mi ayuda. Te mereces la ayuda de cualquiera, pero antes quiero dejar algo claro. Hay un... interés mercenario por mi parte. Lamento que hayas tenido que sufrir tanto, pero esa no es la única razón por la que quiero seguir contigo. Quiero que me cuentes el resto de la historia.

—Obviamente —dijo Will—. No soy estúpido.

Leigh se dio impulso y logró sentarse en el borde de la cama, con la cabeza latiéndole al ritmo del corazón.

—¿Cómo logras seguir adelante? —le preguntó a Will—. Si yo fuera tú, me limitaría a... ocultarme, supongo.

Will rodeó con sus manos la taza de café, mirando en su interior.

—Podría hacerlo, pero entonces me estaría rindiendo. De este modo al menos sigo haciendo elecciones. Sigo intentándolo. Sigo siendo yo mismo. En cuanto deje de serlo, esto habrá acabado. Soy solo un instrumento del Sitio. Puede que sea una ilusión, pero es lo que tengo.

Miró hacia la mesita de noche situada entre las dos camas y reparó en un teléfono móvil boca abajo. Frunció el ceño.

—¿Recuerdas si lo utilicé anoche? —le preguntó a ella—. Es uno de mis móviles.

—Sí, claro —dijo Leigh—, pero no me acuerdo para qué.

Will lo cogió para darle la vuelta.

—Yo tampoco. Debo deshacerme de él, pero déjame ver antes lo que...

Deslizó el dedo por la pantalla y la miró igual de circunspecto que antes.

—Ah, sí —dijo—. Correcto.

—¿Qué? —dijo Leigh—. ¿Qué has hecho?

Le enseñó a Leigh la pantalla para que pudiera leerla.

En ella había una predicción con el mismo formato que las aparecidas en el Sitio:

EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 2022, EL GOBIERNO DE
CHINA SERÁ DERROCADO POR UNA REVOLUCIÓN
QUE CORTARÁ DE RAÍZ MÁS DE CINCUENTA AÑOS
DE CONSTANTES VIOLACIONES A LOS DERECHOS
HUMANOS.

—¡Toma ya! —exclamó Leigh. Y luego en voz baja—: ¿Es real esto?

—No —respondió el Oráculo—. Me lo he inventado.

39

EL 15 DE AGOSTO DE 2024, UN AVANCE SORPRENDENTE EN EL TRATAMIENTO CON CÉLULAS MADRE PERMITIRÁ LA CURACIÓN COMPLETA DE LAS PARÁLISIS RELACIONADAS CON LA MÉDULA ESPINAL.

Will dio un toquecito a la pantalla y la predicción subió al Sitio. Acababan de cruzar la frontera entre Nebraska y Colorado, por fin abandonaban la 1-80. La 1-76 los llevaría hasta Denver y luego tomarían la 1-70 durante la última etapa del viaje.

Enseguida apagó el móvil y realizó el ritual conocido de quitar la tarjeta SIM y la batería y arrojarlas por la ventanilla a medida que el coche avanzaba por la interestatal.

Ajustó levemente sus auriculares y presionó el control de volumen en el pequeño MP3 que había comprado en un centro comercial de Iowa, una concesión que permitía a Leigh escuchar la radio mientras conducía. Él lo había llenado de canciones escogidas de la selección de CD que tenían en venta, la mayoría eran colecciones de grandes hits. En ese momento sonaba Prince, entre una selección de clásicos de los ochenta. A Will le gustaba la melodía, pero en su opinión lo verdaderamente fantástico siempre estaba en la producción. Nadie hacía los arreglos como Prince.

Sobre las piernas descansaba la libreta del Oráculo abierta, y cada hoja estaba llena de su letra apretada en varios colores.

El patrón había variado y trascendido más allá del azul, el rojo, el amarillo y el verde con que había empezado. Ahora había una serie de tonos intermedios para manejar las consecuencias de las falsas predicciones que había estado subiendo: púrpura, naranja y turquesa. La predicción relativa a China tan solo había sido la primera. Había estado dándole vueltas a la idea desde su encuentro con Anthony Leuchten, al darse cuenta de que el Gobierno había considerado utilizar la influencia del Oráculo para ejercerla sobre los acontecimientos mundiales.

La reacción de Leigh a este plan había sido inicialmente de escepticismo y después había pasado a ser de alarma tras pensar un instante en sus implicaciones. Por un lado, ella creía que el intento de engañar a China para que respetara los derechos humanos dentro de sus fronteras podía resultar contraproducente en muchos sentidos. Cuando estaba en la universidad, había hecho un

curso de ciencias políticas sobre Asia y conocía la historia de ese país mucho mejor que Will. Pero ya estaba hecho.

Desde entonces, él había subido más predicciones falsas, no sin antes discutir las con ella. La idea era introducir patrones de interferencia en el plan del Sitio y, posiblemente, alterarlo de algún modo. Además, pretendía ayudar, mejorar las cosas.

Will era consciente de que estaba pulverizando la credibilidad del Oráculo poco a poco, pero con paso firme; aun así, no tenía tan claro que eso fuera tan malo. El Sitio estaba valiéndose de esa misma credibilidad para sembrar el caos. Quizá fuera mejor intentar hacer algo bueno con todo ello. Si las predicciones reales estaban arrasando el mundo, puede que unas cuantas falsas lo arreglasen.

El tema de las lesiones de médula espinal estaba pensado para incentivar la investigación en esa área: había leído acerca de ello en *Wired* y parecía que necesitaba una mayor financiación. Lo mismo ocurría con una predicción relativa a los depósitos minerales fácilmente accesibles en asteroides próximos a la Tierra, entre otras.

Hasta ahí el tema había supuesto para él mucho esfuerzo y algunos colores extra para las notas de la libreta, pero no mucho más. Sus nuevas predicciones generaban su propio alud de consecuencias, pero nunca estaban conectadas con la red existente del Sitio; solo eran moscas muertas en un alféizar.

Ya no le quedaba más que un teléfono móvil no rastreable y lo estaba reservando para una última actualización del Sitio, el movimiento final en la partida, que solo emplearía si se veía obligado.

Se reclinó en su asiento viendo las montañas a través del parabrisas, dejando que su mente vagara en libertad, escuchando la versión para la radio de «Alphabet Street», que no incluía la coda instrumental de cinco minutos. Pensó en el Sitio y se dejó llevar por la asociación libre. Era extraño. La red generada por él no estaba creciendo de la manera que debía hacerlo originalmente. Los puntos de conexión, que se habían combinado muy pronto para generar lo que Will pensaba que serían esos «grandes» efectos —problemas de la economía global, la invasión de Níger y así sucesivamente—, habían dejado de interactuar entre sí.

La primera, la segunda y la tercera ronda de conexiones se habían producido relativamente rápido; es decir, rápido para lo que son los acontecimientos a escala mundial. Como fichas de dominó. Ahora, sin embargo, era como si todo discurriera a cámara lenta, como si los engranajes de la gran maquinaria del Sitio hubieran saltado de su eje y ya no movieran el mundo hacia un destino predeterminado. Parecía que el Sitio estaba conteniendo la respiración, en compás de espera.

Suspiró y cerró la libreta, buscando en el suelo del coche y entre sus piernas algunos periódicos y revistas que le quedaban por leer. El tema destacado en todos ellos era el que incluía *The Economist* en su edición semanal, en los quioscos ese mismo día. La historia de portada era Kandustán.

Abrió la revista y echó una ojeada al artículo, frunciendo al instante el ceño. Estaba muy cansado y el artículo era algo extenso; además, *The Economist* empleaba un cuerpo de letra pequeño. Pero más importante que todo eso era que no estaba seguro de que el Sitio tuviera algo que ver con lo de Kandustán.

Prácticamente cada acontecimiento que sabía que formaba parte de la red generada por el

Sitio contaba con varios detonantes conectados al Oráculo, es decir, había más de un hilo que lo conectaba con otras partes de la red. Pero Kandustán tenía un único hilo: la decisión de Törökul, el líder guerrillero en la región, de atacar la ciudad de Uth aprovechando que Estados Unidos estaba demasiado ocupado en aplastar a las fuerzas del Profeta en Níger y eso no le permitía intervenir en otro conflicto. E incluso eso eran especulaciones, pues nadie sabía con certeza si eso había jugado algún papel en la situación.

Will se obligó a leer el artículo de *The Economist*. Nada nuevo bajo el sol, en realidad. Los ancianos *biys* del consejo estaban aún en su retiro de las montañas próximas a Uth, allí donde habían estado reunidos durante las semanas previas. Anthony Leuchten se hallaba ahora en ese país dialogando con ambas facciones, intentando hallar una solución diplomática a una situación cada vez más tensa, lo que permitía invocar una bella imagen de un Leuchten sudoroso en algún rincón infernal del desierto, rodeado de hombres que podían asesinarlo en cualquier momento.

The Economist había enviado a un corresponsal a la otra punta del mundo para conseguir una entrevista con Törökul, quien se había mostrado evasivo, aunque el reportero se las había ingeniado para dar con uno de sus subordinados, un tal coronel Bishtuk.

El coronel reiteró la mayoría de los hechos que Will ya sabía a partir de su propia investigación: sus antepasados habían levantado la mezquita; su pueblo tenía aún todos los derechos sobre ese templo; su legado había sido saqueado; su líder, el gran Törökul, los conduciría a la victoria final... Pero había algo más aparte de eso, algo nuevo. Will abrió sorprendido los ojos.

—Mierda —soltó.

Cogió un lápiz verde del compartimiento lateral del coche y pasó las hojas de la libreta, que aún sostenía sobre sus piernas, hasta encontrar lo relativo a Kandustán. Todas las anotaciones estaban en azul. Dibujó grandes y aparatosos círculos verdes en los márgenes de la página, designándola como algo claramente relacionado con el Sitio.

«Lo sabía», se dijo en su interior.

Según el coronel Bishtuk, Törökul había tomado la decisión de atacar Uth cuando vio que las luces de la ciudad se fueron durante los apagones de esa primavera que hubo en todo el mundo. Él lo consideró una señal de Alá y, en ese mismo momento, saltó sobre su caballo y cabalgó para reunir a las tribus vecinas.

La invasión de Níger había dado a Törökul la oportunidad de hacerlo, los apagones habían sido la inspiración... y el Sitio había provocado ambos sucesos.

Will se quitó los auriculares.

—¡Leigh! —dijo—. Fíjate en esto: Kandustán es decididamente parte del cuadro más amplio. Volvió la cabeza y descubrió a Leigh con la vista fija en la carretera y con expresión abatida.

—Kandustán —dijo ella, aturdida—. Sí, claro, Kandustán... ¿Qué me quieres decir?

—¿Qué te pasa? —preguntó Will.

—Escucha la radio, Will.

Él ni siquiera se había dado cuenta de que la radio estuviera encendida y se concentró en lo que decía una voz grave, hablando en un idioma que no entendía, enfático y preciso.

—¿Esto qué es? —preguntó—. No lo entiendo.

—Es el audio de un fragmento que una cadena de televisión local de Kandustán emitió anoche, durante nuestra noche, que para ellos es la mañana. La traducción viene en un minuto, la han

emitido ya varias veces —fue la respuesta de Leigh.

—¿Puedes resumirla? —le pidió Will.

—Sí, claro —dijo ella—. Törökul dispone de una cabeza nuclear.

—¡¿Qué?! —exclamó Will, y Leigh lo miró con gesto grave.

—El locutor ha dicho que es un antiguo misil de la URSS, un SS-24. Lo utilizaban, me imagino, para montarlo en trenes y camiones y pasearlo por todos los lados. Eran armas absolutamente autosuficientes y estaban en movimiento constante, de manera que un ataque eventual de Estados Unidos no los alcanzara.

Leigh extendió su mano y apagó la radio.

—Ni siquiera están muy seguros de si todavía está activo, y Törökul no ha dicho cómo lo obtuvo o dónde lo tiene. Lo llama la «Espada de Dios» y ha declarado que el consejo en las montañas se está demorando demasiado en emitir su voto. Piensa que lo están jodiendo de algún modo, dándole largas hasta que sus adversarios puedan reagruparse.

Will se adelantó con la libreta aferrada entre las manos y la mente fija en la red generada por el Sitio, tratando de entenderlo.

—¿Y qué es lo que quiere Törökul? —preguntó.

—Que los ancianos bajen de la montaña en menos de cuarenta y ocho horas o lanzará la Espada de Dios contra Uth. Si su pueblo no puede tener la mezquita, nadie más la tendrá.

Will se reclinó de nuevo hacia atrás.

—Dios santo —dijo—. Más vale que alguien avise a los ancianos de que se den prisa con la votación.

—No es posible —dijo Leigh—. Están ocultos en una caverna o algo así. Ese es el tema, ¿recuerdas? En que nadie sepa dónde están. Bajarán cuando tengan que bajar.

—Para encontrarse un gran cráter humeante —comentó Will—. No entiendo por qué el Sitio haría algo así. ¿Qué mierda se logra haciendo desaparecer una ciudad entera de Asia Central?

—Will, no lo entiendes. No es solo Uth. Por la noche, mientras dormíamos... el mundo entero comenzó a desintegrarse.

Sus nudillos lucían ahora blancos contra el volante.

—Kandustán tiene firmado un tratado de mutua defensa con China, así que China ha dicho que si Uth es atacada por armas nucleares, bombardeará las montañas donde piensan que se oculta Törökul. La mitad de los países musulmanes del mundo ha declarado que van a luchar para parar esa posibilidad, lo que incluye a Pakistán y Arabia Saudí.

—Pakistán y China tienen armas nucleares —dijo Will.

—Y los saudíes —dijo Leigh—. Al parecer, desde hace un tiempo. Aunque ahora han considerado que era un buen momento para anunciarlo. Estados Unidos tiene firmado con los saudíes un tratado de mutua defensa, igual que el de China con Kandustán. Así que si China decide combatir a los saudíes...

—Sería el fin. El mundo se metería de lleno. ¡Buum!

Will cerró los ojos sintiendo un retortijón en las tripas, pensando que el Sitio se estaría muriendo de la risa a costa suya y de sus absurdas predicciones falsas, deseosas de cambiar un mundo que, dentro de pocos días, ni siquiera existiría.

—¿Y todo en una sola noche de mierda? —dijo.

Sintió la mano de Leigh en la espalda, un toquecito suave.

—¿Qué va a pasar, Will? Dime que sabes lo que va a pasar.
Will se quedó pensativo, y preocupado, pero no dijo nada.

40

Leigh empujó su carro por el pasillo del local, mirando los estantes casi vacíos, pugnando por desentenderse de las noticias que estaban emitiendo por el sistema de megafonía del local, que en esos momentos ofrecía un informe actualizado de la crisis global en curso; nada que ella no supiera o deseara oír.

Panner's Market era la única tienda de comestibles en Feldspar Creek; de hecho, era un pequeño supermercado. Una tienda pequeña para un pueblo pequeño, nunca bien surtida del todo.

Aun así, esto de ahora era apocalíptico. Espacios vacíos donde deberían haber estado las ofertas, sin harina ni *azúcar*, sin papel higiénico ni café.

Se encontraban cerca de la cabaña. Según Will, estaba a quince minutos en coche, subiendo la montaña desde el pueblo. En la mente de Leigh el lugar se había convertido en algo así como un talismán, un refugio donde por fin podrían instalarse y pensar, idear el siguiente paso.

Mientras el mundo no se hubiera convertido en una gran bola de fuego nuclear claro está.

El festín había sido idea de ella. Una celebración por su llegada a la cabaña y una especie de corte de mangas al Sitio; en definitiva, un baile entre las tumbas.

Supuestamente, Hamza había aprovisionado la casa segura —lo de «segura» era muy relativo en las actuales circunstancias— con latas de comida, agua embotellada y otros productos no perecederos; lo suficiente para sobrevivir un tiempo si era necesario. Sin embargo, los alimentos frescos eran siempre bienvenidos, por eso Leigh había decidido parar en Panner's Market para comprar leche y huevos, frutas y verduras. Unos cuantos y buenos bistecs, si los había. Habían hablado de hacerlos esa misma noche a la parrilla, quizá hasta descorchar una botella de vino. O tres.

Con todo, ella no parecía la única en Feldspar Creek que había pensado en ello. La modesta sección de carnicería solo disponía de unas pocas bandejas de carne picada y envasada, que ya tenían un color grisáceo. Leigh las cogió igualmente y se dirigió a la caja, donde esperó su turno en una fila de compradores estáticos, silenciosos.

La dependienta —una mujer madura y voluminosa de pelo rojo, con una plaquita donde figuraba su nombre: Claire— despachaba a los clientes con silenciosa eficacia. Parecía un poco fuera de lugar: se había maquillado de forma desigual y llevaba el cabello algo alborotado.

—Hola, ¿qué tal? —dijo cuando Leigh avanzó hasta ella.

—Hola —respondió Leigh, y comenzó a vaciar el carro y depositar los víveres en la cinta

transportadora. Claire pasaba los productos por el escáner. Iba deprisa y chasqueaba la lengua impaciente cuando el láser no pitaba al marcar el precio la primera vez.

Leigh abrió su bolso y sacó la cartera para buscar el fajo de billetes dentro; literalmente, era el último dinero en efectivo que les quedaba. Pensó en el hecho de que aquella travesía hacia el oeste con el Oráculo había requerido hasta el último centavo de la suma que Will había traído consigo desde Nueva York. Su mente se perdió en divagaciones. Hacía solo una semana que conocía a Will Dando y, en buena medida, ella misma ya se había convertido en una coincidencia pretérita.

—Tenéis suerte de haberlo logrado —le dijo Claire—. Vamos a cerrar temprano hoy.

—Entiendo —dijo Leigh.

—Es que quiero estar pronto en casa, ¿sabes?

—Desde luego —coincidió Leigh—. Me lo imagino.

Claire interrumpió el escaneo de los productos y pareció relajarse un segundo, sosteniendo una bolsa de plástico que contenía la única lechuga pocha que la sección de verduras del supermercado tenía en oferta. Y miró desolada su propia tienda vacía.

—¿Sabes? He hecho más dinero en esta semana que en toda la temporada baja. Debería gastármelo, ¿no crees? Comprarme algo bonito mientras pueda hacerlo.

Presionó una tecla en la caja registradora.

—Cuarenta y ocho con noventa y siete —dijo.

Leigh asintió y hurgó en su cartera, vagamente consciente de lo que decía el informativo por la megafonía, esas palabras que ahora entraban en su mente a pesar de sus denodados esfuerzos por mantenerlas a raya: «... el presidente Green... cáncer... nueva predicción... el Sitio... el Oráculo... tres a cuatro meses...».

«El Oráculo».

El Oráculo.

Sintió que la cabeza le daba vueltas y las náuseas le revolvían las tripas. Con gesto mecánico, buscó unos cuantos billetes y los dejó sobre el mostrador. Después cogió las bolsas de víveres y caminó hacia la salida ignorando a Claire, apenas consciente de que la mujer la estaba llamando con el dinero en la mano. Había pagado de más o de menos, ya no tenía importancia.

Leigh caminó rápido hacia el Nissan, aparcado en un costado del pequeño aparcamiento del supermercado. A través del parabrisas vio a Will con la gorra puesta, la peluca y las gafas de sol; ahora iba siempre disfrazado, a menos que estuviese tras una puerta cerrada. Llevaba la cabeza gacha, y Leigh dedujo que esa posición era porque estaba consultando su móvil. El móvil que acababa de utilizar para joderlos a los dos.

Abrió de un tirón la puerta trasera, arrojó las bolsas de víveres en el asiento y la cerró de golpe. Después tomó una gran bocanada de aire, la retuvo en su interior, la expulsó y solo entonces abrió la puerta del conductor para subir.

—¿Va todo bien? —preguntó el Oráculo.

Estaba equivocaba; no era su móvil, sino la libreta de notas, lo que tenía encima de las piernas. La libreta donde el Oráculo intentaba inferir el plan del Sitio. Tenía el lápiz verde en una mano y había una hoja entera escrita con nuevo texto de ese color. Ella supo lo que eso significaba; él le había explicado su sistema de distintos colores en un momento del trayecto bastante aburrido, justo cuando pasaban por Indiana. Por lo tanto sabía que había algo inusual, sin

precedentes, posiblemente indicativo de un avance... Pero, de todos modos, le importó una mierda.

—Que te den, Will —dijo mientras cerraba la puerta y colocaba las manos sobre el volante, ligeramente temblorosas por la tensión.

El Oráculo lo advirtió y cerró la libreta, con el lápiz verde marcando la página que estaba leyendo.

—Lo has oído —dijo.

—Sí, claro —respondió Leigh—. Lo he oído. De todo lo que podías hacer, de todas las predicciones que podías haber subido al Sitio, decidiste malgastar la única que evitaba que el presidente de Estados Unidos nos siguiera los pasos, sin mencionar al pobre Hamza y a la pobre Miko. Y que haga, en el mejor de los casos, que vayamos todos a prisión el resto de nuestras vidas. Claro que lo he oído.

Will exhaló un gran suspiro.

—¿Y bien? —preguntó Leigh.

—Lo he comprendido —dijo—. Ya sé lo que el Sitio se propone, sé lo que significan los números.

A través del parabrisas, Leigh vio un helicóptero que empezaba a descender. Will le había dicho que Feldspar Creek era un sitio de gente rica, un pequeño paraíso en la montaña para californianos con pasta que volaban a Denver o a Grand Junction y de ahí seguían en helicóptero hasta sus propiedades. La del Oráculo era, a buen seguro, una de las muchas cabañas aisladas que disponía de un helipuerto, que solía utilizarse para huir al fin del mundo. Tan solo se preguntó quién viajaría en esa aeronave, si el jefe de algún estudio de grabación, una estrella de cine, un político o... ¿acaso tenía importancia? En absoluto. En esos momentos muy poca.

—¿Que lo has entendido? ¿Y a mí qué? —replicó—. Es demasiado poco y demasiado tarde, ¿te enteras?

—Pero no lo es —dijo Will sin perder la calma—. Es lo fundamental, y la razón por la que subí la predicción sobre el presidente. ¿Puedo explicártelo?

Leigh miró al exterior por la ventanilla, respirando furiosa. Podía telefonar a su padre o llamar a Reimer y conseguir que le enviaran algún dinero. Podía regresar a la ciudad, escribir acerca de lo ocurrido, o bien...

Metió la llave en el contacto y puso el vehículo en marcha.

Abandonó el aparcamiento y condujo el coche por la avenida principal de Feldspar Creek. Un desvío a la derecha los llevaría lejos del pueblo, de vuelta al este y por fin a casa. El Oráculo podía bajarse o seguir con ella, eso era cosa suya.

A su izquierda vio una cascada, como una cinta plateada que descendía ondulando por la ladera de la montaña que los esperaba al final de la carretera. Al impactar contra un saliente, o quizá un promontorio, la cascada se bifurcaba en dos arroyuelos paralelos.

Izquierda o derecha. Leigh pensó en las buenas y las malas decisiones y en lo difícil que era diferenciarlas.

Escogió la montaña y giró a la izquierda.

Will suspiró nuevamente.

—Pensé en Hamza y en Miko, por supuesto —dijo—. Están a salvo, fuera del país, y sabemos por la radio, entre otras cosas, que Hamza ha contratado a guardaespaldas para que los protejan

las veinticuatro horas. Por lo demás, esto no se trata de ellos sino de mí, soy yo quien debía hacer algo, Leigh. No podía quedarme de brazos cruzados y permitir que el Sitio... lo arrasara todo.

—Pero ¿por qué tuviste que hacer exactamente esto? —dijo ella—. ¿Cómo es que difundir la predicción del cáncer del presidente podría influir de algún modo en lo que ocurre en Kandustán?

—Tú has leído las mismas columnas de opinión y editoriales que yo. Estados Unidos no intervendrá en Kandustán porque Green no desea que otra acción militar se sume precisamente en el año electoral a lo de Níger y otros sitios. Pero si ahora supiera que va a perder de todos modos la reelección y dejara de preocuparse por cómo lo ven a él los electores, quedaría liberado para hacer algo más que enviar sobre el terreno a ese imbécil de Leuchten.

Leigh abrió la boca para replicar, pero Will se lo impidió.

—¿Y sabes qué? Me jodía bastante que Green volviera a ganar las elecciones. Fue él quien ordenó al Coach que nos buscara, y eso fue la causa de los apagones. Él es la razón de que Branson me delatara. Que se joda.

Will miró por el parabrisas hacia delante. Leigh vio el cartel que señalaba la dirección de Laird Lane, el largo camino de tierra que conducía al tramo final y hasta la cabaña, y giró para tomarlo. Llevaban varios kilómetros sin ver una sola vivienda; parecía que la casa segura estaba tan aislada como prometía, menudo consuelo.

—¿Por qué no te limitaste a dejar que siguiéramos aquí juntos los dos? —dijo Leigh, elevando el tono de voz—. Aun cuando haya una guerra, podríamos haber resistido aquí, hubiéramos estado a salvo... ¿Eso no te importa? ¿No represento ningún factor en tu decisión?

Ella misma se dio cuenta de que estaba gritando. Se dio cuenta de que acababa de decir «juntos» y «los dos». Se dio cuenta de lo asustada que estaba por ella, por todos.

—¿No te parece un poquito egoísta hacer algo así sin haberlo discutido antes conmigo?

—¿Egoísta? Leigh, esa es precisamente la cuestión. Esto es algo que hago por todos excepto por mí mismo.

—¿Ignorando a la única persona que ha estado a tu lado en toda esta mierda?

—Leigh, escucha, por supuesto que pensé en nosotros. Ya te lo he dicho: sé lo que significan los números y tengo un plan, y...

—¡Para ya, tío! Que dispongas de las predicciones no te convierte en Batman o quien sea. El Oráculo es una ficción, Will. Tú eres solo un crío.

Laird Lane concluía en un claro, y allí, por fin, estaba la cabaña. Aunque pequeña, era perfecta, de madera y rodeada de grava; también disponía de un porche delantero con mecedoras. Tenía todo lo que Will había prometido.

Solo que junto a ella, posado en tierra, había un helicóptero negro; era el mismo que Leigh había visto en Panner's Market.

—¿Qué demonios...? —dijo Will, y a continuación sonó un estruendo fortísimo.

Cuatro sonidos consecutivos, seguidos del ruido de las cuatro ruedas perdiendo aire. Leigh se aferró al volante.

Varios hombres de negro armados con fusiles salieron de entre los árboles por todos los flancos y corrieron hacia el coche cuando este hizo un viraje y se detuvo.

Todos apuntaban con sus armas directamente a Leigh y a Will. Uno de ellos —de porte imponente y expresión granítica— se aproximó al coche por el lado del conductor y dio unos golpecitos al cristal con el cañón de su fusil, un tac-tac metálico que a Leigh le pareció sin duda el

peor sonido que había oído nunca.

—Fuera del coche —ordenó el hombre.

41

Bajaron del vehículo, despacio y con cautela, cada uno por la puerta que tenía al lado, y los escoltaron hasta la cabaña, al porche, y luego, tras cruzar la puerta de entrada, al salón; era la primera vez que Will lo veía en persona.

Se percató al instante de lo cuidadosos que habían sido Hamza y Miko con la planificación: un radiotransmisor; el arcón metálico apoyado en una de las paredes, donde supo que habría un centenar o más de móviles desechables listos para ser utilizados; los ordenadores encriptados y teléfonos vía satélite; la caja fuerte con dinero en efectivo y varias joyas de oro y piedras preciosas; los estuches con los instrumentos; muebles rústicos pero con buen gusto; la cocina bien provista. Todo lo que el Oráculo iba a necesitar para sobrevivir en un mundo que ahora conocía su identidad.

Y en uno de los sillones, sosteniendo una taza humeante en una de sus manos delicadas, de uñas pintadas en un lustroso tono azul pálido, estaba la razón por la que nunca iba a utilizar todo eso: el Coach.

—Hola, Will —dijo—. Es un placer verte de nuevo.

—Que le den por culo —replicó Will.

—Suena interesante, pero creo que mis hombres tienen prisa por concluir nuestro trabajo antes de que lleguen las autoridades locales para averiguar qué está pasando.

—¿Cómo supo que veníamos hacia aquí?

—Por favor. Ya te encontré una vez, ¿qué te hizo pensar que te dejaría ir de nuevo? Os he seguido el rastro, chicos, desde que dejasteis Nueva York. El cambio del taxi por ese coche alquilado fue definitivo, la verdad sea dicha. Los coches de alquiler están todos equipados para emitir y recibir señales de radio, así las compañías pueden dar con ellos cuando han sido robados y demás... ¿No lo sabías?

Will miró a Leigh, quien parecía estar aterrada pero al mismo tiempo furiosa. Se sintió increíblemente estúpido. Estaba claro: Will Dando no era Batman, ni ahora ni nunca.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó él.

—Nada —dijo el Coach—. Nada en absoluto.

Algo sonó tras ellos, el crac-crac inconfundible de amartillar una pistola.

—Dios mío —dijo Leigh.

Will se dio la vuelta y vio a uno de los hombres del Coach —el mismo que les había ordenado

bajar del coche— apuntándole directamente a la cabeza con su pesada y oscura arma.

—No —dijo él; los pensamientos se arremolinaban en su cabeza y la adrenalina corría por todo su cuerpo. Sabía que había una pistola en una pequeña cartuchera de plástico en el armario de la planta de arriba, y varios fusiles en otro armario de la cocina, pero bien podría haberse quedado todo ello en Nueva York, considerando su escasa utilidad en esas circunstancias—. No creo que deba usted hacer esto —añadió, empeñado en darle a su voz un matiz de autoridad—. Tengo algo pendiente por hacer, y si no lo hago yo, todo saldrá mal, pero que muy mal.

—¿Qué tienes pendiente hacer? —dijo el Coach con un deje de curiosidad en la voz.

—Déjeme marchar y se lo explicaré. Puedo decirle toda clase de cosas, soy el Oráculo.

El Coach negó con la cabeza.

—Lo siento, señor Dando, pero mi cliente me ha dado instrucciones explícitas. Verás, ahora resultas más peligroso vivo que muerto, o eso parece. Es que has estado muy activo en los últimos días, con todo ese asunto de China y la investigación de células madre, ¿lo recuerdas?

El Coach hizo un chasquido de reproche con la lengua.

—Desde hace varios días recibo llamadas para que termine con el jaleo que has montado en el escenario geopolítico. La única razón por la que me negué fue porque contabas con la protección del presidente, pero entonces tú mismo lo entregaste a la audiencia.

Hizo un breve gesto y el mercenario a sus órdenes le puso la pistola en la sien. Will sintió el círculo de metal candente contra su piel, como un pequeño foco tibio que le impedía pensar en nada.

—Ya me perdonarás, Will, pero eso fue una estupidez. El presidente Green estaba muy furioso y dio en persona la orden de matarte. Me temo que esta vez no habrá modo de que pueda negarme.

—Se rascó un lado de la nariz con la mano libre, un gesto que parecía demasiado casual para ser real, vistas las circunstancias—. Casi diría que me decepciona —prosiguió—. Imagino que yo misma esperaba algo digamos... más interesante de tu parte. Considerando, ya sabes, el tinglado que has armado. —Se encogió de hombros—. Tendría que haberlo adivinado, las expectativas te superan todo el tiempo.

—Tengo dinero —dijo Will, desesperado—. Puedo conseguirle lo que usted quiera. Joder, ¿qué creía que estaba buscando con todo esto? ¿No puede entender que todo cuanto ha pasado tiene un sentido y que, si yo muero, todo va a desmoronarse?

El Coach se llevó el dedo índice a los labios.

—Chiss —dijo—. Es hora de partir.

Solo entonces, por primera vez desde que había tenido el sueño, Will respiró tranquilo. No había ya nada más que él pudiera hacer.

Ninguna decisión que tomar.

Ninguna tragedia mundial con el Oráculo en el papel protagonista.

Ningún futuro.

Solo Will Dando al final de su vida.

Cerró los ojos y se concentró por completo en el pequeño círculo metálico pegado a su sien.

—En el coche —escuchó decir a Leigh— hay una libreta con notas. Vaya y tráigala. Léala. Lo entenderá todo. Si lo mata, es como si se matara a usted misma. Como si matara al resto del mundo.

Hubo un largo silencio.

—Abre los ojos, Will —dijo el Coach.

Will obedeció. Vio que la mujer se había levantado del sillón y lo observaba atentamente.

—De acuerdo, me interesa. Ve y tráelo, Grunfeld —ordenó, y el círculo metálico se apartó de la sien de Will.

Uno o dos minutos después, el líder del grupo —que parecía ser el tal Grunfeld— volvió con la libreta y se la dio al Coach sin decir una sola palabra. Ella pasó las hojas, alzando una ceja y emitiendo cada tanto un ruidito indicativo de su interés.

—Ajá —dijo al tiempo que cerraba la libreta—. Cuando acepto un trabajo, tiendo a centrarme demasiado en... el encargo en sí, puedo obsesionarme demasiado con el objetivo. Y la perspectiva más amplia tiende a aburrirme. Podría decirse que es un lamentable fallo por mi parte.

Dio un golpecito con la uña sobre la tapa de la libreta.

—Pero esto... es claramente la perspectiva más amplia, ¿no? Incluso la Gran Perspectiva.

—Desde luego —dijo Will—. Eso es lo que es.

—Mmm —murmuró el Coach—. Casi resulta posible imaginar que estuviste preparando todo esto para el supuesto de que te toparas por azar conmigo. Y yo acabo de enterarme de ello, pero todo sugiere con claridad que algo muy malo va a ocurrir a menos que tú lo evites.

—Eso es exactamente lo que he intentado explicar.

—Está bien, está bien —dijo el Coach, algo irritada—. Pero debes entender que... estaría en serios problemas si no cumplo un encargo. Terminar lo que empiezo es como mi sello de garantía. Por tanto, para considerar la opción de no matarte, debo tener una muy buena razón.

Blandió en su mano la libreta.

—Esto de aquí... —dijo—, ¿cuán malo puede llegar a ser?

—El fin del mundo —respondió Will—. Y no tenemos mucho tiempo.

—Es más o menos lo que me imaginaba —dijo el Coach—. Así que salvarte a ti implica que me salvo yo misma, y a mi esposo, y a mis hijos y nietos, justo como acaba de sugerir la encantadora señorita Shore.

Miró por la ventana hacia la cascada, visible a través de los paneles levemente deformados, imperfectos, de la cabaña y se dio un golpecito con los dedos en los labios.

—Está bien —dijo mientras se volvía para mirar a Will y le tendía la libreta—. Haz lo que tengas que hacer.

Medio aturdido aún, Will la tomó.

—Pero, por favor, no te olvides de que he venido aquí para matarte —continuó ella—. No soy tu amiga, Will. Los faroles, los trucos, cualquier tipo de argucia acabará en...

El Coach señaló a Grunfeld, quien levantó su arma de un modo ligeramente amenazante.

—Estoy segura de que no nos veremos obligados a llegar a eso —dijo ella sonriendo—. Y ahora... ¿adónde vamos?

Will la miró fijamente, intentando pensar en cualquier ardid o farol que pudiera librarlos de la situación. Después miró a Leigh, la mujer que, sin la menor duda, acababa de salvarle la vida y estaba ahora con los ojos muy abiertos, a la espera claramente de que él le devolviera el favor.

—A Denver —respondió.

—Creemos que la incursión china en el espacio aéreo de Pakistán fue absolutamente deliberada, señor presidente.

El jefe de la Junta de Estado Mayor, el general Ira Blackman, señaló con su bolígrafo la enorme pantalla que llenaba buena parte del muro al fondo de la Sala de Crisis, donde se mostraba una imagen por satélite de la frontera chino-pakistaní con varias unidades militares de los ejércitos de tierra y aire pertenecientes a ambos bandos desplegadas en el mapa como fichas. Las chinas en rojo y las paquistaníes en amarillo.

«Los escáneres han salido todos limpios —pensaba entretanto Daniel Green—, pero los médicos han dejado claro que eso no significa nada. El cáncer linfático sobreviene de manera intempestiva: podría estar muy sano esta semana y la siguiente con un pie en la tumba».

—Un despliegue de esa magnitud, fruto de la predicción del Oráculo sobre una revolución que tendría lugar dentro de unos años. Quieren demostrar que son tan fuertes como siempre —añadió el consejero de Seguridad Nacional.

Green extendió su mano para coger la taza de café que tenía delante —café negro bien cargado— y bebió un sorbo. Estaba muy caliente, perfecto. El mundo podía estar al borde del colapso, pero Dios no iba a permitir que dejaran que se enfriase el café del presidente.

—En cualquier caso, han dado ya marcha atrás, ¿no? —preguntó Green a los veinte o más consejeros militares reunidos en la sala—. No fue un ataque real, ¿no?

—Afirmativo, señor presidente. Los pakistaníes enviaron de forma desordenada sus tropas para que los interceptaran y los chinos regresaron a su frontera —explicó el mando superior en la junta de jefes de Estado Mayor.

—¿Y cabe pensar que van a atacar? —quiso saber Green.

Hubo un largo intercambio de miradas no del todo tranquilizadoras entre el consejero de Seguridad Nacional y el jefe del Estado Mayor.

—No sin mediar alguna provocación, señor.

—Defina lo de «alguna provocación» —dijo Green, casi deseando no haber enviado lejos a Tony Leuchten, que era bastante más hábil tratando con los militares.

—Una minucia. Una orden de la base malentendida, un dedo nervioso sobre el gatillo... Pero la causa más probable ahora mismo sería que Törökul lanzara su arma nuclear contra Uth —replicó el consejero de Seguridad Nacional.

—La Espada de Dios —dijo Green.

—Afirmativo.

—¿Y seguimos sin encontrar esa condenada cosa?

—Aún no, señor. Tenemos drones escaneando la región en busca de trazas radiactivas, pero el terreno lo dificulta todo extraordinariamente. Si la ha escondido en una cueva o en un valle demasiado profundo, puede que nunca lleguemos a...

En este punto, la puerta de la Sala de Crisis se abrió de manera intempestiva, lo que era en sí mismo una contingencia muy poco habitual e hizo que todos volvieran el rostro hacia allí. La secretaria del presidente, una mujer formidable de nombre Meredith, entró en la sala y caminó hasta Green, se inclinó a su lado y le habló al oído:

—Tiene una llamada telefónica, señor presidente.

—Imagino que será extraordinariamente importante o no habría venido usted a avisarme de ella —supuso Green.

Meredith asintió.

—Es de un tal mayor Carter Grunfeld, señor presidente, y ha utilizado un código de autorización con el que no estaba familiarizada: «Puesta de Sol». ¿Desea hablar con él?

La boca de Green esbozó una ligera sonrisa.

—Puesta de Sol —repitió—. Sí, claro, pásemelo.

—Muy bien, señor —dijo Meredith, y descolgó el auricular de su teléfono con línea segura, tecleó un par de números y se lo pasó a Green.

—¿Mayor? ¿Cuál es la situación? Dado que ha empleado «Puesta de Sol», espero buenas noticias —dijo Green.

—Señor presidente, soy el Oráculo —dijo una voz demasiado conocida para él—. Necesito que me haga un favor.

La mano de Green agarró con más fuerza aún el auricular. Pudo sentir los bordes clavándosele en la palma y contra los dedos, y sintió un deseo repentino de apretar el condenado aparato hasta hacerlo añicos.

—¿Y qué te hace creer que pueda estar interesado en hacerte ningún favor?

—Que entonces yo quedaría en deuda con usted. Y estaría mucho más dispuesto a olvidar todo el tema ese del secuestro en Nueva York y el hecho de que usted haya intentado matarme hoy.

—Hijo, no tengo la menor idea de lo que estás hablando —dijo Green—. Lo que sí sé es que no eres muy bueno a la hora de cumplir tus promesas. ¿Por qué diablos decidiste difundir esa predicción y convertir un asunto privado en algo tan decididamente público? Nunca más volveré a...

—Esto es algo bastante más grande que lo tuyo —lo interrumpió el Oráculo—. Y usted sabe de lo que soy capaz, lo sabe todo el mundo... ¿Me ayudará, sí o no?

El presidente echó una ojeada a la Sala de Crisis. El mando superior del Estado Mayor apuntaba con su dedo al consejero de Seguridad Nacional, con la cara roja, indignado. Las pantallas en las paredes desplegaban quince versiones distintas de lo que podía ocurrir dentro de las próximas veinticuatro horas... doce de las cuales concluían en el fin del mundo.

—¿Qué pretendes? —dijo Green—. No voy a hacer promesas, solo dime lo que quieres y ya veremos.

—Necesito hablar con Törökul —dijo el Oráculo.

El presidente ahogó un sonido, entre una risita y un gemido.

—¿Qué diablos te hace pensar que eso funcionará? Quizá no hayas oído hablar de la Espada de Dios. Un nombre con gancho, ¿no te parece? Tendría que haberlo usado como eslogan principal en mi propia campaña para la reelección. Ese hombre tiene un don para el *marketing*.

—Yo puedo frenar todo eso, señor presidente. Puedo evitar que lance ese misil. Usted solo tiene que facilitarme un encuentro con él —dijo el Oráculo.

—¿Y qué te hace pensar que tengo ese poder? —preguntó Green.

—Es usted el presidente de Estados Unidos —respondió el Oráculo.

Green aguardó al teléfono, pero no parecía que Will Dando fuera a añadir nada más al respecto.

Normalmente disfrutaba con esa idea que tenía el ciudadano medio de que el presidente podía hacer más o menos lo que le diera la gana, como una especie de mago ataviado con un traje deslumbrante. La realidad era mucho menos impresionante, pero eso no tenía por qué decírselo al Oráculo.

De nuevo observó las pantallas desplegadas en toda la sala: doce versiones del Apocalipsis, y las restantes no eran mucho mejores. Después paseó la mirada por el rostro de sus consejeros, hombres y mujeres brillantes dotados de un inmenso poder y experiencia, ninguno de los cuales podía hacer absolutamente nada por él. El único que le ofrecía alguna tabla de salvación era, por supuesto, el jodido Oráculo.

—Puedo hacer un intento de hablar con su gente —contestó Green.

—Bien —dijo el Oráculo—. Hagamos esto: juegue usted su papel y luego puede hacer que parezca como que usted salvó al mundo; eso me da igual, en serio. Pero hágalo bien. Y eso debería ayudarlo a conseguir el segundo mandato, con o sin cáncer.

—¿Y será así? —preguntó Green.

—¿El qué? —La voz del Oráculo llegó con un matiz de verdadera intriga.

—¿Ganaré? —preguntó el presidente.

Hubo una pausa larga al otro lado de la línea.

—Ganará —fue la respuesta—, si usted me ayuda... ¿Cuánto tardará en ponerse en contacto con Törökul?

El presidente soltó un bufido.

—Nada —dijo—. Sabemos exactamente dónde está. Hemos desplegado un destacamento de las Fuerzas Especiales en aquellas montañas que lo tiene bajo vigilancia.

—Un momento, ¿y por qué no...? —dijo el Oráculo—. Sabiendo usted dónde se halla, ¿por qué no se limita a...?

—Porque no hemos podido encontrar el condenado misil —lo interrumpió el presidente—. La mierda de Espada esa. La ha ocultado en algún punto en las montañas y su gente tiene órdenes de lanzarlo si Törökul es asesinado o capturado.

Hubo otra pausa al otro lado de la línea.

—Muy bien... ¿Ese destacamento de Fuerzas Especiales puede llegar hasta él? —preguntó—. Es importante que alguien le transmita a Törökul que quiero hablar con él, solo hablar. Debe tener claro que será liberado en cuanto concluyamos la entrevista.

—Por supuesto —replicó el presidente—. Lo que menos deseamos es algún malentendido, puedes creerme. Tengo a Tony Leuchten allí, sobre el terreno, ¿te acuerdas de él?

—Me suena —dijo el Oráculo con sequedad.

—Apuesto a que te suena. Él lo conseguirá. ¿Qué vas a decirle a Törökul?

—Espere y verá —respondió el Oráculo.

—Escucha, pequeño arrogante... —comenzó a decir el presidente. Luego tomó aire—.

¡Bueno, a la mierda! ¿Cuándo estarás listo?

—En breve.

—De acuerdo, daré las órdenes pertinentes. Llamaré a este teléfono cuando todo esté dispuesto. ¿Sabes lo que estás haciendo, supongo? —dijo el presidente.

—Absolutamente —respondió el Oráculo.

La comunicación se cortó.

43

El Coach recuperó su móvil sin decir una sola palabra; se la veía impresionada, con muchas preguntas que al parecer había decidido no formular. Por ahora.

Will miró por la ventanilla del helicóptero, que acababa de culminar una inclinada ascensión de la montaña que tenían enfrente y, al alcanzar la cima, dejó a la vista una ciudad. De allí se descolgó hasta un lago de un color azul intenso junto a un racimo de rascacielos en el centro e infinidad de suburbios esparcidos en una vasta meseta.

Will ponía lo mejor de su parte para ignorar a Grunfeld, que llevaba la pistola apoyada ligeramente en el muslo apuntando más o menos hacia él. No tenía el dedo en el gatillo, pero Will no se hacía muchas ilusiones de que pudiera arrebatarse el arma.

—¿Es eso de ahí? —preguntó, señalando la ventanilla con un gesto de la cabeza.

—Denver —dijo el Coach, e hizo el gesto artificioso de arremangarse para consultar su reloj, un modelo elegante de correa delgada—. Todo se hará a la vista del público, espero que sepas lo que estás haciendo.

—Lo sé —dijo Will.

Leigh ocupaba un asiento junto a la ventanilla pero en el otro extremo de la cabina, rodeada por tres hombres del Coach. Cruzada de brazos y con la vista clavada en el frente, sus ojos taladraban el pecho del mercenario sentado delante de ella. Se la veía muy menuda en comparación con sus guardianes, pero igual de altiva y desafiante.

La confianza de Will había disminuido varios grados. Si estaba equivocado... Pero no, no lo estaba. Estaba claramente en lo cierto.

Y si no lo estaba, entonces él y Leigh muy pronto estarían muertos, y nunca habría habido ninguna opción de que él pudiese evitarlo. Desde el día mismo de su nacimiento.

—Muy bien, Denver. Ha llegado la hora de ser más específico respecto a su plan, señor Oráculo —dijo el Coach.

—Un momento —dijo Will—. Deme un minuto.

—Claro. Te propongo lo siguiente: tienes veinte minutos para darme algo antes de que reconsidere todo esto como una mala inversión y os empuje a los dos por la compuerta sobre las Rocosas. Tómame tu tiempo.

Will tragó saliva.

—Leigh —dijo—, necesito tu ayuda.

Leigh parpadeó sorprendida y lo miró. Había estado sumida en una suerte de estado comatoso mientras sobrevolaban las montañas, pero la voz de Will pareció devolverla a la vida. Lo miró fugazmente y le dedicó una media sonrisa.

—Dime.

—Necesito el mayor canal de televisión en Denver —dijo Will.

Leigh enarcó una ceja.

—Veamos... —dijo—. Lo que buscas es KUSA, la filial de la NBC.

—¿Y sabes dónde están sus oficinas aquí en Denver?

—Tienen su sede en un edificio fuera del centro. Es una mole extraña, con forma circular.

—¿Podrás reconocerla desde el aire?

—Creo que sí —dijo Leigh—. Está justo en la avenida que parte del Country Club. Si lo encontramos, seguro que podré localizarla.

—Y tienen conexión vía satélite allí, ¿verdad? Alguna forma de transmitir mucho más allá de Denver.

—Por supuesto. Incluso las cadenas locales más pequeñas pueden hacerlo. Pero ¿para qué necesitas una cadena de televisión, Will?

Este le hizo un gesto para tranquilizarla y se volvió hacia el Coach.

—Dígale a su piloto que busque el Country Club, es un campo de golf. Leigh le dará indicaciones a partir de allí. Y necesito que hagan una llamada por mí.

El Coach le lanzó su móvil a Grunfeld.

—Dieciocho minutos —dijo—. Úsalos bien.

Will se volvió hacia Grunfeld.

—Teclee el número del servicio de información —le dijo—. Consiga... ¿cuál era la cadena, Leigh?

—KUSA —respondió ella.

—Eso. Pida su línea directa, luego llámelos y dígalos que tiene con usted al Oráculo y que desea hacer una declaración, que aterrizará en su azotea dentro de diez minutos.

El Coach estiró una mano y la puso en el antebrazo de Grunfeld, impidiéndole usar el móvil.

—Me parece que no —dijo.

—Hágalo —insistió Will.

El Coach se adelantó en su asiento.

—Will, está claro que has decidido que soy estúpida, lo cual me sorprende. Si hay algo que deberías haber aprendido, en el poquito tiempo que hemos pasado juntos, es que soy justo lo contrario de una estúpida. Dije que te ayudaría, pero no voy a dejar que te me escapes de las manos y menos que estés siquiera cerca de una cámara de televisión.

—Escuche —dijo Will sin alzar la voz—, tiene que ser de este modo. Debo ponerme ante una cámara de televisión, no hay otra forma de hacerlo.

—No —dijo el Coach—. Si consigues tener un público delante no podré controlarte. Encuentra otra manera.

Will cerró los ojos y aspiró profundamente. Luego los abrió y miró al Coach con lo que esperaba fuese una expresión de la más absoluta sinceridad.

—Esto es lo que haremos —dijo—. Vosotros os quedáis en el helicóptero. Dejadme que vaya allí fuera solo cinco minutos y diga lo que tengo que decir, después volveré aquí y me iré con

vosotros. Podéis hacer lo que queráis conmigo. Tenéis mi palabra mientras dejéis marchar a Leigh, a ella no la necesitáis.

—¿Will! —exclamó la periodista, horrorizada.

—Todo va a ir bien, Leigh —dijo Will sin dejar de mirar al Coach, que se reclinó de nuevo hacia atrás en su asiento, pensativa.

—Tu palabra —dijo—. ¿De qué vale eso? No te conozco, y las últimas horas me las he pasado tratando de matarte. ¿Por qué habrías de mantener una promesa conmigo?

—Por ella —dijo Will, y señaló a Leigh a través de la cabina.

El Coach volvió lentamente la cabeza, siguiendo el gesto de Will, mirando unos segundos a Leigh y luego otra vez a él.

—¿Es la única forma de hacerlo? —preguntó.

—La única que se me ha ocurrido.

Entonces el Coach hizo una seña con la mano a Grunfeld indicándole que procediera.

—Te diré lo que haremos —dijo—. Puedes tener tu pequeño *show* en televisión, pero la chica se queda aquí en el helicóptero mientras lo haces. Vamos a atarte un cable a la cintura, de manera que si despegamos por sorpresa vendrás con nosotros. Cuando hayas terminado, vuelve aquí y nosotros dejaremos ir a tu amiga.

—No —dijo Leigh—. No me iré a ningún lado sin él.

—Leigh —dijo Will—, todo saldrá bien. No te preocupes.

—¡Nada saldrá bien, Will! ¿Qué narices estás haciendo? ¡Tiene que haber otro modo!

Will rebuscó en su interior y le obsequió con la sonrisa más tranquilizadora que pudo encontrar. Después cerró los ojos y apoyó la cabeza en el cabecero del asiento mientras oía a Grunfeld hacer la llamada.

—Ahora se ponen —dijo el agente—. ¿Cómo los convengo de que de verdad tengo conmigo al Oráculo?

—Bueno, considerando que es usted un mercenario hijo de perra de los buenos —dijo Will sin abrir los ojos—, estoy seguro de que será más tozudo que la recepcionista de un canal de televisión.

44

En el área despejada de la azotea de KUSA estaba claramente marcada la zona de un helipuerto, una gran «H» negra dentro de un círculo blanco, y en torno a la hache se había congregado bastante gente, no menos de un centenar de personas.

El Coach se separó de la ventanilla y le habló al piloto.

—Déjalo en marcha —le ordenó—. Necesitaremos salir de aquí a toda prisa.

Grunfeld probó los nudos hechos en la cuerda negra de nailon que Will llevaba amarrada a la cintura. El otro extremo estaba atado con firmeza a uno de los soportes donde iban los asientos de la cabina. Sin un cuchillo, se tardaría media hora al menos en liberarse.

—Bueno —dijo el Coach, casi en tono de excusa—. Te recuerdo que si intentas cualquier cosa, lo único que conseguirás será una bala en la nuca.

—¿No es lo que va a ocurrir de todas formas? —replicó Will.

—Probablemente. Pero inténtalo y... —señaló hacia atrás con el pulgar, a Leigh—, ella será la siguiente. La arrojaremos fuera después de deshacernos de ti y echaremos a volar.

Los ojos de todos los ocupantes de la cabina estaban puestos en Will. Con el rabillo del ojo vio a Leigh moverse lentamente, intentando alcanzar la pistola del cinto de uno de los guardias que estaba cerca de ella.

«Oh, no, no —pensó él—. Leigh, no...»

Cuando ya se las había arreglado para sacar media pistola de la funda, algo golpeó su mano y la otra mano del tipo se cerró en torno a su garganta. Leigh soltó un ruido de estrangulación. El guardián miró al Coach a la espera de instrucciones.

—Joder —dijo la mujer—. Esta chica no sabe apreciar lo que es un buen trato.

Después fue hacia ella y se inclinó tanto que pegó su rostro al de la periodista.

—Tú solo relájate —le dijo—. Estarás fuera de aquí en cuestión de cinco minutos si el señor Dando se ciñe al plan.

El guardia aflojó la presión en su garganta, pero no la dejó ir. Leigh intentó apartarle los brazos, pero habría sido más efectivo si hubiese intentado derribar un roble.

—Hazla callar —le ordenó el Coach, y la otra mano del guardia tapó la boca de Leigh.

—Tomáoslo con calma, por Dios —dijo Will.

—¿Quieres que ella salga de aquí? Pues cumple con tu parte —dijo el Coach.

Will la miró fijamente y llevó su mano al tirador de la compuerta para bajarlo. Hubo un sólido

clic al liberarse el pestillo. Empujó hacia fuera la compuerta, que se dividió en dos mitades, la superior plegándose hacia arriba y la inferior desplegando una escalinata que llegaba hasta la azotea de KUSA. En ese momento dio un paso fuera del aparato, en medio de la turbulencia provocada por la hélice, arrastrando consigo la cuerda de nailon. La hélice seguía girando, tal como había ordenado el Coach, pero de todas formas Will pudo oír por encima del ruido las preguntas que la multitud allí reunida le gritaba:

—¿Es el fin?... ¿Seguirá mi marido conmigo?... ¿Debería jugar al quince o al veintiséis en la siguiente partida?... ¿Quién va a ganar la próxima Super Bowl?... ¿Lanzarán finalmente la Espada?... ¿Llegaremos alguna vez a Marte?... ¿Dónde está mi hija?

Las expresiones en los rostros que rodeaban el helicóptero eran de frenesí, de miedo y de evidente desconcierto.

Will no había vuelto a ver esa avidez desde que revisaba los correos electrónicos que la gente enviaba al Sitio, y de eso hacía una eternidad. Todo aquello consiguió desorientarlo, como un foco apuntado directamente a su rostro.

Aspiró hondo para recobrar la calma y volvió al helicóptero.

—¡Apáguelo! —gritó al piloto.

Grunfeld, que esperaba en la compuerta abierta del aparato con la cuerda en sus manos, no pareció oírlo y su rostro permaneció inmutable, tan pétreo como siempre. Will hizo un movimiento circular con los dedos, tratando de sugerir la hélice, y luego un gesto de cortarse la garganta, indicativo de que apagaran el motor.

Finalmente hubo una reacción: las cejas de Grunfeld se alzaron hasta alcanzar casi donde le nacía el cabello y negó con la cabeza, a lo que Will reaccionó cubriéndose las orejas y encogiéndose de hombros. Grunfeld arrugó aún más la frente, pero al fin gritó algo hacia el interior de la cabina. Hubo un largo intervalo y el estruendo del helicóptero cesó. La hélice giró lentamente hasta detenerse.

Ignorando los ruegos de la multitud para que les diera información sobre el futuro de sus seres queridos o claves acerca del mercado de acciones, preguntas y más preguntas, Will señaló al equipo de cámaras más cercano y les indicó con un gesto que se aproximaran. Un tipo elegante y de mediana edad, con el pelo entrecano, parecía estar al mando; vestía un traje y llevaba un micrófono en la mano, al más puro estilo de los reporteros de informativos.

En cuanto estuvo lo bastante cerca, Will se inclinó hacia él y le chilló por encima del griterío directamente en el oído:

—Tendréis que hacer una conexión vía satélite con vuestra señal.

El reportero lo miró confundido. Will le indicó la cámara.

—Necesito que esta emisión se haga desde un lugar específico —le dijo, tratando de ser más explícito—. ¿Cómo se llama usted?

—Crandall Fontaine —contestó el reportero, que no parecía terminar de entender la situación.

—Vale, Crandall, ¿hay algún técnico con el que pueda hablar?

El tipo asintió e hizo una señal a un individuo cerca de allí.

—¡Jerry! Ven aquí —lo llamó.

El técnico se aproximó con cautela y sin dejar de mirar a Will.

—Jerry —le dijo Will en tono calmado, sin perder la paciencia—. Espéreme solo unos segundos, voy a necesitar su ayuda.

Se volvió hacia el helicóptero.

—Necesito el móvil otra vez —le gritó a Grunfeld, que aún estaba en el acceso a la cabina.

Will esperaba tener que dedicar varios minutos más para convencer al Coach de que le pasaran el móvil, pero este llegó sin más a través de la compuerta del helicóptero. Obviamente, ya inmersa en el asunto, la mujer había decidido llegar hasta las últimas consecuencias, o por lo menos hasta las penúltimas. Will cogió delicadamente el teléfono y se volvió hacia Jerry, sosteniéndolo en el aire.

—Ahora, Jerry, dentro de muy poco, alguien llamará a este móvil. Usted hablará con ellos y así sabrá dónde tiene que dirigir la señal. La transmisión hecha desde aquí deberá enviarse a otro punto, supongo que vía satélite, y usted la recibirá de igual modo. La persona que estará allí necesita verme y escucharme, y yo necesito verlos y escucharlos a ellos. ¿Puede hacer eso?

—Sí, señor —respondió Jerry—. Debería ser simple, si tienen allí el equipo adecuado.

—Bien.

Will le entregó el móvil.

Retrocedió unos pasos y miró a su alrededor, teniendo contacto visual directo con algunos de los rostros congregados en la azotea, advirtiendo cómo afloraba la avidez cuando alguien creía haber conectado con él. Todos querían que les echara una mano. Querían que él fuera la solución a sus problemas.

Entonces dio media vuelta, subió por la escalerilla al helicóptero y cerró la compuerta tras él. El aparato estaba bien insonorizado, posiblemente para neutralizar el estruendo de la hélice. El repentino silencio, después de cerrar la compuerta, fue como un bálsamo para sus oídos, lacerados por el barullo de fuera.

Una vez dentro, avanzó hasta los asientos donde estaban Leigh y el mercenario que la vigilaba.

—Muévase —le dijo al tipo.

Ambos se miraron fijamente.

Tan solo un segundo.

El soldado se levantó de su asiento y Will se sentó junto a Leigh.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

—Están preparando todo, es cosa de minutos.

Leigh lo asimiló.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo.

—Por supuesto —respondió él.

—¿Qué hago yo, Will?

—¿Para ganarte la vida?

—Eso es —dijo ella—. Para ganarme la vida.

—Eres periodista —dijo Will.

—¿De qué tipo?

Esta vez Will tuvo que pensarlo.

—De una página web —respondió.

—Exacto —dijo ella—. Entonces ¿cómo diablos iba a saber yo algo de cadenas de televisión en Den ver?

Will frunció el ceño.

—Yo... ni siquiera pensé en ello. Me pareció que tal vez lo sabrías... Y así fue, ¿no?

Leigh lo miró fijamente.

—En la universidad salía con un chico que, después de graduarse, se trasladó aquí y consiguió un trabajo en KUSA. Yo lo visité un par de veces, vi dónde trabajaba. Es la única razón por la que lo sabía. No tendría que haberlo sabido, pero así fue. El tiempo jugaba en nuestra contra: el Coach estaba a dos segundos de ordenar a su hombre que nos disparara, y yo tenía exactamente la información que necesitabas en el momento justo... ¿Qué es esto, Will?

Will exhaló un largo y prolongado suspiro que sugería una falta absoluta de sorpresa ante lo que acababa de oír.

—¿Qué puedo decirte, Leigh? —concluyó—. El Sitio provee.

Leigh extendió la mano y se aferró a su brazo.

—Por favor, Will —le rogó—, dime que de verdad tienes un plan.

—Respóndale a la dama —dijo el Coach—. ¿Qué está haciendo, señor Oráculo?

—Esperando —dijo Will.

Se reclinó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos.

45

Las calles bullían con la multitud allí reunida, miles de personas que se habían ido concentrando en torno al edificio de KUSA, llenando cada espacio disponible alrededor del edificio, arracimándose en los campos de golf que había calle arriba, todos gritando y levantando las manos, con lágrimas en el rostro.

El Oráculo había bajado de la montaña —estaba, de hecho, de pie en los peldaños de un helicóptero sobre la azotea de la cadena de televisión con una gruesa cuerda de color negro atada a la cintura—, y, oh, Dios, la de cosas que podría revelarles.

—¡Jerry! —gritó Will por encima del ruido de la gente. El técnico de KUSA estaba junto a un cámara algo nervioso, sosteniendo entre ambos el equipo de vídeo portátil con los cables tendidos por la azotea hasta el edificio, al que accedían a través de una puerta abierta—. ¿Cómo vamos?

—Hola, señor —dijo Jerry—. Está todo dispuesto. Listos para emitir.

Will echó un vistazo a la multitud.

—Esto no va a funcionar, no escucho nada. ¿Podemos hacerlo dentro del helicóptero?

Jerry lo pensó unos segundos.

—No veo por qué no.

—Bien. Acompañe al cámara hasta el interior del vehículo.

—¿Y el señor Fontaine?

Will se había olvidado completamente del reportero, al que ahora veía de pie a unos pasos de allí, esperando ansioso por lo que consideraba su gran oportunidad, meditando una posible conversación entre el Oráculo y Törökul. Crandall Fontaine le regaló a Will una amplia sonrisa.

—No lo vamos a necesitar, lo lamento. Tampoco es que haya mucho espacio ahí dentro.

—Se lo haré saber, señor.

Will creyó detectar una pizca de satisfacción en el tono de voz de Jerry.

Minutos después, Will estaba de vuelta en el helicóptero. Sentado enfrente había un operador de cámara con un monitor a su lado que emitía una imagen granulada, poco iluminada, del suelo sembrado de rocas de algún barranco de un árido desierto. Era de noche en Kandustán y, aparte del círculo de luz que mostraba el monitor, el barranco se diluía en una oscuridad negra como la tinta. Miembros del grupo de Fuerzas Especiales de Estados Unidos que presuntamente habían capturado a Törökul patrullaban ahora las orillas del barranco mirando en todas las direcciones.

Leigh estaba sentada con Grunfeld en el flanco opuesto de la cabina, junto a Jerry y el Coach.

Los demás hombres del Coach habían tenido que abandonar la nave, pues no había espacio para todos.

La imagen en el monitor cambió al apuntar la cámara hacia un costado. Al quedar de nuevo estable, enfocó a Törökul, un individuo de raza negra vestido con uniforme de camuflaje y la cabeza envuelta en un turbante. Tenía los brazos extendidos ante él y las manos atadas con bridas de plástico de inmovilización rápida. Dos soldados fornidos de las Fuerzas Especiales estaban a cargo de él con los fusiles preparados. Will estudió al prisionero, que no podía ser otro que Törökul. Erguido allí de pie, desafiante, sin temor, casi hasta curioso. Will se preguntó qué le habría dicho Leuchten acerca de lo que estaba ocurriendo.

Como respondiendo a sus pensamientos, Anthony Leuchten apareció entonces en el monitor. Se le veía bastante demacrado: sudoroso, sucio y con alguna clase de sarpullido en la papada, esa bola de grasa que había disminuido ligeramente.

—¿Está el Oráculo conectado? —le oyó decir Will—. Estamos demasiado expuestos aquí fuera y esto se está demorando mucho.

Will aspiró hondo y le hizo una señal al cámara.

—Enciéndala —dijo.

El operador presionó un botón al lado de la cámara y de pronto se encendió una lucecita roja.

—Señor Leuchten —dijo Will—. Me alegro de verlo de nuevo.

—Señor Dando —respondió Leuchten en tono cortante—. ¿Está usted preparado?

—Sí, claro. ¿Y Törökul? ¿Qué le ha dicho usted?

—Le he dicho que el Oráculo deseaba hablar con él, que no estaba en ningún caso bajo arresto, que sería liberado tan pronto como la conversación hubiera concluido y cualquier cosa que usted le diga no tiene relación alguna con el Gobierno estadounidense.

—No esperaba otra cosa por su parte —dijo Will—. En fin, eso es todo lo que necesitaba saber. Diga a sus hombres que le suelten y retrocedan. Quiero que esté libre cuando hable conmigo.

—Imposible —dijo Leuchten de forma taxativa—. Podemos dejarlo ir cuando hayan terminado.

Will alzó una ceja.

—Tony, el hecho de que su jefe organizara todo este tinglado solo porque yo se lo he pedido, ¿no le sugiere que quien marca los jodidos pasos soy yo? Quítele las bridas ahora mismo.

Leuchten se dio la vuelta apretando los labios y dio la orden. Sin decir palabra, uno de los soldados cortó los plásticos y retrocedió unos pasos. Törökul se masajeó las muñecas, con los ojos clavados en la cámara.

—Muy bien —dijo Will—. ¿Sabe si habla inglés?

—No —respondió Leuchten—. Pero uno de nuestros hombres puede hacer de traductor.

—Perfecto. Los demás apártense.

Leuchten y todos los soldados excepto el intérprete retrocedieron hasta quedar fuera del círculo de luz, retornando a la oscuridad.

Will observó un momento a Törökul, que parecía contento de estar allí a la espera, atento a lo que iba a ocurrir a continuación.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó Will.

En ese momento entendió que mucho de lo que iba a suceder dependía de la respuesta que

diera Törökul a esa pregunta.

—Sí —llegó la traducción—. El Oráculo me es conocido.

Will dejó escapar el suspiro que estaba reteniendo, un gran suspiro de alivio.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—Hace algún tiempo que los líderes espirituales de mi fe hablan de usted.

—Cosas buenas, espero —repuso Will, y al instante se preguntó en qué demonios estaba pensando.

Tras escuchar la traducción, Törökul lo miró con perplejidad.

—No. No son cosas buenas.

Will consideró la respuesta y decidió que no tenía importancia.

—En todo caso, ¿escuchará lo que debo decirle? —preguntó.

—Adondequiera que me giro, veo armas apuntándome, ¿qué otra opción tengo? Pero le diré lo mismo que le dije a su colega: incluso ahora, la Espada de Dios está siendo preparada para volar. Diga usted lo que quiera, cada segundo que pasa me acerca cada vez más a la victoria final.

—Pero se le aseguró que será liberado.

Törökul hizo varios gestos al intérprete y habló con una expresión gélida:

—Estos soldados irrumpieron en mi campamento en plena oscuridad y mataron a tres de mis hombres.

Will se retorció por dentro.

—Me dicen —prosiguió Törökul— que el famoso profeta impío desea hablar conmigo, después de lo cual seré liberado.

Miró con fiereza a Will.

—Los imanes enseñan que no es usted un verdadero profeta. Es uno de los pocos asuntos en que todas las sectas del islam coinciden. Dicen que miente en cada palabra que pronuncia, que es un hijo del demonio, que deposita palabras perversas en los corazones y las mentes de los hombres... Así pues, miéntame —concluyó.

Lanzó un escupitajo cuyo impacto en el suelo pudo oírse perfectamente.

—Yo lo escucharé, y cuando rechace sus palabras, sus soldados me matarán. Esa es al parecer la voluntad divina, ¿qué otra elección tengo que aceptarla?

—La voluntad divina —repitió Will—. Sé bastante más de la voluntad divina de lo que a mí me gustaría.

En este punto dejó de pensar. Nada de lo que pudiera decirle podía empeorar las cosas, así que simplemente siguió hablando.

—No tengo nada que ver con el demonio, Törökul —dijo—. Soy solo un hombre, pero un hombre que puede ver el futuro, y las cosas que veo ocurren de verdad. Los *biys* emitirán veintitrés votos contra doce a favor de devolverle la mezquita a usted y a su pueblo. No sé cuándo volverá allí el consejo, ni sé si lo hará para cumplir con el plazo que usted le ha dado. Solo conozco los resultados. Veintitrés contra doce a favor del sí.

Will se inclinó hacia delante, haciendo lo posible por mirar directamente a los ojos al individuo que salía en la pantalla del monitor.

—Le pido que espere. Si lanza usted su misil, el mundo entero arderá. Debe saberlo. Pero si espera a que vuelvan los *biys*, obtendrá usted lo que desea. Tiene mi palabra.

Will esperó a que le tradujeran sus palabras a Törökul y vio cómo su expresión se iba

endureciendo.

—Por tanto, lo que quiere usted es que le haga un favor —dijo—. Interesante.

Miró fuera del plano, a lo lejos. Hubo una pausa larga, muy larga.

Will se agarró a los reposabrazos del asiento.

Törökul miró de nuevo a la pantalla, al Oráculo.

—Usted no entiende la razón de mi lucha, ni sabe nada de mí. Solo quiere que haga algo por usted para mantenerlos a salvo en sus bonitas casas, en su blando país al otro lado del mar.

Dio un paso adelante hacia la pantalla, con el rostro congestionado de rabia.

—Que te den, Oráculo. No me importa si estás o no a salvo. No me importa si tus niños están a salvo, no significan nada para mí. Todo cuanto es importante para mí y mi pueblo está aquí, y aquí es donde he de actuar. Así pues, como ya lo he prometido, rechazo tu petición. Tienes solo dos opciones, falso profeta. Matarme ahora, y la Espada de Dios estará volando dentro de una hora a su destino, tu mundo arderá y yo me estaré riendo de ti en el infierno. O liberarme y apostar a que no lanzaré mi arma, solo por el hecho de que me habéis ofendido. Tú eliges, pero me he cansado de esperar. Tengo el poder y debo usarlo para ayudar a mi pueblo.

Dicho esto, Törökul se cruzó de brazos y, por increíble que pareciera, sonrió.

Will lo observó en silencio e intentó dirimir en qué estaría pensando él, un chico norteamericano de veintitantos años y raza blanca, al pretender persuadir a un líder guerrillero de Asia Central, armado con un misil que apuntaba en esos instantes a una ciudad, para que le hiciera un favor. Törökul no iba a escucharlo, nunca creería una sola palabra de lo que le dijera. Había sido una muestra de arrogancia por su parte creer que bastarían unas palabras del Oráculo para que, de repente, todo acabara en final feliz. El Sitio había cuidado tanto tiempo de él —manteniéndolo con vida, protegiéndolo de presidentes y lunáticos que aparecían en lavanderías, incluso de madres homicidas— que simplemente no había considerado la posibilidad de que esto no fuera a salir bien.

Pero así había sido, no había salido bien. Era un arrogante.

¿Por qué el Sitio había destinado tanto tiempo y esfuerzo, y aniquilado tantas vidas, solo para llevar al mundo al borde del abismo?

O bien buscaba el caos, o no. De no ser así, tenía que haber una respuesta. Tenía que haber una forma de restablecer el equilibrio.

Y con esa idea en mente, al fin lo comprendió. Al menos el patrón, que ahora lo veía cristalino.

El Sitio había hecho todo lo posible para traer miedo y miseria al mundo. Había matado gente, la había atemorizado, le había arrebatado cosas que amaba, había hecho que dudara de que el futuro fuera a llegar.

Pero eso no era todo lo que había hecho.

También había generado una suerte de equilibrio. Había creado una maquinaria turbia e intrincada de caos y muerte, pero, al mismo tiempo, una persona capaz de detenerla.

Qué más daba que lo amaras, odiaras o temieras, eso era irrelevante. Will Dando, el Oráculo, era la persona más poderosa sobre la Tierra y había llegado el momento de dejar de combatir al futuro.

—Leuchten —dijo al fin en voz alta.

Tony Leuchten se adelantó hasta el círculo iluminado. No dijo nada, pero su lenguaje corporal

transmitía una inmensa furia; estaba casi temblando.

—Mire usted a Törökul —le dijo Will.

Tony inclinó la cabeza y entornó los ojos, pero hizo lo que le decía.

—Törökul —prosiguió Will—. ¿Sabe quién es este hombre?

El guerrillero asintió.

—Es... —el intérprete dudó un segundo—, el amigo especial de vuestro presidente —concluyó el soldado, escogiendo evidentemente una forma más diplomática para el término que Törökul había empleado.

Will notó que Leuchten apretaba los puños.

—Es el consejero principal del líder de Estados Unidos —dijo Will—. Y habla en nombre del presidente. Un hombre excepcionalmente poderoso.

Törökul asintió.

—Sí, eso ya lo sé. Es lo que él me ha dicho. Por esa razón fue enviado a tratar conmigo.

—Ahora, Törökul —dijo Will—, voy a hacerle un regalo.

Volvió a aspirar muy hondo, retuvo el aire y lo soltó.

—Capitán, deje usted de traducir un momento —le pidió Will.

El soldado asintió.

—Leuchten —dijo a continuación.

Tony se dio la vuelta para mirar el monitor.

—Arrodílese frente a él.

—Que le jodan —espetó Leuchten.

—Hágalo, o todo esto habrá concluido —dijo Will—. ¿Quiere usted ganar esa reelección, salvar al mundo? Arrodílese ahora mismo en la arena.

—Soy el representante de los Estados Unidos de América —dijo Leuchten—. No puedo hacer eso.

—¿De verdad quiere que lancen el condenado misil? No puede ser tan estúpido. En vez de eso, usted puede frenarlo ahora mismo. Se lo digo yo, que sé lo que va a ocurrir, ¡soy el Oráculo, por el amor de Dios!

Will le sonrió a través de la pantalla.

—A veces todos debemos claudicar ante un poder superior, Tony. Hoy ese poder superior soy yo.

Aunque fuese a través del monitor Will apreció que el rostro de Leuchten enrojecía. Poco a poco se volvió para mirar de frente a Törökul.

Haciendo un gran esfuerzo por su parte, Anthony Leuchten se arrodilló en la arena con la mirada perdida. Ya arrodillado, frente a Törökul, el jefe de gabinete de la presidencia de Estados Unidos bajó la cabeza.

Törökul vio todo esto y miró a Will. Su actitud había cambiado; por primera vez desde el inicio de la conversación, Will advirtió un matiz respetuoso en su rostro.

—Capitán, empiece a traducir de nuevo —le dijo al oficial.

El soldado asintió y quedó a la espera.

—Así que aquí estamos, Törökul —dijo Will—, usted y yo. Los dos individuos con todo el poder. Usted dice que debe usar el suyo para ayudar a su pueblo. Yo estoy empleando el mío con el mismo fin. En este momento le doy mi palabra: cuando los *biys* descendan de las montañas, la

votación será a favor suyo de veintitrés contra doce.

Will esperó a que el soldado tradujera sus palabras y entonces prosiguió:

—Si espera usted, ganará. Si no, todo el mundo morirá. No puedo decirle qué hacer, pero piense en todo lo que yo mismo podría haber hecho con este poder de que dispongo, y luego en lo que realmente he hecho aquí esta noche. De un hombre poderoso a otro, solo considere que lo que le estoy diciendo es verdad.

Törökul miró el rostro de Will. Estaba calmado, más en calma de lo que había estado en mucho tiempo, posiblemente desde el sueño.

El líder guerrillero miró a Leuchten, aún arrodillado, silencioso, y después otra vez a Will. Luego miró a lo lejos con aire impasible, indescifrable, y así estuvo unos treinta segundos.

Luego dijo unas pocas palabras.

—Esperaré. —Esa fue la traducción.

Will alcanzó a percibir de reojo las expresiones de júbilo que estallaron a su alrededor en el helicóptero.

—Gracias —dijo.

Tony Leuchten miró a la pantalla con una pregunta dibujada en el rostro. Will lo tuvo esperando un buen rato y enseguida asintió. Leuchten se levantó con lentitud. Una vez en pie, se sacudió la arena de la ropa y clavó en Will una mirada llena de odio puro, abrasador. Will se quedó impertérrito, para nada impresionado.

—Gracias, Tony —dijo—. No le habrá resultado fácil, estoy seguro.

—Eres un hijo de puta —escupió Leuchten.

—Eh, colega, era usted el que se moría de ganas de trabajar conmigo. Solo ha conseguido lo que se merecía, imbécil —replicó Will—. Deje ir a Törökul y a sus hombres. Ya lo ha oído, ha decidido esperar.

—¿Y cómo lo sabemos? —preguntó Leuchten.

—Porque acaba de hacer un trato con alguien en quien piensa que puede confiar —respondió Will—. Adiós, Leuchten. Espero no verle nunca más.

Will miró al cámara dentro del helicóptero.

—Apáguela —dijo.

El operador apagó el monitor y bajó la cámara. Estaba pálido y no le quitaba la vista de encima a Will.

Leigh esquivó a Grunfeld en el pasillo del helicóptero y llegó hasta él con los ojos muy abiertos.

—¡Joder, Will!

—Te dije que sabía lo que hacía.

—Es hora de marcharnos —dijo el Coach—. Daos prisa.

Hizo una señal a Grunfeld, quien habló brevemente por un micrófono incorporado en la solapa. Momentos después, la compuerta de la aeronave se abrió y aparecieron los hombres del Coach para instar a Jerry y al cámara a que bajaran. Tan pronto como se abrió la compuerta, Will oyó los gritos y ovaciones provenientes del exterior, y más preguntas suspendidas en el aire.

El Coach miró a Leigh.

—Tal como yo entiendo el trato, señorita Shore —le dijo—, es hora de que usted también baje.

Leigh negó con la cabeza y miró a Will, quien asintió.

—Está todo en orden, Leigh —dijo—. Estaré bien. Solo vete, ponte a salvo.

—¡Te va a matar, Will!

—Todo saldrá bien —repitió Will—. Vete, no tenemos tiempo.

—Él tiene razón —dijo el Coach—. O bajas por esa escalerilla en los próximos diez segundos o tendrás que venir con nosotros.

Leigh se sentó de golpe en uno de los asientos del helicóptero y se abrochó el cinturón de seguridad.

—¡No, Leigh, no, venga ya! —exclamó Will.

—La señorita quiere quedarse, es su opción —dijo el Coach. Y gritó al piloto—: ¡Despeguemos!

Los rotores del aparato comenzaron a girar, con el ruido aumentando poco a poco, mientras el piloto se disponía a alzar el vuelo.

Will se dejó caer junto al asiento de Leigh.

—¿Por qué? —le dijo.

—Vamos, Will, ¿no deberías saberlo a estas alturas? —contestó ella—. La historia no ha terminado.

Entonces se puso seria y miró al Coach, que hacía lo propio con los dos, especulando en su interior.

—¿Puedo hacerle unas cuantas preguntas o ya tiene planeado arrojarnos sobre el Mile High Stadium?

—Venga, desquítate —dijo la mujer—. Yo también tengo algunas.

Leigh volvió a centrarse en Will.

—¿Cómo supiste lo de los números? ¿Estás seguro de que significan eso? —preguntó.

—Hay treinta y cinco ancianos en el consejo de *biys*, Leigh. Esa cifra circuló en los informativos desde un principio, pero no até cabos hasta que lo vi de nuevo en el diario esta mañana. Entonces todo encajó. Me cuesta creer que no lo viera antes.

Ella lo miró de reojo.

—¿Y el seis? ¿Cómo encaja el seis en todo esto?

Will se encogió de hombros.

—¿Recuerdas que te dije que las predicciones me llegaron en un sueño? Fueron frases dichas en voz alta. Lo que escuché fueron dos números seguidos y di por sentado que el tercero era parte de la secuencia, pero no era eso. El tercer elemento era «sí», la palabra «sí», como cuando decimos «por el sí», y no un seis. No llegué a verlo hasta hoy.

Leigh negó con la cabeza y se quedó en silencio unos instantes.

—Mi turno —lo interrumpió el Coach—. Tengo una pregunta.

Will se centró en ella.

—Acabas de evitar que la situación en Kandustán se caliente aún más, ¿verdad? —preguntó.

Will no vaciló.

—Eso es —respondió—. Es lo que he hecho.

—No estaría de más un gesto de gratitud, ¿no? —añadió Leigh—. Preferiblemente, antes de pegarnos un tiro en la cabeza.

El Coach se cruzó de brazos y miró por la ventanilla un minuto largo.

—¿Qué rumbo, señora? —preguntó el piloto. No hubo respuesta.

—En fin —dijo el Coach—. Imagino que también yo tengo mis límites. No puedo hacer esto. Me da la impresión de que los dos vais a ver amanecer, después de todo.

—Esto... jefa —intervino uno de los del equipo—, debo preguntarlo... ¿No servirá todo esto para jodernos a todos? El presidente nos ha hecho un encargo...

—Es cierto —dijo el Coach—. Pero, como ya sabemos todos, pronto enfermará de cáncer y probablemente muera. No me preocupa el presidente. No vamos a matar al chico que evitó una crisis nuclear haciendo que Tony Leuchten hincara las rodillas en el polvo. Es una personalidad demasiado interesante, la clase de individuo que una estaría encantada de que le debiera algún favor.

El Coach, esa mujer menuda, entrada en años y desarmada, miró a los miembros de su equipo.

—Si cualquiera de vosotros intenta arrojarlo por la compuerta, será detenido. Por mí. ¿Está claro?

—Muy claro —respondieron sus hombres al unísono.

—Ahora —dijo el Coach, mirando hacia atrás a Will—. ¿Hay algún lugar en particular donde pueda dejaros a los dos?

Will sintió la mano de Leigh envolviendo la suya. Un pequeño gesto con el que el futuro acabó abriéndose ante él.

23 de agosto

«Y en otro claro ejemplo de lo que se ha denominado el “efecto Oráculo”, anoche se firmó al fin el histórico acuerdo de paz en la Franja de Gaza entre representantes israelíes y palestinos. Los términos del acuerdo fueron negociados por el presidente norteamericano Daniel Green, a quien se ve aquí en la firma del...»

De las muchas muchas cosas que el reverendo Hosiab Branson hubiera querido tener a mano en ese momento, la primera de la lista era con toda seguridad un mando a distancia para enmudecer el maldito televisor.

Pero el aparato estaba dentro de una jaula metálica montada en un punto elevado de la pared, y el mando a distancia lo tenían los guardias, quienes consideraban la cafetería su feudo privado. Branson no tenía ninguna opción.

Eché un rápido vistazo a su alrededor, pensado para evitar el contacto visual con cualquiera de los demás reclusos, reducidos a un sinfín de monos celestes hasta donde alcanzaba su vista y un eco de conversaciones, la imagen y el sonido de un centenar de hombres llevándose a la boca esa basura que allí denominaban comida.

Nadie lo miraba a él directamente, pero tenía la vaga sensación de que todos eran muy conscientes de su presencia. Conscientes de la bandeja que tenía enfrente. Conscientes de su contenido.

Conscientes de la fecha.

«¿Cómo ocurrió todo esto?», se preguntó a sí mismo en la que tan solo era la última versión de esa pregunta, que ahora discurría sin cesar por su cabeza.

Desde luego, sabía la respuesta. Se había transformado, por propia voluntad,

en el enemigo público número uno del Oráculo y el mundo ahora adoraba al Oráculo por haber salvado al mundo. Así que el enemigo público número uno del Oráculo era a su vez el enemigo número uno del mundo.

Eso incluía al fiscal que había argumentado ante el tribunal el riesgo de fuga que planteaba Branson, por lo cual debía ser recluido en prisión hasta que llegara la fecha del juicio penal por intento de asesinato, cargo emitido en su contra por la Fiscalía General de la Ciudad de Nueva York. Incluía también al propio fiscal general, que en otro tiempo había formado parte del círculo de influencia de Branson. Incluía al juez. Incluía a su esposa, a la que no había vuelto a ver desde que estaba preso.

Miró el televisor, donde un dignísimo Daniel Green observaba a judíos y a árabes dándose la mano.

Incluía a su vez al mismísimo presidente de Estados Unidos, que había cortado sus vínculos con el reverendo Hosiash Branson.

Incluía, en definitiva, al mundo entero.

En cualquier caso, a todos excepto al hermano Jonas, que lo visitaba con relativa frecuencia y había demostrado ser leal, después de todo. Sin embargo, no era una lealtad que fuese a proporcionarle grandes beneficios, el pobre había apostado por el caballo equivocado.

Branson contempló su bandeja. Había en ella una porción amarillenta de puré de patatas instantáneo, una pata de cordero grasienta, judías verdes recocidas y una tableta gris de proteínas cubierta por un chorro de salsa que parecía hecha con aguas residuales.

Incomestible todo. Solo quedaba sazonarlo hasta decir basta y esperar lo mejor.

Branson cogió su tenedor de fabricación estatal, hecho de una fusión de nailon y plástico, materiales flexibles que impedían usarlo en cualquier circunstancia como arma.

Era 23 de agosto. Domingo. El día que solía haber bistec.

Miró de nuevo a los demás reclusos. Ahora, muchos de ellos lo miraban, dándose con los codos unos a otros.

Ellos también sabían qué día era. Se habían convertido todos, a su modo, en espectadores interesados en el Oráculo y su obra.

Y empezaron todos a levantarse de su asiento. Los guardias acudieron desde la periferia de la sala, desabrochando por cautela la funda de sus armas, pero sin impedir a los reos arremolinarse en un círculo desordenado en torno a la mesa de Branson.

De hecho, algunos de los guardias se habían mirado entre sí y enseguida avanzaron para sumarse a los reclusos.

Branson los vio a su alrededor observándolo, en silencio, con los rostros impávidos y al mismo tiempo expectantes.

«Qué te parece —pensó—. El Oráculo acaba de devolverme mi público».

Echó otro vistazo al televisor. Estaban debatiendo aún el «efecto Oráculo» en sus múltiples formas de alterar los acontecimientos mundiales. Condenado Will Dando, aún regía el mundo aunque no hubiera vuelto a asomar la cabeza en público desde su proeza en Denver, ni se hubiera comunicado con nadie después de su última actualización del Sitio, una sola palabra. Una sola palabra y lo había cambiado todo.

Todo.

El «efecto Oráculo», y el condenado Will Dando rigiendo aún el mundo.

Branson volvió a fijarse en la masa de carne en su bandeja.

«Aún tengo elección —pensó—. Nadie me obliga a esto, aún dispongo de mi libre albedrío». Alcanzó con la mano el pimentero situado convenientemente cerca de su bandeja y oyó el bullicio que su gesto provocó entre los presentes.

«¿Y qué pasaría si... simplemente no lo hago? —se preguntó—. La noticia correría como la pólvora, aún podría hacer lo que tenía planeado. El Oráculo no es más que un hombre, y yo lo sé». Observó a las decenas de hombres a su alrededor, sin fijar la vista en ninguno, solo palpando la temperatura emocional del conjunto. La excitación. Cierta impaciencia en ciernes. La certeza.

«Sabén lo que voy a hacer, el Oráculo lo dijo y ellos lo creen, eso es indiscutible... Pero yo puedo demostrarles que se equivocan, aún tengo mi libre albedrío —pensó nuevamente—. Tengo elección». Miró el pimentero en su mano. Tenía elección. Pero también sabía lo que le ocurriría si desobedecía al Oráculo frente a esos hombres tan convencidos de la infalibilidad de su profeta. Lo obligarían a sazonar su bistec como había sido especificado, y eso implicaría dolor en ese momento y dolor después. Castigo por su desafío.

Esa gente tenía fe, una fe ciertamente mayor que la de ninguna persona a la que Branson hubiera influido con su ministerio. Querían ver con sus propios ojos al enemigo del Oráculo humillado. La predicción se haría cierta de una u otra manera. Ellos se encargarían de que así fuera.

El camino fácil o bien el abnegado, paralizante y doloroso. Esa era su elección real, su única elección. No importaba lo que él mismo creyera, ni la clase de hombre, bueno o malo, que fuera el Oráculo.

Lo que él decía se volvía cierto.

El reverendo Hosiah Branson echó pimienta en su bistec. Volvió a dejar el pimentero en la mesa, cogió el tenedor y pinchó un trocito de carne.

Epílogo

El mañana

Leigh colocó la mano a modo de visera para cubrirse del sol y miró la superficie del agua a lo lejos, buscando las tres palmeras curvas, parcialmente arrancadas años atrás por una tormenta y que ahora estaban casi horizontales, como palos de limbo naturales y permanentes. Las pocas vías de agua que llegaban hasta la costa no resultaban visibles desde el horizonte marino, y es que la nación soberana ahora conocida como República de Coral estaba rodeada por un gran arrecife de coral. La única forma segura de cruzar hasta la orilla de la playa estaba marcada por esas palmeras de limbo.

Un muelle de hormigón sobresalía a un centenar de metros de la orilla, en medio del mar, con pilares de amarre que sobresalían de la estructura principal en ángulos rectos. Una vez hubo cruzado ese pasillo en medio del coral, Leigh giró el timón de su barca para dirigirse al atracadero cercano. En la playa vio una figura caminando hacia el muelle para ir a su encuentro. Leigh le sonrió y enseguida se concentró en la maniobra de llevar la barca a tierra firme.

En el malecón había más embarcaciones atracadas: una lancha motora demasiado pequeña para que Leigh se sintiera cómoda en ella navegando por mar abierto y un suntuoso yate del tipo «jódete-que-para-eso-soy-rico», demasiado grande para pilotarlo ella sola. Leigh creía que Hamza había comprado el yate solo por darse el gusto de tener un barco así de grande.

Ella estaba al timón de la *Dama de Florida*, una barca pesquera de nueve metros de eslora. Consideraba que era suya, aunque técnicamente pertenecía a la organización del Oráculo. Aun así, Will la utilizaba en contadas ocasiones para ir hasta una de las islas cercanas, dado que mucha gente aún podía reconocerlo, incluso en esos parajes.

Hamza había organizado la República como un país por derecho propio —Leigh no tenía muy claros los detalles— y el resultado era que contaba con sus propias leyes y que no había firmado ningún tratado de extradición, lo cual era intencionado. En la medida en que el Oráculo permaneciera en el territorio arenoso de la República de Coral, sería —en teoría— una figura legalmente intocable.

Mientras Leigh disminuía la velocidad y atracaba con suavidad la *Dama de Florida* en el malecón, miró a su derecha, a un punto de la playa donde un pequeño sendero se adentraba en la selva y sobresalía un tejado anaranjado, el tejado de lo que ella y Will llamaban el Capitolio,

destacando entre las copas de los árboles.

Solo era una casa enorme y muy confortable, edificada sobre pilares en un claro de la selva, que acogía a toda la población residente en la República. En la fachada delantera ondeaba una bandera donde había dibujada una rama estilizada de coral amarillo contra un fondo turquesa.

La barca rebotó suavemente contra los neumáticos colocados regularmente a lo largo del malecón. Leigh apagó el motor y al instante se deslizó fuera de la cabina. Will había llegado al extremo del muelle y allí estaba esperándola con las manos en los bolsillos. Iba con unos pantaloncitos cortos, sandalias y gafas de sol; estaba muy atractivo, con la piel bronceada por el sol.

—Hola —dijo él—. ¿Algún problema?

—No, no. Tuve que regatear un poco para conseguir un descuento en la cena. Por lo demás, viento en popa.

Al decir esto, asió un cabo de la cubierta y se lo arrojó a Will.

—¿Y qué había de oferta? —preguntó él mientras cogía al vuelo el cabo y se agachaba para amarrarlo al noray metálico anclado en el muelle—. ¿Conseguiste alguno de los azulados, esos con sabor a salmón?

Repitieron lo mismo con un segundo cabo en la popa. Llevaban a cabo toda la maniobra con gran agilidad. Ahora estaban familiarizados con ella, a años luz de sus torpes intentos cuando llegaron a la isla cuatro meses atrás.

—En el mercado de Kalu Palu no había —informó Leigh—. Pero conseguí un par de los grandes, plateados, de cola roja.

Kalu Palu era la isla habitada más cercana a la de ellos, hogar de una comunidad de pescadores integrada por unas doscientas personas.

—¿Vale? —preguntó ella. Will estiró del cabo que acababa de amarrar, le enseñó los pulgares hacia arriba y luego miró un segundo la popa de la barca.

—Deberíamos rebautizar este bote y llamarlo *Dama Italiana* —comentó.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por fin he tenido noticias de Cathy y Becky. Se marcharon a Italia, a Portofino, después del episodio con el Coach. Desde entonces han estado muy poco activas, pero imagino que pensaron que ya no había riesgo de ponerse en contacto conmigo de nuevo.

—¿Y están bien?

—La mitad del correo electrónico era sobre vinos tintos italianos que han descubierto. Las dos están muy bien.

Leigh volvió al puente para reunir la compra. Allí presionó un botón en el tablero de mandos y una sección de la *Dama de Florida* se aplanó y extendió con un leve zumbido hasta convertirse en una pasarela que alcanzó el muelle. Luego se echó al hombro las bolsas y descendió de cubierta, abandonando al fin su barca.

Will cogió la mayor parte de las bolsas y caminaron juntos por el muelle. Al ir hacia la playa, Leigh volvió a contemplar el mar, una extensión turquesa increíblemente nítida; era como mirar el fondo del mar por una vieja botella de Coca-Cola. Un banco de peces tropicales rojos y dorados se desplazaba con movimientos fugaces contra la arena blanca del fondo, como una flotilla de hojas otoñales cruzando veloz por entre ondulantes zarcillos de algas.

La bolsa que llevaba Leigh le enfriaba la espalda, algo muy bien bienvenido en el calor

ecuatorial. Estaba llena de hielo y una selección de peces capturados esa misma mañana temprano por los pescadores de Kalu Palu. Como la cabaña en Feldspar Creek, las cocinas del Capitolio estaban repletas de todo tipo de comida congelada o no perecedera que uno pudiera imaginarse, pero nada podía reemplazar al alimento fresco.

Cruzaron la playa y caminaron a la sombra de los árboles por un sendero de grava abierto en la selva. Más adelante había un claro, que dejó a la vista en todo su esplendor el Capitolio de la nueva república. Era básicamente un edificio enorme y cuadrangular, construido sobre pilares, con ventanales dobles rodeando todo el conjunto para garantizar que el interior estuviese siempre bañado en luz y traspasado por corrientes de aire. La casa era de un blanco intenso con secciones en negro, incluyendo las persianas, que podían cerrarse en caso de tormenta. El suelo era de *parquet* y había galerías por todos los lados. Parecía todo surgido de una novela de Somerset Maugham.

Will le había contado a Leigh que los planos estaban inspirados en algo llamado la casa «blanquinegra», empleada como cuartel general en Singapur por los oficiales británicos durante la Segunda Guerra Mundial. Cualquiera que fuese el origen del diseño, a Leigh le encantaba. Le gustaba sentarse en la planta de arriba frente a las ventanas para mirar el mar, recordando su minúsculo apartamento en Manhattan.

Entraron en la casa y subieron las escaleras. Will cogió la última bolsa de manos de Leigh.

—Voy a guardar todo esto. Encontré una receta para hacer un pescado al curri dulce y con mangos que quiero probar. Posiblemente, hasta resulte mejor con el de cola roja. Suena bien, ¿no? Leigh sonrió.

—Seguro, pruébalo.

Los primeros ensayos de Will con nuevas recetas nunca acababan muy bien. Por lo general, mejoraban con el tiempo, pero era sin duda un cocinero de ensayo y error. Eso le hacía igualmente feliz y ella no tenía problemas en probar sus experimentos culinarios, visto que a él no le costaba admitir cuando algo estaba incomible, y entonces improvisaban otra cosa.

—De acuerdo... Tiene que hervir a fuego lento de tres a cuatro horas. Me llevo todo esto a la cocina y estará organizado en un santiamén. Después te aviso. ¿Tú qué vas a hacer?

—Creo que voy a terminar la historia.

Will sonrió.

—¿En serio? ¿Tienes ya el final?

—Tal vez.

—Bueno, te deseo suerte —dijo él—. Será estupenda, de eso estoy seguro.

La besó en la mejilla y dio media vuelta para llevarse las bolsas a la cocina, silbando por el camino. Leigh se lo quedó mirando, sorprendida por enésima vez del cambio que había experimentado desde aquel ajetreado día en Denver. Le había llevado algún tiempo entenderlo, pero la verdad era que nunca había visto a Will verdaderamente feliz antes de que llegaran a la República de Coral.

Cruzó la casa hasta el cuarto que había convertido en su despacho, una pequeña habitación con vistas al océano. Se sentó al escritorio, abrió el ordenador y desplegó en la pantalla su artículo en fase de elaboración: la historia que llevaba planeando desde que Reimer le anunciara que sería ella quien entrevistaría al Oráculo, y que a esas alturas había evolucionado hasta transformarse en una obra de cierta extensión; en realidad, era una crónica que describía todo lo que sabía de Will

y lo que este había hecho. Sería la base para un libro, en caso de convertirse finalmente en algo que quisiera publicar.

Recorrió el documento hacia abajo en la pantalla hasta llegar al final y releyó la última parte, un recuento de los primeros días posteriores a la retransmisión desde Denver; los detalles de su travesía hasta la República de Coral, un calvario de cinco días que dejó atrás aeropuertos de líneas comerciales el segundo día y que concluyó en una lancha motora con filtraciones, pilotada por un anciano tan arrugado como una nuez, que los llevó desde Kalu Palu hasta allí.

Leigh consideró la posibilidad de acortar el final; todo eso no era demasiado interesante, aun cuando fuera relevante desde una perspectiva histórica. Había, sin embargo, algunos pasajes muy buenos. Por ejemplo, el posterior al momento en que el Coach los dejó de vuelta en la cabaña de Feldspar Creek para que pudieran organizar su huida de Estados Unidos, cuando ella misma le había preguntado a Will si estaba seguro de que la secuencia 23-12-6 sería en efecto el resultado de la votación en Kandustán.

—Estoy seguro al ochenta por ciento —había respondido él—. Pronto lo averiguaremos.

Leigh se había reído mucho, aunque no fuera, en sentido estricto, gracioso.

Al final los hechos terminaron dándole la razón, por supuesto. Las predicciones del Oráculo se cumplían siempre.

Törökul recuperó su mezquita, aunque no la conservó durante mucho tiempo. El presidente Green encabezó una coalición multinacional que capturó por fin al líder guerrillero, acción que, a propósito, le llevó a obtener su segundo mandato, con o sin el cáncer.

Todo eso ocurrió en su mayor parte mientras ella y Will iban camino de la República de Coral. De hecho, Will se enteró de que había acertado en lo de los números cuando su embarcación tocó la playa. A partir de ese momento fue como si se hubiera despojado de una armadura de noventa kilos que llevaba puesta desde que ella lo conoció.

Antes hizo una última cosa, que ella supiera, retirando el Oráculo de las redes para siempre. Con una última actualización del Sitio, eliminando todas las predicciones y la dirección electrónica, y dejando solo la frase:

ESTO NO ES TODO LO QUE SÉ.

a continuación una palabra:

COMPORTAOS.

Leigh llegó hasta la parte en blanco de la página, donde tenía pensado escribir sus conclusiones. Era una buena historia —intensa, casi bella—, pero no estaría concluida hasta que hubiera puesto por escrito el que ella creía que era el significado último de todo el asunto.

La música flotaba en el despacho, una improvisación suave de guitarra, suave pero buena. Muy buena. Había habido mucho de eso en los días recientes. Tanto, que había comenzado a preguntarse si no sería esa la razón de que el Sitio hubiera escogido a Will, un músico habituado a la improvisación, capaz de escuchar la melodía subyacente a lo que hacía, aunque fuese a nivel inconsciente.

Leigh se reclinó hacia atrás en su silla y se giró. Will estaba en uno de los sillones, con el ordenador abierto en una mesita delante de él y la guitarra en las manos. La pantalla mostraba a una niña sonriente y feliz, sostenida por un par de manos algo más oscuras que la piel color caramelo del bebé. Hamza y Miko la habían bautizado como Wilhelmina.

Leigh sonrió. Acercó los dedos al teclado y comenzó a redactar:

Han transcurrido ya cuatro meses desde que el Oráculo evitara una catástrofe nuclear que habría arrasado al menos la ciudad de Uth y a sus habitantes y que pudo haber arrastrado al mundo entero.

El «efecto Oráculo» ha dado pie a una nueva era de compromiso: la gente de todas las naciones parece sentir que estuvimos más cerca que nunca de la destrucción total, suscitando una declaración global de intenciones: nunca jamás. La humanidad se ha apartado de la hostilidad para abrazar el entendimiento.

O lo más probable sea que los líderes de la humanidad estén aterrados ante la posibilidad de que el Oráculo haga efectiva la amenaza implícita en su actualización final del Sitio, emitiendo nuevas predicciones que reordenen drásticamente el mundo en la dirección que él mismo considere apropiada. Así pues, han resuelto comportarse.

Sea como sea.

Pero al final... ¿quién y por qué? ¿Quién le envió esas predicciones al Oráculo? ¿Y por qué intentó cumplir su propósito de ese modo tan peculiar?

Sabemos que las predicciones le fueron enviadas por alguien con una visión privilegiada, capaz de ver problemas a los que la humanidad habrá de enfrentarse en los años venideros, alguien deseoso de ayudarnos a evitarlos. Ese es el quién.

Esa persona, esa entidad, escogió a Will Dando como instrumento del cambio. Lo arrancó de una vida común y corriente y lo arrojó a otra simplemente extraordinaria. Él fue quien sufrió las penurias e incertezas que los demás solo llegamos a vislumbrar a medias.

Más allá de eso, nosotros no sabemos nada, lo cual nos lleva al por qué.

El Sitio podría haberle entregado a Will el esquema completo, paso a paso, de principio a fin. Pero no lo hizo así. Su plan dependía por completo del hecho paradójico de que el Oráculo no supiera lo que iba a ocurrir.

Will debía navegar esas aguas de la misma forma en que los demás lo hacemos en nuestras vidas: con su libre albedrío. No era una marioneta, nunca estuvo bajo el control de nadie. Cada decisión que tomó fue suya y solo suya, apelando a las habilidades y conocimientos que él mismo había reunido en su vida, con la esperanza de que lo que estaba haciendo fuese lo correcto.

Cada una de esas decisiones fue, en su corazón, una apuesta nueva, pero siguió haciéndolas sin rendirse. Podría haberlo hecho, haber dejado que el Sitio hiciera lo que fuese que se proponía hacer. Él no lo permitió. Luchó, en cada etapa del camino, intentando reconducir su propia vida —y, en último término, la vida de todos— hacia una dirección mejor. Al final tuvo éxito.

Pienso que ese puede ser el porqué.

La fatalidad, el destino... son mitos.

Nosotros somos la suma de nuestras elecciones.

Elegid bien.

Leigh dejó de escribir y leyó el texto. Y por primera vez en sus muchos intentos de concluir la historia del Oráculo, no presionó la tecla de borrar.

Las notas de Will en su guitarra flotaban suavemente en la atmósfera del despacho.

Se levantó del escritorio y caminó hacia la música. Si resultaba que tenía algo más que añadir, bueno, para eso siempre quedaba el mañana.

Agradecimientos

Muchas manos han intervenido en la elaboración de este libro y nada de él existiría sin la contribución de todas ellas. Hay gente que leyó las infinitas versiones durante (lo que parecieron) infinitos años, y sus agudas observaciones y apoyo son los que hicieron de este libro el que es. Empecemos por ellos, esos que leyeron *El año del Oráculo* en sus primeras encarnaciones y por ninguna otra razón que su anhelo de contribuir a un sueño que yo tenía desde que era joven. Y GRACIAS a todos esos esforzados lectores iniciales: Amy Soule (que es no solo una lectora más, sino mi maravillosa esposa que ha estado allí en cada fase del proceso), Shawn DePasquale, Shoumitro Goswami, Sam Soule, Michael Pereira, Cari Marcellino y Roger Yoo, que tuvieron que leer una versión del libro no lista para el desafío solo porque les pedí que lo hicieran (a menudo, más de una vez). Y a los lectores más recientes: Ray Fawkes, Ben McCool y especialmente a Matt Idelson, que me ayudaron con algunos de los últimos retoques, por lo demás cruciales, que sirvieron para que todo finalmente encajara. A Andy Deemer, Shawn Hynes, Scott Snyder, Jake Laufer, Jorge Pertuz y todos los demás amigos que también me brindaron su apoyo y alentaron de infinitas maneras. A Brad Meltzer, una persona generosa sin ninguna razón que lo obligue a ello y cuya conferencia en el curso de la Facultad de Derecho de Columbia, durante mi segundo año, me puso en la senda de escribir no solo *El año del Oráculo*, sino todo lo que he escrito desde entonces. A Jeff Boison, de quien se podría decir con toda razón que este libro no estaría en vuestras manos de no ser por un gesto extremadamente generoso que él tuvo hace algunos años. A mi increíblemente perspicaz y perceptivo agente Seth Fishman en Gernert Company, cuya paciente orientación durante este proceso fue todo lo que un autor podría desear. Y a sus colegas, especialmente a Will Roberts. A Angela Cheng Caplan, quien se la jugó con su tiempo e intuición mucho antes de tener ninguna razón para ello, lo que jamás olvidaré. A Sara Nelson, mi editora en Harper Collins, que apostó por la novela desde que la leyó por primera vez, y a todos sus colegas, desde el departamento de Edición hasta el de Comunicación, quienes hicieron una maravillosa labor de diseño, edición, promoción y venta del libro.

A mi familia: Amy, Rosemary, Sam, Hannah y Chris. Y a mis parientes lejanos, que son también mi familia. Y especialmente a Mary y a Jim, a quienes tanto echo de menos y que pienso que hubieran estado orgullosos del resultado.

A todos quienes jugaron algún papel en este proceso y que he omitido de manera reprochable —y estoy seguro de que los hay— quiero decirlos que sois lo mejor, sin la menor duda.

Y a todos vosotros os agradezco vuestra lectura.



CHARLES SOULE es abogado, músico y escritor de cómics con sede en Brooklyn, Nueva York. Es más conocido por escribir las historias gráficas de *Daredevil*, *She-Hulk*, *Death of Wolverine*, varios cómics de *Star Wars* de Marvel Comics, y la serie *Letter 44* de Oni Press. *El año del oráculo* es su novela debut.